



HISTORIA MILITAR DE CHILE

D-19

BIBLIO  
DEL O



## BIBLIOTECA DEL OFICIAL

### Relación de Obras Publicadas

- \* Vol. Nº I.—Táctica General según las experiencias de la Gran Guerra. Tomo I. Por el Coronel F. Culmann.
- \* Vol. Nº II.—Táctica General según las experiencias de la Gran Guerra. Tomo II. Por el Coronel F. Culmann.
- \* Vol. Nº III.—Tratado de Guerra de Montaña. Tomo I. Por el General Dosse.
- \* Vol. Nº IV.—Tratado de Guerra de Montaña. Tomo II. Por el General Dosse.
- \* Vol. Nº V.—Servicio de Intendencia durante la movilización, concentración para el primer despliegue estratégico y durante la campaña. Por el General Hans von Kiesling.
- \* Vol. Nº V.a. Ensayo de Pedagogía Militar. Por el Tte. Coronel Emile Mayer.
- \* Vol. Nº VI.—Operaciones en la alta montaña. Por el General Hans von Kiesling.
- \* Vol. Nº VII.—Empleo de la Caballería conforme a las enseñanzas que deben deducirse de la Historia Militar. Por W. Brenken.
- \* Vol. Nº VIII.—La Conquista del Imperio. Por el Mariscal E. de Bono.
- \* Vol. Nº IX.—El Arte de Mandar. Por A. Gavet.
- \* Vol. Nº X.—La Filosofía del Mando. Psicología individual. Por el Capitán Julio Campo S.
- \* Vol. Nº XI.—El Plan de Guerra y su comprobación histórica. Por el Tte. Coronel José M. Menéndez.
- \* Vol. Nº XII.—Manual de Criptografía. Por el Tte. Coronel Arturo Fuentes.
- \* Vol. Nº XIII.—Filosofía del Mando. Lógica aplicada. Por el Capitán Julio Campo S.
- \* Vol. Nº XIV.—Éxito estratégico. Éxitos tácticos. Por el Coronel L. Loizeau.
- \* Vol. Nº XV.—Baquedano. Por el General de Brigada Jorge Carmona Yáñez.
- \* Vol. Nº XVI.—La Guerra. Su conducción política y estratégica. Por el Coronel Manuel Montt M.
- \* Vol. Nº XVI.a.—Historia de la Artillería. Por el Tte. Coronel (R) Pablo Barrientos Gutiérrez.
- \* Vol. Nº XVII.—Tropas Aerotransportadas. Por el Coronel checoslovaco F. O. Miksche.
- \* Vol. Nº XVIII.—El Arte de la Guerra de hoy y de mañana. Por el Coronel de Estado Mayor Hermann Foerstch.
- \* Vol. Nº XIX.—Historia del Estado Mayor General del Ejército. Por el Tte. Coronel (R) Pablo Barrientos Gutiérrez.
- \* Vol. Nº XX.—Las Fuerzas Blindadas Terrestres. Por el Capitán Oscar Hurlado Manríquez.
- \* Vol. Nº XXI.—Los Errores Estratégicos de Hitler. Por el Coronel checoslovaco F. O. Miksche.
- \* Vol. Nº XXII.—La Segunda Guerra Mundial. La política y la estrategia. Por el Tte. Coronel Julio Campo S.
- \* Vol. Nº XXIII.—La Campaña de Arequipa a través de la correspondencia del Coronel José Velásquez B. Depto. Publicaciones E.M.G.E.
- \* Carrera y la Patria Vieja. Por el General (R) Jorge Carmona Yáñez.
- \* Vol. Nº XXIV.—La Guerrilla en la Guerra. Por el Mayor Borivoje S. Radulovic.
- \* Vol. Nº XXV.—Conflicto en Indochina y ardid de guerra de guerrillas. Por el Mayor Borivoje S. Radulovic.
- \* Vol. Nº XXVI.—Historia y Glorias de la Caballería chilena. Por el Mayor (R) Edmundo González Salinas.
- \* Vol. Nº XXVII.—Estatuto Jurídico del personal de las Fuerzas Armadas. Por Aminodow Feller Nickelsberg y Fernando Lyon Salcedo.
- \* Vol. Nº XXVIII.—Encina contra Encina. Por el Coronel (R) L. Alfredo Arenas Aguirre.
- \* Vol. Nº XXIX.—Soldados Ilustres del Ejército de Chile. Por el Tte. Coronel (R) Edmundo González Salinas.
- \* Vol. Nº XXX.—Compás de Espera. Por el Tte. Coronel Renato Laso Jarpa.
- \* Vol. Nº XXXI.—La Segunda Gran Guerra. Por el Coronel Joao Baptista Peixoto.
- \* Vol. Nº XXXII.—Soldados Ilustres del Reyno de Chile. Por el Tte. Coronel (R) Edmundo González Salinas.
- \* Vol. Nº XXXIII.—Polemología Básica. Por el General de División (R) Bernardino Parada Moreno.
- \* Vol. Nº XXXIV.—Geopolítica. Diferentes etapas para el Estudio Geopolítico de los Estados. Por el Coronel de Estado Mayor Augusto Pinochet Ugarte.
- \* Vol. Nº XXXV.—Geopolítica. Leyes que se deducen del Estudio de la Expansión de los Estados. Por el Mayor Julio César von Christmar Escuti.
- \* Vol. Nº XXXVI.—Historia de la Geografía y de los Descubrimientos en el Reyno de Chile. Tomo I. Por el Tte. Coronel (R) Edmundo González Salinas.

- \* Vol. Nº XXXVII.—Historia de la Geografía y de los Descubrimientos en el Reyno de Chile. Tomo II. Por el Tte. Coronel (R) Edmundo González Salinas.
- \* Vol. Nº XXXVIII.—Historia Militar de Chile. Tomo I. E.M.G.E.—Dir. Instr.
- \* Vol. Nº XXXIX.—Historia Militar de Chile. Tomo II. E.M.G.E.—Dir. Instr.
- \* Vol. Nº XL.—Historia Militar de Chile. Tomo III. E.M.G.E.—Dir. Instr.
- \* Vol. Nº XLI.—La Guerra. Su conducción política y estratégica. 2ª Edición. Por el General de División (R) Manuel Montt Marlinez.
- \* Vol. Nº XLII.—Conflagración en el Medio Oriente. La Guerra de los Seis Días y la Crisis Actual. Por el General de Brigada (R) René Álvarez Marín.
- \* Vol. Nº XLIII.—Reflexiones sobre el Mando. Tomo I. Por el Coronel Luis Gazzoli.
- \* Vol. Nº XLIV.—Reflexiones sobre el Mando. Tomo II. Por el Coronel Luis Gazzoli.
- \* Vol. Nº XLV.—Análisis de la Situación Político - Militar en el Medio Oriente. Por el General de Brigada (R) René Álvarez Marín.
- \* Vol. Nº XLVI.—Guerra del Pacífico 1879. Primeras Operaciones Terrestres. Por el General de División Augusto Pinochet Ugarte.
- \* Vol. Nº XLVII.—El Arte de Mandar. 2ª Edición. Por André Gavet.
- \* Vol. Nº XLVIII.—Vigilia de Armas. Por el Capitán Tobias Barros. 2ª Edición.
- \* Vol. Nº XLIX.—Utilización de Ríos Internacionales para fines industriales y agrícolas en América. Por Gaspar I. Lueje V.
- \* Vol. Nº L.—Brasil, un país que aceptó el desafío del desarrollo. Por el Teniente Coronel Herbert Orellana Herrera.
- \* Vol. Nº LI.—Empleo de la Violencia Urbana por la subversión. Por el Teniente Coronel de Caballería D.E.M. Federico Quintero Morente.
- \* Vol. Nº LII.—Manual de Fronteras y Límites del Estado. Dirección de Fronteras y Límites del Estado (DIFROL).
- \* Vol. Nº LIII.—La Política y Relaciones Internacionales. Introducción a su Estudio. Por el Tte. Coronel Herbert Orellana Herrera.
- \* Vol. Nº LIV.—Seguridad - Política - Estrategia. Por el General Edgardo Mercado Jarrín.
- \* Vol. Nº LV.—La Influencia decisiva del Comandante. Por el Tte. Coronel (R) Edmundo González Salinas.
- \* Vol. Nº LVI.—La Defensa. Aplicación de la Teoría. Por el Coronel Gerardo Cortés R.
- \* Vol. Nº LVII.—El Arte de Mandar (3ª Edición). Por André Gavet.
- \* Vol. Nº LVIII.—La Función Política del Ejército. Por Hermann Oehling.
- \* Vol. Nº LIX.—Baquedano.—(2ª Edición). Por el General Jorge Carmona Yáñez.
- \* Vol. Nº LX.—El Toqui Pelantaru - Guerrero de la Conquista. Por el Subteniente (Res.) Carlos Valenzuela Solís de Ovando.
- \* Vol. Nº LXI.—Monografías de Comandantes en Jefe y Jefes del Estado Mayor, durante la Guerra del Pacífico (en prensa). Por el Teniente Coronel Rafael Poblete Manterola.
- \* Vol. Nº LXII.—Ensayo sobre un estudio preliminar de una geopolítica de Chile en el año 1965. Por el General de Ejército Augusto Pinochet Ugarte.
- \* Vol. Nº LXIII.—1879, la gran lección. Por el T.C.L. (E.M.) Sergio Rodríguez R.
- \* Vol. Nº LXIV.—Dialogando con Argentina. Por el T.C.L. (I.P.M.) Manuel Hormazábal G.
- \* Vol. Nº LXV.—Héroes y soldados ilustres del Ejército de Chile (1810 - 1891). Academia de Historia Militar.
- \* Vol. Nº LXVI.—La partida de ajedrez. Por el C.R.L. (E.M.) Jorge Muñoz P.
- \* Vol. Nº LXVII.—"El Día Decisivo". Por el Capitán General Augusto Pinochet Ugarte.
- \* Vol. Nº LXVIII.—"La cuestión de las Islas Falkland". Por el Sr. Oscar Espinosa Moraqa.
- \* Vol. Nº LXIX.—"Historia Militar de Chile" (2ª Edición). I y II Tomos. Por el T.C.L. (R) Edmundo González Salinas.

\* Agotado.

D-19





**HISTORIA MILITAR DE CHILE**

*Es propiedad*  
Derechos reservados para todos los países  
Min. Def. Nac.  
E. M. G. E.  
Inscripción Nº 59.143  
1964

Reimpresión 1.000 Ejemplares - 1997  
"GENIART" Editor (222 82 29)

# **HISTORIA MILITAR DE CHILE**

(3ERA. EDICION )

## **TOMO I**

### **COMANDANTE EN JEFE DEL EJERCITO**

Augusto Pinochet Ugarte  
Capitán General

### **JEFE DEL ESTADO MAYOR GENERAL DE EJERCITO**

Rafael Villarroel Carmona  
Mayor General

### **SECRETARIO GENERAL DEL EJERCITO**

Jaime Lepe Orellana  
Brigadier

### **JEFE DEL DEPARTAMENTO COMUNICACIONAL DEL EJERCITO**

J. Miguel Fuente-Alba Poblete  
Coronel

### **JEFE DE RELACIONES INTERNAS DEL EJERCITO**

Eduardo Fuenzalida Helms  
Mayor

---

**BIBLIOTECA MILITAR**

**1997**



## PROLOGO

En 1970 el Estado Mayor General del Ejército, EMGE., (Biblioteca del Oficial) publicó una edición de 3.000 ejemplares de la obra **"HISTORIA MILITAR DE CHILE"**, que se encuentra ya agotada desde hace varios años.

La obra fue concebida como un texto destinado al uso de los establecimientos de Instrucción Militar y su finalidad didáctico - profesional ha llevado a conceder especial relieve a las conclusiones de carácter propiamente militar.

Por expreso deseo del entonces Presidente de la República y Comandante en Jefe del Ejército, Capitán General Augusto Pinochet Ugarte, el EMGE. se abocó, por intermedio de la Sección Historia del Departamento de Relaciones Internas, a revisar esta obra corrigiendo algunos errores y ampliando su contenido en cuanto a combates y batallas de la segunda mitad del siglo XVI y de la Guerra a Muerte. Se agregaron, además, numerosos croquis y mapas, con el propósito de facilitar la comprensión de su lectura.

**"HISTORIA MILITAR DE CHILE"** fue orientada por el JEMGE. y Presidente de la Academia de Historia Militar de la época, MGL. Enrique Valdés Puga, la coordinación general estuvo a cargo del CRL. Virgilio Espinoza Palma. La investigación histórica, redacción e iconografía la realizó el TCL. (R) Edmundo González Salinas.

Las materias han sido enfocadas con un criterio objetivo y científico, incluyendo opiniones de autores extranjeros. Los relatos de los acontecimientos se han basado en documentos oficiales, relaciones de testigos presenciales y otros antecedentes ajustados a la realidad de los hechos acontecidos.

Basándose en lo anterior, la 3era. reedición de la **"HISTORIA MILITAR DE CHILE"** estará a cargo, en esta oportunidad, del Departamento Comunicacional del Ejército. La obra ayudará eficazmente a los futuros alumnos de las Academias y Escuelas del Ejército, y a los miembros de las Fuerzas Armadas.

**"HISTORIA MILITAR DE CHILE"** facilitará también, el desarrollo de las materias de las asignaturas de Historia y Estrategia.



## PRIMERA PARTE

### LAS GUERRAS DE CONQUISTA

#### I.—ANTECEDENTES

##### A.—Invasión incásica

Preciso es comenzar por advertir que poco o nada se sabe de las invasiones realizadas por los guerreros incásicos hacia Chile. Las razones son obvias. "Las mismas tinieblas que rodean el origen de los incas —ha escrito el historiador Guillermo Prescott— continúan ofuscando la serie de sus anales... que el historiador no encuentra terreno firme en qué apoyarse antes del siglo que precedió a la conquista española".

D. Francisco A. Encina ha sintetizado todo lo que al respecto se ha logrado averiguar, hasta el día de hoy, manifestando que la invasión incásica tuvo lugar alrededor del año 1460, durante el reinado de Tupac Yupanqui y que sólo alcanzó hasta el valle de Coquimbo. Que 25 años más tarde, Huaina Capac —su hijo— envió sus ejércitos más al sur y que sufrieron una gran derrota al sur del río Maule. Que debieron replegarse por tal motivo y que fijaron la ribera norte del Maule como límite meridional del Imperio.

Similar es el planteamiento del historiador Clemente R. Markham. En cambio, el autor peruano señor Manuel M. Salazar opina que el autor de la invasión hasta el Maule es el inca Yupanqui y que su hijo Tupac Yupanqui —sabedor de que no era posible extender la conquista más al sur— prefirió proseguir sus campañas de conquista en la región septentrional del Imperio.

En todo caso, lo que interesa es el hecho de constatar que así como no tuvo éste grandes dificultades para expandirse en todas direcciones, sus guerreros no pudieron pasar más allá de la raya del Maule. Se los impidió una raza hasta entonces desconocida y que luego ingresaría con vigorosos trazos en la historia de la Humanidad: la raza araucana o mapuche.

##### B.—El conquistador español del siglo XVI

El conquistador español del siglo XVI fue uno de esos arquetipos que tuvo en la conquista de América —la epopeya máxima quizás en los anales de la Humanidad— su más apropiado campo de acción. Producto de la fe. De esa fe que convirtió a los súbditos de Su Católica Majestad en señores

de un continente; que impulsó a Pizarro y a los “trece de la fama” a conquistar el fabuloso imperio de Atahualpa; a Diego de Almagro, a desafiar los fríos mortales de la cordillera andina y a Valdivia, a internarse confiadamente en “la tierra más mal infamada de cuantas hay en las Indias”. La conquista de América fue una empresa de gigantes. Estrecho para ellos el escenario europeo, anhelaban liberarse de un encierro y partir en busca de mundos ignotos y lejanos, aún cuando no recibieran a menudo más recompensas que las fatigas, las enfermedades y la muerte.

“Por un lado —ha escrito Stefan Zweig— son capaces de realizar las heroicidades más gloriosas y magníficas, las mayores hazañas del renunciamiento y del valor —mientras se combaten y engañan mutuamente del modo más desvergonzado— y, por otro, conservan un admirable sentimiento del honor y un maravilloso sentido de la grandeza histórica de su misión.”.

### C.—Empresas de conquista

#### I

La real cédula de 9 de abril de 1495 no es sino una autorización de los Reyes Católicos para partir a la conquista del Nuevo Mundo a todo aquel que así lo deseara. Desde entonces el individualismo característico del español tuvo en América su más apropiado campo de acción. Si bien la distancia condujo al aflojamiento de los lazos con la Corona, ésta conservó —sin embargo— sus derechos sobre las tierras que le pertenecían, en virtud de la bula del Papa Alejandro VI y que se hicieron presentes a través de la *capitulación* y del *quinto real*.

La capitulación consistía en el contrato entre la Corona y el empresario y por el cual quedaba éste autorizado para realizar una empresa, corriendo con todos los gastos que ella demandara.

El quinto real comprendía la participación del Estado en las utilidades de la empresa y quedaba establecido a través de la *capitulación* o *previsión*.

El Estado desempeñó pues, en las empresas de conquista, el papel de mero espectador de los acontecimientos y se limitó a otorgar concesiones y capitulaciones que dejaban constancia expresa del reconocimiento del interesado por el derecho de dominio establecido para la Corona por la bula pontificia y en virtud de la cual cobraba el quinto real y nombraba las autoridades de las tierras sometidas. Los elementos que participaban en las empresas estaban constituidos por los capitanes, los soldados y el capital.

#### *Los capitanes*

Generalmente eran soldados de otras empresas anteriores, transformados en encomenderos y que —en busca de gloria y fama— anhelaban la acción personal. No necesitamos extendernos sobre el particular, si re-

cordamos las empresas de descubrimiento o de conquista de Francisco Pizarro, Diego de Almagro y Pedro de Valdivia.

### *Los soldados*

En éstos prima el incentivo de los bienes materiales. Recién llegados a tierra americana, desconocían las satisfacciones de la fortuna y no faltaban los que —habiendo participado en expediciones anteriores y regresado tan pobres como cuando partieron— volvían a enrolarse con renovadas esperanzas de obtener oro, tierras o indios. A decir verdad, estos soldados serán verdaderos socios del conquistador, aun cuando debían acatar necesariamente sus órdenes en razón de los riesgos que juntos corrían. Percibían un porcentaje de las utilidades y debían aportar no sólo sus servicios personales, sino sus armas, adquiridas con su peculio, algunas veces o suministradas por el jefe, otras, con compromisos de pago posterior.

### *El capital*

Era necesario la inversión de grandes cantidades de dinero para la adquisición de vestuario, equipo, armamento, caballos, barcos, etc. Como el Estado no participaba con ayuda alguna y los soldados concurrían sólo con el equipo y armas indispensables, el peso del esfuerzo debía recaer naturalmente sobre el jefe de la empresa. Pero como, a su vez, éste carecía de los recursos necesarios, se premunía de ellos a base de contratos con comerciantes o autoridades o de préstamos en dinero contante y sonante.

## II

Oñat y Roa (1), al sintetizar los diferentes aspectos de las empresas de conquista, advierten que no queda sino “negar la existencia de un ejército expedicionario de conquista, ya que estos grupos armados no tienen ni el objetivo ni la organización propia de un ejército”. Y agregan, a continuación:

“a) No hubo ejércitos dependientes del poder estatal, sino partidas armadas organizadas por un particular, el único a quien reconocían mando”.

“b) Estos grupos de hombres armados carecían de permanencia, requisito fundamental de un ejército, lo que se explica por su carácter privado y por ser organizados para una empresa determinada, luego de la cual se producía... su dispersión”.

“c) La jerarquía era totalmente ocasional y no respondía a ninguna base de estabilidad. El mando que se reconocía al empresario tenía su origen en un contrato social y en el ascendiente que éste tenía por sus conocimientos, experiencia, valor y demás condiciones personales, etc.”.

(1) Ver bibliografía al final del capítulo.

"d) La escasez de hombres de guerra hizo recurrir, la mayor parte de las veces, a individuos ajenos a las armas, a los que no se daba una instrucción previa...".

"e) Aunque aparentemente hubo una clasificación de soldados por armas... ella no se hizo desde el punto de vista del empleo de cada arma... sino que fue consecuencia de la mayor o menor capacidad económica del soldado, que le permitía o no llevar caballos...".

De allí que la Corona no se preocupó, naturalmente, de la reglamentación respectiva y, por otra parte, las normas vigentes en la materia en España no podían ser aplicadas indiscriminadamente en América, por las características propias de estos elementos y por las modalidades de las empresas. En todo caso, no podemos negar a dichos grupos su importancia en cuanto al origen del Ejército permanente, como quedará demostrado más adelante.

#### D.—La expedición Almagro.

##### 1.—Batalla de Reinogüelén.

Es digna de mención la expedición de Diego de Almagro, desde el punto de vista militar, por el hecho de haber dado oportunidad al primer choque armado entre los conquistadores y nuestros aborígenes. Tal fue la acción de Reinogüelén.

Antes de entrar en materia conviene recordar el aspecto relacionado con la calidad de la gente que integró la expedición. Ha llegado a constituir un lugar común la afirmación de los historiadores —y escritores, en general— que se trataba de un conjunto de *aventureros*, en el sentido peyorativo del concepto, vale decir individuos de malos antecedentes que debieron embarcarse para América a fin de escapar a la garra de la justicia. Más de algún autor los llama *carne de presidio*. Naturalmente que Almagro —como anteriormente Cortés y Pizarro— se allanaron a reclutar individuos de esta calaña; pero se trataba, en su inmensa mayoría, de lo más granado que, en la materia, se embarcó en los puertos de España para la conquista del Nuevo Mundo. En la *Historia de Chile* (T. I.), de D. Francisco A. Encina, figura una lista de varios de los hidalgos y hombres de pro que vinieron incorporados en la expedición del animoso cuanto infortunado descubridor de Chile.

Aclarado este punto, proseguimos. Luego de haber llegado al valle de Copiapó, en abril de 1536, Diego de Almagro envió una expedición destinada a reconocer el país hasta el estrecho de Magallanes, mientras él procedería a recorrer la región que baña el río Maipo. Confió esta empresa al capitán Gómez de Alvarado que, tan pronto recibió la orden de partida, avanzó resueltamente hasta el mismo río Maule. En sus riberas se topó, por vez primera, con algunos grupos de indios que demostraban una actitud francamente hostil hacia los conquistadores.

La columna prosiguió su avance a través de las provincias de los promaucaes (región comprendida entre el Maule y el Itata) y pudo dispersar fácilmente a las diferentes agrupaciones indígenas que pretendieron enfrentarla. Distinto fue el panorama que se le presentó en la confluen-

cia del Itata con el Ñuble: le salió allí al encuentro un cuerpo numeroso y bien armado de guerreros. Dispuestos los españoles para el ataque, "se hincaron de rodillas haciendo oración a la majestad de Dios". Acto continuo se trabó el combate, que la Historia conoce como de Reinogüelen, por el lugar en que se realizó. Los mapuches demostraron un coraje y una habilidad para el manejo de las armas que dejaron admirados a los españoles, los primeros soldados del mundo de entonces. Se lanzaron al asalto en grandes masas y los expedicionarios —a caballo, armados de lanzas y de espadas y cubiertos con armadura completa de hierro— hacían grandes estragos en sus filas. Después de una lucha prolongada y reñida, se retiraron los indios, dejando en el campo un centenar de prisioneros y un número crecido de muertos. Por parte de los conquistadores hubo dos muertos, según afirmación de Mariño de Lovera.

La expedición se había realizado en pleno invierno (julio a septiembre de 1536), vale decir en una época de lluvias y de frios, a través de bosques, pantanos y ríos crecidos, por huellas— ya que no se puede hablar de caminos— verdaderamente intransitables. Gómez de Alvarado regresó al norte con la más triste impresión que cabe imaginar, de las provincias que había tenido que recorrer. No encontró ni oro ni plata, sino que habitantes muy pobres agrupados en humildes caseríos y, asimismo, indios de cultura media, agresivos y de notables aptitudes guerreras.

## 2.—Las armas de los beligerantes.

Las armas de que venían provistos los españoles para la conquista de Chile eran ofensivas, algunas, y defensivas, las otras.

Entre las armas ofensivas se contaban las picas, las espadas y el arcabuz. A veces se empleaban el hacha de combate y las clavas. Armas defensivas eran el escudo o adarga, la coraza para uso de los infantes y la armadura completa, para los jinetes de caballería.

Las *picas* eran de unos tres metros de largo, aproximadamente, de madera de fresno y con una punta de acero de tres o cuatro filos. La *espada* —igual que la pica— era de uso común para infantes y jinetes. El *arcabuz*, en razón de su peso, necesitaba ser apoyado en una horquilla o en un árbol y ello constituía una desventaja para el soldado, pues lo mantenía inmobilizado o no le permitía manejarlo durante el avance. Por otra parte, el movimiento de cargarlo era muy engorroso y significaba mucha pérdida de tiempo. Tenía su importancia, sin embargo, pues —amén de ser muy mortífero, sobre todo a corta distancia—, infundía temor a los indígenas a causa del fogonazo y de la violencia del estampido.

La armadura hacía a los conquistadores casi invulnerables a las flechas, las hondas, las lanzas y las picas del adversario y amortiguaba, en medida no despreciable, los efectos de los golpes de sus mazas y macanas. Los cañones de artillería empezaron a ser utilizados después de la muerte de Pedro de Valdivia y su estreno se produjo en la batalla de Marigüeñu, esto es en la segunda jornada victoriosa del toqui Lautaro.

En cuanto a los mapuches, sus armas consistían en la flecha, la pica y la maza. La *flecha* servía sólo para cazar y para herir a individuos desnudos, como consecuencia de su escaso poder de penetración. Por otra

parte, no eran de punta envenenada, como ocurría en el caso de otros pueblos aborígenes. La *pica*, en cambio, constituía un arma temible. De coligüe, de 5 a 6 metros de longitud, terminaba en una punta muy aguda, endurecida al fuego o reforzada con huesos o piedras afiladas. La *maza* consistía en un madero duro, de dos o tres metros de largo, que iba engrosando gradualmente hasta terminar en un codo grueso y pesado. Abollaba fácilmente cualquiera celada y derribaba a un hombre y aun un caballo sin mayores dificultades. Lautaro introdujo, más tarde, el *lazo*, el *garrote* (o *macana*) y el *escudo*.

Como término de estas observaciones cabe señalar que lo reducido de las fuerzas con que se inició la conquista y la calidad sui géneris del adversario, obligó a los españoles a apartarse de las modalidades tácticas y orgánicas de la época e idear otras apropiadas a la situación que aquí se les presentó. Todo ello, naturalmente, sin alterar los principios fundamentales de la conducción militar. . . "Los procedimientos que se aplicaban en Europa no podían, lisa y llanamente, ser trasladados a los teatros de operaciones de América, donde no había que soportar cargas de caballería, ni descargas de arcabuces, ni fuego de artillería". (Téllez).

## II.—LAS CAMPAÑAS DE PEDRO DE VALDIVIA.

### A.—Asalto y destrucción de Santiago

#### I

Cuando Pedro de Valdivia emprendió el viaje a Chile, en pos de su conquista y colonización, no cabía duda que contaba con riquezas que le habría envidiado cualquier capitán afortunado. Mas no le bastaba eso: no deseaba, sencillamente, seguir dependiendo de nadie, sino labrarse un nombre y dejar —como escribió al Emperador Carlos V— "gloria y fama de mí". Nada mejor para sus fines que la empresa de conquista de Chile.

Autorizado por Francisco Pizarro para la citada empresa, inició las diligencias pertinentes. Como el permiso no involucraba ayuda financiera, Valdivia debía adquirirla por su cuenta y riesgo y como sus propios recursos resultarían insuficientes, tuvo que interesar en ella a hombres adinerados. El socio capitalista lo encontró en la persona del comerciante Francisco Martínez. Pero más difícil que la búsqueda del dinero fue la relativa a oficiales y soldados. Después de la ventajosa conquista del Perú y de los desastrosos resultados de la expedición de Almagro, nadie quería venir a este lejano territorio de Chile.

Valdivia, sin embargo, logró atraer —con admirable tenacidad y con sus aptitudes de caudillo— algunos individuos a su causa. La mayoría, hasta completar 150, se reuniría a su columna durante la marcha: se trataba de integrantes de una fracasada expedición al país de los chunchos, en el Alto Perú. El conquistador partió del Cuzco a comienzos de 1540, con sólo 11 soldados, amén de 900 indios auxiliares, encargados de conducir los animales domésticos y los víveres. Tomó el camino que Almagro, su antecesor, había utilizado en su viaje de regreso al Perú, vale



CAPITAN PEDRO DE VALDIVIA

Conquistador de Chile.

decir el de los desiertos del norte del territorio. Se le reunieron en Tarapacá Francisco de Villagra, Francisco de Aguirre, Juan Bohón y 105 hombres a sus órdenes. En Atacama la grande (San Pedro de Atacama) se le agregaron, además, otros 25 hombres, reliquias de las expediciones de Candía, Pero Anzures y Diego de Rojas. "Nada refleja mejor su empuje y su temple moral que el hecho de enrolarse en la expedición de Valdivia a un país lejano, infamado por los padecimientos de Almagro y de sus compañeros, apenas se repusieron de su extenuación". (Encina).

Agrega más abajo el mismo autor al referirse al total de los expedicionarios: "Perteneían al número de los pordioseros en la lotería de América: varios habían llegado tarde, a otros les habían fallado algunas de las dotes que conducen al éxito, a muchos les había sido esquiva la suerte. Pero, en vez de quedarse en el Perú, al abrigo de una vida ya asentada y a la expectativa de los trastornos que se presentían, prefirieron encaminarse a un país que no tenía oro; pero en el cual el suelo y el clima les iban a permitir reanudar la vida que dejaron en su patria en condiciones de más holgura. En su inmensa mayoría, eran hombres sanos de alma, empujados como Valdivia, por la sangre, a la creación de un nuevo pueblo. Dentro de los rasgos generales del conquistador español, eran una selección en este sentido".

En Atacama la grande permaneció Valdivia dos meses, a fin de dar descanso a su gente y al ganado y reunir los víveres necesarios para proseguir la travesía del desierto. Había encontrado en el camino zonas aptas para la fundación de la futura capital de su posesión. Su intención, empero, era emplazarla lo más al sur posible, a manera de "base de operaciones" para la conquista y colonización hasta más allá del estrecho de Magallanes. Practicados los reconocimientos del caso, escogió el lugar que le pareció más apropiado. Respondía perfectamente a las necesidades de defensa contra los ataques indígenas, pues quedaba ubicado al pie de un pequeño cerro rocoso llamado Huelén y entre los dos brazos de un río que —dejándolo en el centro, a manera de una isla de un kilómetro de ancho aproximadamente— se volvían a reunir algo más al poniente.

Allí fundó, el 12 de febrero de 1541, una ciudad "en nombre de Dios y de su bendita Madre y del Apóstol Santiago"... "y púsole nombre la ciudad de Santiago del Nuevo Extremo".

## II

Pasaron las semanas y los meses en trabajo constante y como Valdivia observara que los recursos disponibles no eran suficientes para ampliar la conquista del territorio, pensó en solicitar refuerzos al Perú. Logró conseguir del cacique Michimalonco le proporcionara la mano de obra necesaria para extraer oro de los lavaderos de Margamarga, en la desembocadura del río Aconcagua. Se comenzó, también, a construir un bergantín en las playas de Concón, a fin de transportar este oro y mantener comunicación permanente con el Perú, a través del mar. Pero un día cualquiera los indígenas cayeron sorpresivamente sobre los españoles de Concón y dieron muerte a 13 de ellos.

Los pobladores de Santiago del Nuevo Extremo —una simple agrupación de ranchos, por entonces— se sentían abandonados a su suerte, en medio de un conglomerado indígena hostil... circunstancia que invitaba a éste a aniquilarlos en la primera oportunidad. Pronto se dio cuenta Valdivia que tales eran las intenciones de sus enemigos y que serían atacados por la totalidad de las tribus de Aconcagua, de Santiago y de Cachapoal. Con el propósito de dispersarlas antes que se concentrasen, se dirigió contra las de Cachapoal, las más numerosas, con unos 90 a 100 hombres y dejó en Santiago 32 jinetes, 18 arcabuceros y 350 yanaconas, a las órdenes del teniente de gobernador, Alonso de Monroy.

Engreído con el reciente éxito de Concón y sabedor del desguarnecimiento de la ciudad, Michimalonco resolvió concluir con ella. A las 4 de la madrugada del domingo 11 de septiembre, los indígenas empezaron a abandonar los bosques vecinos y a aproximarse a las empalizadas que rodeaban el campamento. Los centinelas estaban sobre aviso, dieron la alarma y, en breve tiempo, los vecinos tomaron los puestos que previamente les habían designado Monroy y el maestro de campo Francisco de Villagra. Los indios se aproximaban a la empalizada y, al amparo de ésta, procedieron a arrojar flechas y piedras en abundancia, juntamente con lanzar unos alaridos que causaban espanto. Los españoles combatían en las peores condiciones, pero resistieron con fortuna hasta la llegada del alba y, a partir de entonces, lograron contrarrestar el ataque con medidas más acertadas; mas su número era corto y hacía imposibles los relevos para descansar. La lucha prosiguió con sin igual encarnizamiento, pues a los defensores no les quedaba otra alternativa que triunfar o morir: uno a uno iban siendo heridos levemente o de cierta gravedad. Irritados los bárbaros al ver que no lograban quebrar la resistencia, pusieron fuego a los ranchos de paja, que se propagó con notable rapidez en toda la superficie del caserío. Sus adversarios no podían pretender apagar el incendio sin abandonar sus puestos y optaron por replegarse a la plaza. Al cabo de doce horas de duro pelear, exclusivamente casi a lanza y a espada, el cansancio empezaba a agobiarlos. Habían muerto dos cristianos y, de los demás, estaban casi todos ellos heridos.

Cuando la situación se tornaba desesperada, doña Inés Suárez, la amiga de Valdivia —la única mujer española que existía entonces en Nueva Extremadura y que, hasta el momento, se había dedicado a la atención de los heridos—, hizo oír su voz para sugerir fueran degollados los siete caciques que, hacía algunos días, capturara el gobernador y capitán general, y que sus cabezas fueran arrojadas a los asaltantes. Sus compatriotas se resistieron a ejecutar tamaña barbaridad, pero ante la insistencia de doña Inés optaron por ceder. Se acordó, además, lanzarse al contrataque aprovechando el desconcierto que produciría la aparición inesperada de las cabezas cercenadas. Efectivamente, cargaron los españoles a pie y a caballo y consiguieron arrollar a los indios en el pedregal del Mapocho, fuente de aprovisionamiento de los guijarros que, en gran profusión, habían arrojado contra la villa.

No pudieron pasar a la persecución, en razón del agotamiento a que habían sido sometidos al cabo de tan prolongada y fiera lucha. A los dos

soldados muertos, a los muchos heridos y a la pérdida de 15 caballos, era preciso agregar la destrucción total de la ciudad, el haberse "quemado la cocina y la ropa y cuanta hacienda teníamos, que no quedamos sino con los andrajos que teníamos para la guerra, y con las armas que a cuenta teníamos y dos porquezuelas y un cochinito y una polla y un pollo y hasta dos almuerzas de trigo".

## B.—Marcha al sur

### I

Algunos días después, Pedro de Valdivia estaba de regreso de su incursión y doloroso le fue contemplar la magnitud del desastre. Pero, lejos de desanimarse, el ilustre extremeño se mostró a la altura de sus brillantes antecedentes. Los indígenas no habían vuelto a atacar, pero iniciado sí la guerra del vacío: se dispersaron, a fin de no servir al invasor y dejaron los campos sin cultivar. Tal circunstancia permitió reconstruir la ciudad, ahora con muros de adobes, a fin de evitar los incendios y sus perjuicios consiguientes. Inés Suárez tuvo especial dedicación al cuidado y multiplicación de los escasísimos animales domésticos salvados de la destrucción, y los habitantes, turnándose de día y de noche, en previsión de nuevos ataques del enemigo, pudieron sembrar el poco trigo disponible y el maíz de los aborígenes, a fin de ponerse a salvo del hambre y de la muerte.

Ello no bastaba. Era preciso recibir ayuda exterior y Valdivia resolvió enviar al Perú a su leal amigo Alonso de Monroy y a cinco compañeros, con cierta cantidad de oro disimulada en el equipo de montar y con los poderes y facultades correspondientes. Partieron los emisarios en enero de 1542 y de los resultados de su misión no se llegó a tener noticia alguna hasta transcurridos dos largos años casi. Mientras tanto, el aislamiento, la amenaza de los bárbaros, el hambre y la miseria ponían a prueba la voluntad y abnegación de los esforzados colonos. Monroy logró llenar cumplidamente su gestión en el Perú y estaba de regreso en Santiago en noviembre de 1543 con 70 hombres y el primero de los socorros de vestuario, material de guerra y otros artículos de primera necesidad.

Del primitivo contingente habían sobrevivido 118 soldados. Con los traídos por Alonso de Monroy, alcanzaron a 190, fuerza que —aunque reducida— permitiría iniciar una nueva etapa en la conquista y colonización de Chile.

Impacientemente por marchar cuanto antes al sur del país, Valdivia salió de Santiago el 11 de febrero de 1546, con 60 jinetes de caballería. La primera resistencia la encontró solamente al aproximarse al Bío-Bío: 300 indios armados de lanzas pretendieron enfrentarlo, pero fueron derrotados sin mayor dificultad. Pero en la noche, mientras dormían los conquistadores, volvieron a caer sobre ellos algunos miles de naturales. Valdivia logró organizar sus fuerzas y, durante dos horas, se combatió furiosamente, hasta que llegó el momento de producirse el desbande de los bárbaros. "En esta batalla, que los historiadores han denominado de Quilacu-

ra, los mapuches, desconcertados por las armas, las corazas y los caballos, que aún no habían aprendido a contrarrestar, no revelaron ni aproximadamente la energía guerrera y la imaginación estratégica y táctica que más adelante iban a desarrollar. Pero ya Valdivia notó su gran capacidad militar y los comparó a los tudescos "por su manera de pelear". (Encina).

Los españoles fueron informados de que los mapuches se concentraban al sur del río, con la intención de caer durante la noche nuevamente sobre el campamento. Presionaron a su capitán para que emprendiese el regreso al norte. Hizolo así éste, dejando las fogatas encendidas y llegó a Santiago después de una ausencia de 45 días.

## II

Los auxilios solicitados por el capitán general a través de diferentes emisarios, encontraban un obstáculo insalvable en las turbulencias del Perú. En vista de ello resolvió ir personalmente hacia allá, a fin de ganarse el título de gobernador por el rey y conseguir los hombres y elementos que permitieran completar la conquista de la Nueva Extremadura. A raíz de la victoria del Presidente La Gasca contra las turbulentas huestes de Pizarro, en Saxahuaman —en la cual Valdivia fue tal vez su principal artífice— obtuvo la recompensa que esperaba: fue designado gobernador y capitán general de la Nueva Extremadura y se le concedió el territorio situado entre el Copiapó en el paralelo 27°/Lat. S. y la bahía de San Pedro en el paralelo 41°/Lat. S. Por el oriente, la gobernación se extendía hasta más allá de la cordillera de los Andes, unas 100 leguas de las costas del Pacífico (aproximadamente a lo largo del meridiano 64° Long. W.).

La obsesión de don Pedro por conquistar el territorio sur era compartida por muchos habitantes de Santiago, que anhelaban obtener nuevas encomiendas. Tan pronto estuvo lista la columna expedicionaria, inició la marcha en dirección hacia su objetivo (comienzos de enero de 1550). El gobernador viajaba en una silla de mano conducida por naturales, en razón de no encontrarse del todo repuesto de una luxación sufrida en el pie derecho y lo seguían 200 infantes y jinetes y numerosos indios auxiliares. Hasta las riberas del Itata, el avance no ofreció otra dificultad que la presentada por el cruce de los ríos, bastante crecidos en esa época. Como Valdivia se sintiera más repuesto, abandonó la silla de mano, montó a caballo y asumió el mando directo de la tropa.

Como soldado experimentado, no descuidaba las medidas de seguridad en la marcha y en el paso al reposo. Los araucanos, a su vez, estaban perfectamente informados —por sus espías— de los propósitos, de los preparativos y de la marcha de los españoles y se alistaban para aniquilarlos u obligarlos a retroceder, como ya lo habían hecho con los ejércitos del Inca, con Gómez de Alvarado en 1536 y con el propio Valdivia en 1546. No escasearon aquellas partidas que pretendieron perturbar la marcha y que fueran rechazadas. El primer encuentro serio se produjo en el cruce del Laja. Un numeroso cuerpo de indios —que Valdivia apreció en unos 900 a 1.000— pretendió impedirles el paso, mas Pedro de Villagra, adelantado con la vanguardia, los desbarató en una resuelta carga a caballo y les hizo algunos prisioneros.

La expedición llegó al Bío-Bío el 24 de enero. Construían los españoles algunas balsas para pasar a la otra orilla, cuando un número considerable de mapuches lo cruzó a nado, se dejó caer sobre ellos e impidió el cruce por esa parte. En busca de un sector libre de enemigos, los conquistadores comenzaron a remontar el río por su orilla derecha; pero habían apenas avanzado dos leguas hacia el oriente y ya un nuevo ataque de los naturales los obligó a sostener un combate más reñido aún. Actuación destacada le correspondió, ahora, a Jerónimo de Alderete: rechazó a los indios sin sufrir una sola pérdida y les capturó gran número de "carneros de la tierra" (guanacos).

El avance de la columna resultaba así un continuo batallar, pues la tenacidad de los indios era tal que no había tregua ni de día ni de noche, aun cuando semidesnudos, mal armados y peor conducidos caían por centenares bajo el fuego o el acero de los *huincas*. Durante los ocho días que anduvieron éstos en la llamada isla de La Laja, los araucanos los acometieron con un tesón increíble. Valdivia, veterano en varias campañas en Europa y en el Perú, estimó que eran éstos los enemigos más terribles con que los conquistadores se hubieran topado en el Nuevo Mundo. Con unos 50 jinetes atravesó el Bío-Bío y, durante dos días, lo recorrió en dirección al mar; pero encontró tanta y tan porfiada hostilidad a su paso, que prefirió dar la vuelta en demanda de los suyos.

### C.—Combate de Andalién

Resuelto a regresar, en busca de un puerto a través del cual pudiera recibir los refuerzos que esperaba, repasó el Laja y se detuvo en la villa de Andalién. Al pasar al reposo, tomó las medidas de seguridad correspondiente, es decir, que la mitad de la gente velara durante la noche, mientras dormía la otra mitad y que el relevo se realizara cada seis horas.

A eso de las 10 de la noche del segundo día, el 22 de febrero, se dejó caer sobre el campamento una masa que algunos cronistas han hecho llegar hasta 15 y 20.000 guerreros, en tres agrupaciones. "Atacaron con tal ímpetu y alarido —escribía Valdivia— que parecían hundir la tierra, y comenzaron a pelear de tal manera, que prometo mi fe que ha treinta años que sirvo a vuestra majestad y he peleado contra muchas naciones y nunca tal tesón de gente é visto jamás en el pelear".

Los extremos de las alas estaban apoyados en las lagunas del valle y esta circunstancia permitió a los españoles concentrar sus esfuerzos en el frente. Las masas compactas de mapuches los envolvían por todas partes y las pesadas macanas, manejadas con vigor y habilidad, hacían encabritarse a los caballos y retroceder continuamente. La derrota de los conquistadores era cuestión de horas y no les habría quedado otro camino que la fuga, puesto que la obscuridad de la noche y el desconocimiento de la zona no les habría permitido una retirada en orden. El gobernador lo comprendió así y, como último recurso, ordenó desmontar y continuar el combate a pie. El equilibrio se restableció y los indios, agotados por tantas horas de sostenido esfuerzo, comenzaron a vacilar y terminaron por pronunciarse en franca derrota.

Los españoles tuvieron un solo muerto y 60 soldados y 60 caballos heridos. En cuanto a las bajas de los mapuches fueron tantas que no ha sido posible precisarlas.

## D.—Combate de Penco

### I

Luego de tomarse sólo el tiempo necesario para la curación de los soldados y de los caballos heridos, Valdivia prosiguió su marcha y el día 25 fue a establecerse a la orilla del mar, en un lugar llamado Penco, dentro de la bahía de Talcahuano y que ya había reconocido en 1546. Con la colaboración de su gente logró abrir una ancha y profunda zanja en semicírculo alrededor del campamento. Se cortaron árboles en los bosques vecinos y, en veinte días de labor incesante, fue construido un cercado de maderos gruesos y entretajidos y el fuerte fue "tal é tan bueno que se puede defender de franceses, el cual se hizo a fuerza de brazos".

El 12 de marzo, poco después de mediodía, se presentaba el enemigo en "infinitísima cantidad". El gobernador estimó su número en 80.000 hombres. Según el señor Encina no debe haber excedido de los 15 a 20.000, "pero no hay base alguna que permita hacer un cálculo fundado". Daba la impresión que los naturales pretendían dirigir su ataque contra cuatro puntos a la vez, pero sus agrupaciones se presentaban tan separadas entre sí que no podían socorrerse mutuamente. Valdivia pensó en defenderse en el recinto del fuerte; mas Pedro de Villagra, que había demostrado ya grandes condiciones para la conducción militar, lo disuadió de la idea. En vez de quedar sitiados por la masa de asaltantes, era preferible aprovechar la luz del día y buscar la decisión en una carga a caballo. El capitán general ordenó que saliera al campo Jerónimo de Alderete con 50 de sus jinetes y que atacara a la agrupación que avanzaba contra la puerta del fuerte y que más próxima se encontraba a éste. La carga fue decisiva: el enemigo se vio obligado a volver caras e igual cosa hicieron las columnas restantes, dominadas por el pánico.

Quedaron en el campo más de 1.500 indios y dejaron en poder de los vencedores 400 prisioneros.

### II

El afán creador de Valdivia sólo necesitaba la tranquilidad de la paz para actuar. Resuelto a fundar otra ciudad en el corazón mismo de la Araucanía, recorrió el territorio a fin de recoger informaciones para los efectos del reparto de encomiendas. En enero de 1552 fundó la ciudad de La Imperial, en febrero, la ciudad de Valdivia, y en abril, la de Villarrica. Con sus expedicionarios llegó, en su reconocimiento, hasta el seno de Reloncaví y regresó a Concepción con el propósito de preparar, durante el invierno, la ansiada expedición al estrecho de Magallanes.

Las empresas de reconocimiento se extendieron también hacia el otro lado de la cordillera, o sea las regiones de Tucumán y de Cuyo que, de acuerdo con la concesión extendida por La Gasca, formaban parte del territorio de la Nueva Extremadura.

### E.—Levantamiento general: Tucapel.

#### I

La dispersión que de sus fuerzas había hecho Valdivia, era —a todas luces— excesiva. Este error incalificable estimuló la rebelión general de los mapuches, pues se les presentaba la oportunidad de batir a los conquistadores por separado. Los síntomas de inquietud se hicieron presentes con sublevaciones parciales, como la de la isla de Pucureo, entre Villarrica y La Imperial. Los indios asesinaron a Alonso de Moya, comandante del pucará de la citada isla, hirieron a los 14 soldados que allí estaban y los habrían muerto a no ser por la llegada providencial de Francisco de Villagra. Estos hechos habrían puesto posiblemente sobre aviso a Valdivia, a no mediar el errado concepto que acerca del valer militar de los mapuches tenía y el entusiasmo que despertó el descubrimiento de las minas de oro cerca de Concepción y de otros lavaderos ubicados hacia el sur, hasta La Imperial.

Como medida de seguridad instaló una guarnición en el asiento minero de Quilacoya y otra de 12 hombres en el fuerte de Arauco. En octubre de 1553 hizo construir los fuertes de Tucapel y de Purén y les concedió 12 hombres a cada uno y ordenó, por último, a los encomenderos vecinos al Malleco, se reunieran en una villa que denominó de Los Confines (Angol).

Estas medidas serían del todo ineficaces en el caso de un levantamiento en masa; paralelamente al hecho de que los mapuches estaban en condiciones de concentrar sus guerreros y de batir al adversario en detalle, Valdivia se colocó en la imposibilidad de reunir, en un momento dado, siquiera unos 200 hombres. Como si hubiera querido agravar intencionalmente su situación de debilidad, envió una expedición marítima de reconocimiento del estrecho de Magallanes, a las órdenes de Francisco de Ulloa (septiembre de 1553) y otra al sur, de 65 hombres, llegó hasta el Reloncaví, con Francisco de Villagra. Más aún, despachó desde La Imperial a Pedro de Villagra a reconocer la región del otro lado de la Cordillera, donde existían —según los indios— grandes salinas. Se trataba del actual territorio de Neuquén.

#### II

A pesar de la confianza en el poderío y eficacia de sus fuerzas en cualquiera eventualidad, Valdivia despachó a Gabriel de Villagra, desde Concepción, con algunos soldados, a guarnecer la ciudad de La Imperial y a Diego de Maldonado, con 4 hombres, a Tucapel. Los indios atacaron a Maldonado cuando marchaba a cumplir su misión y sólo escaparon con vida éste y uno de sus compañeros.

Los pocos soldados que guarnecían a Tucapel estaban comandados por el capitán vizcaíno Martín de Ariza, "hombre experimentado en las guerras" y acostumbrado a vencer. Esta vez, sin embargo, se alarmó a la vista de la insurrección que se perfilaba y procedió a capturar a algunos de los caciques de los alrededores. Pero aunque guardaron éstos celosamente su secreto, el capitán creyó de su deber informar del caso al gobernador y de pedirle auxilios a la brevedad. Un día cualquiera los bárbaros atacaron resueltamente el fuerte. Luego de una breve paralogización por lo inesperado del hecho, los españoles reaccionaron y embistieron con tal furor, que —a pesar de la superioridad numérica de los agresores— los pusieron en desordenada fuga. Ariza quiso aprovechar esta coyuntura para perseguirlos y aun para arrojarlos contra otra agrupación que venía en auxilio suyo. Mas, como hubiera perdido algunos de sus soldados y estaban casi todos mal heridos, prefirió resistir en el fuerte. Aunque se había comprometido a esperar allí la ayuda que solicitara, comprendió que no podría permanecer indefinidamente en el lugar. Al anochecer emprendió con sus hombres la fuga a caballo y en la mañana del día siguiente penetraban todos ellos, extenuados de fatiga, en el fuerte de Purén, con la noticia del levantamiento de los bárbaros y de sus primeros triunfos.

Los indios, mientras tanto, habían puesto fuego a las palizadas de la abandonada fortaleza de Tucapel y enviado emisarios en todas direcciones a anunciar su victoria.

### III

El comandante del fuerte de Purén estimó necesario solicitar refuerzos a La Imperial. Quiso la casualidad que en esos momentos llegara a la ciudad Juan Gómez de Almagro, alcalde de Santiago y soldado de valor reconocido. En ausencia de Pedro de Villagra, que andaba en busca de unas salinas en la región de Neuquén, el Cabildo pidió a Gómez de Almagro acudiese con sus soldados en auxilio de Purén.

Al tercer día de su llegada a este último, el 14 de diciembre de 1553, se presentaron los araucanos en cinco agrupaciones, con un total de unos 4 a 5.000 hombres. El capitán salió al frente de 17 jinetes, 4 arcabuceros y de unos 300 a 400 indios auxiliares y cargó tres veces sobre los asaltantes, sin obtener resultados dignos de mención: los mapuches habían introducido modificaciones en su manera de combatir. Opusieron a los caballos enjambres de lanzas y emplearon activamente sus porras y sus macanas, en vez de precipitarse ciegamente sobre el enemigo, como estaban hasta entonces acostumbrados a hacerlo. En vista de la inutilidad de las cargas y de contar con varios hombres heridos, el jefe español se encerró en el fuerte a eso del mediodía. Despachó indios amigos a La Imperial y a Los Confines con peticiones de auxilio y, al caer la tarde, luego de haber concedido descanso a sus soldados, dio una nueva carga con 11 jinetes, 6 infantes y numerosos indios auxiliares. Esta vez los mapuches cedieron el campo —¿una estratagema, quizás?— y el capitán comunicó su triunfo a Valdivia, a fin de entusiasmarlo a que prosi-

guiera su marcha a Tucapel. Los indígenas estimaron más provechoso no interceptar los mensajes, a fin de que ellos llegaran sin dificultad a su destino...

Desde La Imperial fue remitido un nuevo refuerzo en socorro de la gente de Purén y pudieron reunirse, así, 34 soldados. El capitán general recibió el parte de Gómez de Almagro en Quilacoya y desde allí le ordenó dejara una guarnición en Purén y marchara a reunirse con él en Tucapel el 25 de diciembre, a fin de proceder a la reedificación del fuerte. En cumplimiento de su misión —y pese a los insistentes ruegos de los habitantes de que no los abandonara a su suerte— el capitán se preparó para partir en la noche del 24, con 13 hombres escogidos. Listo para emprender la marcha, la ronda le presentó a un indio que acababa de coger en los contornos del fuerte. Por él se supo que había unos 17 levos de mapuches en los alrededores, prestos a caer sobre el fuerte. Gómez de Almagro decidió quedarse; había leído en público la carta de Valdivia y probable era que los espías la hubieran transmitido a sus caciques. Ella puede haber sido también la base del hábil plan de Lautaro: detener al capitán con un falso amago en Purén y caer con todos sus guerreros sobre Valdivia en Tucapel.

#### IV

Croquis N.º 2

Mientras tanto, los mapuches habían convocado a una junta general, a fin de acordar los detalles en la conducción de la campaña. En un momento dado, pidió la palabra un mocetón de unos 18 años de edad, llamado Lautaro. Luego que le fue concedida, hizo ver a los caciques que los españoles no eran invencibles y que no constituían un solo cuerpo con sus caballos, como muchos seguían creyendo y que ambos eran, además, mortales y estaban expuestos a las enfermedades y a las fatigas. Que su número era tan reducido, que el total de ellos debía participar en la acción y no les era posible, en consecuencia, apartar una reserva para la decisión final. Que para derrotarlos no era conveniente un ataque en masa y en desorden, como era uso y costumbre hasta entonces, sino una serie de ataques sostenidos con vigoroso tesón y renovados incesantemente por agrupaciones frescas.

La asamblea acordó entregar la conducción de la nueva campaña al joven Lautaro. Este procedió, de inmediato, a elegir el terreno adecuado para el caso: fue la meseta en donde habíase levantado hasta hacía poco el fuerte de Tucapel. Colocó los cuerpos más numerosos detrás de unos pajonales y bosques vecinos, a fin de que no fueran vistos por los españoles sino hasta el último momento.

El general D. Indalicio Téllez describe así el plan de ataque concebido por Lautaro: "Convencido de que en un choque con los españoles su ejército llevaría siempre la peor parte, se propuso hacer de la batalla no un encuentro formidable, sino tantos encuentros parciales como fueran necesarios para agotar las fuerzas de sus adversarios en un combatir incesante y siempre renovado"... "Para producir los choques sucesivos, dividió su ejército en seis fracciones, asignando a cada una

un comandante y reservándose la mayor parte para constituir con ella la reserva y dar el golpe decisivo"... "Distribuyó sus unidades en el campo de manera que no se estorbaran en su acción y cuidando a la vez de que los ataques se produjeran cuesta abajo, para restar energía a los caballos de los españoles, obligándolos a cargar cuesta arriba".

El 26 de diciembre se encontraba la columna de Valdivia a corta distancia del fuerte de Tucapel y no tenía la menor noticia del refuerzo que había pedido a La Imperial. Prosiguió su camino hasta las proximidades del citado fuerte, cuyos escombros aún humeaban; pero no se veía un solo hombre ni se oía el menor ruido. Cuando los conquistadores llegaron a la parte alta de la loma se vieron amenazados en su frente por un enjambre de guerreros araucanos, que atronaban el aire con "grandísimo alarido y sonido de muchas cornetas". Sin vacilar, el gobernador dividió su tropa en tres fracciones y ordenó que la primera avanzase en el acto contra el enemigo. Cuando hubo dispersado esa primera fracción indígena, un nuevo cuerpo de mocetones salió a la palestra: una segunda fracción de jinetes logró derrotarlos y obligarlos a huir en todas direcciones. Pero la fatiga natural, al cabo de algunas horas de lucha, el calor ardiente de ese día de verano y el deseo de resolver cuanto antes tan arduo problema, impacientaban a los castellanos.

Se presentaron, sucesivamente, una tercera, una cuarta y una quinta agrupaciones de refrescos y el bizarro extremeño, "viendo que no podían hazer el efecto que deseaba, dejando por guarda de el bagaje diez hombres, rompió el mismo con veinte y seis buenos soldados que le quedaban, que cierto Valdivia era buen soldado y de buena determinación, con grande ánimo" (Góngora Marmolejo). Nuevo y fatal fracaso. La derrota fue total y absoluta y perecieron todos los españoles e indios auxiliares y ni el mismo ilustre capitán general logró escapar. Sus cabezas fueron ensartadas en picas y paseadas en las tierras de Arauco, como trofeos de victoria, a fin de excitar a sus habitantes a la rebelión.

#### F.—Los catorce de la fama.

Juan Gómez de Almagro —se dijo— esperaba, en la noche del 24 de diciembre, el asalto de los 17 levos que le anunciara el espía mapuche capturado por la ronda. En la mañana siguiente, a la misma hora en que Valdivia se encaminaba a Tucapel, Gómez recorrió los alrededores y, al no encontrar ni rastros de los indios, se dio cuenta del engaño de que había sido víctima. Partió esa misma noche a Tucapel con los 13 soldados que previamente había escogido y algunos indios auxiliares. Los 14 jinetes penetraron resueltamente en la cordillera de Nahuelbuta.

Los naturales de la comarca los dejaron pasar sin dificultad alguna y procedieron a tomar una serie de medidas destinadas a cortarles la retirada.

En la mañana del 26, al llegar al valle de Ilicura —a unas tres leguas de Tucapel— se encontraron con numerosos mapuches armados y que, con gran alboroto, celebraban su victoria contra el gobernador. A golpes de lanza consiguieron llegar a las inmediaciones del fuerte. A su

paso les gritaban los indígenas que se rindieran, pues ya el capitán general y todos sus soldados habían sido muertos en un reciente encuentro. El capitán no dio crédito a la noticia, dispersó a los salvajes y continuó su marcha sin la menor vacilación. Mas, tuvo pronto que rendirse a la evidencia: éstos empezaron a presentarse con los despojos de los vencidos, vale decir armas, equipo, vestuario, etcétera.

Los 14 jinetes llegaron hasta el fuerte y desmontaron a fin de dar descanso a sus cabalgaduras. Aparecieron pronto varios grupos de mapuches que los acometieron con tal ímpetu, que alcanzaron apenas a montar. El encuentro duró hasta la puesta del sol. Estaban tremendamente fatigados y casi todos heridos y masas compactas de enemigos, constantemente renovadas, los tenían completamente cercados. Durante la noche, sin embargo, lograron abrirse paso y escapar, dejando abandonados a sus indios auxiliares, que no podían seguir la marcha de los caballos. Acosados por todas partes, Gómez de Almagro y sus compañeros desplegaron entonces un valor casi sobrehumano. Sus caballos estaban exhaustos y no podían moverse libremente dentro de los bosques y en el suelo de tan accidentada topografía. Cuenta Barros Arana que Juan Morán de la Cerda, andaluz "gravemente herido de un flechazo, se arrancó con su propia mano el ojo que pendía sobre su rostro, para seguir peleando más desembarazadamente".

Uno tras otro habían ido cayendo los españoles bajo los golpes implacables de sus tenaces enemigos. Los ocho sobrevivientes, extenuados de fatiga, acosados por el hambre y abrumados por el quemante sol de verano, al llegar al paso estrecho que cierra el valle de Ilicura, se dividieron en dos grupos. Uno, de tres jinetes, penetró en la angostura y allí pereció Alonso Cortés; Gómez de Almagro y Gregorio de Castañeda lograron franquearla sin gran dificultad. Los cinco restantes tuvieron la fortuna de burlar a sus perseguidores, a través de un rodeo y al final se reunieron todos en el valle. Juan Gómez estaba mal herido y su caballo había perecido desangrado. A la distancia se divisaba una multitud de indígenas que venían siguiendo a los fugitivos por las huellas. El capitán resolvió sacrificarse a fin de salvar las vidas de sus compañeros. "Señores —les manifestó— si aquí aguardáis para favorecerme, todos seréis muertos. Idos, que yo estoy mal herido. Más vale que yo solo muera que no todos".

Se internó en un bosquecillo próximo y desde el camino los seis españoles oyeron, poco después, los gritos de alegría de los indios al dar con el caballo muerto y divisaron los hachones encendidos con que buscaban al infortunado oficial. Dos horas antes del amanecer llegaban al fuerte Purén, extenuados y profusamente cubiertos de heridas. Bien sabían los pobladores del citado fuerte la suerte que les aguardaba, de manera que, al amanecer el nuevo día, iniciaron el éxodo hacia La Imperial. A unas tres leguas de camino un yanacona se acercó a informarles que cerca de Purén había un español muy mal herido. Cinco jinetes se dirigieron hacia el fuerte, que ardía envuelto en llamas y, al no encontrar a su compañero, emprendieron el regreso. Repentinamente apareció en el camino el propio Juan Gómez de Almagro, "a pie, descalzo, mal herido, desfigurado"... pero empuñando aún su espada. Había bus-

cado refugio en un matorral y allí lo encontró el yanacona que dio el aviso.

Este grupo de soldados, actores de tan magnífica odisea, ha pasado a la Historia con el honroso calificativo de "los catorce de la fama".

## G.—Conclusiones militares.

### 1.—*Los objetivos*

#### a) *Por parte de los españoles.*

Pedro de Valdivia tuvo en sus campañas el objetivo primordial de conquistar y ocupar el máximo de territorio. Este objetivo era aceptado plenamente por sus compañeros de armas por cuanto significaba la posibilidad de aumentar las encomiendas y con ellas, sus riquezas.

Sin embargo, para ocupar un territorio es necesario conquistarlo primero, ya que de otra manera la ocupación resultaría efímera, pues se mantendría una lucha constante que no permitiría obtener los frutos de la ocupación. En el imperio de los aztecas y en el de los incas, los españoles ocuparon el territorio aborigen y se establecieron en ciertos lugares de importancia, más bien política que estratégica; su presencia permanente fue suficiente para hacer del indio un sirviente.

En Arauco, el problema se presentó totalmente diferente y eso fue lo que Valdivia no llegó a comprender totalmente; al indio araucano no se le iba a dominar sólo por presencia, sería necesario destruir primero su espíritu combativo. De ahí que la fundación de fuertes aislados y guarnecidos con escasas fuerzas de casi nula potencia ofensiva, no fue la mejor solución. A la muerte del gobernador y ante la reacción unida de los araucanos, todas las guarniciones abandonaron sus fuertes para buscar un refugio más seguro. Con eso se perdió todo lo ganado con la campaña.

#### b) *Por parte de los araucanos.*

El objetivo de los araucanos fue mucho más directo y acorde a las exigencias bélicas: "la destrucción del invasor". El se buscó en toda circunstancia aun cuando, antes de Lautaro, con una notable pérdida de esfuerzos en acciones secundarias y de escasa trascendencia.

### 2.—*Aplicación de principios.*

#### a) *Selección y mantenimiento del objetivo.*

(1) Ya se expresó que el objetivo seleccionado por los españoles fue el de ocupar territorio araucano.

Si analizamos ese objetivo de acuerdo a los requisitos que deben tenerse en cuenta en la selección llegaremos a las siguientes conclusiones: La ocupación, por sí misma, no iba a lograr la conquista del territorio araucano; por otra parte, empeñarse en una campaña hacia Arauco sin

tener una dominación absoluta en el norte y centro, resultaba muy peligroso.

Fue apropiado el establecimiento en Concepción como lugar geográfico favorable, pero desde ese fuerte debió iniciarse la acción contra el aborigen directamente y no dispersarse las fuerzas en diferentes establecimientos de muy poca potencia militar.

—Los escasos medios con que contaba Pedro de Valdivia no le permitían pensar en dominar totalmente el territorio araucano. La instalación de fuertes habría sido apropiada si en cada uno de ellos pudiera haber existido una guarnición capaz de dominar los territorios adyacentes por medio de excursiones ofensivas.

—La dispersión de fuerzas en guarniciones distantes no daba una solución definitiva; aun cuando ellas se hubieran mantenido no habrían alcanzado la meta de conquista pues eran netamente defensivas.

(2) Los araucanos, como se indicó anteriormente buscaron, como objetivo, la destrucción del español; sin embargo no tuvieron éxito, hasta la aparición de Lautaro, pues nunca fueron tenaces para mantenerlo y procurar alcanzarlo. Apenas logrado un éxito parcial, los indios empezaban a celebrar su triunfo sin saber o querer explotar los efectos de él. Aun el mismo Lautaro debió, más tarde, aceptar esa funesta costumbre que impidió lograr una victoria definitiva.

#### b) *Ofensiva.*

(1) Los españoles actuaron, en principio, ofensivamente, pues invadieron territorio araucano; pero esa invasión, como ya se ha repetido, tuvo como finalidad asentar la ocupación mediante el establecimiento de fuertes que actuarían defensivamente.

(2) Los araucanos, por su parte, aun cuando eran los invadidos, siempre actuaron ofensivamente. Sus ofensivas fueron sorpresivas y dirigidas sobre partes vulnerables del dispositivo enemigo, pero carente de tenacidad para obtener resultados provechosos de ellas. El esfuerzo ofensivo inicial no era mantenido y con ello, resultaba infructuoso.

#### c) *Libertad de acción.*

(1) El español la tuvo hasta que se amarró en los fuertes fundados; en ellos esperó el ataque araucano o trató de sofocarlos mediante débiles excursiones primitivas. Hubo mucho más reacción que acción. No se buscó al araucano para destruirlo sino que se esperó que él atacara para contenerlo.

La necesidad de mantener el fuerte de Tucapel atacado por Lautaro fue la causa de que hacia allí concurrieran y fueran destruidos Pedro de Valdivia desde Concepción y Gómez de Almagro desde Purén.

(2) Si bien es cierto, los araucanos tenían la libertad de acción suficiente para elegir el momento y el lugar de sus ofensivas, estuvieron fuertemente limitados por las rivalidades entre las tribus, la muy escasa disciplina guerrera y la costumbre de celebrar sus victorias antes de obtener el triunfo definitivo.

d) *Economía de las fuerzas.*

No se aplicó este principio ni por parte de los españoles ni de los araucanos (antes de Lautaro). Los conquistadores dispersaron excesivamente sus fuerzas lo que les impidió ser fuertes en todas partes.

Los araucanos no actuaron concentrando sus fuerzas sino que lanzando ofensivas poco potentes y poco tenaces. Sin embargo, Lautaro logró reaccionar y el combate de Tucapel es un ejemplo en la aplicación de este principio, tanto en su aspecto de regulación del esfuerzo (ataque sucesivo de diferentes agrupaciones) como en el de dosificación de medios (masa sobre un punto débil enemigo).

c) *Sorpresa.*

En un comienzo, el español logró sobre los indígenas una sorpresa moral y técnica; pero ello fue desapareciendo cuando sus adversarios fueron conociendo sus armamentos y equipos de guerra. Sin embargo, el conquistador nunca buscó la sorpresa táctica o estratégica sino que se limitó a buscar seguridad contra las sorpresas araucanas.

El indio siempre actuó por sorpresa aún cuando no aplicó acertadamente los principios que la rigen. Eligió el momento y lugar más oportunos, pero salvo en Tucapel, no actuó con potencia suficiente ni explotó adecuadamente los efectos obtenidos.

### III.—FRANCISCO DE VILLAGRA Y LAUTARO

#### A.—Batalla de Marigüeñu.

##### I

La noticia del desastre de Tucapel y del infortunado episodio de "los catorce de la fama" tuvo una dolorosa repercusión en las poblaciones españolas. Fue, en buenas cuentas, la señal del desbande: las guarniciones de Los Confines y de Villarrica huyeron a La Imperial y la de Arauco y sus pobladores se precipitaron sobre Concepción. Todas las miradas se volvieron, al mismo tiempo, hacia el teniente de gobernador Francisco de Villagra, capitán "valiente e impetuoso como pocos", que contaba con generales simpatías entre los pobladores y el elemento militar.

Se encontraba de paso por Valdivia cuando recibió la triste y fatal nueva. Emprendió inmediatamente el regreso a Concepción, con los 65 hombres que lo acompañaban en su expedición al sur. El 26 de enero de 1554, tres horas después de llegado Villagra, las autoridades lo nombraron capitán general y justicia mayor de la ciudad. Comenzó por enviar mensajes a las tribus vecinas, a través de los cuales ofrecía perdón por los sucesos ocurridos últimamente y proponía una tregua de paz. En respuesta, recibió sólo palabras insultantes y amenazadoras.

Recobrados ya del susto, los pobladores de Concepción se dieron cuenta que, mientras ellos permanecían encerrados en la ciudad, los indios arrasaban impunemente los campos y llevaban consigo los ganados. Era preciso optar entre una enérgica campaña contra ellos o el despueblo de Concepción. Villagra, resuelto a tomar la ofensiva, hubiera deseado esperar el refuerzo solicitado a Santiago; pero, en vista de la demora, decidió salir a campaña con sólo las fuerzas que tenía en la mano. De los 216 hombres que había en la guarnición, eligió los 154 mejores y los reforzó con 6 cañones (los primeros que se emplearían en el reino de Chile), de bronce, bien fundidos, de calibre sistemado y de una longitud apropiada para los efectos de su mayor alcance posible. Por último, 30 arcabuces y unas mantas (2) de madera destinadas a proteger a los arcabuceros de las flechas y de las hondas de los naturales.

La columna emprendió la marcha hacia Arauco el 24 de febrero de 1554.

## II

Croquis N.º 3

Al tercer día de marcha, luego de atravesar el estero de Colcura, encontráronse los expedicionarios delante de las empinadas serranías de Marigüéñu y de Laraquete. En su tránsito encontraron únicamente soledad y silencio, circunstancias que inquietaron a Villagra y lo movieron a intensificar sus medidas de seguridad. En la tarde, después de trasmontrar la primera porción de la montaña, llegaba a vivaquear en el valle de Chivilingo y ni la menor señal de presencia del enemigo llegó a turbar el reposo en la noche.

Al amanecer del día siguiente las tropas estaban en pie, proseguían su marcha hacia el sur y escalaban confiadamente la segunda montaña por senderos menos ásperos que los recorridos el día anterior, pero cubiertos sus alrededores de espesos bosques. Próximos a una especie de planicie, una gritería espantosa, que parecía traspasar los oídos, les reveló repentinamente la presencia del enemigo en todo su derredor. El intrépido Alonso de Reinoso, que marchaba adelantado con la vanguardia de unos 30 a 40 hombres, ordenó romper el fuego de los cañones que conducía. Las balas hacían grandes estragos entre los indígenas, pero no conseguían hacerlos retroceder. Resultó, en cambio, más eficaz una carga a caballo, pues desorganizó las primeras agrupaciones mapuches y las obligó a buscar su salvación en las laderas. Pero, cual océano inmenso, una nueva oleada de guerreros entraba a reemplazar a la anterior...

Villagra quiso ganar la planicie de la cumbre, que era extensa, limitada al oriente por un bosque impenetrable y cortada a pique por el lado del mar. En el bosque, precisamente, tenía Lautaro reunidas sus fuerzas.

Continuó Villagra el ascenso del camino en zigzag, hostilizado por los indios, que ocupaban sus costados y no advirtió que éstos iban cerrando dicho camino con grandes árboles y levantando —al mismo tiempo— al-

(2) Según el DICCIONARIO MILITAR, de Almirante, se trata de una máquina tectoria o cubridora; de aparato de ataque o aproche.

barradas. Ganada la cumbre y como el número de combatientes aumentara, tomó la formación más apropiada y emplazó los cañones de artillería. El combate se inició como en Tucapel: la primera agrupación mapuche retrocedió hacia el bosque, luego de sufrir grandes pérdidas. Apareció un segundo, un tercero, un cuarto cuerpo... y así sucesivamente. A partir del mediodía, después de cuatro horas de lucha incesante, los españoles empezaron a sentirse anonadados; eran víctimas, por una parte, del calor, el cansancio, la sed y el polvo de tierra y, por la otra, de la renovación siempre constante de fuerzas mapuches frescas.

Villagra se batía en primera fila, con coraje sobrehumano y con una energía física asombrosa. Los indígenas, al advertir que era él el jefe, lo lacearon del cuello y lo echaron a tierra y difícilmente lograron rescatarlo sus soldados, ensangrentado su cuerpo, sin celada y luego de haber sido arrastrado un buen trecho. Era la una de la tarde. Los españoles, visiblemente desmoralizados, heridos casi todos, se sentían en los bordes de la derrota y Villagra hizo lo humanamente posible por animarlos con la palabra y con el ejemplo; pero ya ni los caballos obedecían... Hubo un momento de suspensión del combate, que los indios aprovecharon para darse un descanso e ingerir algunos alimentos; pero pronto estuvieron en pie nuevamente y se precipitaron a la carga con mayores bríos. Tres horas después, al cabo de ocho horas de incesante combatir, el agotamiento material se impuso a los espíritus más esforzados. Lautaro, que advirtió tal circunstancia, se lanzó sobre la artillería y los bagajes al frente de poderosas agrupaciones frescas. Separó a los españoles en dos partes, mató a los 20 soldados que servían las piezas y a la casi totalidad de los indios auxiliares y se llevó los cañones a la rastra.

Convencido Villagra de la inutilidad de sus esfuerzos, impartió la orden de retirada e indicó una ladera por donde era más viable la operación. No consiguió, sin embargo, que ella se realizara ordenadamente: presas del pánico, los soldados se dieron a la fuga. Villagra, hombre de un temple extraordinario, multiplicó su energía hasta lograr se constituyera un núcleo de 30 a 40 combatientes, dispuestos a defender palmo a palmo la retirada de los suyos. Desgraciadamente para ellos, Lautaro había tomado las medidas del caso para la persecución. Cerró el camino en un punto en que se bifurcaba y dejó libre un sendero escabroso, donde sus guerreros aguardaban a los vencidos para arrojarlos al abismo con sus caballos. Muchos fueron los que allí encontraron la muerte y habrían perecido en su totalidad si Villagra no hubiera logrado abrir un agujero en la albarrada próxima.

Al salir al llano consiguió reunir 20 hombres. Se cuenta que, al ver a uno de sus soldados acosado por numerosos indios, se lanzó en medio de ellos y logró rescatarlo... aunque tan mal herido, que murió poco después. Los enemigos se presentaban en escasa proporción; pero era preciso alcanzar el Bío-Bío rápidamente, antes que éstos se llevaran las barcas. Las barcas estaban en la orilla, por suerte, y se realizó el paso de la gente y de sus cabalgaduras sin embarazo alguno.

En la noche empezaron a llegar los dispersos a Concepción, todos a pie, heridos y tan extenuados que apenas podían moverse. Los más habían hecho abandono de las armas, a fin de librarse de su peso, si es que no las

habían perdido en la batalla. Del balance de la jornada resultó que de los 154 soldados que habían salido con Villagra de la ciudad, regresaron solamente 66. El número de españoles muertos ascendía, pues, a 88 y de los 66 sobrevivientes, habían de morir 4 ó 5 más, a consecuencia de las heridas recibidas.

### III

No es para descrito el pánico que se apoderó de los pobladores de Concepción al ver llegar en tan calamitoso estado a las reliquias del que fuera lucido Ejército de Villagra. Nadie pensó en otra cosa que en huir y, sin que el capitán general lo pudiera evitar, se produjo el despueblo completo de la ciudad. Los que pudieron, escaparon por mar y el resto, por tierra hacia Santiago.

La falta de persecución de los indígenas hizo posible la retirada que, de lo contrario, habríase transformado en un desastre de proporciones imprevisibles.

#### B.—La defensa de La Imperial

Llegado a Santiago, Villagra con sus soldados y los restos de la población de Concepción, se perdió mucho tiempo en definir a quién correspondía —por fallecimiento de Pedro de Valdivia— el mando del reino. Sólo seis y medio meses después, el 2 de noviembre de 1554, pudo partir en socorro de las dos ciudades que habían quedado entregadas a sus propios recursos: La Imperial y Valdivia. Desde que asumió el poder en la capital todos sus esfuerzos se concentraron en los preparativos de su expedición al sur. Los soldados habían perdido sus armas, sus caballos, sus ropas y todos sus bienes. Villagra gastó en equiparlos toda su hacienda y debió hasta vender sus propios muebles.

De los 175 soldados que logró reunir dejó en Santiago 128 y emprendió, con el resto, la marcha. Pasado el Maule, tuvo que dispersar algunos grupos de indios que se empeñaban en hacerle creer que su expedición era inútil, que habían incendiado La Imperial y aniquilado a sus defensores y que lo esperaban a él en el camino con la misma intención. En veintidós días llegó a Quinel, a una jornada del Bío-Bío, lo atravesó resueltamente, a pesar de las dificultades opuestas por los mapuches y tomó el camino de La Imperial.

En esta ciudad no se tenían noticias de Francisco de Villagra, desde que saliera de ella, en la segunda quincena de enero, hasta septiembre del mismo año. Los indígenas guardaron el secreto de su victoria en Marigüeñu y de la caída de Concepción. De todos modos, sus pobladores —especialmente Pedro de Villagra (primo del anterior) y sus soldados— habían resuelto oponer la más enérgica resistencia a toda agresión enemiga. El audaz capitán empezó por fortificar la ciudad, la rodeó de fosos y parapetos y distribuyó su guarnición —150 hombres— en cuadrillas, con sus respectivos comandantes y con misiones precisas para el caso de un asalto. Pero los indígenas, distraídos con el triunfo de Marigüeñu o ante el temor, quizás, de un combate en localidades, no se resolvieron a

atacar. Prefirieron construir pucarás en los alrededores, desde los cuales hostilizaron a los españoles y yanaconas que se alejaban de la ciudad y aplazaron el momento del asalto hasta la primavera próxima, cuando lograrán reunir fuerzas lo suficientemente numerosas.

Pedro de Villagra, "uno de los capitanes de mayor acometividad y golpe de vista militar, entre los que actuaron en la conquista de Chile", comprendió que la defensa pasiva lo iba a colocar a merced del enemigo en la elección del día, hora y condiciones del ataque y resolvió tomar la iniciativa. En una mañana de espesa neblina, logró tomar por asalto un enorme pucará, ubicado a cinco leguas de La Imperial. Se hace subir a 5 ó 6.000 el número de rucas que encerraba. Recogió en él muchas provisiones y grandes reservas de armas. Los golpes de mano menudearon y fue especialmente notable el realizado contra el pucará de Peltacabí. En otra ocasión los conquistadores, con Villagra a la cabeza, debieron luchar en una ciénaga, con el agua o el barro hasta la cintura y "recibieron temor en sus corazones de ver cosa tan fuerte y de tanta gente".

Después de sus frecuentes victorias y convencido de que algunos días de ausencia en nada perjudicaban a La Imperial, Pedro de Villagra se resolvió a marchar a Valdivia. A su llegada se supo en la flamante ciudad que D. Pedro llevaba el propósito de despoblarla y conducir a sus habitantes a La Imperial. Como las autoridades se opusieran a este paso, se limitó a construir un fuerte para la defensa de la villa y emprendió el regreso en la primera oportunidad. Prosiguió tenazmente sus incursiones contra el adversario, tanto que el Cabildo de La Imperial debió oficiarle no prolongara demasiado sus correrías y procediera a volver a la ciudad.

En los primeros días de septiembre de 1554 —después de casi ocho meses de estar a ciegas sobre los últimos acontecimientos— se recibieron, por fin, nuevas del norte. Entre ellas, que Francisco de Villagra se preparaba para acudir en auxilio de las provincias del sur. En efecto, a fines de diciembre aproximadamente, llegó este último y encontró a la ciudad y sus contornos —aunque siempre hostilizada por el mapuche— en situación que no era desesperada, precisamente.

### C.—Segunda destrucción de Concepción

Como Lautaro no diera señales de vida, se pensó en la repoblación de Concepción y en octubre de 1555 partieron de Santiago los habitantes y la tropa que debería guarnecer la ciudad. El auto de repoblación se levantó con fecha 24 de noviembre del mismo año. Los indios se mostraron sumisos y aun ofrecieron su ayuda para la reconstrucción, con miras de infundir confianza a los españoles. Habían pedido, mientras tanto, auxilio a las tribus de Arauco y esperaban sólo la respuesta afirmativa para reiniciar las operaciones. Los españoles, al tanto de estos manejos subterráneos por intermedio de sus espías, se apresuraron a solicitar socorros a Santiago. Vano intento, puesto que éstos no alcanzarían a llegar en la debida oportunidad en situación tan apremiante.

Efectivamente, Lautaro, quien —por falta de fuerzas— no había atacado a La Imperial, se puso ahora en marcha hacia Los Confines con unos 4.000 hombres y prosiguió hacia Concepción. El 12 de diciem-

bre, luego de haberse aproximado durante la noche sin ser sentido, amaneció a dos leguas de la ciudad y empezó la construcción de un pucará. La espalda quedaba resguardada por una palizada fuerte y los flancos, por quebradas impenetrables para los caballos y por las cuales los mapuches podrían retirarse en caso de derrota.

Los españoles pretendieron capturar el pucará por medio de un asalto por infantes y jinetes. Al acercarse al objetivo fueron rechazados con una violencia pocas veces vista. Los mapuches lanzaron sobre las cabezas de los caballos una verdadera lluvia de pesados garrotes, que los obligaron a detenerse o retroceder. Los escasos cuatro jinetes que pasaron adelante fueron descuartizados en un enjambre de lanzas que salió a su encuentro.

La batalla volvió a reanudarse en la empalizada que defendía a Concepción. El clérigo Nuño de Abrego y Hernando Ortiz de Cárdenas murieron defendiendo, denodadamente, la entrada, y en el resto del obstáculo fueron aniquilados otros 18 españoles. Llegó el momento en que fue imposible proseguir la lucha en circunstancias tan desfavorables y contra un enemigo ensoberbecido por sus triunfos anteriores e inmensamente superior en número. No quedaba pues más recurso que la retirada... que, antes de organizarse, degeneró en fuga. Algunos pobladores alcanzaron a ganar la cubierta del barco *San Cristóbal*, surto en la bahía y el resto se dirigió, por tierra, a Santiago. Los indios habían tenido la precaución de cortar los senderos que conducían al norte, con árboles y grandes maderos atravesados y de instalar grupos de flecheros convenientemente emboscados en los diversos accidentes del terreno. Si los pobladores y soldados penquistas pudieron sin embargo escapar, fue porque el grueso de los guerreros mapuches —de acuerdo con su tradicional costumbre— se entregó al saqueo y a la bebida, en lugar de proceder a una persecución a fondo.

#### D.—Lautaro en acción

Desde agosto de 1556 habían empezado a llegar a Santiago noticias alarmantes respecto de la actividad bélica de los indígenas del Maule. En ausencia de Francisco de Villagra, que había partido a La Serena a fines de septiembre, el Cabildo despachó a Diego Cano, "capitán valiente y experimentado", con 14 hombres, a fin de que "vaya a parte e lugar que más conviene a la pacificación... de esta ciudad e naturaleza de ella". En el pueblo de Mataquito supo Cano que Lautaro se encontraba al norte del Maule, al frente de una numerosa agrupación de guerreros. Fracassado en su intento de arrastrar tras sí al pueblo mapuche —postrado por el hambre y el tifus—, había logrado hacerse acompañar por algunos cientos de mocetones escogidos y concebido el audaz proyecto de destruir, con el concurso de los picunches, a Santiago del Nuevo Extremo y expulsar a los españoles. Inició paralelamente una cruzada de odio y de exterminio contra ellos. La columna engrosaba su número en algunas comarcas; pero en aquéllas en donde los naturales no demostraban el menor interés por enrolarse, las siembras eran taladas, las familias perseguidas, arrebatadas sus mujeres y esparcidos el terror y la desolación.

Las consecuencias de su despotismo las pagaría el ilustre toqui, en día no muy lejano, con su propia existencia.

Tal como lo había hecho anteriormente, Lautaro construyó —unas dos leguas al sur de Peteroa— un pucará para defenderse de la caballería y para rehacerse en su interior en caso de desastre. Diego Cano, sin consideración alguna a la exigüidad de sus fuerzas, avanzó contra el enemigo. En el paso de una ciénaga le salieron los indios al encuentro y lo obligaron a trabar combate en un terreno desventajoso para el empleo de la caballería. Las fuerzas de Lautaro lo envolvieron y, a duras penas, logró retirarse, dejando un soldado muerto y llevando casi todos los demás heridos.

Alarmado por el desastre, el Cabildo reunió con premura 50 hombres “de los mejores” y los envió al sur con Pedro de Villagra, “el mejor capitán del reyno”. Lautaro había trasladado su campamento a Peteroa y levantado un nuevo pucará, reforzado por una ciénaga, por hoyos y albarradas. Villagra acometió con el ímpetu que siempre acostumbró en el combate y consiguió arrollar a los mapuches en el primer momento. Pero el toqui se retiró de detrás de la primera albarrada a la del costado opuesto, se rehízo y arrojó a su turno a Pedro de Villagra fuera del recinto.

El capitán se replegó a un llano próximo y pidió refuerzos a Santiago. Sin esperar la llegada de éstos, atacó de nuevo y volvió a ser rechazado. Entre tanto, había llegado a la capital la demanda de socorros de Villagra después de su primer fracaso, demanda que fue inmediatamente atendida con el envío del capitán Juan Godínez y 32 soldados. Recibido éste y en vista de que los indígenas habían emprendido la retirada, Pedro de Villagra juzgó prudente regresar a la ciudad del Mapocho. Tanto él como los suyos necesitaban un descanso reparador y curar las muchas heridas que habían sufrido en los recientes encuentros.

Tres días después de la partida de éstos, Godínez supo que Lautaro se encontraba a unas doce leguas de allí, cometiendo toda clase de fechorías contra los naturales de la comarca. Informado a su vez, el toqui de la presencia del refuerzo santiaguino, levantó su campamento durante la noche y cambió de lugar. Godínez lo persiguió, a pesar del temporal de lluvia que se había desatado y de las inundaciones de los ríos, guiado por un indigena que odiaba al caudillo mapuche por haber descuartizado a su padre el día anterior. Por fortuna para Godínez, se topó previamente con un grupo de 180 guerreros que se dirigían hacia Lora a reunirse con el grueso. Se trabó un combate descomunal y de los 180 citados guerreros, perecieron 80 y Godínez quedó tan mal parado que —en lugar de iniciar la persecución— retrocedió hasta un sitio que consideró relativamente seguro. Una hora más tarde llegaban a reforzar al enemigo del reciente encuentro “más de mil lanzas”...

Lautaro repasó el Maule en busca de refuerzos y dejó algunos grupos araucanos encargados de hostilizar a la comarca. El Cabildo envió contra ellos a Diego García de Altamirano con 10 soldados. Pero ya la zona del Maule había vuelto a la tranquilidad: la mayoría de los indígenas se había mostrado hostil a Lautaro y a sus pretensiones.

## E.—Batalla de Peteroa. Muerte de Lautaro

Croquis N° 4

Conforme con los anhelos de sus soldados y de los pobladores de la capital, Francisco de Villagra empezó a preparar una expedición al sur, destinada a batir definitivamente a Lautaro. Deseaba, además, poner en orden sus asuntos personales, visitar de paso su valiosa encomienda de La Imperial y preparar el recibimiento de su sucesor D. García Hurtado de Mendoza. Partió en enero de 1557 con 60 soldados y dejó en Santiago como teniente de gobernador a Juan Jufré.

Aun cuando las provincias se mostraban en calma, se observaron —sin embargo— preparativos bélicos en los naturales y en dos ocasiones debió dispersar a viva fuerza agrupaciones al norte del río Maule. Al sur del mismo tuvo dos encuentros, uno en Reinogüelén y otro en las proximidades del río Nivequelén. Ya en los términos de Angol, tuvo conocimiento de que se aprestaba un gran número de mocetones a cerrarle el paso y fueron tan alarmantes las noticias recibidas, que se separó del camino principal a fin de proseguir por sendas poco frecuentadas. En varios pueblos de indios por los cuales pasó, encontró una notable acumulación de armas, especialmente lazos, cuyo empleo se había generalizado bastante por parte del enemigo. Declararon sus dueños que se preparaban para la campaña próxima a que los invitaban los mapuches y dirigida particularmente contra la ciudad de La Imperial.

Se explica así la alegría con que fuera recibido Villagra en La Imperial y el que se haya visto obligado a desprenderse de 20 soldados para reforzar la guarnición de la ciudad. No pudo permanecer mucho tiempo allí, porque debía encontrarse en Santiago en el mes de abril, a fin de entregar el mando al nuevo gobernador del reino. Empezó, pues, el regreso al norte y, al llegar al pueblo de Reinogüelén, recibió una noticia que lo llenó de la más viva inquietud. Lautaro había tenido conocimiento de su marcha al sur y concebido el atrevido plan de dirigirse sobre Santiago, que suponía débilmente desguarnecido en razón del alejamiento de Villagra. Este prosiguió a marchas forzadas detrás de las huellas del cacique.

Supo, además, Villagra que Lautaro estaba acampado al sur del Mataquito y que una partida de 25 soldados se dirigía hacia allí desde Santiago. Villagra concibió, en el acto, la idea de atacar al caudillo mapuche. Ubicó sus fuerzas al abrigo de un bosque espeso y mandó con un estafeta orden a Godínez se le reuniera en Teno, a fin de marchar unidos contra el objetivo propuesto. La empresa era arriesgada, sin duda. El campamento enemigo se apoyaba en las faldas de las empinadas serranías de Caune y estaba debidamente fortificado. De acuerdo con el plan, las tropas del sur proseguirían su marcha hasta llegar al río Teno, dejando a su izquierda las posiciones del adversario y allí se realizó la conjunción de las fuerzas españolas: un total de 62 soldados y 400 indios auxiliares. Se cuenta que cuando supo Lautaro que los conquistadores habían pasado de largo a escasas leguas de su campamento, sin intentar atacarlo, quedó convencido de que le tenían miedo y que en ningún momento creyó que pudiera ser amenazado en el lugar en que se encontraba.

Villagra y Godínez penetraron en la montaña, a fin de tomar el camino de Las Palmas. Marchaban de noche, en silencio, con medidas de seguridad y con todas las precauciones necesarias para guardar el secreto de sus movimientos. El campamento de Lautaro, en Peteroa, estaba defendido en el frente y en los flancos por palizadas, troncos de árboles, fosos y hoyos destinados a imposibilitar el paso de los caballos. La espalda daba a una altura empinada —de Caune, dijimos— que el toqui juzgó inaccesible para cualquier clase de agresor. Pues bien, a través de los difíciles senderos de esa empinada altura, conducidos por indios picunches, muy conocedores de la región, los atacantes lograron deslizarse al amparo de la obscuridad hasta la espalda de la posición mapuche.

Los españoles estuvieron sobre ella antes del amanecer del 1º de abril de 1557. Iniciaron el asalto con las primeras luces del nuevo día, con un impetu irresistible. Penetraron, de improviso, en el campo fortificado y sorprendieron a los indios desprevenidos, dormidos unos, ebrios los más y que —sin embargo— se batían con el denuedo acostumbrado. Lautaro intentó, en vano, organizar la resistencia, pero luego cayó mortalmente herido por las lanzas españolas y de los indios que lo rodeaban.

Los araucanos continuaron batiéndose como leones. Luego de salvar las palizadas que ellos mismos habían construido, salieron al llano y allí renovaron la lucha con sin igual resolución. El triunfo fue logrado por los atacantes sólo después de cinco horas de recia lucha y quedaron en el campo un oficial y un número crecido de indios auxiliares y casi todos los españoles resultaron heridos. Los vencidos perdieron, además de su conductor, 663 indios en un total de 800.

La victoria de Francisco de Villagra había sido completa. Después de esa jornada, los indígenas no se atrevieron a renovar las audaces empresas guerreras y Santiago pudo creerse libre, para siempre, de la amenaza de los enemigos de la Frontera.

## F.—Conclusiones militares

### 1.—Aspecto general

Después de Tucapel, Lautaro tuvo la intención de atacar de inmediato el reducto español de Concepción, pero no contó con libertad de acción para llevar a efecto su propósito; sus guerreros decidieron celebrar la victoria y eso era una costumbre imposible de desconocer.

Con la batalla de Marigüeñu volvió a presentarse una ocasión favorable para los araucanos, pero nuevamente le fue imposible a Lautaro aprovechar esa victoria y los españoles pudieron retirarse hacia Santiago, eludiendo una decisión que les habría resultado fatal.

Hubiera sido lógico que Lautaro, inmediatamente después de Marigüeñu, hubiera avanzado hacia Santiago aprovechando el desconcierto que imperaba entre los hispanos. Sólo llegó hasta Concepción para encontrar la ciudad abandonada. Nueva fiesta araucana que volvió a coartar la libertad de acción de su caudillo. Existió aquí una resolución poco afortunada de Lautaro, la de atacar La Imperial para reforzar sus po-

siciones. No la atacó y así la ciudad se salvó y se mantuvo como un bastión español en Arauco.

La segunda destrucción de Concepción tampoco fue oportunamente aprovechada por los araucanos. El toqui contó con muy escaso apoyo de las tribus; sólo pudo reclutar unos centenares de guerreros que no eran los suficientes para una empresa que buscaba el total aniquilamiento de los invasores.

Entretanto, el español había reaccionado y Lautaro fue contenido y derrotado en el Mataquito.

## 2.—*Lautaro como conductor militar*

Sin ningún conocimiento de historia militar, sin una cultura adecuada y aun más, sin experiencia bélica ninguna, Lautaro se destacó como un conductor militar innato.

Con mayor libertad de acción y una fuerza más disciplinada, pudo conseguir plenamente sus objetivos. La falta de fuerzas regulares permanentes y el tener que depender de las costumbres araucanas fueron la causa de su derrota e incluso de su muerte.

El caudillo araucano, en su medio y en su época, fue un gran capitán, aun cuando, como muchos de ellos, no alcanzó el triunfo pleno. Sin conocerlos, Lautaro aplicó, por intuición, todos los principios de la conducción militar.

### a.—*Selección y mantenimiento del objetivo*

Normalmente seleccionó con precisión el objeto de sus acciones, la destrucción de la fuerza enemiga. Podría criticársele no haber mantenido esos objetivos explotando los éxitos obtenidos, pero, como ya se expresó, esas fallas se debieron a la falta de libertad de acción que lo afectó.

Hubo una mala selección de objetivos cuando, después de destruir Concepción, decidió atacar La Imperial en lugar de avanzar de inmediato hacia el norte, pero es muy posible que esa acción le hubiera sido impuesta, pues las tribus araucanas veían como un peligro mucho más real ese baluarte español en Arauco que la lejana capital del conquistador.

La expedición sobre Santiago fue una excelente determinación, pero se materializó sin medios suficientes. Lautaro se confió en que las tribus del norte lo apoyarían, ya que los araucanos no lo hicieron activamente; no alcanzó a recibir ese apoyo, pues fue destruido antes.

### b.—*Economía de las fuerzas*

Lautaro aplicó acertadamente este principio, tanto en su aspecto de dosificación de medios como en el de regulación del esfuerzo. Cada vez que atacó a los españoles, lo hizo concentrando sus esfuerzos en un solo punto y buscando la superioridad en el lugar de la decisión. Dándose cuenta que el español tenía mayor resistencia y capacidad combativas que el araucano en razón a su armamento, equipo y disciplina, ideó atacarlo

por medio de esfuerzos sucesivos que, al final, lograban agotar a los conquistadores; así tenía siempre fuerzas frescas para entrar en combate contra los ya muy desgastados enemigos. Tucapel y Marigüeñu fueron los mejores ejemplos de la aplicación de este principio.

### c.—*Libertad de acción*

Lautaro trató siempre de actuar contra los españoles con total iniciativa, pero se vio limitado por el escaso poder político de que disponía sobre las diferentes tribus; cada una de ellas era autónoma y facilitaba los guerreros cuando y como convenía a sus intereses. Por ello, el toqui araucano no pudo, en lo normal, materializar sus iniciativas.

### d.—*Ofensiva y sorpresa*

La ofensiva fue el procedimiento que más empleó Lautaro, aun cuando también actuó defensivamente cuando fue necesario. Llevó la ofensiva con sorpresa, lo que le valió alcanzar grandes éxitos; la sorpresa se materializó atacando cuando y donde los españoles no lo esperaban, pero le fue imposible explotar los éxitos obtenidos, ya que sus fuerzas sólo veían, en el triunfo, un motivo de saqueo y de grandes fiestas de celebración.

## 3.—*Breve análisis de los principales hechos de armas*

### a) *Tucapel.*

#### (1) *Causas de la victoria araucana.*

Muchas pueden ser las causas que dieron la victoria a las fuerzas araucanas; entre ellas pueden destacarse:

—La atracción de la fuerza española al mando de Valdivia hacia Tucapel, mediante un ataque inicial sobre ese fuerte.

—La correcta elección del terreno en el cual se realizaría el combate; en él se limitaba el empleo de la caballería española, el mayor peligro para los naturales.

—La acción sucesiva de distintas agrupaciones que no dieron a los españoles tiempo para rehacerse y que terminó por agotarlos física y moralmente.

—El empleo de un eficiente servicio de observación que dio aviso oportuno de la presencia de fuerzas españolas.

#### (2) *Causas de la derrota española.*

—Falta de un servicio de reconocimiento que hubiera evitado la sorpresa.

—El subestimar el valer militar de los araucanos y buscar el combate con muy escasos medios. El capitán general debió esperar la concurrencia de fuerzas de otros fuertes para iniciar un ataque en conjunto.

b) *Marigüefiu.*(1) *Causas de la victoria araucana.*

Son muy similares a las indicadas para el combate de Tucapel. Lautaro esperó a la columna de Villagra en el lugar más adecuado para conjurar la superioridad del armamento y equipo de los españoles.

Distribuyó sus fuerzas de tal manera de presentar sucesivas resistencias que fueron debilitando el empuje hispano, y cuando ello se logró, pasó a la ofensiva cerrando la retirada para producir un cerco total.

(2) *Causas de la derrota española.*

—Falta de un servicio de exploración que hubiera informado sobre las actividades araucanas.

—Iniciar el ataque en un terreno inadecuado para el empleo de sus dos elementos principales: la caballería y la artillería. La vanguardia de Reinoso no debió empeñarse en acción, sino que retroceder para reunirse al grupo y atacar en un terreno menos escabroso.

—La desmoralización que cundió entre los españoles ante la tenaz e intensa acción araucana que no dejó tiempo para reorganizarse ni lograr un mínimo reposo.

—Iniciar la retirada en desorden y sin previo reconocimiento de las direcciones más adecuadas.

## IV.—D. GARCIA HURTADO DE MENDOZA Y SUS CAMPANAS

## A.—Ataque al fuerte de San Luis

Semanas más tarde del desaparecimiento del toqui Lautaro, llegaba al reino de Chile su nuevo Gobernador y capitán general D. García Hurtado de Mendoza, un joven de escasos 22 años, segundo hijo del marqués de Cañete, D. Andrés Hurtado de Mendoza, Virrey del Perú.

Venía al frente del más poderoso y lucido Ejército que hasta entonces hubiera pisado nuestro territorio.

Efectivamente, después de la expedición de Almagro, Chile había visto llegar grupos poco numerosos y pobremente equipados a expensas de la fortuna personal de Pedro de Valdivia y de sus compañeros. Era otra la situación ahora. Se trataba de afianzar el éxito de la campaña encargada a D. García Hurtado de Mendoza. Así, al menos, lo estimaba su padre, el marqués de Cañete, y por ello le organizó una expedición completamente distinta en sus efectivos y en su equipamiento a las anteriormente llegadas hasta nosotros. Por cuenta del tesoro real, se acumularon grandes cantidades de material de guerra, que —por muchos años— continuaría abasteciendo a las fuerzas españolas destacadas en Chile. A fines de 1556 habían sido reunidos en Lima unos 450 soldados y más de 500 caballos. Figuraban en esas fuerzas capitanes de alcurnia, fogueados unos en las guerras del Perú, recién llegados otros de Europa.

Por escasez de barcos, D. García Hurtado de Mendoza despachó por tierra 150 jinetes de caballería, a las órdenes del coronel D. Luis de Toledo, caballero castellano, hijo del clavero de la Orden de Alcántara. Se embarcó el 2 de febrero de 1557 en tres naves, con 300 soldados, tocó un mes después en Arica y desembarcó en Coquimbo el 23 de abril. Volvió a enviar por tierra al coronel Toledo con las fuerzas de caballería. Toledo y Julián de Bastidas debían comunicar a los encomenderos de la capital la orden del nuevo gobernador de organizar un cuerpo militar, dispuesto a marchar a Arauco en la primera oportunidad. D. García y su gente se embarcaron el 21 de junio con rumbo a Concepción. Después de una travesía asaz difícil y peligrosa, la flotilla llegó a la isla de la Quiriquina el 2 ó 3 de julio; la esperaban unas lluvias torrenciales y un grupo de indios resueltos a rechazar el desembarco. Mas, a la vista de la cantidad considerable de invasores que se aproximaban a tierra, dieron media vuelta y huyeron a ocultarse en el interior.

El gobernador envió orden al coronel Toledo que avanzara con la caballería a reunirsele en Concepción. El aviso no llegó a Santiago sino el 18 de agosto y este hecho, unido a las creces de los ríos en un año tan especialmente lluvioso y a la intransitabilidad de los caminos, retardó la llegada de la caballería más de lo conveniente. El rumor propalado por los mismos indígenas de que se preparaban para atacar en el camino a esta columna, aumentó la inquietud del mandatario. Estimó de necesidad trasladarse al continente, a fin de estar en mejores condiciones de auxiliarla contra el peligro mapuche. Ordenó, además, construir un fuerte sobre una colina próxima al asiento de la destruida ciudad de Concepción. Quedó protegido, por el lado de tierra, por un foso ancho y profundo y una estacada de troncos y maderas y por la conveniente instalación de seis piezas de artillería.

El intento de asalto persistía y para los antiguos soldados de la conquista, los indios que venían de paz para ayudar en los trabajos, eran sólo espías y los rumores de ataque a las tropas que avanzaban desde la capital, mentiras calculadas para inducir a los españoles a abandonar la isla. Que la ausencia de caballería, por último, era un estímulo a la agresión, puesto que producida ésta no habría persecución, en caso de ser rechazados.

Una semana después del desembarco, al amanecer del 25 de agosto de 1557, tres grandes agrupaciones indígenas convergían hacia el fuerte desde distintas direcciones, lanzando atronadores gritos de provocación y de amenaza. Eran unos 3.000 guerreros, aproximadamente. Por esa época, los indios contaban con lanzas premunidas de puntas de acero y con escudos de protección contra los golpes. La suerte del campamento dependía, pues, de la resistencia de la albarrada y del efecto de los seis cañones de artillería y de los 200 arcabuces de los infantes. De acuerdo con lo dispuesto por D. García, éstos esperaron que los asaltantes alcanzaran la orilla del foso para disparar sus armas y el efecto fue, naturalmente, desastroso: las balas cayeron sobre las apretadas filas de bárbaros, causando grandes estragos. Pero, contrariamente a lo que esperaba el jefe español, éstos —en vez de desorganizarse— colocaron puentes en el foso y procedieron a escalar los muros.

D. García, que por primera vez veía combatir a los aborígenes chilenos, advirtió en su probanza de servicios que éstos “pelearon como jente de guerra” y agrega que “cercaron el fuerte por todas partes trabajando por entrar en él, haciendo todo el daño que podían, con grande ímpetu y alarido”. Algunos de los araucanos lograron salvar la albarrada y el combate se trabó dentro del recinto del fuerte, mientras —a lo largo de aquélla— seguían los españoles conteniendo al grueso de la indiada. Momento hubo en que los defensores creyeron que no podrían seguir resistiendo: tales eran los apuros en que los tenían los enemigos. Afortunadamente, alarmados los pocos hombres que habían quedado a bordo de las naves por lo que ocurría, resolvieron acudir en auxilio de sus compañeros. Dificilmente lograron abrirse paso y llegar al fuerte y de pronto se dieron cuenta que a éstos se les había agotado la pólvora para sus armas. No faltó un hombre lo suficientemente audaz que se resolviera ir a las naves en busca de tan preciado elemento y que realizara, con tanta fortuna su cometido, que lograra regresar con dos botijos del combustible. Se trataba del sacerdote conocido como el “Padre Bonifacio”, al decir del señor Barros Arana.

El fuego de arcabuz se renovó con especial viveza y, después de seis largas horas de combate, los indígenas optaron por una precipitada fuga hacia el interior. No los pudieron perseguir los vencedores por carecer de caballería y porque temieron, además, que la retirada no fuese sino un ardid para sacarlos del fuerte y batirlos en campo abierto.

Inmediatamente, en seguida, se iniciaron las reparaciones de aquellas partes del fuerte que más daño habían recibido durante la refriega.

### B.—El refuerzo de Santiago

El 18 de agosto —como se ha visto— llegó a Santiago la orden de partir para Concepción. Se puso en el acto en movimiento D. Luis de Toledo con su columna de caballería y algunos habitantes de la capital. En el trayecto debían reunírseles 3.000 indios auxiliares, destinados al transporte de los bagajes y a combatir más tarde como tales. En cualquiera otra circunstancia los expedicionarios habrían estado en condiciones de llegar oportunamente a su destino. Pero las lluvias abundantes y frecuentes de aquel invierno riguroso obligaban a infantes y jinetes a repetidas interrupciones en la marcha. Por añadidura los campos estaban convertidos en verdaderos pantanos y la crecida de los ríos imposibilitaba casi su cruce.

A ello se agregaron nuevas dificultades al sur del río Maule. Las campañas de Lautaro habían producido el despueblo casi total de la región y el auxilio de los indígenas de la misma sólo podría conseguirse a través de un nuevo y demoroso sometimiento. Acababa Toledo de cruzar el Maule, en la tarde del 25 de agosto, cuando los mensajeros salidos del fuerte de San Luis le informaron de los apuros en que se encontraba el gobernador. El Comandante General de la caballería resolvió adelantar al maestro de campo Juan Remón con 120 jinetes y proseguir él su marcha con el grueso y con los retrasados (algunos de los pobladores de Santiago) que debían reunírsele en la ribera sur del río.

Remón llegó en tres días a Concepción, pese a las creces de los ríos, al pésimo estado de los caminos y a la falta de balsas para cruzar las corrientes. "Juan Remón, creyendo a don García en peligro, había excedido casi los límites del esfuerzo humano". (Encina). Tres semanas después, el 22 de septiembre, llegaba a su destino el coronel Toledo, con el grueso de la columna y, poco más tarde, lo hacían algunas partidas, despachadas por las autoridades o por iniciativa propia, que se habían embarcado en los buques, con provisiones y equipo. "El gobernador llegó a contar con más de 600 hombres perfectamente armados, que formaban el ejército más numeroso que hasta entonces hubiera habido en Chile". (Barros Arana). A ello habría que agregar 4.000 indios auxiliares, unos 1.000 caballares, 6 cañones de artillería y abundancia de municiones. Como previera D. García que estas fuerzas no tendrían cabida en el fuerte, movió su campamento hacia las ruinas de Concepción, el 8 de septiembre de 1557.

### C.—Combate de Lagunillas

D. García Hurtado de Mendoza inició las operaciones militares el 28 de octubre, cuando ya las condiciones climáticas habían mejorado bastante. Al disponer la reorganización de sus tropas, designó maestro de campo a Juan Remón y constituyó compañías a cargo de los capitanes de más confianza. Si bien no encontró enemigos en la travesía del Bío-Bío, el paso de los cañones, de los 4.000 indios auxiliares, de los 1.000 caballares y de los bagajes demoró seis días justos y cabales. El 8 de noviembre se alcanzó una zona situada a unas dos leguas de la ciudad de Lota de hoy y se procedió a pasar allí al reposo, al amparo del servicio de seguridad correspondiente.

Croquis N° 5

Muy justificadas eran estas precauciones, pues apenas constituido el vivac supo Mendoza que, muy cerca de allí, al abrigo de un bosque, se aprestaban los indios para un ataque. A fin de evitar una sorpresa, resolvió enviar al capitán Alonso de Reinoso con 20 jinetes, con misión de reconocimiento en dirección al campo enemigo. Con la audacia propia de los conquistadores de América, Reinoso se internó más de lo necesario en terreno desconocido y, de pronto, se vio atacado por un enjambre de bárbaros brotados de los bosques de los alrededores. Impotente para bafirse con un adversario tan superior en número, debió optar por retirarse... y empezó a hacerlo en condiciones asaz difíciles. La abundancia de charcos y de pantanos dificultaba enormemente el avance de las cabalgaduras y cada paso que ganaba en dirección al vivac le significaba una violenta luchá y ello se fue repitiendo una, otra y otra vez, en forma sucesiva. Habría sucumbido seguramente, con los escasos jinetes a sus órdenes, si uno de ellos no hubiera logrado escapar de la trampa y dirigiéndose a llevar la alarma a D. García.

Despachó éste a Juan Remón con treinta jinetes. Después de grandes esfuerzos logró reunirse con Reinoso, pero lejos de limitarse a su misión, se dejó arrastrar por la vehemencia de uno de sus soldados.

“—¡Ah! Señor maestre de campo, ¿a qué hemos venido aquí?” —le había preguntado, en alta voz, el andaluz Hernán Pérez de Quezada.

“—Buena está la pregunta —replicó Remón—, ¿a qué habíamos de venir sino a pelear?”.

“—¡Pues, entonces, Santiago y a ellos!” —gritó el alborozado andaluz y partió, lanza en ristre, al galope de su cabalgadura.

Detrás de él siguieron sus 50 compañeros y hubieron pronto de rescatarlo cubierto de estocadas y casi moribundo. Los indios se vieron obligados a volver caras, después de haber dejado el campo cubierto de cadáveres. Los españoles comenzaron a perseguirlos; pero, de pronto, se estrellaron contra una masa más numerosa y más compacta de bárbaros. La situación se agravó de tal manera que los españoles debieron —a su vez— reiniciar el repliegue, sin dejar en momento alguno de combatir. Sea que Remón solicitara refuerzos antes de trabarse en lucha o que algunos de sus jinetes acudieran, por iniciativa propia, al campamento, es el caso que Mendoza supo en forma oportuna el aprieto en que se encontraban sus dos distinguidos capitanes. Cuenta él mismo en sus informaciones de servicios que pretendió acudir personalmente con los refuerzos; pero que sus soldados no se lo permitieron, pues temían que le ocurriera lo que a Pedro de Valdivia en Tucapel.

En medio de las dudas y vacilaciones del momento, volvióse hacia Rodrigo de Quiroga, la más destacada personalidad de Chile en esos momentos, después de la muerte de D. Pedro.

“—Señor capitán Rodrigo de Quiroga —le preguntó—, ¿qué le parece que hagamos en este negocio tan importante de esta batalla?”.

“—Que vuesa señoría me deje salir a pelear con mi compañía con estos naturales” —se apresuró a contestar el interpelado.

Recibida la autorización y reforzada su unidad (100 jinetes) con 50 arcabuceros de la guardia, Quiroga acometió de inmediato con singular resolución a los araucanos, a fin de abrirse paso hasta el lugar en donde estaban cercados Reinoso y Remón. Pronto vio la necesidad de retirarse combatiendo y así lo hizo hasta las inmediaciones del campamento. D. García lo volvió a reforzar con la compañía del capitán Francisco de Ulloa. Eran en total 300 españoles y 4.000 indios auxiliares los que combatían con sin igual ardor contra 5 a 6 mil mapuches en el lugar llamado Lagunillas.

Al cabo de dos horas de pelea y de sufrir cuantiosas pérdidas, los indios empezaron a replegarse a un bosque vecino. El gobernador les lanzó una compañía de refresco, que se mantenía en la reserva a las órdenes de su hermano D. Felipe de Mendoza. Ulloa atacaba por el lado del cerro y Mendoza lo hacía de frente, por en medio de las lagunas y pantanos en que el adversario apoyaba su resistencia. Los conquistadores no lograron, sin embargo, que aquél emprendiera la fuga y sólo la noche logró interrumpir el combate: los vencidos se rehicieron al amparo de la obscuridad y, sin ser perseguidos —a causa de la misma y de lo accidentado del terreno—, pudieron continuar tranquilamente su retirada.

Si bien puede afirmarse que no fue completa la victoria de los españoles, no debe olvidarse que la actitud audaz de Alonso de Reinoso en

su misión de reconocimiento, frustró la sorpresa nocturna que los indios proyectaban sobre el campamento y cuyas consecuencias habrían sido difíciles de precisar.

#### D.—Batalla de Millarapue

Luego de dedicar dos días para el descanso de su tropa y atención de los heridos en el reciente encuentro, D. García Hurtado de Mendoza prosiguió su avance hacia la bahía de Arauco, con el propósito de tomar contacto con los alimentos y equipo que se le habían remitido por vía marítima desde el Perú. Como el camino que tomaría la columna pasaba por la cuesta de Marigüeñu, de triste memoria para los conquistadores —y que tan admirablemente se prestaba para una sorpresa en razón de su variada topografía—, D. García dispuso que Juan Jufre se adelantara a reconocerla, al frente de 80 jinetes de caballería.

El ejército se encontraba en las inmediaciones del antiguo fuerte de Arauco, a mediados de noviembre y pudo abastecerse de cuanto necesitaba, a través de las naves surtas en la bahía. Las dos semanas que aquí permaneció las empleó Mendoza en enviar mensajes a las tribus indígenas, sin resultado positivo alguno y en efectuar diversos reconocimientos de la comarca, en previsión de futuras operaciones.

La columna reinició su marcha. Por un reconocimiento practicado por Rodrigo de Quiroga, se supo que en las proximidades de la montaña el camino estaba obstruido por una gran cantidad de árboles tendidos en el suelo. Como hombre de guerra experimentado, Quiroga aconsejó se prosiguiera la marcha por la ruta inmediata a la costa. Esta circunstancia movió a Caupolicán, el nuevo toqui de los mapuches, a tentar suerte en un segundo encuentro.

El 30 de noviembre se encontraban los españoles formados y listos para proseguir su avance, luego de oír la misa acostumbrada. El lugar de la reunión era Millarapue, un valle con varias colinas, que se prestaba lógicamente para una sorpresa. En homenaje al onomástico de D. Andrés Hurtado de Mendoza, padre del gobernador y capitán general, las trompetas y chirimías se dejaron oír desde temprano en las proximidades de la tienda de este último. Los indios, que habían caminado toda la noche con la intención de caer sobre el campamento enemigo antes del alba, quedaron retrasados en la hora y, al oír los sonos de las trompetas, se creyeron descubiertos. Inútil ya el secreto, a su parecer, procedieron a tocar sus bocinas y lanzar el ensordecedor chivateo con que solían entrar al combate. Caupolicán había fraccionado su gente en tres agrupaciones: dos de ellas destinadas al ataque frontal y la tercera, a un envolvimiento hacia la espalda. El mismo tomó el mando de esta última, montado en "un caballo blanco, y con una capa grana, como si fuera un español muy autorizado".

D. García adelantó una patrulla de 10 a 12 jinetes con misión de reconocimiento y que, en un momento dado, se vio tan comprometida, que fue preciso el apoyo oportuno y eficaz del grueso. Orientado sobre la distribución de las fuerzas enemigas, dividió las suyas también en tres

partes: D. Luis de Toledo (con dos compañías) quedó encargado de resistir a las fracciones que atacaban frontalmente y una tercera compañía recibió la misión de oponerse a la columna que atacaba la espalda. El terreno favorecía especialmente el ataque, ya que sus muchas ondulaciones permitían el avance a cubierto de los bárbaros y dificultaban el empleo de la artillería.

Los mapuches avanzaron en masas cerradas, lanzaron una verdadera lluvia de flechas y recibieron a los caballos con una descarga de garrotes sobre sus cabezas, destinadas a encabritarlos y a sembrar el desconcierto entre sus jinetes. La organización de esas masas era tan férrea que "los dos capitanes (Mendoza y Juárez) de gente de a caballo, acometieron por dos veces a romper un escuadrón de los dichos indios y no pudieron". Se recurrió a una compañía de arcabuceros y los mapuches, atacados por éstos y tomados de flanco por los fuegos de la artillería, se desorganizaron y permitieron la intervención de la caballería.

Como la derecha española comenzara a flaquear, Juan Remón —su comandante— dispuso que el valeroso D. Alonso de Ercilla y Zúñiga cargara con su compañía de refrescos. El autor de *La Araucana* se lanzó resueltamente "al bosque que cubría la quebrada" y restablecido el equilibrio en el combate, D. García —vencedor en el ala izquierda— pudo acudir a la derecha: atacó a los mapuches con los arcabuceros y la artillería, los rodeó por la espalda con la caballería y los arrolló completamente. Esta maniobra significó la derrota del enemigo y su dispersión en todas direcciones. Eran las dos de la tarde.

Quedaron en el campo unos 700 combatientes y otros tantos prisioneros. Los españoles no tuvieron muchos muertos, pero sí innumerables heridos y varios caballares heridos.

## E.—Combate de Purén o Cayucupil

### I

El 1º de diciembre, al día siguiente del encuentro de Millarapue, Mendoza dispuso que su maestre de campo, a la cabeza de 150 hombres, partiera en misión de reconocimiento en dirección al enemigo. Se pudo comprobar, así, la ausencia absoluta de naturales en la comarca.

El Ejército se puso en marcha el día 2 y, en tres jornadas, alcanzó el fuerte de Tucapel, en cuyos alrededores perdió Valdivia la vida a manos de las huestes del toqui Lautaro. De las antiguas defensas sólo quedaba un foso y en otros tres días de labor, se logró reconstruirlo y reforzarlo con muros de piedra y dos torreones en sus extremos, en los cuales fueron emplazados cuatro cañones de artillería. Allí se pudo comprobar que, convencidos de su transitoria impotencia, los indígenas habían efectuado sus cosechas y prendido fuego a sus ranchos, retirándose en seguida al interior de las montañas. El trigo, maíz y cebada los habían guardado en silos y ocultado éstos debajo de las cenizas y de las maderas calcinadas de sus habitaciones. Sus casas y sus alimentos no los po-

dría aprovechar el vencedor y, por otra parte, proseguirían la lucha hasta vencer o sucumbir.

Los españoles se veían obligados a batirse diariamente con las partidas de mapuches que llegaban hasta las inmediaciones mismas del fuerte. Uno de estos encuentros ocurrió a fines del precitado mes de diciembre. Al atravesar unos bosques y bebederos llamados de Paicaví y Ongolmo, en busca de provisiones, al frente de 30 soldados y varios indios auxiliares, Rodrigo de Quiroga se encontró próximo a una reunión de 1.000 individuos, que celebraban probablemente alguna junta de guerra. Estos los dejaron pasar libremente y, a continuación, les obstruyeron la retirada y los atacaron frontalmente. Los españoles y los indios auxiliares se repusieron pronto de la sorpresa y pasaron al contrataque con ímpetu irresistible. Los combatientes de primera fila llevaban, a manera de escudos contra el fuego de los arcabuces, "unos tablones tan anchos como un pavés y de grosor de cuatro dedos". Mas, comenzaron pronto a perder terreno y los españoles se creían ya victoriosos, cuando se dejaron caer nuevas agrupaciones de refuerzo. La lucha tomó mal cariz y Quiroga, que ya había resuelto emprender la retirada, se dirigió a los suyos para decirles: "Ea, compañeros, hasta ahora hemos peleado por la victoria, ahora hemos de pelear por nuestras vidas". Sus soldados se batieron con tal denuedo, que lograron un triunfo completo y los mapuches emprendieron la fuga y dejaron en el campo 300 hombres y 90 prisioneros. Los españoles resultaron heridos en su casi totalidad.

De regreso al campamento, Mendoza exclamó en presencia de sus oficiales: "Señor capitán Rodrigo de Quiroga, de hombres tan valerosos como vuestras mercedes no esperaba yo menos de lo que veo".

## II

A pesar de la gran recolección de víveres que pudo realizarse en los alrededores de Tucapel, éstos comenzaron a escasear de una manera alarmante. No era, pues, problema de fácil solución el alimentar diariamente a más de 4.000 hombres, de los cuales sólo los auxiliares eran bastante numerosos. Resolvió D. García pedir las provisiones a las ciudades del sur y —a mediados de enero— despachó, con este objeto, a La Imperial, unos 30 soldados con orden de adquirirlas por compra y remitir un buque con trigo desde Valdivia.

Los comisionados, a las órdenes del capitán D. Manuel de Velasco y Avendaño, encontraron todo lo que necesitaban: harina, bizcochos, queso, granos y unas 1.500 a 2.000 cabezas de puercos, más algunas ovejas y vacas. Los mapuches vieron excelente oportunidad para sus fines y prepararon una hábil emboscada, que a punto estuvo de constituir un descalabro mayúsculo para los españoles. Eligieron una angostura del camino entre dos cerros y un arroyo al medio y a través de la cual sólo dos jinetes podían pasar juntos. Era la cuesta y quebrada de Purén o de Cayucupil.

Salvó a los españoles la circunstancia de que ese desfiladero se encontraba no lejos de Tucapel y el que D. García tuviera oportuno aviso de la concentración de los araucanos. Efectivamente, se apresuró a en-

viar a Alonso de Reinoso con 80 jinetes al encuentro de la columna amenazada. Aquéllos dejaron pasar a Reinoso, con el propósito de aniquilarlo a la vuelta.

El 19 de enero de 1558 se reunió este refuerzo con la columna procedente de La Imperial y en la mañana del día siguiente entraban todos sus componentes en el desfiladero. Inesperadamente aparecieron los naturales desde ambos bordes del camino y cargaron impetuosamente sobre sus adversarios, después de haberlos confundido con una lluvia de flechas, de maderos y de piedras. La primera fila acometió con picas, macanas y garrotes y el resto se parapetó detrás de los árboles y matorrales y desde allí continuaba arrojando sus flechas y sus hondas. Los españoles tuvieron que echar pie a tierra a fin de afrontar en mejor forma la lucha; no obstante, fueron agobiados y "estuvo a punto de perderse toda la gente cristiana", cuenta Ercilla, presente en la refriega de ese día. Afortunadamente aparecieron en la cumbre unos 20 soldados reforzados con numerosos indios auxiliares. Las fuerzas de la quebrada lograron rehacerse y cooperar eficazmente a la acción y los asaltantes —desconcertados por la impetuosidad del adversario— comenzaron a flaquear de ánimo y a emprender la fuga en dirección a los bosques de las montañas vecinas.

El combate duró tres horas y costó a los indios muchos muertos y a los españoles, numerosos heridos. El valiente Reinoso fue agraciado con el premio que más codiciaban los conquistadores. "Le di a escoger —cuenta D. García— de los repartimientos que tenía vacos, el que mejor le pareciese".

#### F.—Acción de Quiapo

Después de un breve período de tranquilidad, se hicieron visibles nuevamente los síntomas de rebelión en la comarca vecina a Tucapel. No pasaba día sin que los mapuches no cometieran algún desmán y no era el menor de ellos el asesinato de algún yanacona o indio auxiliar. Reinoso había empezado la construcción de una nueva ciudad a orillas de un pequeño río que los naturales llamaban Togol-Togol y que no hacía mucho fundara D. García Hurtado de Mendoza. Le había puesto por nombre Cañete de la Frontera, en recuerdo del título nobiliario de su padre, el virrey. Reinoso la había provisto de pircas de piedra y palizada de madera gruesa, con el ánimo de precaverse de sorpresas. Estimó necesario, de todos modos, solicitar refuerzos al gobernador y éste despachó, desde La Imperial, a D. Luis de Toledo con 50 jinetes y días después, entre el 19 y el 21 de septiembre, apareció él mismo con 190 hombres en la ciudad de nueva creación.

Ordenó abandonar el fuerte de Tucapel y trasladarlo a Cañete, a fin de terminar con la peligrosa división de las fuerzas entre el citado fuerte y la flamante ciudad. En dos semanas se terminaron los muros y las torres y en ellas fueron ubicadas las cuatro piezas de artillería provenientes de Tucapel.

Los indígenas, por su parte, desengañados de la lucha a campo abierto, decidieron también construir un fuerte en Quiapo, en el camino de

Concepción a Cañete. El sitio fue muy bien elegido desde el punto de vista táctico. Uno de los flancos de la posición estaba apoyado en un pantano, que dificultaba enormemente el avance a pie o a caballo, y el otro, en una profunda quebrada, que permitía la retirada e impedía, a la vez, la persecución. A ello se añadieron construcciones tan hábilmente dispuestas, que uno de los capitanes —D. Martín de Guzmán— llegó a afirmar que “el fuerte era de calidad que en Italia no se podía hacer mejor”. Estaba circundado de fosos muy profundos y sembrados, sus alrededores, de excavaciones y hoyos apropiados para las caídas de hombres y de caballos. Instalaron dos cañones de bronce de los capturados el día de su victoria en Marigüefiu y se procuraron arcabuces, pólvora y municiones a través de algunos yanaconas.

Mendoza necesitaba capturar el fuerte mapuche, a fin de impedir le quedaran cortadas sus comunicaciones con Concepción y a merced, sus fuerzas, del adversario. Partió de Cañete a mediados de noviembre de 1558, con Alonso de Reinoso, 300 soldados, numerosos indios auxiliares y dos cañones. En la tarde del día siguiente pasó al reposo a una media legua de Quiapo, en un cerro contiguo a una ciénaga. Intimó la rendición a los defensores y como ello no diera resultado, dispuso el avance en tres columnas convergentes. A continuación del empleo de sus cañones —cuyo efecto fue completamente nulo— se valió de puentes transportables para atravesar resueltamente las quebradas y los fosos. Como el combate se mantuviera indeciso, el gobernador envió, contra la parte posterior del fuerte, una fracción de arcabuceros y algunos soldados de lanza y adarga, bajo el mando del capitán Gonzalo Hernández. Confianza en la protección que el pantano les prestaba por esa parte y en que el total de los españoles los atacaba por el frente los mapuches no tenían allí ni siquiera un centinela. Los arcabuceros pudieron avanzar tranquilamente y penetrar sin mayor dificultad en el recinto, luego de arrancar algunos postes de las palizadas. Cercados desde todas direcciones, los indígenas no pudieron continuar la resistencia y optaron por emprender la retirada por la quebrada situada en uno de los flancos de la posición, donde esperaban reorganizarse; pero perseguidos incesantemente, se dispersaron por completo.

## G.—Conclusiones militares

### 1.—Aspecto general

El primer aspecto a considerar es que el nuevo capitán general, contando con el apoyo de su padre, el virrey del Perú, pudo reunir una fuerza militar poderosa para esa época. Era de mayor capacidad combativa y más numerosa que aquellas que habían permitido a España conquistar los imperios aztecas y de los incas.

García Hurtado de Mendoza impuso a sus tropas una severa disciplina, la que era muy necesaria dadas las exigencias que en este aspecto imponía el tipo de lucha que debían afrontar los conquistadores. De severidad se convirtió en crueldad en lo que toca al tratamiento dado a los prisioneros araucanos; el empalamiento del toqui Caupolicán es un ejem-

plo. Con ello creía imponer mayor respeto a los naturales, pero sólo consiguió el odio de éstos hacia el invasor.

## 2.—*Capacidad organizativa de Hurtado de Mendoza*

Es preciso reconocer que, pese a su extremada juventud, el nuevo gobernador dio muestra de una gran capacidad organizativa. Sus diferentes expediciones fueron, para la época, un modelo de preparación y se desarrollaron en condiciones excelentes dada la resistencia física y moral que se había logrado en las tropas.

Indudablemente que es necesario considerar que Hurtado de Mendoza contó con muchos mayores recursos, mayor autoridad y mejor respaldo moral y material que sus predecesores, circunstancias que le hicieron más fácil la tarea de organizar sus campañas. Además, entre sus capitanes, contó con veteranos ya probados en guerras en Europa y en América.

## 3.—*Capacidad estratégica de Hurtado de Mendoza*

Aparentemente, las diferentes expediciones y acciones realizadas por Hurtado de Mendoza son de gran envergadura, pero si se analiza militarmente cada una de ellas, puede evidenciarse que carecieron totalmente de valor.

Cometió el mismo error de D. Pedro de Valdivia de buscar la conquista mediante la ocupación de ciertos lugares del extenso territorio araucano, dispersando sus fuerza en numerosos fuertes que no tenían capacidad suficiente para extender su dominio más allá de los alrededores inmediatos de ellos.

Este error continúa gravitando en la conquista española y fue, en gran parte, la causa de la interminable guerra de resistencia araucana.

## 4.—*Capacidad como conductor táctico*

Su primer acierto como conductor táctico fue el de emplear en forma efectiva y adecuada el servicio de exploración, hasta esa fecha no considerado por los españoles. Con ello le fue posible prevenirse contra las continuas sorpresas de los araucanos y hacer frente en buena forma a un enemigo más móvil y conocedor del terreno.

Se caracterizó por la decisión con que siempre empleó la ofensiva; en este aspecto le valió notablemente la calidad de sus capitanes subordinados. Sin embargo, careció de esa misma decisión para completar sus victorias mediante el empleo de la persecución, lo que le impidió obtener resultados decisivos absolutos.

## 5.—*Las actividades araucanas*

En este período, los araucanos ya alcanzaron una adecuada eficiencia combativa. Convencidos de que en una batalla campal no tenían posibilidades de triunfo contra la caballería, las armaduras y la artillería española, emplearon hábilmente el sistema de guerrillas.

Atacaban a las columnas hispánicas en forma violenta y sorpresiva, causándoles el mayor daño posible pero sin arriesgarse a aceptar una decisión. Cuando a la muerte de Caupolicán olvidaron este modo de combatir, fueron cruelmente derrotados en Quiapo.

Se destaca en esta fase de la guerra el toqui Caupolicán, más por su vigor físico y su heroica muerte en Cañete que por su habilidad como jefe. Extremadamente fuerte, ganó fama entre los araucanos y su símbolo de toqui, gracias a su fuerza muscular y al hecho de haber servido con Lautaro en las últimas campañas de éste. No contó con habilidad suficiente para sacar partido de sus numerosas sorpresas pero, en su descargo, habría que considerar que le tocó enfrentar al mayor ejército español que había llegado a territorio araucano y no logró obtener un apoyo decidido y permanente de las diferentes tribus.

El valor que demostró ante el suplicio a que fue sometido y lo soberbio de su espíritu lo transformaron en un héroe legendario de ese territorio de héroes que fue Arauco.

## V.—LA SEGUNDA MITAD DEL SIGLO XVI

### A.—Operaciones militares durante el gobierno de Francisco de Villagra

#### I

Durante la segunda mitad del siglo XVI el centro de gravedad en la atención de gobernantes y gobernados del reino de Chile lo constituyó la guerra de Arauco. Variadas fueron las alternativas que experimentó esta última en su desarrollo, naturalmente; pero, sí, con un ritmo tal, que podríamos considerar uniforme, luego de una detenida mirada de conjunto sobre el panorama general. Comprobaremos así que D. García Hurtado de Mendoza aniquiló transitoriamente a los mapuches, en razón del poderío de sus fuerzas y del hambre y del tifus que diezmaron a gran parte de la población aborígen. Esta debió resignarse a un obligado compás de espera, mientras los muchachos de entonces crecían hasta sentirse en disposición de tomar las armas y proseguir la lucha iniciada por sus padres. Paralelamente, el brillante Ejército organizado por el virrey D. Andrés Hurtado de Mendoza para su hijo, se disolvía gradualmente en aras de las necesidades de todo orden en la colonia...

Tal debilidad la aprovecharon hábilmente los indígenas para reiniciar la ofensiva, bajo los gobiernos subsiguientes de Francisco y Pedro de Villagra. Francisco de Villagra se recibía del cargo de gobernador de Chile a comienzos de junio de 1561. Por esa época había tomado incremento una gran insurrección de las tribus de Arauco. A sugerencia del padre dominico González Avila, Villagra comenzó a imaginar el sistema que llamó de la "dominación pacífica". En vista de que ello no diera el resultado que se esperaba, preciso fue volver a la modalidad de guerra anterior.

Durante el año de 1562 no hubo encuentros serios con el enemigo, excepto el del 8 de diciembre en un campo atrincherado en las proximidades del Bío-Bío. El gobernador dio la orden de capturarlo y destruirlo

al capitán Arias Pardo de Maldonado. Se trataba —expresa el general D. Indalicio Téllez— de “un verdadero reducto amurallado defendido por grandes obstáculos, entre los cuales merece citarse una especie de pozos de lobo, cubiertos con ramas que constituían una barrera imposible de salvar por los caballos”. Según era habitual, hubo una gran mortandad de indios y los españoles resultaron casi todos heridos. Estos últimos —anota Barros Arana— “creyendo a los indios escarmentados... se lisonjearon con la esperanza de afianzar la paz. Todo aquello no había de pasar de ser una engañosa ilusión”.

Poco después se supo, efectivamente, que los guerreros mapuches se volvían a reunir en la zona y que habían erigido otro fuerte. Incapacitado para conducir personalmente las operaciones, por sentirse muy enfermo, dispuso el gobernador que el maestre de campo Gutiérrez de Altamirano marchase a atacar el fuerte a la cabeza de 90 soldados y 500 indios auxiliares. La columna partió de Arauco y ascendió sin dificultad la cordillera de la Costa, en el Lebu (territorio que los indígenas llamaban de Catiray), llegó a la vista del fuerte “situado en unas alturas de difícil acceso, eficazmente protegido por palizadas y grandes hoyos cubiertos de ramas”. (General Téllez).

Cuando los mapuches divisaron a los españoles se mantuvieron inmóviles en su posición. Pero, al aproximarse a la palizada, los caballos comenzaron a caer en los hoyos disimulados con ramas y llovieron, entonces, sobre los jinetes, las flechas y los golpes. El maestre de campo cayó en un foso, pero logró salir en seguida. Ante el giro favorable del combate, los araucanos contraatacaron con singular ardor a los asaltantes. Más de 40 de estos últimos sucumbieron en la pelea y sólo algunos lograron escapar por el camino de Concepción y otros tantos, por el de Angol. Perdieron, además, gran cantidad de indios auxiliares, varios caballos y muchas armas. (enero de 1563).

El desastre sufrido por los conquistadores en Catiray tuvo funestas consecuencias, ya que marcaría el comienzo de un alzamiento general de las tribus de Arauco. Abandonado Cañete por sus habitantes, cayeron aquéllas sobre el poblado y lo arrasaron hasta sus cimientos. Una agrupación de guerreros marchó en seguida hacia Angol, guarnecido por sólo un puñado de soldados y un cuerpo de indios auxiliares, bajo las órdenes del valiente capitán D. Miguel de Avendaño y Velasco. Ante la aproximación del enemigo, resolvió el capitán atacarlo a campo abierto, “para aprovechar el empuje de sus caballos”. Era, sin embargo, de tal grado su inferioridad numérica, que los españoles hubieron de batirse como leones, a fin de poder vencer y obligar al enemigo a huir.

## II

En los días del abandono de Cañete por sus pobladores el centro de gravedad de la lucha se había trasladado a Arauco. Esta plaza, guarnecida por 15 soldados españoles, con algunas piezas de artillería, fue objeto de repetidos ataques del elemento mapuche. Era su comandante el capitán Pedro de Villagra, primo del gobernador, que se había destacado por sus notables dotes de conductor militar desde los primeros días de

la Conquista. Como su segundo se desempeñaba el capitán Lorenzo Bernal del Mercado, que se distinguía por su habilidad, su resolución y su coraje extraordinario en el combate.

Al percatarese de la aproximación de nutridos grupos de aborígenes, "que se hace subir a la cifra, seguramente exagerada, de 20.000 hombres" —según Barros Arana— tomaron ambos las disposiciones para la lucha (mediados de marzo de 1563). Los primeros momentos fueron extremadamente críticos para los españoles. Se iniciaron con el rechazo de la primera fracción atacante... que abandonó la trinchera y que se vio forzada a plegarse con fuertes pérdidas. Las piezas de artillería, por su parte, podían apenas contener el ímpetu del adversario. Un mocetón se aproximó a las instalaciones de la defensa y puso fuego a los techos de paja con una flecha inflamada. El incendio se propagó rápidamente y creó al defensor la más difícil situación que cabe imaginar. Amenazados por el enemigo implacable y por el fuego, los conquistadores hubieron de batirse fieramente durante tres días, hasta lograr triunfar sobre ambos peligros. "Los indios —comenta el general D. Indalicio Téllez— no supieron aprovecharse de tan angustiosa situación y no sacaron otras ventajas que apoderarse de un cañón y de algunos arcabuces y hacer perder a los sitiados una gran parte de sus provisiones. Les dejaron tiempo para reponerse, para reorganizar su defensa y hasta para resistir tres días, al fin de los cuales los indios —apremiados por la necesidad de atender a su aprovisionamiento— se vieron forzados a retirarse".

Al cabo de algunos días de tranquilidad, empleados en labores de cosecha, los mapuches —comandados por el cacique Colocolo— volvieron sobre Arauco, ocuparon una posición en las lomas vecinas y dieron inicio al sitio del fuerte (26 de marzo). Los víveres escaseaban en este último y, en cuanto al agua, era ella insuficiente para satisfacer la sed de jinetes y cabalgaduras. Estaban obligados, por lo tanto, a efectuar frecuentes salidas de noche con el objeto de proveerse del líquido elemento en un arroyo vecino. Los sitiadores instalaron una estrecha vigilancia del lugar, de modo que cada salida costaba a los sitiados una buena porción de heridos.

Amén de esto, procedieron a infectar las aguas del arroyo al arrojar a su lecho cadáveres y toda clase de desperdicios. Pero al observar que los hispanos no tenían reparo en beber tales aguas, realizaron los trabajos destinados a desviar la corriente del arroyo. Bernal del Mercado, que había tomado el mando de la plaza por ausencia de Pedro de Villagra, no cedió en momento alguno y mantuvo la defensa con un vigor extraordinario. No desmayaba en su propósito, en la creencia de que sería salvado por alguna guarnición vecina. Pero socorro no podría llegar, porque Pedro de Villagra —el nuevo gobernador desde hacía unas semanas— se encontraba en la imposibilidad absoluta de hacerlo. "No tenía tropa disponible y, si la hubiera tenido, no habría podido mandarla por tierra a través de una región especialmente favorable para las emboscadas y plagada de enemigos, ni habría podido mandarla por mar, por falta de embarcaciones". (I. Téllez).

Barros Arana anota, por su parte, que los indígenas, "cansados con la tenaz resistencia de los castellanos, hostigados por las frecuentes llu-

vias del invierno siempre riguroso en aquellos lugares e incapaces sobre todo de perseverar largo tiempo en una operación militar... abandonaron el cerco en la noche del 30 de junio y dejaron a los sitiados en la situación de darse descanso y procurarse provisiones".

Los defensores abandonaron el fuerte de Arauco en la noche del 15 de julio y emprendieron la marcha en dirección a Angol. Luego de vencer enormes dificultades y tropiezos de todo orden, alcanzaron esta última dos días más tarde.

## B.—El gobernador Pedro de Villagra y las operaciones militares

Diffícilmente logró Pedro de Villagra —uno de los más eminentes capitanes de la Conquista— conservar las ciudades del sur, en espera de los refuerzos que tan premiosamente solicitara y que nunca llegaron. Se recibió del Gobierno en circunstancias que era tal la miseria en la cual estaba sumido el país y tan grande el temor producido por las victorias del enemigo, que muchos españoles no pensaban sino en volverse al Perú. Pedro de Villagra logró la pacificación del territorio comprendido entre el Maule y el Bío-Bío y uno de los encuentros más notables ocurrió en Perquilauquén, en febrero de 1565.

A mediados de enero de ese año salía el gobernador de Santiago a la cabeza de 150 soldados españoles y de 800 indios auxiliares. En su marcha hacia el sur no tuvo la columna tropiezo alguno en los primeros días; pero, cruzado el río Maule, advirtió que los araucanos estaban en pie de guerra. Se continuó el avance con las medidas de seguridad correspondientes. Al adelantarse el propio Villagra a su descubierta, advirtió que aquéllos habían ocupado una posición defensiva a orillas del río Perquilauquén (entre las actuales ciudades de Parral y San Carlos). La posición estaba reforzada con fosos profundos y sólidas palizadas.

Al amparo de los accidentes del terreno, el jefe español avanzó con su tropa hasta situarla a corta distancia del enemigo, "que casi se oía lo que se hablaba, según la expresión de un documento contemporáneo" (Barros Arana). Villagra hubiera preferido eludir el encuentro y de allí que resolviera hacer proposiciones de paz al contendor. Los indios rechazaron tal expediente y fue preciso, entonces, prepararse para la lucha. Villagra dispuso la construcción de 12 mantas (parapetos portátiles), con el propósito de resguardar a su gente de las flechas de los mapuches. Hecho lo cual, se dio comienzo al encuentro. El coraje y la disciplina de los conquistadores impresionaron de tal modo a los ocupantes de la posición, que comenzaron pronto a abandonar sus trincheras y entregarse a la fuga.

No le fue posible, por entonces, a Villagra intentar empresa alguna al sur del Bío-Bío: lo haría tan pronto recibiera refuerzos en hombres, vestuario y equipo del Perú. Pero, en vez de ello, sólo le llegó la orden perentoria de regresar inmediatamente a Lima (junio de 1565). Quedó en su reemplazo, en calidad de gobernador interino, Rodrigo de Quiroga (1565 a agosto de 1567).

C.—La guerra de Arauco durante las administraciones  
Quiroga y Bravo de Saravia

I

En los días de la administración interina de Rodrigo de Quiroga, Lorenzo Bernal del Mercado —uno de los comandantes más notables que produjo la guerra de Arauco, según se ha señalado— volvió a derrotar a los guerreros araucanos en una serie de encuentros sucesivos. Agotadas, empero, las energías del nuevo contingente procedente del virreynato (250 soldados), los mapuches recuperaron su poderío y, en las postrimerías de su interinato, Quiroga recurría a toda clase de expedientes para detener la nueva rebelión general que venía venir... y que estalló —cual bomba de tiempo— durante los gobiernos de la Real Audiencia y de Bravo de Saravia. Las consecuencias para la colonia fueron desastrosas.

Después de un breve gobierno de la Real Audiencia (agosto de 1567 a agosto de 1568), se hizo cargo del mando supremo el doctor D. Melchor Bravo de Saravia, con "muchos años de servicios al rey y que poseía una larga experiencia en los negocios de gobierno" (Barros Arana).

A fines de 1568 el nuevo gobernador se encontraba, con las fuerzas de su mando, en el asiento de Talcamávida, un valle situado en la ribera del Bío-Bío, donde hoy se levanta el pueblo de Santa Juana. Convocados por el cacique Longonaval, los elementos indígenas se reunían en las colinas de Catiray, que corrían a espaldas del campamento español. En una altura de brusca pendiente construyeron un fuerte. Informado oportunamente el gobernador del hecho, resolvió atacar la posición enemiga.

Encargó el cumplimiento de la misión al capitán D. Miguel de Velasco y 100 soldados a sus órdenes. Luego de algunas horas de marcha nocturna, favorecido por la luz de la luna, Velasco divisó al amanecer al adversario en un espeso bosque en el interior de una quebrada. Pero en los momentos en que dictaba la orden de ataque, los indios —prevenidos seguramente por sus espías— emprendieron la retirada hacia el fuerte. No fue posible perseguirlos a causa de la aspereza de la montaña, en razón de lo cual los conquistadores viéronse obligados a regresar a su campamento.

Bravo de Saravia se mostró indignado ante el fracaso de la acción y, luego de oír a sus capitanes, pidió refuerzos a Concepción. Tan pronto hubo reunido 140 soldados, dispuso un segundo intento de ataque. Inútil fue que los indios auxiliares trataran de disuadirlo de empresa tan temeraria. El 7 de enero de 1569, en la noche, una nueva columna se ponía en marcha en dirección al objetivo señalado, a las órdenes del capitán D. Miguel de Velasco y al amanecer se encontraba a la vista de la posición enemiga. Acudían desde todas partes los indios de los alrededores a prestar su concurso a la defensa. El cacique Millalamo, que los conducía, ordenó a los suyos formar montones de piedra de gran tamaño enfrente del fuerte, terminado lo cual se mantuvieron inmóviles en sus puestos, a la espera de los acontecimientos.

Los españoles, debidamente reunidos en agrupaciones, iniciaron la acción con la ascensión a la altura y la ruptura del fuego. Muy próximos ya a su objetivo, una verdadera lluvia de piedras de gran tamaño cayó sobre ellos, quebrando brazos o piernas de aquéllos a quienes alcanzaban. El capitán ordenó que una fracción de 20 soldados trepase a lo alto por uno de los costados, a fin de caer a la espalda de la posición. Pero ya era demasiado tarde. Producido el desconcierto en las filas españolas a raíz de la lluvia de piedras, los araucanos —a pesar de su inferioridad numérica de 10 a 1— abandonaron su trinchera y acometieron al asaltante con un ímpetu irresistible.

La derrota de éste fue ineludible. Velasco hizo tocar retirada y en el campo quedaron 44 muertos, "muchos de ellos, soldados o capitanes de prestigio y de posición".

## II

En las postrimerías del año 1570 el gobernador Bravo de Saravia se preparaba nuevamente a emprender la marcha, desde la capital hacia el sur, a la cabeza de 250 hombres. Deseaba terminar, de una vez por todas, la pacificación del territorio araucano. Al ser informado de la derrota sufrida últimamente en Purén por su columna de 16 hombres, ordenó se pusiera inmediatamente en marcha un destacamento de 100 soldados a las órdenes del capitán D. Miguel de Velasco. Tras este último salió poco después él mismo, con el resto de la tropa.

Velasco llegó a Concepción a comienzos de enero de 1571 y, sin detenerse, prosiguió hacia Angol. Allí se le reunieron los capitanes Yáñez y Barrera con el contingente traído desde Valdivia (30 hombres). Reforzada, además, con algunas piezas de artillería, la tropa prosiguió la marcha al encuentro del adversario. Ocupó, al fin, una posición en un recodo del río Purén, protegida su espalda por las barrancas de este último y teniendo a su frente un extenso llano. En las inmediaciones esperaba a los expedicionarios una agrupación de 1.500 a 2.000 guerreros araucanos.

Estos intentaron, en vano, desalojar a los hispanos de la posición. "Si los españoles se hubieran mantenido allí —advierte Barros Arana— su triunfo habría sido seguro; pero la arrogancia de algunos capitanes, la confianza de poderse batir con ventaja en el llano descubierto que tenían enfrente, los estimuló a aconsejar a su general que tomara la ofensiva. Aquellas tropas, compuestas en la gran mayoría de gentes enroladas por fuerza en el Perú, no tenían el vigor ni la resistencia de los soldados que en esa misma guerra habían ejecutado tantos prodigios en las guerras anteriores".

A raíz del primer asalto y atendido el hecho de que los mapuches resistían con una tenacidad increíble, los atacantes comenzaron a dispersarse, para emprender en seguida una fuga precipitada, a pesar de la intervención resuelta de algunos de sus capitanes. Y así, en completo desorden y desmoralizados, penetraron esa misma noche en Angol.

## D.—De Alonso de Sotomayor a Oñez de Loyola

## I

D. Alonso de Sotomayor se hizo cargo del Gobierno de Chile en septiembre de 1583. Un año más tarde partía desde Santiago, en dirección al sur, dispuesto a batir a los tenaces defensores de Arauco. Llegado a Angol, despachó una columna de 150 hombres a las órdenes del sargento mayor D. Alonso García Ramón y éste “se dio tan buena maña, que cogió a los indios descuidados y dio en ellos toda su furia, sin perdonar niño ni mujer que topase, por atemorizar a los demás con tan áspero castigo; y habiendo muerto hasta doscientas personas, se volvió con el pillaje a la ciudad de los infantes (Angol)”.

Es claro que, inmediatamente después, encontróse imposibilitado para reiniciar la campaña, pues los soldados no tenían vestuario con qué cubrir sus desnudeces, pólvora con qué cargar sus armas y las cajas reales estaban vacías y endeudadas hasta un grado increíble. Marchó, sin embargo, a la Frontera, penetró en Purén y cargó sobre Tucapel y Arauco sin encontrar resistencia. Los indios quemaban sus casas y sus sembrados —hoy lo llamaríamos la “política de tierra arrasada”— y huían a las montañas con sus mujeres y sus hijos.

D. Alonso había partido de la capital con un esbozo de plan de pacificación, que esperaba completar de acuerdo con sus experiencias en la campaña y su conocimiento personal del teatro de operaciones. Conoció asimismo e íntimamente, la verdadera naturaleza de la guerra de Arauco. Se dio cuenta, con mayor claridad que sus predecesores, de la ineficacia absoluta de los paseos victoriosos de las tropas españolas, luego de escalar montañas, atravesar ríos y marchar todo un verano... para no llegar a nada concreto. Estas experiencias, repetidas a la entrada de cada primavera, desmoralizaban a las tropas sin provecho alguno para el progreso de la pacificación de la Frontera. Los indios volvían a sus tierras a medida que el Ejército las abandonaba y la situación volvía a ser la misma de antes de la expedición.

Comprendió, pues, el gobernador que era preciso volver al programa iniciado, con fuerzas insuficientes, por D. Pedro de Valdivia: proteger en forma permanente con un fuerte o ciudad la comarca ocupada; comunicar entre sí estos establecimientos móviles destinados a aniquilar los jinetes indígenas o a reprimir sus rebeliones. Este plan exigía, no los 1.000 soldados que estimara suficientes *a priori*, sino unos 6.000 y recursos de que no disponía la modesta Capitanía General de Chile. Al entregar el mando a Oñez de Loyola en 1592 —sin haber conseguido más refuerzos que escasos 3.000 hombres, a pesar de sus insistentes pedidos— el ilustre gobernador Alonso de Sotomayor sostenía difícilmente las ciudades y los fuertes del sur, contra un enemigo implacable y tenaz, que no perdía oportunidad para lanzarse una y otra vez a la ofensiva. Las deserciones, las epidemias y las necesidades de orden civil habían consumido los refuerzos que trajo a su llegada y los que recibió durante sus nueve años de gobierno. Por añadidura las cajas reales no contaban con un centavo y estaban endeudadas en cantidades que no podrían can-

celar ni en un plazo de diez años. La pobreza de los vecinos era, asimismo, extrema.

## II

"La guerra había llegado a transformarse en Chile en un mal endémico que absorbió la preocupación de los colonos", expresa el historiador Jaime Eyzaguirre al referirse a la situación del reyno en la segunda mitad del siglo XVI. El escaso o ningún valer militar de los habitantes, como era lógico, obligaba a los gobernadores a reclamar el envío de oficiales y soldados experimentados a España y al Perú y cuya ausencia aprovechaban las belicosas tribus de Arauco para mantener una amenaza constante sobre las cabezas de los colonos.

Croquis N.º 6

En abril de 1592 fue designado gobernador de Chile D. Martín García Oñez de Loyola. Transcurridos algunos años, al sentirse amenazados por la nueva fundación de establecimientos y fuertes por este mandatario, los mapuches procedieron (a comienzos de 1598) a asaltar en pequeños grupos los citados establecimientos. Preocupado de la gravedad de la situación, Oñez de Loyola se dirigió al sur a la cabeza de una columna de 215 hombres y, en un período relativamente breve, logró una pacificación parcial del territorio araucano. Además, con miras a afianzar el predominio español en el país, solicitó refuerzos al virrey del Perú. A la espera de éstos se mantuvo, durante el invierno de ese año, en el fuerte de La Imperial.

A comienzos de diciembre fue informado que el cacique Pelantaru preparaba en Purén una insurrección general de las tribus indígenas. Resolvió, en consecuencia, partir hacia Angol, la zona afectada. Inútil fue que los capitanes que lo acompañaban trataran de disuadirlo, atendidos los riesgos que comportaba la empresa. Estimando que un número de efectivos superior al que habría de llevar significaría, quizás, demora en la empresa, optó por partir con sólo la gente estrictamente necesaria. En la noche del 22 al 23 de diciembre, al cabo de agotadora jornada, la tropa pasó al reposo en el lugar conocido como Curalaba, en las proximidades de Quebrada Honda.

Las fuerzas de Oñez de Loyola estaban integradas por 60 soldados peninsulares y 300 indios amigos. El número de los guerreros mapuches es desconocido. Se le podría quizás apreciar en unos 1.000 a 1.500.

Al amanecer del 23 de diciembre de 1598, cuando la tropa dormía profundamente —los centinelas inclusive— una multitud, que lanzaba gritos ensordecedores y amenazantes, se precipitó como un alud sobre el campamento de Curalaba. El toqui Pelantaru, informado minuto a minuto por sus espías, de las actividades del enemigo, desde su partida de La Imperial, había rodeado el recinto y acordado —con sus lugartenientes— iniciar el ataque por sorpresa, al amanecer. Sus fuerzas lo ejecutarían en tres agrupaciones, que —desde diversos puntos— habrían de converger sobre el objetivo señalado.

Como se pensó, se hizo. Al grito de ¡lape!... ¡lape! se arrojaron los asaltantes sobre el vivac y sembraron el espanto y la muerte entre sus desprevenidos ocupantes. Algunos de ellos, que pudieron escapar, se

lanzaron al río y perecieron ahogados. El capitán Juan Quiroz logró ensillar su caballo, montar y acudir en auxilio del gobernador, que se batía desesperadamente contra un grupo de indios que lo acosaba sin piedad. Pero ambos fueron muertos prontamente en la refriega.

La violencia del choque fue de tal magnitud que la derrota de los españoles resultó completa. Los vencedores se apoderaron de un abundante botín: 400 caballos, 56 pesos de hierro, 56 sillas de montar, 40 lanzas, 16 arcabuces, 3 vajillas de plata, \$ 9.000 oro, abundante ropa de castilla, cédulas de S. M. el rey, libros de encomiendas, etc.

El doloroso desastre de Curalaba fue la señal de la insurrección de los indígenas al sur del Bío-Bío. Los españoles, dispersos en el territorio e impedidos de comunicarse entre sí en medio de un ambiente hostil, debieron luchar en todos los frentes y se vieron obligados a ceder en todas partes. Muchos habían sido los períodos de penalidades y angustias en la época colonial, pero ninguno de la magnitud como el que ahora se presentaba. "Concluye así el siglo XVI —afirma el historiador Jaime Eyzaguirre— con la ruina de gran parte de la obra española en Chile. Al cabo de tantos sacrificios, cuando la civilización europea comenzaba a prender en el áspero terreno, la barbarie se impone arrasando cuanto encuentra a su paso. Pero, por sobre los cadáveres y los escombros humeantes y en medio del hambre y la miseria, perdura aún la voluntad de subsistir y se mantiene incólume el ideal caballeresco. Este había presidido los mejores días de triunfo y estaba también presente en la hora del desastre. En uno y otro caso la épica encontró asidero y en el último, junto a los capitanes sin miedo, pudo magnificar los nombres de Isabel Mejía y sus hijas Toledo, defensoras admirables de Chillán, y de Inés de Aguilera, heroína del sitio de La Imperial".

A fines de mayo de 1599 desembarcaba en Concepción D. Francisco de Quiñones, el nuevo gobernador, designado en carácter interino por el virrey del Perú, con un refuerzo de 300 hombres convenientemente equipados. Desde el momento mismo de su llegada comprendió Quiñones que nada serio podría emprenderse con el concurso de las fuerzas desmoralizadas que encontró aquí en el reino y con las que él traía desde afuera. Pidió inmediatamente socorro al Perú y planteó al virrey, con la franqueza debida, la gravedad de la situación. Aún más, a petición suya el virrey resolvió reemplazarlo por D. Alonso García Ramón, antiguo cuartel maestro de D. Alonso de Sotomayor. En septiembre de 1600, dos meses después de su llegada y cuando se preparaba para expedicionar al sur, supo García Ramón que el rey había designado gobernador en propiedad a Alonso de Ribera, un jefe militar de notable reputación en España y cuya administración llegaría a ser una de las más brillantes que Chile haya tenido a lo largo de su historia.

## VI.—ALONSO DE RIBERA Y EL EJERCITO PERMANENTE

### A.—Las operaciones militares

Era Alonso de Ribera uno de los más afamados capitanes con que contaba el imperio español de la época, con 22 años de eminentes servi-

cios a la Corona en las guerras que sostenía en Europa. Impuesto el monarca de la gravedad de los sucesos de Chile, pidió al Consejo de Indias le propusiese un gobernador capaz de someter definitivamente a Arauco. El Consejo, a su turno, solicitó nombres al conde Fuentes y éste no trepidó en desprenderse del más brillante de sus oficiales.

Ribera partió de Sevilla a comienzos de 1600, con 300 soldados y la promesa de que pronto se le enviaría un contingente militar numeroso. Desembarcó en Talcahuano, a mediados de febrero de 1601, perfectamente orientado respecto de las modalidades de la guerra de Arauco y de los agudos problemas que al reino de Chile afligían. A su paso por Panamá había sido informado, punto por punto, de semejante situación, por D. Alonso de Sotomayor, con la autoridad de quien llegó a conocerla mejor que todos los capitanes que en el gobierno del país lo precedieron. El intrépido soldado de Flandes aprendió, pues, de primera agua, lo que otros no consiguieron sino a través de una experiencia prolongada y asaz dolorosa.

Ya en territorio chileno supo por Alonso García Ramón —su antecesor— que un centenar de soldados, mujeres y niños, sitiados por los indígenas de Villarrica, sufrían dos largos años de atroz martirio. Que el coronel Francisco del Campo, con 150 hombres, se defendía en desastrosas condiciones, en el fuerte Osorno y que sólo la esperanza de recibir socorros desde el norte lo mantenía. Que Santa Cruz, Angol, La Imperial, Valdivia y los fuertes —con excepción del de Arauco— ya no existían y que, distribuidos desde La Serena hasta el citado fuerte de Arauco, había 1.151 combatientes, incluidos en esta cifra vecinos y moradores de un valer militar muy dudoso. El Ejército propiamente tal —si es que a esto pudiéramos llamarlo Ejército— fluctuaba alrededor de los 500 hombres sumidos en la más lamentable postración que es dable imaginar. Al país, por su parte, lo consumían el hambre y la miseria.

El nuevo capitán general estimó que, por el momento, cabían dos medidas fundamentales: socorrer a Arauco y asegurar debidamente la línea del Bío-Bío. Instalados los españoles en esta última, podrían ser trabajadas las tierras aledañas de Chillán y de Penco, entonces abandonadas por falta de protección y —lo más interesante— las ciudades del norte quedarían bajo el amparo correspondiente. De acuerdo con el plan adoptado y, una vez reorganizado y disciplinado el Ejército y recibidos los refuerzos que se esperaban de España, habría de reiniciarse la conquista gradual de los territorios ubicados al sur del gran río.

El 21 de febrero atravesó Ribera este último, se dirigió a la plaza de Arauco y los naturales, cogidos de sorpresa, fueron dispersados sin mayor dificultad y sin tener siquiera tiempo para recoger sus cosechas y escapar con sus ganados. El fuerte de Arauco quedó convenientemente abastecido, con gran contentamiento de sus defensores, que habían tenido que alimentarse hasta de "yerbas, raíces y sabandijas", al decir del padre Diego Rosales. Estaba en condiciones de resistir airosamente al enemigo, si éste —que se había refugiado en las montañas— lograba concentrarse y atacarlos antes del verano próximo.

Varios de los capitanes aconsejaron, en el intertanto, se socorriera a las ciudades sitiadas de Villarrica y de Osorno. El gobernador se limitó

a responder que así lo haría; pero, a decir verdad, dejó abandonadas a su suerte a aquellas dos infortunadas guarniciones del sur. Desechando razones de orden sentimental y el mandato expreso del virrey a su paso por Lima, encuadróse estrictamente en las severas exigencias de la situación militar. Porque, para acudir en su ayuda, era preciso fraccionar en dos partes —que no podrían auxiliarse mutuamente— un Ejército de un valer militar que lindaba en la inoperancia. Y, por último, primordial era dejar a Santiago y a las provincias al norte de la Frontera debidamente resguardadas de todo peligro y acechanza, según advertimos más atrás. Procedió, pues, a construir el fuerte de Talcahuano, en el lugar que hoy ocupa el puerto de ese nombre, y el de Lonquén, en la ribera del Itata, a ocho leguas de la ciudad de Concepción. Echáronse muy pronto de ver los buenos efectos de esta afortunada medida de estrategia, que fue afianzada con numerosas expediciones al norte del Bío-Bío. Al llegar el gobernador a Santiago a mediados de 1602, se consideraba ya definitivamente salvada esta parte del territorio.

Estimulado por el éxito, resolvió llevar adelante, en el verano de 1603, una antigua idea suya: el restablecimiento de la plaza fuerte de Santa Cruz, no en el lugar de origen, sino en la confluencia del Bío-Bío con el Laja y bajo el nombre de Nuestra Señora de Alé. Y como lo pensó lo hizo. Prosiguió su camino hacia el fuerte de Santa Fe, en el territorio de la isla de la Laja, guarnecido por dos compañías que comandaba Alonso González de Nájera y a tiempo llegó para salvarlas de la destrucción por los mapuches y por el hambre que ya empezaba a enseñorearse de sus esforzados defensores. Bastó su sola presencia para que los indios se dispersaran a los cuatro vientos, sin esperar a enfrentarse con el jefe español. Tornó éste a Concepción a comienzos de marzo, a fin de contraer matrimonio con doña Inés de Córdoba y Aguilera.

Reanudó la campaña en el verano de 1604, con 590 hombres y obligó a los mapuches a replegarse y refugiarse, por fin, en la ciénaga de Purén. De regreso, asoló la provincia de Catiray y el 1º de abril penetró en Arauco, contra el parecer de sus más viejos capitanes, que estimaban temeraria la empresa en vista de que los fríos y las lluvias comenzaban a hacerse sentir con desagradable insistencia. Pero los indios, que oportunamente lo supieron, se dispersaron al igual que en las anteriores ocasiones de Purén y de Catiray.

Mientras se proponía dar un nuevo golpe al enemigo, en el verano de 1605 y obligar, de ese modo, a pedir la paz a los huilliches y a las tribus otrora aliadas de los españoles, las fuerzas de Pedro Cortés Monroy, en Arauco, se batían con los naturales de la comarca con fortuna tal —a pesar de los rigores del invierno— que optaron éstos por acatar la voluntad del invasor.

A mediados de septiembre recibió el capitán general la nueva de su traslado al Tucumán, que iba “a causar en la colonia el más radical trastorno”, al decir de D. Crescente Errázuriz Valdivieso. Apresuróse, sin embargo, a poner en práctica el plan que había madurado, a fin de traspasar, en lo posible, pacificado el país a D. Alonso de Sotomayor, su muy ilustre sucesor. Cumplió en gran parte sus anhelos y el 9 de abril

de 1606 entregaba el mando a Alonso García Ramón, designado gobernador por renuncia de última hora de Alonso de Sotomayor.

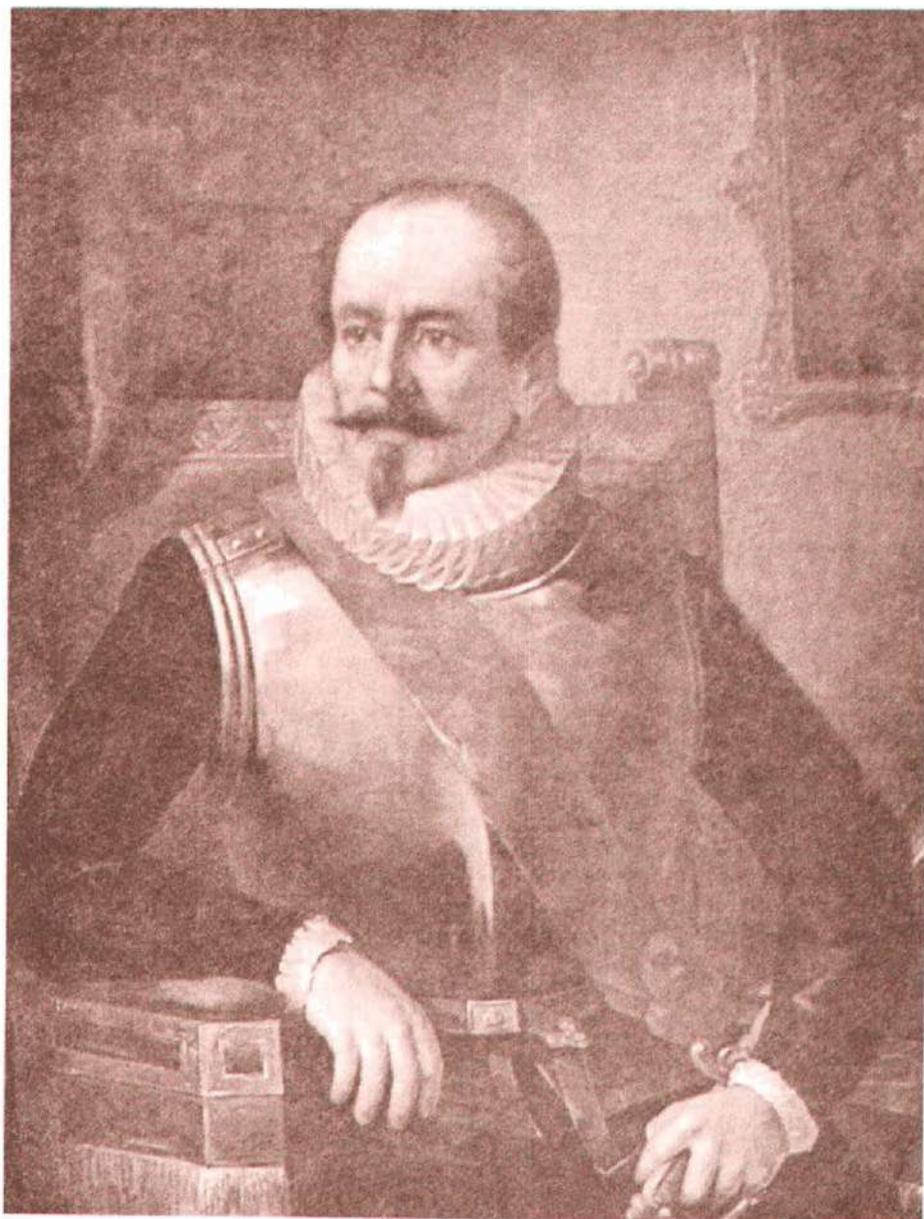
Las expediciones de los últimos años habían logrado llevar una sensación de seguridad y de alivio a los pobladores de la Frontera, que —hasta no hacía mucho— vivieron una era de sufrimientos y angustias indescriptibles. Así lo reconoció oficialmente el doctor Merlo de la Fuente en el juicio de residencia a que debían ser sometidos los gobernadores al expirar su mandato. Luego de pedir severas penas para el residenciado por repetidas arbitrariedades durante su gobierno, concluye por admitir: "Declaró el dicho capitán Alonso de Ribera, en lo tocante a el cargo de capitán general, haber servido al rey nuestro señor en la pacificación y guerra deste reyno con mucha vigilancia y cuydado y ser merecedor de que en oficio semejante y de *mayor importancia* se pueda Su Magestad servir dél".

### B.—Creación del Ejército permanente

La impresión que recibió Alonso de Ribera del estado militar del reino de Chile, al desembarcar en Talcahuano, fue desastrosa. Acostumbrado a servir en el primer Ejército del mundo, bajo las órdenes de los más eminentes capitanes de la época, nada de extraño tiene que se apresurara a denunciar al monarca que "estaba esta gente tan mal disciplinada e simple en las cosas de la milicia, que nunca tal pudiera imaginar ni sería posible dallo a entender". Y quien desee formarse un juicio aproximado del cuadro que debió presentar entonces tan autorizado testigo, habrá de recurrir al informe del mismo, de fecha 9 de febrero de 1601 y a los capítulos pertinentes del *Desengaño y Reparación de la Guerra del Reyno de Chile*, de que es autor Alonso González de Nájera. Son páginas y más páginas de acerba crítica por fallas y errores que lindan en lo inconcebible: fallas de cantidad y de calidad del elemento humano; fallas en la cantidad y en la calidad de las armas; fallas de orden disciplinario; fallas de aspecto logístico; fallas de carácter táctico; fallas de orden espiritual y moral, etc. Podríamos sintetizar afirmando, de este singular conglomerado humano, que se trataba —en realidad— de una horda de gitanos, simplemente.

El capitán general llegó a la conclusión de que la causa precisa de tantos males radicaba en el hecho de que los habitantes de este apartado rincón del mundo pretendían matar dos pájaros de un tiro, vale decir constituir una nación y participar en la contienda, al mismo tiempo. No cabía esperar provecho alguno, a su juicio, de tropas indisciplinadas que no recibían alimentación ni sueldo, ni recursos de ninguna especie de las autoridades reales. La presencia de una institución armada estable significaría liberar a los pobladores de las obligaciones que los alejaban de las ciudades y de los campos —en desmedro del progreso de la colonia— y, en segundo término, contar con elementos profesionales aptos para la conquista gradual del territorio de Arauco.

Todos sus esfuerzos tendieron, pues, a la organización de un *Ejército permanente* con carácter netamente profesional. Por otra parte, los innumerables padecimientos que aquí debían soportar los hombres de ar-



ALONSO DE RIBERA

Creador del Ejército de Chile.

mas, si es que no perdían la vida o caían en la esclavitud en manos mapuches, hacían necesarias grandes recompensas y paga razonable. Sugirió, en consecuencia, al monarca una escala de sueldos que iba de los 10 ducados para el soldado, a los 65 para el sargento mayor y a los 116 para el maestro de campo. Solicitó, a renglón seguido, el aumento de las dotaciones de tropas y de los recursos correspondientes para pagarlas y, como un medio de estimular el interés por la carrera de las armas, propuso se crearan vacantes y ascensos para aquellos de sus miembros que hubiesen tenido una actuación destacada en las campañas.

Ribera obtuvo lo que pedía. Por real cédula de enero de 1603 el rey Felipe III aprobó el establecimiento del *Ejército permanente*, elevó el auxilio que debían remitir las cajas del virreynato del Perú a 120 mil ducados y le despachó un refuerzo de 1.000 soldados más. El virrey, por su parte, le destinó 370 y tantos hombres, "donosamente aderezados".

Tal es el origen del actual Ejército de Chile, honra y prez de la nación.

### C.—Conclusiones militares

#### 1.—Aspecto general

Del período de la conquista es, sin lugar a dudas, Alonso de Ribera el mayor exponente en lo que a capacidad militar se refiere. En estos aspectos, los rasgos esenciales que lo caracterizan son:

a) Mediante el estudio, la observación y las informaciones que buscó permanentemente, logró un conocimiento acabado de sus posibilidades, de sus enemigos y del terreno en que debería actuar.

b) Organizó sus medios de tal manera de hacerlos aptos para el combate en tierras araucanas, innovando en el empleo de las armas y en la proporción de ellas.

c) Cambió el sistema de conquista que se venía desarrollando desde el período de Pedro de Valdivia.

d) Consideró el mejoramiento material y moral de sus tropas como un elemento básico para aumentar la capacidad combativa de ellas.

e) Enfrentó al araucano con decisión, materializando siempre un centro de gravedad bien definido y sacrificando, incluso, aquello que no estimaba indispensable.

#### 2.—Plan de conquista

Ya se ha expresado que la solución que los anteriores gobernadores dieron a la necesidad de conquistar el territorio araucano fue la de fundar numerosos fuertes, muy aislados unos de los otros y sin ningún valor ofensivo. Alonso de Ribera decidió cambiar el sistema empleando otro totalmente diferente.

Materializó una línea defensiva en el río Bío-Bío, principal obstáculo del territorio; ella tendría la misión de asegurar definitivamente los territorios al norte de ella para afianzar el dominio español. Para ello, tu-

vo que abandonar a su suerte a algunos fuertes sureños ya que el tratar de salvarlos podía significar arriesgar fatalmente su Ejército.

Desde esa línea defensiva, cuando fue necesario, realizó potentes ofensivas buscando no ocupar territorio, sino destruir a las fuerzas araucanas que se oponían a sus planes. Así fue como en la campaña de 1604, que dirigió en persona y la de 1605, que comandó Cortés Monroy, alcanzó éxitos muy decisivos que imposibilitaron a los araucanos para actuar sobre los españoles por un tiempo considerable.

### 3.—*Innovación en el empleo de las armas y en la proporción de ellas.*

Hasta el gobierno de Alonso de Ribera, los españoles habían tratado de dar importancia primaria a la caballería; en ella se empleaban los mejores soldados y el máximo de recursos. En cuanto a número la caballería, pese a su mayor costo, era superior a la infantería.

El capitán general estimó que en el territorio araucano el empleo de la caballería en tan gran proporción era inadecuado, tanto por las restricciones que le imponía el selvático y montañoso terreno como por las enormes dificultades que significaba el reemplazo de las bajas de jinetes y caballos. Los araucanos, por su parte, también habían logrado formar una caballería más móvil y adaptable al terreno, con la cual la española quedaba neutralizada.

Así disminuyó las fuerzas de caballería hasta dejarlas en un tercio de las de infantería. En una carta dirigida al rey de España en 1601, le expresa que el territorio chileno es la tierra que más se presta para el empleo de la infantería y que sin ella será imposible acabar la guerra. Agrega que hay infinitos lugares en los cuales cincuenta infantes se pueden defender de mil jinetes, y caminos tan estrechos y con tanta maleza donde mil jinetes no tienen ninguna seguridad ante cincuenta infantes.

Dotó y entrenó a su infantería para el combate típico de los araucanos, la acción rápida y sorpresiva, y la instruyó para actuar contra la naciente caballería araucana.

También se preocupó de hacer más móvil a la artillería que sólo era empleada, hasta esa época, en los fuertes. Con ello, sus expediciones contaron con el apoyo de los cañones, lo que le dio mayor potencia ofensiva a sus acciones.

Implantó en forma permanente y doctrinaria el sistema de exploración que había iniciado Hurtado de Mendoza, pero que después había sido olvidado. Con ello, siempre tuvo informaciones oportunas sobre el terreno y el enemigo.

### 4.—*Mejoramiento material y moral de su Ejército*

Alonso de Ribera comprendió que sólo con un Ejército fuerte, bien organizado y con gran moral, sería posible lograr dominar al araucano.

Solicitó y obtuvo, gracias a su perseverancia e influencia personal, el aumento de los efectivos militares. Los concentró adecuadamente en lugar de dispersarlos como lo habían hecho sus antecesores, con lo cual ob-

tuvo una potencia considerable. Cada uno de sus hombres tuvo el equipo y el armamento correspondiente e incluso, con la economía que le permitió la disminución de la caballería, mantuvo permanentemente reservas para reemplazar las pérdidas.

El soldado español recibía un exiguo y siempre atrasado sueldo; vivía más del pillaje que de lo que debían proporcionarle la colonia y el reino. Su único ideal consistía en recibir prebendas territoriales o de otras clases. El gobernador se preocupó de establecer una adecuada escala de sueldos y de realizar oportunamente los pagos, con lo cual sus tropas pasaron a preocuparse más de sus deberes militares que de sus ambiciones de colonizadores.

## VII.—LA GUERRA DEFENSIVA

### A.—Su significado

En el curso del siglo XVII, inmediatamente después de las notables victorias militares obtenidas por Alonso de Ribera, españoles y mapuches se vieron abocados a la *guerra defensiva*, por obra y gracia del jesuita Luis de Valdivia. Tanto insistió en sus reclamaciones ante el gobierno del reino, ante el virrey del Perú y ante el propio rey de España respecto de las injusticias y males de la guerra de Arauco, que logró su objetivo: la implantación de la susodicha guerra defensiva. "Creía (Valdivia), como Vitoria y Las Casas, en España y, antes de él en Chile, González de San-Nicolás, que era ilícito hacer la guerra a los indígenas para sojuzgarlos políticamente e introducirlos en la iglesia; que ellos eran dueños de sus tierras y de su libertad y que sólo por voluntario convenio podrían someterse a la soberanía española y por voluntaria determinación recibir el bautismo. Justificaba únicamente la guerra defensiva para proteger la zona ya ocupada por los europeos y asegurar el tránsito de los misioneros y la integridad de sus personas en el suelo araucano." (J. Eyzaguirre).

Mayores fueron las desventajas que los beneficios de esta nueva modalidad guerrera, pues ella desmoralizó al Ejército español y la conquista de Arauco dejó de ser el objetivo de la guerra. Es claro que cuando los mapuches infligían severas derrotas a las armas españolas, los reyes solían recomendar la vuelta a la ofensiva; pero la escasez de hombres y de recursos volvía a colocar las cosas en su lugar. . .

La lucha degeneró en las llamadas *malocas*, vale decir la captura de indígenas para ser vendidos en las minas del Perú o en los alrededores de Santiago o de Concepción. El ejemplo fue seguido por los araucanos: el hombre de guerra, que luchaba por su suelo y por su libertad, se transformó en el ladrón de mujeres, de niños y de ganado. No era de la pasta de Lautaro o de Caupolicán. Era el representante de un conglomerado de mestizos de español y de huilliche, sin la tenacidad y la agresividad de sus progenitores. Hubo en ambos bandos quienes lucharon inútilmente por volver a la guerra de los primeros tiempos; con miras a la pacificación, por parte de los españoles y a la defensa del terruño, por la de los mapuches. Laso de la Vega y Porter Casanate se cuentan entre los pri-

meros; Ancanamón, Tureulipa, Pelantaru, el mestizo Alejo, entre los últimos.

Tiempo perdido, porque llegó el momento en que se impuso una tregua permanente. Entre cada gobernador que llegaba al reino de Chile y los caciques de Arauco se celebraba un *parlamento*, en el cual se convenía, por escrito, una serie de exigencias destinadas a mantener la paz. Fue el gobernador Francisco López de Zúñiga, marqués de Baidés, quien recurrió al sistema de parlamentos por primera vez. Convencido de que con los recursos de que disponía —y que la Corte no estaba en condiciones de ampliar— no era dable alcanzar la pacificación de Arauco, estimó más cuerdo llegar a un entendimiento con los indios. Con tal propósito, celebró una gran reunión o parlamento en las riberas del río Quillín, en diciembre de 1640 y por su intermedio se reconoció la independencia del territorio de Arauco, por una parte y el libre tránsito de misioneros españoles, por la otra.

Los caciques se ceñían a la letra y al espíritu de estos acuerdos mientras se les dejaba en paz o no caían en la tentación de robar mujeres, animales o ropas a los españoles de la Frontera. Si bien es cierto que las relaciones se rompían a menudo por culpa de los mapuches, cabe advertir que los españoles —que no eran los mismos de los días de la conquista y que estaban interesados en rehuir los sacrificios y penalidades de una campaña— disimulaban los agravios, realizaban escarmientos parciales o se valían de tribus mapuches amigas para contener a los elementos subversivos.

### B.—Alonso de Ribera y su segundo mandato

A mediados del año 1611 desembarcaba en El Callao el padre Luis de Valdivia, con los despachos de gobernador del reyno de Chile de Alonso de Ribera y la real cédula de 8 de diciembre de 1610, que dejaba al criterio del virrey del Perú ensayar por tres a cuatro años la *guerra defensiva*. Con miras a salvar su responsabilidad convocó a una junta de notables “por el talento, las luces, la posición social”, a fin de saber lo que opinaban en tan delicada materia. Al cabo de dos sesiones, los veinte honorables opinaron unánimemente por la citada guerra defensiva.

El entonces gobernador de Chile, D. Alonso García Ramón, hizo presente al rey —con una sensatez y una energía que le honran— que jamás los indios se someterían por medios pacíficos ni respetarían la paz que ellos mismos aprobaran. El repliegue de los españoles al norte del Bío-Bío, que los mapuches estimaban como una muestra de temor, los estimulaba permanentemente a la agresión. En los mismos o parecidos términos se expresaron ante la Corona los gobernadores interinos Merlo de la Fuente y Jara Quemada.

En cuanto a Alonso de Ribera, junto con recibir en Tucumán la real cédula que lo designaba gobernador de Chile, se puso en camino para Santiago del Nuevo Extremo. Llegó a ésta el 27 de marzo de 1612 y se dirigió poco después a Concepción, decidido a esperar allí al padre Valdivia, dispuesto a cumplir lealmente sus órdenes y a facilitarle la puesta en marcha de su ensayo. Efectivamente, el sacerdote acudió a su lado,

luego de haber ordenado a los capitanes de los fuertes paralizar las hostilidades. Ya instalado en la capital de la Frontera, invitó a los naturales a colaborar en su empresa y numerosos fueron los que se presentaron a reclamar deudos cautivos o a recibir obsequios.

Tal como se preveía, los indios tomaron estas demostraciones amistosas como síntoma de debilidad en los españoles y, en respuesta, asaltaron el fuerte de Arauco. Su guarnición les infligió una severa derrota y entre los prisioneros quedó Tureulipe, el cacique que los comandaba.

Por intermedio del citado Tureulipe, el enemigo más encarnizado de los españoles, el padre Valdivia convino con Ancanamón un parlamento solemne destinado al canje de prisioneros y a fijar las bases definitivas de la paz. Mas, una vez recobrado Tureulipe, Ancanamón manifestó que, antes de pactar, necesitaba reunir a los demás caciques. El día fijado para conocer la respuesta, en vez de los caciques se presentaron 60 indios desconocidos, en su mayoría viejos, cojos o miserables. Alonso de Ribera dio comienzo al remedo de parlamento, a sabiendas de que se trataba de una simple distracción de los mapuches para lanzar el golpe cuando menos se pensara. Había llegado a su conocimiento la noticia de la próxima rebelión, a través de varios indios aliados, cuyo testimonio era insospechable. El viejo cacique Ytablame, que presidía la delegación, solicitó se despoblara el fuerte de Paicaví, se internaran los jesuitas a predicar el evangelio entre los mapuches y se ofreció él mismo para conducirlos. Valdivia demostró su conformidad a las peticiones del anciano Ytablame.

En la mañana siguiente (9 de diciembre de 1612) regresaron a sus tierras los 60 indios que habían asistido al parlamento llevando consigo a los padres Horacio Vechi y Martín de Aranda y al hermano coadjutor Diego de Montalván. El gobernador y los jefes militares, que daban por descontado el sacrificio de los tres jesuitas, se opusieron tenazmente a su alejamiento. Un indio, Carampangue, procedente del territorio enemigo y que estimaba mucho a los sacerdotes, se acercó al jesuita y le previno que el asesinato de sus tres colegas estaba acordado. Al anochecer del día anterior había llegado, por añadidura, la noticia de la iniciación de las hostilidades de los indios de Catiray. El padre Valdivia, sin embargo, no cedió un ápice en su terca resolución.

El 16 de diciembre regresó a Lebu el indio Cayumati, con la noticia del asesinato de los jesuitas Aranda y Vechi, el día anterior. Contrariamente a lo que había predicado con singular tenacidad, Valdivia ordenó a Ribera expedicionar en el acto contra el territorio enemigo.

El gobernador y capitán general observó que todo lo ocurrido en los últimos días eran sólo los preliminares de un plan hábilmente concebido, desde que Ancanamón se diera cuenta de la conducta absurda del director de la guerra defensiva. Este plan consistía en provocar a los españoles a abandonar los fuertes para dirigirse a escarmentar a los asesinos, circunstancia que aprovecharían los mapuches para aniquilarlos en una emboscada o para caer sobre los fuertes cuando su guarnición se hubiera alejado. El gobernador se negó a debilitar las guarniciones y tal resolución condujo a la trizadura de sus relaciones con el religioso.

Los indios, que interpretaron la inacción como una prueba más de temor del enemigo, atacaron nuevamente, de acuerdo con el plan de Ancanamón de caer sobre el valle central mientras el Ejército estuviera en el extremo sur de Arauco. Ribera captó perfectamente la intención del adversario y marchó a Concepción a organizar apresuradamente la defensa del Bío-Bío. Conforme a la situación reinante, imposible era permanecer a la defensiva: los indios amigos —estimulados por el avance triunfal de los mapuches y la inacción española— se estaban pasando día a día al enemigo en cantidades respetables. El eminente capitán pasó el gran río con las fuerzas españolas y la totalidad de las lanzas de Arauco. La expedición, conducida con notable habilidad y energía, asoló los campos y dispersó a los indios de Purén y se protegió momentáneamente así al valle central de las depredaciones de Ancanamón.

Fue la última batalla y la última victoria de Alonso de Ribera, que falleció el 9 de marzo de 1617, en Concepción. El padre Luis de Valdivia no tuvo cortapisa alguna para conducir la guerra defensiva a su entender, hasta que un día cualquiera —a mediados de 1619— se embarcó secretamente para España y no volvió jamás a pisar el suelo del reino de Chile.

### C.—Conclusiones militares

#### 1.—Métodos o sistemas de conquista.

El método de conquista de la "guerra defensiva" era el tercero puesto en práctica por los españoles en Chile e iba a resultarles el más funesto.

Inicialmente, se buscó la conquista mediante la ocupación del territorio por débiles guarniciones establecidas muy aisladas unas de las otras y en fuertes de muy escaso valor defensivo. Este método, implantado por Pedro de Valdivia, a semejanza del empleado en México y Perú, fue seguido por los demás gobernadores sin buenos resultados.

El gobernador Alonso de Ribera inició un nuevo sistema; materializó una línea defensiva en el río Bío-Bío, con las fuerzas más concentradas para, desde ella, iniciar, operaciones ofensivas directas y potentes hacia el interior del territorio enemigo. Militarmente, era éste el sistema más adecuado de combatir a los araucanos. Sin embargo, apenas puesto en práctica fue dejado de lado por un método aceptado por el Rey de España a proposición del padre Valdivia.

Este tercer sistema de conquista, llamado de la "guerra defensiva", era más bien una de acción persuasiva más que militar. El padre Valdivia deseaba transformar al indio mediante la religión; se suprimía el servicio personal al que los españoles sometían a los indios que cautivaban y se reconocía a los araucanos libertad de acción dentro de su territorio. Siendo un sistema indudablemente más humano, era demasiado teórico, pues olvidaba el carácter real de los araucanos y el significado que la conquista tenía para los soldados españoles, los más de ellos aventureros en busca de fortuna, de tierras y esclavos.

## 2.—*Significado militar de la guerra defensiva.*

### a. *Reconocimiento de la soberanía araucana.*

Al establecerse una línea divisoria entre las tierras de Arauco y los dominios españoles, se reconocía de hecho la soberanía araucana y con ella el derecho a vivir, de acuerdo a sus costumbres y religión.

Sin embargo, de inmediato se vulneraba esa reconocida soberanía al imponerse el establecimiento de misiones religiosas. Es decir, se presentaban dos aspectos totalmente contrapuestos, lo que iba a producir innumerables problemas. Por un lado, se dejaba a los mapuches libertad dentro de su territorio, por otro, y mediante las misiones, se les trataba de imponer un nuevo sistema religioso, moral e incluso familiar.

### b. *Rivalidad religiosa-militar entre los españoles.*

Con el implantamiento del sistema del padre Valdivia, el poder colonial pasaba a manos de los religiosos, quedando los mandos militares sujetos a su dirección.

Lógicamente, los sacerdotes trataron de imponer sus criterios no solamente en lo que tocaba a la forma de ejercer sus ministerios sino que también en las modalidades de actuación de las fuerzas militares. Aun cuando desde el comienzo se vio que el araucano no aceptaría el establecimiento de misiones en su territorio ya que se produjeron lamentables incidentes, por la influencia del padre Valdivia ante un rey que apenas si conocía la ubicación de un tan alejado dominio, el sistema se mantuvo hasta 1626.

Los religiosos impedían las acciones militares aun cuando, en muchas circunstancias, ellas no solamente eran necesarias sino que imprescindibles. Los militares se daban cuenta que con esto los araucanos se enva-lentonaban y los soldados perdían su valor combativo.

### c. *Pérdida del valor combativo español e incremento del araucano.*

El soldado español, veterano en las lides araucanas, sabía bien que al mapuche no se le podría conquistar solamente por medio de la religión. La inactividad guerrera y el hecho de tener que aceptar de buen grado las incursiones indígenas fueron minando su experiencia de combate y su moral. Se debió eludir el combate y aceptar las muchas veces burdas explicaciones que los guerreros de Arauco daban a sus correrías.

Por otra parte, y es lógico que así sucediera, convencidas como estaban las autoridades españolas del virreinato y de la Península de que no se requería de la fuerza para llegar a dominar al araucano, miraban al Ejército como algo secundario y no existía preocupación por su mantenimiento, lo que se tradujo en falta de elementos bélicos, deficientes condiciones materiales de vida y atrasos en el pago de los sueldos, a la vez que insuficiencia de ellos. Todos estos factores contribuyeron a aumentar su desmoralización.

En los araucanos sucedió lo contrario: tuvieron tiempo para conocer mejor al español, para aprender su arte de combatir y se sintieron fuertes y temidos al constatar que sus correrías no eran sancionadas oportunamente y adecuadamente. Día a día se hicieron más audaces.

### 3.—Consecuencias de la guerra defensiva.

En general, la guerra defensiva tuvo consecuencias desfavorables para la conquista española y favorable para los araucanos.

Resumiendo todo lo expresado anteriormente, se podrían establecer las siguientes consideraciones:

a.—Para los efectos de lograr el dominio español, el período de la defensiva significó un "período en blanco", lo que produjo un alargamiento de la conquista.

b.—La rivalidad religiosa-militar y la pérdida de valor combativo de las fuerzas españolas llegaron a afectar seriamente la seguridad misma de la colonia. Se perdió todo lo que se había ganado anteriormente en territorio araucano a costa de tantas vidas y sacrificios.

c.—Los araucanos lograron un gran incremento de su poder combativo; pudieron conocer mejor al español y apreciar sus cualidades y defectos, imitaron muchos de sus procedimientos y elementos bélicos y reafirmaron su moral ante la obtención de pequeños triunfos.

## VIII.—LIENTUR, BUTAPICHON Y LASO DE LA VEGA

### A.—Victoria de Lientur en Las Cangrejeras

#### I

El 28 de mayo de 1625 desembarcaba en Concepción el nuevo gobernador del reyno, el capitán D. Luis Fernández de Córdoba. En enero del año siguiente recibía una real cédula por la cual Felipe IV ordenaba reanudar la guerra con los mapuches, en vista de su tenacidad para rechazar la paz que se les había ofrecido y de las atrocidades que cometían en sus incursiones a la tierra española, si —en el plazo de dos meses— no deponían las armas. "Desde el punto de vista militar, el plan del jesuita (Valdivia) sin ahorrar gastos ni soldados, había interrumpido el desarrollo del plan de pacificación gradual de Ribera y permitido a los mapuches recobrarle. El territorio de Bío-Bío al sur quedó en su mayor parte perdido para los españoles y en la guerra prolongada por los dos siglos que debía durar la colonia". (Encina).

Con olvido absoluto del plan de Alonso de Ribera —ya consagrado por la experiencia y aceptado por los capitanes experimentados en la guerra de Arauco— se reinició la modalidad de las *campeadas*, vale decir, correrías inútiles y agotadoras que, en no pocas ocasiones, colocaron en duros aprietos a las fuerzas reales. Al resumir sus resultados, informa el gobernador que llegó hasta La Imperial, quemó muchas casas y 14 a 15 mil

fanegas de víveres, se apoderó de 4 a 5.000 cabezas de ganado y capturó cierto número de indígenas.

La contraofensiva araucana estalló más pronto de lo que se esperaba, dirigida por un indio llamado Lientur, quien hasta ese momento había luchado como amigo en el bando español. A fines de 1627 sorprendió Lientur a una fracción de 300 españoles y 400 indios auxiliares en el antiguo asiento de La Imperial: logró matar a 28 españoles y recuperar los prisioneros que conducían. El sargento mayor Fernández Rebolledo, quien comandaba aquellas fuerzas, se vio obligado a retroceder.

Esta derrota fue la señal de partida de un levantamiento general. Una agrupación indígena asoló los campos vecinos a Chillán y otra cayó sobre el fuerte de Nacimiento. Luego de perder dicho fuerte, por el fuego, los 40 soldados de su guarnición se replegaron y continuaron luchando con un heroísmo increíble. Cuando, después de siete horas de combate, empezaron a flaquear, cayó providencialmente sobre los asaltantes el propio gobernador y los obligó a emprender la retirada.

Lientur, mientras tanto, atravesaba los Andes para evitar el encuentro con las fuerzas españolas; los repasaba de nuevo frente a Chillán con 400 jinetes y arrasaba la comarca. Volvió a trasmontar la cordillera para regresar a Arauco, sin que Fernández Rebolledo lograra darle alcance ni el gobernador —quien lo esperó en los pasos del sur— consiguiera capturarlo.

El gobernador Fernández de Córdoba resolvió, en seguida, concentrar sus fuerzas en la línea del Bío-Bío, en esos momentos casi desguarnecida. La medida no pudo ser más oportuna: a los mapuches no les quedó otro camino que retirarse y dispersarse, como de costumbre, por los bosques y quebradas.

## II

Croquis N° 7 Las sublevaciones seguían produciéndose y se repetían los asaltos cada día, con más frecuencia y audacia. Lientur se deslizó hasta Chillán por las faldas occidentales de los Andes. El corregidor de la ciudad, capitán Gregorio Sánchez Osorio, emprendió su persecución; mas fue derrotado y muerto juntamente con un hijo, un yerno y 7 soldados.

El mayor Fernández Rebolledo salió con 150 hombres desde Yumbel, para impedirle el paso del Laja. Lientur entretuvo un mes entero a Fernández, hasta que logró reunir unas 800 lanzas. Eligió una posición en las márgenes del estero de Yumbel, una legua al norte de la plaza del mismo nombre, en un sitio denominado Las Cangrejeras.

Las fuerzas se encontraron en la mañana del 15 de mayo de 1629, en medio de un temporal de viento y de lluvia. Sabedor el cacique que sus enemigos no podrían emplear sus arcabuces a causa del agua, abandonó su posición y cayó impetuosamente sobre ellos, con la infantería al centro y pelotones de caballería en las alas. Se combatió durante hora y media, casi exclusivamente al arma blanca y, en un momento dado, los jinetes españoles abandonaron el campo, y la infantería, rodeada completamente, fue aniquilada en cortos momentos. 70 españoles quedaron muertos en el campo y los mapuches se llevaron prisioneros a los 36 restantes.

## B.—Correrías de Butapichón

El 22 de diciembre del citado año 1629 llegaba a Concepción el nuevo gobernador del reyno, D. Francisco Laso de la Vega. Pudo informarse inmediatamente del incremento logrado por las fuerzas mapuches durante 14 años de guerra defensiva y la peligrosa crisis moral por que atravesaba el ejército español en esos momentos. Enseguida, antes de iniciar la campaña, se abocó al estudio y conocimiento de la guerra de Arauco.

Inició sus actividades militares propiamente tales con una gran derrota y una sorpresa en la cual estuvo a punto de sucumbir con 400 de sus soldados.

Una masa de unos 5.000 indios aproximadamente se aproximó a la plaza de Arauco, bajo el mando del cacique Butapichón. El maestre de campo D. Alonso de Córdoba y Figueroa, comandante de la guarnición, tenía orden del gobernador de rechazar al caudillo mapuche y alejarlo del lugar, pero sin dividir las fuerzas ni comprometerse en persecuciones lejanas. Tan pronto tuvo noticias el maestre de campo del avance de Butapichón, despachó al capitán Juan Morales con 100 auxiliares y algunos españoles a retirar las fracciones adelantadas y a reconocer al enemigo, con orden expresa de no llegar al desfiladero de D. García. Como Morales no regresase, salió en busca suya, al frente de 250 infantes y 150 jinetes de caballería, con una fracción indígena adelantada. Esta última tomó pronto contacto con algunas fracciones delanteras de Butapichón y, a fin de auxiliarla, Córdoba y Figueroa se adelantó con la caballería. Las fracciones delanteras mapuches retrocedieron. Córdoba avanzó hasta la cuesta de D. García, a pesar de haber sido informado que, al otro lado de ella, tenían los araucanos unos 5.000 mocetones, aproximadamente.

Al llegar al paso de D. García se le informó que Morales —lejos de limitarse al cumplimiento de su misión— se había descolgado al valle de Picolhué, que se extiende al lado contrario. Con el propósito de socorrerlo —pues lo creía en apuros— se dejó caer él también al valle, sin esperar las compañías de infantería, que habían quedado algo retrasadas. Butapichón lo embistió con el grueso de sus fuerzas y se trabó un furioso combate, que puso en apuros a los españoles. Afortunadamente para ellos Morales —que venía retirándose por senderos extraviados— se les incorporó en un momento dado.

El triunfo pareció pronunciarse por las fuerzas de Córdoba y Figueroa; pero los capitantes Ginés de Lillo y Alonso Bernal se empeñaron imprudentemente en la persecución del enemigo. Butapichón aprovechó tal coyuntura para cortarlos del grueso de sus fuerzas y Córdoba —por su parte— debió retroceder al pie del desfiladero. En ese momento llegaban las dos compañías retrasadas y, gracias a este auxilio, los españoles pudieron repasar la cuesta y volver a Arauco. Dejaron muertos o prisioneros 6 capitanes, 7 alféreces, 30 soldados y varios cientos de indios auxiliares.

Más grave aún fue la sorpresa de Los Robles. A mediados de marzo de 1630 el gobernador Laso de la Vega partió al frente de sus tropas hacia las ciénagas de Purén. Se trató de una marcha de viaje, pues el ene-

migo rehuyó los encuentros y se dispersó en todas direcciones. Se hizo preciso regresar sin combatir. Dos meses más tarde Butapichón cruzó el Bio-Bío y se situó en Coyanco. El gobernador partió desde Yumbel con 400 españoles y 100 indios auxiliares en su persecución, sin lograr darle alcance. A las 4 de la tarde del 14 de mayo hizo alto en El Membrillo (o Los Robles), en la ribera izquierda del Itata. Abrasado por la fiebre y fatiga por dos días de penosa marcha, se recostó sobre el suelo y lo mismo hizo el personal de su columna. Los indios, ocultos en los matorrales vecinos, cayeron sorpresivamente sobre los españoles desde tres direcciones, con tal ímpetu y rapidez que alcanzaron a matar a varios soldados antes que la mayoría se diera cuenta de lo que ocurría. En la imposibilidad de emplear los mosquetes y arcabuces en un trance tal, los soldados sólo atinaron a defenderse al arma blanca y sin orden ni concierto. El gobernador logró montar a caballo y, si no pudo conducir la acción, consiguió a lo menos estimular a los suyos a persistir en la lucha. La noche puso término a ésta y los mapuches se retiraron llevando consigo numerosos prisioneros, que —en su mayoría— lograron escapar durante la retirada de sus captores.

### C.—Triunfo de Laso de la Vega en La Albarrada

Croquis N° 8

Laso de la Vega necesitaba buscar la decisión de guerra en una victoria de contornos notables. A principios de diciembre ya estaba de nuevo en Concepción —de regreso de la capital— preparando las tropas y recursos para la campaña que iba a emprender.

Por su parte, los tres caudillos mapuches —Lientur, Butapichón y Quempuante— habían logrado reunir unos 7.000 guerreros y estaban resueltos a correr el riesgo de una batalla campal. A pesar de los éxitos relativos de Picoihué y de Los Robles, Lientur había advertido que descontado el factor sorpresa —causa de estos triunfos— el encuentro iba a ser fatal para las armas araucanas. En vista de que no pudiera convencer a Butapichón y a Quempuante de sus observaciones, se separó de ellos con unos 2.000 hombres, aproximadamente. Los dos últimos prosiguieron, al frente del grueso, su avance en dirección al fuerte de Arauco.

Laso de la Vega se apresuró a reunir en esta plaza unos 800 soldados y 700 indios auxiliares, resuelto —en contra del parecer de algunos capitanes— a batirse en campo abierto.

Los mapuches se presentaron en la noche del 1º de enero de 1681 y fue su primer paso poner fuego a las viviendas ubicadas en los alrededores. Antes de aclarar el día siguiente, el gobernador salió con sus tropas del fuerte y ocupó una posición en la loma de Petaco, apoyados ambos flancos en obstáculos naturales. La infantería rompió el fuego sobre las nutridas formaciones mapuches y la caballería, conducida por el maestro de campo D. Fernando de Cea, cargó impetuosamente sobre aquéllas.

Contra lo que se esperaba, las unidades enemigas resistieron a pie firme el choque y la caballería se replegó en desorden hacia la espalda. Ante el temor de desmoralización de la infantería, Laso de la Vega se puso al frente de 150 hombres de la reserva y volvió a atacar con gran ímpetu.

La caballería, ya rehecha, dio una segunda carga: los mapuches empezaron a abrirse y retroceder ante la doble embestida. Quempuante, que no había previsto la retirada en su plan, dejó a sus espaldas una ciénaga. Infantes y jinetes mapuches, al retroceder, hubieron de internarse en la ciénaga y el combate se transformó en una verdadera carnicería.

Quedaron sobre el campo 312 indios y, en poder de los vencedores, 580 prisioneros y un crecido número de caballos. Esta acción no puso fin a la guerra, naturalmente; pero restableció la moral muy decaída de los españoles, y aniquiló las fuerzas mapuches de tal modo, que las obligó a aplazar por varios años la rebelión general que proyectaban.

#### D.—Campanías de 1631 a 1634

Resuelto, ahora, a seguir el plan de Alonso de Ribera, en vista del escaso resultado de La Albarrada en el aspecto estratégico. Laso de la Vega necesitaba de un refuerzo de 2.000 soldados para imprimir al plan la celeridad que le indicara el monarca. Despachó, en abril de 1631, a don Francisco de Avendaño con el encargo de informar a la Corte sobre la marcha de la guerra y de recordarle la promesa sobre el envío de socorros de gente y de regularizar la remesa del situado.

El Gobierno de España no estaba, desgraciadamente, en condiciones de socorrer al gobernador de Chile y, en el mejor de los casos, debía éste esperar unos dos años antes de conseguirlo. Era preciso, entre tanto, proseguir la reconquista de la zona situada al sur del Bío-Bío, si no se querían perder los frutos de la reciente victoria. Estimó el gobernador que, con un refuerzo de 240 hombres llegados del Perú y la gente que podía reunir en Santiago, estaría en condiciones de iniciar su plan, mientras llegaban los refuerzos reales.

Al finalizar el invierno de 1631 las armas españolas habían obtenido algunos éxitos locales de importancia, a pesar de lo cual Butapichón logró reunir un crecido número de lanzas en el valle central. Laso de la Vega salió a su encuentro desde Yumbel, al frente de unos 1.800 hombres y alcanzó hasta Curalaba. Butapichón, escarmentado con la derrota, rehuía el choque. Desde Curalaba despachó el gobernador una expedición a las órdenes del maestre de campo Fernández de Rebolledo. A su regreso se le reunió en Quillín con 250 cautivos y 6.000 cabezas de ganado. El número total de cautivos ascendió, durante la campaña, a 500; el de mapuches muertos, a 160; el de caballos recuperados, a 1.000, y el de cabezas de ganado recogidas, a 12.000.

Con resultados similares a los de 1632, repitió Laso de la Vega sus correrías en territorio araucano en 1633 y 1634. A su término, se notó ya el decaimiento físico y moral de los mapuches: el número de guerreros muertos era muy crecido y a ellos habría que agregar las bajas producidas por las pestes de 1620. Las talas continuas de las sementeras habían concluido por provocar el hambre y, aunque en contra de sus convicciones, algunas tribus empezaron a solicitar la paz... con la intención oculta de reanudar la lucha pasada apenas la crisis.

### E.—Las paces de Quillín

El sucesor en el Gobierno del reino fue D. Francisco López de Zúñiga, marqués de Baidés, conde de Pedrosa y caballero del Hábito de Santiago. Llegaba a Santiago del Nuevo Extremo el 22 de mayo de 1639.

Una serie de factores diversos estimuló al nuevo mandatario a elegir la senda de la paz: sus propósitos personales de hacer fortuna; el ambiente adverso a la guerra de Arauco en España y la imposibilidad consiguiente de ser socorrido en hombres y recursos; el cansancio y la demoralización de los habitantes de Chile por la prolongación indefinida de la guerra y la escasez de elementos para llevarla a feliz término.

Salió de Nacimiento el 4 de enero de 1640, al frente de un cuerpo de 1.700 hombres y, desde el primer instante, empezó a enviar parlamentarios a las diversas tribus para invitarlas a la paz. Entusiasmado con las buenas disposiciones que advirtió en todas ellas, resolvió dar la vuelta a Concepción, desde las márgenes del Cautín.

Expidió el 6 de octubre del mismo año un auto en el cual ordenaba a los vecinos y moradores que el 15 de diciembre se encontraran reunidos en Concepción para acompañarle al parlamento que iba a celebrar con los indígenas. El 6 de enero del año siguiente se reunían en los llanos de Quillín, en las márgenes del río del mismo nombre, las fuerzas españolas y las mapuches. Se celebraron, en los respectivos campamentos, ceremonias religiosas y, a continuación, los españoles formaron un semicírculo, con el gobernador, los altos funcionarios y los jefes militares al centro.

Después de una prolongada ceremonia, cuyos detalles no interesan, con largos discursos de los caciques en respuesta al discurso del gobernador, se acordó que la confederación de las tribus de Arauco sería soberana del territorio ubicado al sur del Bio-Bío, excepto el fuerte de Arauco y sus contornos. Ello significaba el reconocimiento de la independencia de los indígenas: en adelante no podrían los españoles hollar su territorio con propósitos bélicos, ni reducirlos a la esclavitud ni obligarlos a servir; devolución de los cautivos españoles en manos mapuches; entrada libre al territorio araucano de los misioneros cristianos; alianza entre los españoles y los mapuches contra los corsarios y piratas; despoblación de Angol y retroceso de la Frontera a la antigua línea del Bio-Bío.

### F.—Conclusiones militares

#### 1.—*La reacción araucana.*

El largo período de inactividad propiamente guerrera de los españoles permitió a los araucanos perfeccionar sus métodos de guerra; por medio de continuas malocas, lograron capturar armas españolas y caballos. Con estos últimos lograron crear una formidable fuerza de caballería especialmente apta para el tipo de guerra que ellos desarrollaban, rápidas y violentas incursiones y oportunas retiradas al refugio de sus poco transitables territorios.

Desde 1627 hasta cerca de 1640 se destacaron como conductores araucanos el mestizo Lientur y el cacique Butapichón. Teniendo ambos personalidades muy diferentes, estaban fuertemente unidos por el odio al español.

Lientur fue un mestizo que sirvió en su juventud con los españoles. Sin tener una jerarquía dentro de su pueblo, supo imponerse y lograr la jefatura de considerables fuerzas. En una medida más reducida, es semejante a Lautaro y logró tener en jaque a los españoles por más de diez años.

Como conductor bélico, Butapichón fue inferior a Lientur, aun cuando, por su calidad de cacique, tuvo oportunidad de reunir mayor número de fuerzas bajo su mando.

## 2.—*Procedimientos bélicos.*

Lientur puso en práctica la guerra de guerrillas que se adaptaba perfectamente a la movilidad araucana, al carácter araucano y las difíciles condiciones de transitabilidad del territorio.

Sus acciones se caracterizan por la excelente selección de los objetivos, la sorpresa y la rapidez. Atacaba sorpresivamente y con gran violencia los lugares que consideraba más desguarnecidos o descuidados por los españoles y los abandonaba en cuanto lograba sus propósitos que eran de pillaje.

Comprendió bien que no era posible vencer a los españoles en una batalla campal y por ello, siempre las rehuyó. Cuando se unió al cacique Butapichón para operar contra los españoles trató de impedir un encuentro formal, pues lo sabía muy peligroso; al no ser escuchado, se retiró con sus guerreros evitando el aniquilamiento que sufrieron sus aliados en La Albarrada.

El cacique Butapichón, al contrario de Lientur, buscó el combate formal. Jefe de un poderoso contingente, obtuvo inicialmente algunos éxitos menores que lo llevaron a sentirse más fuerte de lo que era. Ese concepto de su poderío bélico lo llevó a desoír las advertencias de Lientur y buscar la batalla en el fuerte Arauco. El fracaso de La Albarrada terminó por mucho tiempo con sus ambiciones bélicas.

Por lo que respecta a los españoles, las derrotas iniciales inferidas por Lientur y Butapichón, les hicieron comprender que era necesario aumentar sus fuerzas. Laso de la Vega siguió el sistema de conquista que había iniciado Alonso de Ribera y reforzó considerablemente su Ejército. Logrado esto inició una fuerte ofensiva buscando como objetivo las fuerzas araucanas. Poco a poco, las huestes de Arauco sufrieron grandes pérdidas hasta que se vieron obligadas a aceptar las paces de Quillín, con lo que se puso término a este período bélico.

## 3.—*La guerra de guerrillas.*

Durante el período bélico que se estudió, quedó en evidencia que el procedimiento más remunerativo, que podían emplear los araucanos para contener al conquistador, era la intensa y continuada acción de guerrillas.

El aborígen tenía a su favor un mejor conocimiento del difícil terreno, se movía con mayor facilidad que su adversario y, gracias a esa mayor movilidad, podía atacar los puntos más vulnerables en forma sorpresiva y sucesiva.

De haberse mantenido en el empleo de este procedimiento, los araucanos pudieron haber obtenido más buenos éxitos y obligado a los españoles a emplear mayores medios que los que ocuparon. A este respecto, cabe recordar que las fuerzas españolas empleadas en la guerra de Arauco fueron, comparativamente, muy superiores a las de otras conquistas.

Sin embargo, la rivalidad entre los jefes araucanos y la ambición de lograr éxitos más resonantes los llevó a dejar las guerrillas para ir al combate formal. En este terreno, el español tenía considerable más valor combatiivo debido a su disciplina, y a la calidad de sus armas y al mejor conocimiento de los procedimientos de combate.

## IX.—LA GRAN INSURRECCION DE 1655.

### A.—El comando de los hermanos Salazar.

#### I

A mediados del siglo XVII no estaban en condiciones los caciques mapuches de concentrar grandes masas como en la época de Tucapel y de Curalaba. Pero en los días del gobierno de D. Antonio de Acuña y Cabrera (1650-1656) se habían recuperado de las derrotas infligidas por Laso de la Vega y de las bajas producidas por la peste. Si no contaban con las fuerzas suficientes para aniquilar a los 2.000 soldados españoles reunidos, podían —en cambio— enfrentarlos airoosamente y hasta derrotarlos si a éstos se les dispersaba en guarniciones aisladas en el territorio enemigo, que no pudieran socorrerse mutuamente o desde la línea del Bío-Bío.

A solicitud de los jesuitas, Acuña y Cabrera suspendió las malocas y ordenó poner en libertad a una porción de los indios prisioneros, a fin de que llevaran a sus tribus la nueva de las pacíficas intenciones del gobernador. A manera de réplica, los indios de Osorno y de Calle-Calle enviaron mensajeros al gobernador de Valdivia solicitando la paz. Igual cosa hicieron los de Chiloé. El gobernador, entusiasmado, despachó al veedor del Ejército, Francisco de la Fuente Villalobos, a convocar a los indios a un nuevo parlamento en Boroa, con miras a consolidar la paz.

La asamblea comenzó el 24 de enero de 1651. Quedaron confirmados casi todos los acuerdos de la paces de Quillín. Los indios debían reconocer, sí, en toda su extensión, el dominio del rey de España; comprometerse a no usar sus armas sino para auxiliar a los españoles; ayudar a la construcción de fortificaciones; vivir consagrados al cultivo de los campos para mantención de sus familias y del elemento español y facilitar, por último, la tarea de los misioneros en su territorio.

Transcurridas algunas semanas, el gobernador de Valdivia sorprendió una conspiración, que logró conjurar momentáneamente. El asunto tuvo su origen en el naufragio del navío *San Jorge*, que llevaba a Valdivia el situado, unos \$ 7.000 en dinero y mercaderías, en los arrecifes

de la costa de Osorno. La mayoría de la tripulación logró salvarse y empezó a recoger los restos del naufragio. Los indios cuncos, aliados recientes del gobernador, resolvieron adueñarse del botín y, a fin de ocultar el robo, procedieron a degollar a los naufragos, sin consideración ninguna de que varios de ellos fueran mujeres o niños. Acuña y Cabrera ordenó a los gobernadores de Valdivia y de Chiloé que castigaran a los autores del doble delito. Los mismos cuncos entregaron a las autoridades tres caciques que habían participado en el crimen y que fueron condenados a la pena del garrote y a ser colocados sus miembros en escarpías.

Los cuñados del gobernador, los hermanos José y Juan de Salazar —jefe de la plaza de Boroa y maestre de campo general, respectivamente— convencieron a aquél de que el castigo de los cuncos había sido insuficiente. Se dispuso, entonces, una nueva expedición para la primavera próxima. “La codicia de las piezas y el deseo de hacer esclavos a los de esta nación, fue lo que hizo poner el ejército en campaña y obligarle a recorrer sesenta leguas” —escribió Núñez de Pineda y Bascuñán.

D. Juan de Salazar partió del fuerte de Nacimiento al frente de 900 soldados y de 1.500 indios auxiliares. El 11 de enero de 1654 acampó en la ribera norte del río Bueno. Frente a frente en la ribera opuesta se apostaron unos 3.000 indios dispuestos a disputarle el paso del río. Dejaron su caballería a la vista como para tentar a los españoles y ocultaron cuidadosamente su fuerza de infantería en los bosques vecinos.

A pesar de los consejos de los capitanes más experimentados en la guerra de Arauco, el maestre de campo ordenó el cruce del río a través de un puente de balsas atadas con sogas y bejucos. Los naturales dejaron pasar cerca de 200 hombres a la ribera sur del río y en seguida los cercaron por todos lados con fuerzas muy superiores. Salazar, alarmado, ordenó a sus soldados apresurar el paso del obstáculo y acudir en su auxilio. Mas, el puente —como se temía— se cortó y precipitó al agua a numerosos hombres.

Los restantes fueron a dar con las balsas a la ribera sur, donde el enemigo los liquidó a lanzadas. La fuerza expedicionaria perdió un sargento mayor, 4 capitanes, varios oficiales, 100 soldados y cerca de 200 indios amigos. Salazar pudo retirarse a la línea del Bío-Bío sin ser molestado por los indígenas.

## II

A raíz del desastre de Río Bueno, comenzó a gestarse la próxima sublevación general. Salazar volvió a salir de la plaza de Nacimiento en los primeros días de febrero de 1655, al frente de 655 españoles y de 1.700 indios auxiliares, en dirección a Río Bueno. En la Mariquina se impuso que el fuerte ubicado en las márgenes del Toltén había sido tomado por asalto en la mañana del día 14. También, al amanecer de ese mismo día —fijado por la directiva mapuche— los prisioneros, convertidos en esclavos y en yanaconas, atacaron a sus amos desde el Bío-Bío hasta el Maule y a la misma hora grandes grupos de guerreros pasaban a cuchillo a las guarniciones de los fuertes pequeños que lograron capturar y ponían sitio a los mejor defendidos.

El gobernador Acuña y Cabrera que se encontraba en la plaza de Buena Esperanza (Rere de hoy) sólo atinó a emprender la retirada, ante el temor de quedar sitiado. Las tropas, víveres y municiones que de allí extrajo le permitirían afrontar un largo asedio en la ciudad de Concepción.

La plaza de Nacimiento estaba a las órdenes de D. José de Salazar, hermano de D. Juan. Ante el temor de un prolongado sitio y el agotamiento de los víveres y las municiones y a pesar de que la defensa de la plaza era fácil, Salazar resolvió dirigirse, a través del río, a la plaza de Buena Esperanza. Los preparativos dieron lugar a que se reunieran unos 4.000 indios, que siguieron los pasos de los expedicionarios por ambas riberas del Bío-Bío. Llegaron la balsa y los dos lanchones que los transportaban con alguna dificultad hasta la confluencia de este río con el Laja. D. José hubiera querido ubicarse en el pequeño fuerte abandonado de San Rosendo; mas, al saber que Buena Esperanza había sido desmantelada, resolvió proseguir a Concepción.

Las embarcaciones encallaron frente a Santa Juana y los indios las atacaron inmediatamente desde todas direcciones. La defensa era imposible en aquella masa humana, apretujada en tres barquichuelos de escasa capacidad. De los 240 españoles que las tripulaban no quedó uno solo con vida.

Al norte del Bío-Bío los fuertes cayeron uno tras otro, inclusive los ubicados entre el Perquilauquén y el Maule.

### III

D. Juan de Salazar —se ha dicho— se encontraba en la Mariquina al frente de 2.400 hombres. Al conocer la gravedad de la revuelta sólo pensó en llegar hasta Valdivia y continuar a Concepción. Se dirigió, pues, a Valdivia a marchas forzadas. Allí encontró los dos buques que llevaban el situado y se embarcó en ellos con 360 españoles: quedaron en tierra 340 españoles y 1.700 indios amigos. Estos últimos desertaron o volvieron por tierra a sus hogares.

Los mapuches no pusieron sitio a Concepción; pero se apoderaron de los alrededores y la ciudad quedó en pocos días prácticamente aislada del norte y del sur del país. Días más tarde llegó a ella el maestre de campo don Juan de Salazar, con sus 360 soldados y ello permitió a Fernández Rebolledo enviar a Arauco 200 hombres a recoger por mar la guarnición, dejando el fuerte abandonado a los indios. Poco más tarde derrotó a los mapuches en las inmediaciones de Concepción.

### B.—Correrías del Mestizo Alejo.

#### I

Al asumir D. Pedro Pórtor Casanate el gobierno el 1º de enero de 1656 —en reemplazo de Acuña y Cabrera— en la extensa zona comprendida entre el Bío-Bío y el Maule los españoles conservaban la plaza de

Concepción. Al sur del Bío-Bío resistían las guarniciones de Valdivia y de Boroa. Los defensores de la primera de ellas lograron rechazar los ataques de los cuncos. La plaza de Boroa, en cambio, llevaba ya 10 meses y medio de riguroso asedio por fuerzas numerosas; pero sus defensores estaban resueltos a morir antes que rendirse. En Concepción nada se sabía de Boroa desde el comienzo de la revuelta y en el verano de 1656 se suponía que su defensa tocaba ya a su término. El nuevo gobernador se encontró, pues, abocado al problema de permitir el aniquilamiento de ellos o de arriesgar una operación de rescate. Luego de pesar el pro y el contra de la empresa, Pórtier Casanate se decidió por lo segundo. Empezó por afianzar la seguridad de Concepción y alrededores; batió a los indios comarcanos en Conuco el 20 de enero de 1656; construyó un fuerte para afianzar el dominio de la comarca, con el nombre de San Fabián; estableció en las colinas de Chepe otro fuerte para defender la ciudad por el sur y, finalmente, obtuvo de los vecinos de Santiago resguardaran los alrededores del Itata mientras expedicionaba a Boroa.

A fines de febrero despachó una columna de 700 infantes y algunos jinetes de caballería desde Concepción, a las órdenes del maestre de campo D. Francisco Núñez de Pineda y Bascuñán. Rechazó, sin mayor dificultad, a los indios, que salieron a su encuentro en los alrededores de los Sauces y llegaba a Boroa el 18 de marzo. Después de 3 días emprendió el regreso a Concepción, con los pobladores, las armas y las municiones que había en la plaza de Boroa.

## II

En el convencimiento de que la paz y la tranquilidad volvían a reinar en la comarca Maule-Bío-Bío, sus habitantes se aprontaban a regresar a sus hogares y reanudar sus acostumbradas labores. Pero no había tal. Un soldado mestizo, que servía en el Ejército español, postergado en su ascenso a oficial en razón de su origen, abandonó las filas y se pasó a los indígenas. De grandes aptitudes naturales para la guerra, comprendió que las batallas campales significaban un sacrificio inútil y que la mejor manera de combatir a los españoles consistía en el aniquilamiento de fracciones aisladas.

Inició sus actividades a mediados de 1656. El gobernador, alarmado, salió de Santiago a comienzos de octubre, con las fuerzas que había logrado reunir y que acrecentó en Concepción con un refuerzo recién llegado del Perú. Constituyó dos columnas: la mayor, a las órdenes de D. Ignacio de la Carrera Iturgoyen, asoló los territorios de Arauco y Tucapel (enero a marzo de 1657). La otra quedó en el fuerte de Conuco (San Fabián), a las órdenes del capitán Martín de Erizar, con la misión de defender a Concepción y sus aldeaños.

Alejo, que comprendió sería derrotado en un encuentro con Carrera, pasó el Bío-Bío, al amparo de la obscuridad al frente de unos 1.000 guerreros y avanzó contra el fuerte de Conuco. Se encontró, inesperadamente, en el lugar denominado Molino del Ciego, con una agrupación de

200 españoles, que desde Concepción marchaban a reforzar el citado fuerte de Conuco, a las órdenes del capitán Pedro Gallegos. Este tomó una posición defensiva en una loma situada a un costado del camino, apoyados ambos flancos en quebradas inaccesibles. Despachó al mismo tiempo un estafeta en busca de auxilio en el fuerte próximo de Conuco. El mestizo Alejo pasó al ataque, en espera de alguna coyuntura favorable que lo ayudara a conseguir la victoria que buscaba. Advirtió pronto que Gallegos había desmontado su caballería por exigencias de las circunstancias y que las cabalgaduras estaban a la espalda, juntamente con los bagajes. Distrajo al enemigo con un ataque frontal —a pesar de que el fuego de mosquetería raleaba sus filas— y despachó, por senderos extraviados, unidades indígenas en dirección a los caballos. Llegadas éstas a su objetivo, condujeron las cabalgaduras sobre la línea enemiga, en medio de un chivateo infernal. Los españoles, cogidos de sorpresa, se paralogizaron, situación que el mestizo aprovechó para proseguir el ataque con más ímpetu y vigor. La gran mayoría de los soldados quedó tendida en el campo y un corto número de prisioneros fue reservado por los vencedores para sus canjes y para ser sacrificados a sus *pillanes*, en acción de gracias.

Días más tarde, Alejo volvió a batir, en Los Perales, una fracción de 250 hombres; pero fue derrotado, a su vez, por otra agrupación de 280 soldados, comandada por el sargento mayor Bartolomé Gómez Bravo, en Lonquén. Gómez Bravo combatió con extraordinario coraje hasta encontrar la muerte; pero sus oficiales continuaron luchando con el mismo denuedo y quedaron dueños del campo, aunque a costa de grandes pérdidas.

Los indios de Santa María capturaron un navío que atracó en la isla e hicieron 5 prisioneros. La campaña de Alejo significaba, así, a los españoles, alrededor de 400 hombres muertos o cogidos prisioneros en los combates. Los pehuenches, por último, en connivencia con el mestizo al parecer, atravesaron los Andes frente al Maule, hicieron un crecido número de prisioneros y se apoderaron del poco ganado que iba quedando.

### C.—Los éxitos de Pórtier Casanate.

#### I

El gobernador Pórtier Casanate supo ganarse la voluntad del Cabildo de Santiago en una medida tal que, a pesar de la escasez de hombres y de recursos, continuó auxiliándolo en la medida de sus fuerzas. La misma Audiencia lo ayudó otro tanto y el virrey también le envió algunos refuerzos, que llenaron —en parte— las bajas producidas en la campaña del verano anterior.

Salió de Concepción el 28 de diciembre de 1657, con rumbo al fuerte de Conuco y allí se le reunió una fuerza de 1.200 plazas, entre españoles e indios amigos, 10 piezas de artillería y 3.000 caballos. Tres días más tarde se presentó un cuerpo de 500 indios montados. La caballería española cargó sobre ellos y los obligó a huir precipitadamente. Los per-

siguió unas cuatro leguas, logró darles alcance en una angostura del camino, les causó 200 bajas y les quitó numerosos caballos, lanzas y monturas.

Desde el mismo fuerte dispuso el gobernador que el sargento mayor Francisco de Ceballos realizara una excursión a Curaco, con 600 jinetes de caballería. Este jefe eliminó unos 40 indios en los diferentes encuentros y regresó con 20 prisioneros, 40 españoles e indios amigos rescatados, 138 mujeres y niños, 2.000 ovejas y muchas vacas.

En febrero de 1658 Ceballos realizó una nueva y exitosa expedición hacia Arauco, con la sola pérdida de dos hombres. A pesar de lo avanzado de la estación, el gobernador dispuso una tercera campaña a Renaico, Cuvi y Mulchén. Los mapuches rehuyeron el combate y las tres columnas encargadas de la empresa regresaron a su base con 200 caballos, 600 vacas, 4.000 ovejas y unos 60 españoles e indios rescatados. El total de pérdidas mapuches en la temporada subió a 400 guerreros.

A raíz de los éxitos obtenidos en la primavera de 1658 y en el invierno de 1659, la confianza en el triunfo definitivo de las armas reales se vio notablemente afianzada.

## II

Pero faltaba aún una amarga prueba: la última hazaña con que el mestizo Alejo iba a poner término a su rutilante carrera. Concibió el proyecto de apoderarse de Concepción, que suponía desguarnecida, con las 300 lanzas a sus órdenes. En los últimos días de agosto de 1660 pasó el Bío-Bío por Hualqui y, luego de un gran rodeo, llegó a situarse en el curso alto del río Andalién. La marcha fue advertida por el capitán Juan de Zúñiga, comandante del fuerte de Chepe, que —mediante un rápido desplazamiento— se interpuso entre los indios y la ciudad, al frente de 200 hombres. Las columnas se encontraron en Bodeuca.

Alejo rehuyó el choque y fue a situarse en una loma cercana, a la espera de algún error de sus contendientes. Pues bien, Zúñiga tuvo la mala ocurrencia de atacar de frente y cuesta arriba. El mestizo esperó que los españoles llegaran fatigados a la mitad de la áspera repechada, para precipitar sobre ellos sus 300 mocetones. El empleo de las armas de fuego se hizo imposible y los españoles, rota su línea en todo el frente, retrocedieron en desorden. Quedaron en el campo Zúñiga y 60 de los suyos (septiembre de 1660).

El mestizo Alejo repasó el Bío-Bío, con una gran cantidad de armas, vestuarios y bagajes quitados al adversario. Era su intención reunir una mayor cantidad de fuerzas y caer nuevamente sobre Concepción. Mas, su carrera meteórica llegaba a su fin. Dos de sus mujeres lo asesinaron en cierta ocasión que celebraba sus victorias con la acostumbrada borrachera de los indígenas. El motivo del crimen fue la inclinación del caudillo por una española recientemente capturada en un malón.

El mando de los mapuches pasó a manos del cacique Misqui. Porter Casanate lo derrotó completamente en Curanilahue, en abril de 1661 y con ellos la rebelión quedó material y moralmente ahogada.

## D.—Conclusiones militares.

### 1.—Causas del levantamiento araucano.

Después del parlamento de Quillín, los araucanos se vieron forzados a aceptar un nuevo tratado con los españoles; fue el parlamento de Boroa que ya se dio a conocer. En él las condiciones impuestas a los mapuches eran mucho más duras; de todo, lo principal era la disposición que les prohibía el uso de sus armas, "salvo en el caso de que el auxilio de los españoles así lo exigiera". Esto les daba la condición de vasallos en todo el sentido de la palabra.

Prácticamente todas las cláusulas del parlamento eran contrarias a los intereses indígenas.

La expedición de Salazar contra los indios cuncos, además de ser militarmente un fracaso, dejó desguarnecidos los principales fuertes de Arauco. La derrota de los españoles en el río Bueno, el abandono en que se quedaron las guarniciones y el cansancio de los araucanos por las condiciones del parlamento de Boroa, fueron las causas del gran levantamiento de 1655.

### 2.—Crítica a la expedición Salazar.

Cuando los indios cuncos entregaron a la justicia española a los culpables del saqueo del buque San Jorge, debió terminar toda intención de nuevas sanciones por parte de los conquistadores. Sin embargo, cualquiera exploración punitiva era una ocasión muy propicia para capturar indios y colocarlos en situación de servidumbre. Así fue como, llevados más que nada por la ambición, los allegados del gobernador organizaron una expedición de castigo, aun cuando los culpables ya habían sido sancionados.

Para llegar al territorio de los indios cuncos, el capitán Salazar debió cruzar, con su poderoso Ejército, todo el territorio araucano, lo que levantó enormes suspicacias entre los mapuches.

En la acción del río Bueno se puso de evidencia la escasa capacidad de Salazar para dirigir a sus tropas. El cruce del río por un puente de balsa tenía el grave inconveniente de la lentitud en que debían realizarlo las fuerzas españolas; así fue como en el momento en que se produjo la separación de las fuerzas españolas, los naturales atacaron logrando una victoria casi absoluta. Si en cuanto a bajas los españoles no sufrieron más de un 12%, la derrota los obligó a retirarse definitivamente.

Los indios cuncos actuaron con sorpresa y gran rapidez buscando el momento en el cual los conquistadores se encontraban separados.

Además de ser un error militar, la expedición de Salazar puede considerarse también un grave error político, ya que como se expresó anteriormente, fue una de las causas de la llamada gran insurrección que por cerca de 5 años produjo enormes dificultades a los españoles.

### 3.—Abandono de los fuertes

Es un hecho inexplicable el que, conociendo el levantamiento que se había producido en Arauco, Salazar no hubiera tomado de inmediato una acción hacia las tribus alzadas. Muy por el contrario, esperó en la Mariquina bastante tiempo, luego trató de llegar a Valdivia y desde allí embarcarse rumbo a Concepción. Para esto, se vio en la necesidad de dejar la mitad de sus tropas españolas en tierra, la totalidad de los indios auxiliares y de sacrificar gran parte de la caballería para que no cayera en poder de los sublevados indios.

El abandono del fuerte Buena Esperanza demuestra la escasa capacidad del gobernador Acuña y Cabrera. Tenía suficientes indios auxiliares para resistir un asalto. Al retirarse de él, se perdió una valiosa plaza española y se llevó a Concepción gran cantidad de pobladores cuando esa ciudad no tenía capacidad para albergarlos.

El abandono del fuerte Nacimiento fue otro gran desacierto. En esa época del año, el río Bío-Bío perdía sus condiciones de navegabilidad de tal manera que era muy peligrosa vía de retirada. De fallar esa vía, como sucedió, se quedaba sin posibilidades de sobrevivir frente a las huestes araucanas.

### 4.—Consideraciones sobre el mestizo Alejo.

Resulta interesante observar que los principales caudillos araucanos fueran indios que, en calidad de sirvientes o de soldados, estuvieron con los españoles. Lautaro, Lientur y Alejo son claros ejemplos de lo enunciado. En primer lugar, debe reconocerse que al aprender del español el empleo de sus armas y sus tácticas de combate, pasaron a tener un gran prestigio entre los suyos y sin tener rango alguno fueron elegidos como caudillos. En segundo lugar no puede desconocerse que el tiempo pasado con los españoles, además de servir para conocerlos militarmente, les fomentó el odio en contra de ellos; ésa es una indicación sobre el tratamiento dado por los hispanos a sus sirvientes araucanos.

El mestizo Alejo fue, como Lientur, un guerrillero que supo sacar provecho inmediato de la debilidad española, pero que no fue capaz de alcanzar un resultado decisivo en sus acciones. Contagiado con uno de los principales defectos de su raza, cada triunfo que obtenía lo celebraba con grandes festejos sin preocuparse de lograr una efectiva y oportuna explotación. A causa de ello fue que sus correrías sólo tuvieron un efecto momentáneo y que los españoles pudieron reaccionar.

De haber actuado con mayor diligencia después de su victoria, buscando como único objetivo la destrucción de los españoles, el mestizo Alejo pudo alejar por muchos años a los conquistadores de las tierras de Arauco. El momento era propicio y la reacción anti-española era más fuerte que nunca. Se agregaba a lo anterior la circunstancia de que el gobernador era un individuo de muy escasas dotes militares y dominado por una camarilla de ambiciosos allegados.

## X.—EL SIGLO XVIII.

## A.—Conato de levantamiento general en 1723.

1.—*Campañas de Vilumilla.*

Respecto de la modalidad de guerra del siglo XVIII, en Arauco, se podría repetir aquí —punto por punto— lo que se dijo sobre la modalidad de la misma durante el pasado siglo XVII. Habría que expresar que continuó el predominio de la llamada guerra defensiva, implantada por el jesuita Luis de Valdivia y que los parlamentos eran una ceremonia de rigor y de la cual no podía prescindir ningún gobernador que se recibía del poder en el reino. Cabría sólo agregar que los mapuches habían vuelto a ocupar su antiguo territorio entre el Bío-Bío y el Toltén. Ello posibilitaba a los españoles la labor de contenerlos a través de tres medios: la línea de fuertes de la Frontera, los agasajos y la presencia de un cuerpo de línea, cuyos efectivos podían ser reforzados eventualmente con 10.000 o más milicianos.

El cruzamiento del pueblo mapuche con el español había traído como consecuencia el ablandamiento del espíritu agresivo y su mejor disposición para recibir el aporte extranjero. Ello había facilitado la labor de los misioneros y traído la paz, que duraba ya más de 30 años al recibirse del Gobierno de Chile el teniente general D. Gabriel Cano y Aponte (diciembre de 1717). Por otra parte, los gobernadores habían creado un verdadero cuerpo de funcionarios, que intitularon *capitanes de amigos*. La designación solía caer a veces, en individuos codiciosos y atropelladores que abusaban de su cargo. Tales individuos eran, generalmente, asesinados en una de las acostumbradas borracheras de los naturales.

En los días de la administración de Cano y Aponte actuaba, además, un factor nuevo: al cabo de una paz prolongada, los mapuches se habían recobrado de los quebrantos de la guerra y no escaseaban aquellos en cuyas mentes bullía el deseo de sacudir la tutela española. A comienzos de 1723 tomó tanto cuerpo el rumor de una nueva rebelión, que el superior de las misiones creyó prudente informar al obispo de Concepción, a fin de que —a su vez— previniera al gobernador. Al comienzo se trataba sólo de una viva efervescencia de algunas tribus que habían “recibido agravios”.

En la madrugada del 9 de marzo de 1723 un grupo de indios de Quechereguas asesinó al capitán Pascual Delgado, un hombre duro y atrabiliario, que se había enajenado la voluntad de los indios a su cargo. Fueron muertos también el capitán de amigos Verdugo y el teniente Juan Navia. El gobernador se había negado a creer en la denuncia de los jesuitas y no tomó precaución alguna. El asesinato de Delgado cogió, pues, desprevenidas a las fuerzas del reino. Los indios, por su parte, no contaban con un plan definido y la mejor prueba de ello es el giro que tomaron los acontecimientos. Un grupo de mapuches que no había participado en el crimen se presentó al jefe de la plaza de Purén,

capitán Mateo Gallegos, en la misma tarde, a ofrecerse a los españoles para ayudarlos en el escarmiento de los asesinos. Gallegos, recién llegado y sin experiencia de la guerra de Arauco, temeroso de que el ofrecimiento fuera una estratagema ideada para batirlos al lado afuera del fuerte, lo rehusó decididamente y tomó presos a aquéllos.

Seis días más tarde, el 16 de marzo, Vilumilla —cacique de Maquegua— se presentó delante de la plaza con numerosos guerreros. Gallegos logró rechazarlos. Mas al considerar que carecía de las armas, las municiones y los víveres necesarios para sostener una prolongada resistencia, con los pocos soldados de que disponía, añadió un nuevo error: puso en libertad a los prisioneros ante el ofrecimiento que le hiciera Vilumilla de deponer las armas. Los rebeldes, conseguido su objetivo, renovaron —sin embargo— el ataque con mayor ímpetu el 19 de marzo.

Las noticias del asesinato de Delgado y del asalto al fuerte de Purén llegaron rápidamente a Concepción. El joven comisario general de caballería, D. Manuel de Salamanca, intuyó la desorientación de los sublevados y arbitró las medidas pertinentes. Hizo reforzar la plaza de Purén con dos agrupaciones de 62 hombres en total; informó de lo ocurrido a Cano y Aponte, que se encontraba en Santiago y el 30 de marzo llegó a la plaza sitiada al frente de 500 soldados. Los indios levantaron el cerco —que nunca había sido muy efectivo— y se dispersaron. Salamanca reparó el fuerte, lo dejó guarnecido por 200 hombres y volvió a Yumbel un mes más tarde.

En esta plaza le esperaba Cano y Aponte.

Entre tanto, al sur del Bío-Bío el levantamiento mostraba un aspecto muy peculiar. Casi toda la población española de las proximidades de los fuertes, logró establecerse en ellos sin ser hostilizada. En agosto de 1723 Vilumilla ocupó la isla de La Laja, que los españoles habían procedido a abandonar. Salamanca partió de Yumbel a la cabeza de las tropas que pudo reunir y, en busca del enemigo, avanzó al sur hasta las márgenes del Duqueco. En las lomas bajas que se extienden al norte de este río, pocas leguas antes que vacie sus aguas en el Bío-Bío, se levantaba el campamento indígena. Salamanca cayó sobre ellos el 23 de agosto, en un día lluvioso que no permitía distinguir los objetos a cierta distancia. Los indios se dispusieron a resistir tenazmente; pero, como se dejaron oír toques de trompeta de una fracción española a las órdenes del capitán D. Juan Angel de la Vega, los mapuches se creyeron expuestos a ser rodeados por fuerzas numerosas y se desbandaron y arrojaron precipitadamente al río.

Pero esto no significaba necesariamente el fin de la rebelión. Agrupaciones numerosas de araucanos mantenían la incomunicación entre los diversos fuertes y evitaban, al mismo tiempo, todo encuentro con los españoles. En Purén, contra cuya plaza se habían dirigido los primeros golpes del enemigo, discurrió éste desviar el curso del arroyo que proporcionaba agua a su guarnición. El capitán D. Antonio Urra hizo una salida a fin de impedir estos trabajos; pero, atacado de improviso, fue muerto con algunos de los suyos. Una fracción mayor, que salió en seguida de Purén, pudo impedir la derrota de sus compañeros y dispersar al agresor.

## 2.—Parlamento de Negrete.

Hastados los mapuches con la rebelión solicitaron del gobernador restableciera los capitanes de amigos, y, desde mediados de 1725, empezaron a pedir las paces. El 29 de enero de 1726 D. Gabriel Cano y Aponte —que experimentaba anhelos similares— reunió una junta de guerra y en ella se discutieron las doce cláusulas de que debía constar el pacto.

Las sesiones se abrieron el 13 de febrero, en los llanos de Negrete, con las ceremonias acostumbradas. Las bases contenían dos series de cláusulas: una, destinada a establecer los deberes de los indígenas y otra, a extirpar los abusos que habían servido de base a sus reclamaciones. Entre las primeras figuraban las obligaciones de los mapuches de reconocerse vasallos del rey de España; no estorbar el restablecimiento de los fuertes al sur del Bío-Bío; recibir a los misioneros que entrasen a sus tierras; asistir a la iglesia, si eran bautizados; combatir a los enemigos del rey, avisar su aparición y retirar su ganado de la costa; dar la mitad para las obras reales y acudir cada vez que los llamaran los gobernadores.

A base de los acuerdos del segundo tipo, el gobernador intentó ensayar inútilmente un cambio notable en la forma tradicional del comercio. Sus esfuerzos fueron vanos en este sentido, pues más fuerte fue la rutina que el buen juicio.

Cano y Aponte sometió al rey las estipulaciones del parlamento de Negrete con fecha 21 de abril de 1726. El soberano las aprobó por real cédula de 10 de diciembre de 1727.

## B.—Las grandes reformas militares.

Durante el siglo XVIII, el Ejército sufrió transformaciones de importancia. Hasta mediados de él conservó la organización que tenía a fines del siglo anterior, pero, abandonada la idea de dominar al mapuche por las armas, el gobernador D. José de Manso Velasco estimó conveniente proceder a su reducción. Propuso al rey Felipe V las bases de una planta que, a la vez que consultaba una mayor economía por reducción de las dotaciones y una nueva escala de sueldos, permitiría se cancelasen éstos oportunamente. El plan fue aceptado por la Corona, por cédula de 22 de mayo de 1748, en virtud de la cual D. José de Manso —que había pasado a ser virrey del Perú— dictó dos extensos reglamentos, uno para las fuerzas de Concepción, Valparaíso, Chiloé y Juan Fernández y otro para la plaza de Valdivia (dependiente esta última del virreynato).

De acuerdo con las citadas disposiciones, el Ejército de línea fue reducido a 750 hombres y distribuido en 17 compañías; 10 de infantería, 6 de caballería y 1 de artillería.

Pronto se advirtió que las dotaciones consultadas en la reforma de Manso y Velasco eran insuficientes para mantener la paz y la quietud en Arauco y para rechazar a los corsarios y piratas que, periódicamen-

te, incursionaban a lo largo del litoral. La solución de este problema fue el centro de gravedad de la nueva organización que propiciara el mariscal de campo D. Agustín de Jáuregui y Aldecoa. Efectivamente, junto con asumir el mando —en marzo de 1773— el señor mariscal cambió la ineficaz dirección que se había impreso a las relaciones con los mapuches. Abandonó la pasividad, que envalentonaba y robustecía cada día más a éstos, para volver a la política que Laso de la Vega y otros gobernantes habían ensayado con buen éxito: explotar las rivalidades internas de las tribus, para deshacerse de los adversarios más peligrosos y debilitar el poderío araucano, sirviéndose de unos caudillos contra otros. Junto a esta maquiavélica conducta, emprendió el refuerzo de las líneas de fuertes que resguardaban la Frontera y procedió a llevar adelante —mejorándola en grado notable— la reorganización que Amat y Junient había iniciado en las milicias en septiembre de 1758.

Pero la reforma más importante fue, sin duda, la relativa al Ejército veterano o de línea. Las fuerzas de la Frontera quedaron distribuidas en esta forma:

- 1 batallón fijo de infantería, de 300 plazas, en Concepción.
- 1 regimiento de caballería, de 400 plazas, "Dragones de la Frontera", en Concepción.
- 2 compañías de artillería, de 100 hombres cada una, en Concepción.

Además:

En Santiago:

- 1 compañía de infantería.
- 1 compañía de "Dragones de la Reina".
- 1 asamblea de caballería (54 oficiales y suboficiales del arma, llegados de España en 1770).

En Valparaíso:

- 1 compañía de artillería.
- 1 compañía de "Dragones".

En Juan Fernández:

- 1 compañía de infantería.

En Valdivia:

- 1 batallón de infantería de 500 plazas (dependientes del virrey del Perú).

La fuerza total del Ejército alcanzó a 1.150 plazas, distribuidas en 23 compañías de 50 hombres cada una. De ellas, 11 de infantería, 10 de "Dragones" y 2 de artillería.

Tal fue la organización dada al Ejército de Chile al finalizar la Colonia y que permanecía inalterable al iniciarse el movimiento de emancipación de 1810. A base de ella y de sus elementos —en su inmensa mayoría criollos— la 1ª Junta de Gobierno creó el primer Ejército nacional, que supo enfrentar valerosamente a las fuerzas del virrey del Perú, hasta sucumbir en el desastre heroico de Rancagua, el 1º y 2 de octubre de 1814.

### C.—Conclusiones militares.

#### 1.—Acciones araucanas.

El de 1723, fue el último levantamiento araucano que puede merecer una consideración militar; sin embargo, es, en todo sentido, muy inferior a los anteriores. Se empieza ya a denotar claramente la decadencia araucana.

El toqui Vilumilla no tuvo en vista sino su interés por saquear las poblaciones españolas; le faltó capacidad para buscar un objetivo verdaderamente militar que lo hubiera llevado hacia, por lo menos, la reconquista total del territorio araucano. Sus correrías carecen de interés militar y sólo pueden ser citadas como una forma de realizar el pillaje.

#### 2.—Acciones españolas.

Las fuerzas españolas habían llegado a ser considerables, lo que demuestra que, para España, la conquista de Arauco fue, tal vez, la más dura y difícil de todas las que realizó en territorio americano.

La línea defensiva del Bío-Bío permitió seguridad para el desarrollo de las poblaciones españolas que quedaban al norte de ellas; sin embargo, podría considerarse como un error, mantener débiles guarniciones y muy aisladas, al sur de ellas. Ante cualquiera incursión araucana, eran fácilmente aniquiladas sin que hubiera posibilidad de llevarles un refuerzo oportuno. Por esa razón, muchas veces, los fuertes del sur del Bío-Bío fueron amagados, costando a los españoles numerosas vidas.

### BIBLIOGRAFIA.

(Guerra de Conquista)

*Historia General de Chile:* (T. I a VII) Diego Barros Arana.

*Historia de Chile:* (T. I. a V.) Francisco Antonio Encina.

*Historia Militar de Chile:* (T. I) Indalicio Téllez.

*Historia de Chile Sin Gobernador:* (1554-1557) Crescente Errázuriz.

*Francisco de Villagra:* (1561-1563) Crescente Errázuriz.

*Historia General del Reyno de Chile*. Diego Rosales.

*Pedro de Villagra: (1563-1565)* Crescente Errázuriz.

*Seis años de la Historia de Chile*: Crescente Errázuriz.

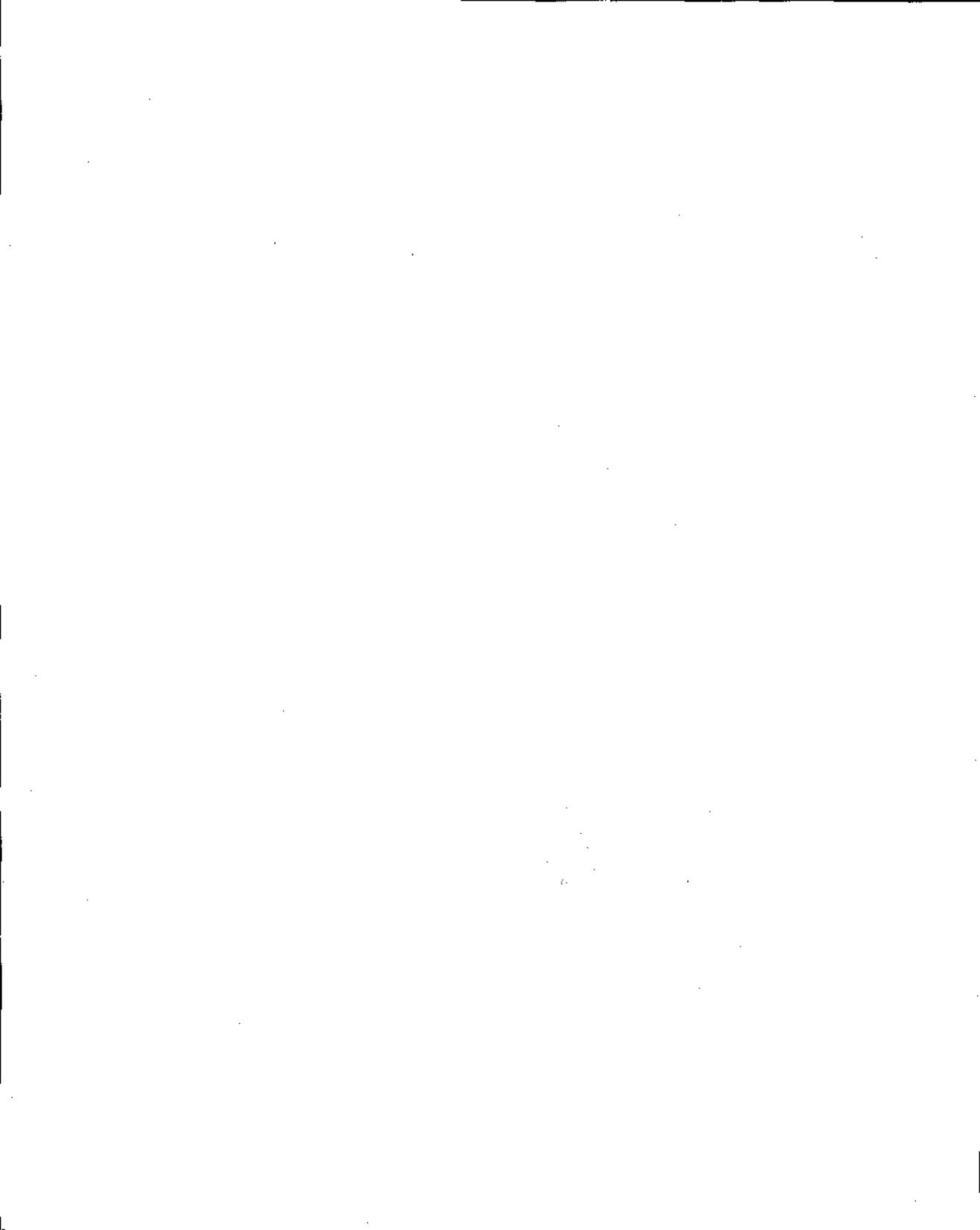
*Historia de Chile: (T. I)* Jaime Eyzaguirre.

*Resumen de la Historia de Chile de Encina*: Leopoldo Castedo.

*Régimen Legal del Ejército en el Reino de Chile*: Roberto Oñat y Carlos Roa.

*Desengaño y reparación de la guerra del Reyno de Chile*: Alonso González de Nájera.

*Cautiverio feliz*: Francisco Núñez de Pineda y Bascuñán.



## SEGUNDA PARTE

### CAMPAÑAS DE LA INDEPENDENCIA

#### I.—PATRIA VIEJA.

##### A.—El Comando en Jefe de Carrera.

##### 1.—*Visperas de la invasión.*

Bastante peligrosa era la situación a que se encontraba abocado el país al iniciarse el año de 1813. Al producirse el movimiento emancipador de septiembre de 1810, la organización militar de Chile era —en cierto modo— la que correspondía a un país cuya actividad principal la había constituido, por siglos, la guerra de Arauco. No necesitaremos entrar en detalles, puesto que dicho aspecto lo analizamos ya en el último capítulo de la parte relacionada con la conquista y colonia.

Nos corresponde ahora añadir que la defensa del país fue una de las preocupaciones mayores de la Primera Junta de Gobierno. Sus miembros estimaban que el paso dado el 18 de septiembre acarrearía las represalias consiguientes del virrey del Perú, por cuya razón era indispensable estar preparado para el evento. El plan de defensa encargado al capitán D. Juan Mackenna O'Reilly, sugería medidas de alto interés militar, como la organización de un Ejército permanente de algo más de 1.000 hombres bien armados y mejor instruidos y disciplinados; creación de una escuela para la formación de oficiales de Ejército; la adquisición de 25.000 fusiles, 40.000 espadas, 40.000 lanzas y 40.000 pares de pistolas para las tropas de línea y milicias. De acuerdo con dicho plan fueron creados el batallón de infantería Granaderos de Chile, 4 compañías de artillería, 2 escuadrones de Húsares de Santiago y 2 escuadrones de Dragones de Chile.

No fue mayor la actividad desarrollada en la materia por la nueva Junta (la de los Larraines u "ochocientos"), que alcanzó el poder el 4 de septiembre de 1811, a través del pronunciamiento encabezado por el sargento mayor D. José Miguel Carrera. Podríamos sintetizarla advirtiendo que, aun cuando los susodichos "ochocientos" tenían en Mackenna un profesional europeo inteligente y capaz, en los dos y medio meses que duró su mandato nada digno de mención hicieron al respecto. Se preocuparon, sí, de perseguir a los *quintacolumnistas* —como los llamaríamos hoy— que el enemigo tenía enclavados en el seno mismo del pueblo chileno. El señor Encina sintetiza en forma certera y rea-

lista el panorama de esos días cuando advierte: "El tiempo y la actividad que debieron gastarse en establecer cursos rápidos para 800 oficiales; en mandar a Mackenna con un comerciante hábil a comprar armas en Estados Unidos; y en instruir unos 2.000 soldados de línea y 8.000 milicianos, se malgastaron en los proyectos de reformas civiles de Salas, Egaña, Henríquez, O'Higgins y los demás..."

El aporte de D. José Miguel Carrera fue también limitado. Con motivo de la invasión de las provincias del sur a fin de combatir a Rozas, porque no estaba dispuesto a acatar su dictadura, debió desarrollar largos e ineficaces preparativos militares. El mismo sintetiza su actividad en la página 52 de su *Diario Militar*. "La inspección de caballería —dice— recibió una buena organización; el batallón de granaderos se elevó a la notable fuerza de 1.200 hombres; se reformó el cuerpo de dragones por inútiles, y se levantó con él un famoso cuerpo de caballería (Húsares de la Gran Guardia); se hicieron 10.000 lanzas y 1.500 tiendas de campaña, vestuarios, monturas, para todos los cuerpos, municiones de todas clases..."

Croquis N.º 9

Si los diversos gobiernos, de acuerdo con las sugerencias del plan de defensa de Mackenna, hubiesen procedido a organizar una fuerza regular de sólo 3.000 hombres perfectamente armados, disciplinados e instruidos, "hubieran podido rechazar cualquiera invasión como la que anunciaba el virrey del Perú. Sin poseer abundantes elementos militares, Chile tenía las armas necesarias para ello, y en 1812 había recibido algunas más adquiridas en el comercio de Buenos Aires". (Barros Arana). Justo es observar, sin embargo, que los diferentes gobiernos criollos conservaron los 2.000 soldados que les legara la colonia. Entre los oficiales había varios con servicios prestados en Europa, entre ellos el precitado comandante de Ingenieros D. Juan Mackenna y el sargento mayor D. Tomás O'Higgins, primo hermano de D. Bernardo. El primero estaba confinado en Catapilco, por orden de Carrera, desde marzo de 1812 y el segundo servía al Gobierno en la entonces lejana provincia de Coquimbo. Los cuerpos recientemente creados no habían sido instruidos y disciplinados en razón de la ausencia de oficiales idóneos y no habían recibido otra enseñanza que las encaminadas a derribar a las autoridades constituidas. Los cuerpos veteranos del antiguo Ejército prefirieron, por su parte, aliarse —con la casi totalidad de sus efectivos— con las huestes del rey de España.

El derrocamiento de la junta patriota de Valdivia, en marzo de 1812, impulsada por D. José Miguel Carrera, estimuló la entrega de la plaza al virrey del Perú y que su guarnición constituyese, meses después, uno de los batallones selectos de las fuerzas invasoras de Pareja. Por otra parte, los choques entre Carrera y Rozas, al mismo tiempo que alejaron de las filas patriotas a algunos de los pro-hombres de Concepción, fueron causa de que la mayor parte de sus tropas —dejadas por D. José Miguel bajo el mando de oficiales que no podían inspirar confianza— se pasasen a las filas realistas en la primera oportunidad.

Y por último, de la reducida guarnición de Santiago, la mayoría de su personal había desertado y los pocos que permanecían en sus pue-

tos estaban completamente desmoralizados, comandados por jefes sin condiciones de mando y por oficiales ineptos para instruirlos y disciplinarlos.

## 2.—*La invasión.*

### I

En las primeras semanas del año de 1813 desembarcaba en Chiloé el brigadier de la Real Armada de España D. José Antonio Pareja, con un cuadro de oficiales y clases destinado a la organización e instrucción de las fuerzas con las cuales invadiría el territorio de Chile. Efectivamente, inició allí su tarea de reclutamiento y la prosiguió en Valdivia y en ambas partes encontró la mejor acogida, pues sus habitantes mantenían la más inquebrantable adhesión al antiguo régimen. Los aprestos se realizaron con tal discreción que el desembarco de la expedición (3 batallones de infantería y 1 brigada de artillería, con un total general de 2.370 plazas) en la bahía de San Vicente, el 26 de marzo, constituyó para los patriotas de la zona una verdadera sorpresa. Y ocurrió tal sorpresa en atención a que el Jefe del Gobierno, D. José Miguel Carrera, no había dispuesto medida de seguridad alguna a pesar de las notas amenazantes que le había enviado el virrey del Perú D. Fernando de Abascal. En una de ellas, le advertía que "las tropas reales... se abrirán muy en breve paso por esas cordilleras que consideran U. U. inaccesibles, y tomando sus victoriosas banderas bajo su protección a esos inocentes y desgraciados pueblos, acabarán con los ambiciosos usurpadores y tiranos que los oprimen".

El brigadier Carrera recibió la noticia de la invasión el día 31 del mismo mes. Convocó inmediatamente a los demás miembros del Gobierno, al Senado y a los jefes militares y la primera resolución tomada fue la de nombrársele General en Jefe del Ejército, con plenos poderes. Se convocó igualmente a las milicias, se ordenó poner a Valparaíso en estado de defensa y embargar los buques pertenecientes a realistas del Perú que se encontrasen en la bahía.

En la mañana del día siguiente partió Carrera hacia el sur a organizar la resistencia, sin más fuerzas que una escolta de caballería de 15 jinetes. En el camino fue encontrando algunos fugitivos de Concepción que venían hacia Santiago y que proporcionaban los más recientes informes respecto de los últimos acontecimientos. En la noche del 5 de abril entraba en Talca con los escasos soldados que lo acompañaban desde la capital y con los oficiales y tropa que se le habían agregado en el camino. Unos 50 hombres en total.

Entre tanto, el brigadier Pareja había ocupado la ciudad de Concepción el 1º de abril y reforzado su Ejército con las tropas que allí habían, hasta un total de 3.570 infantes, 250 dragones y 300 artilleros, con 36 piezas de artillería. Total general 4.110 plazas. Se había incautado, además, de una gran reserva de fusiles, lanzas, sables y pistolas y como anduviera escaso de dinero, levantó un empréstito forzoso de \$ 80.000.

## II

De los distintos problemas que preocupaban entonces a Carrera, era el más urgente el relativo al desplazamiento hacia el norte del Maule de las milicias de la Intendencia de Concepción. Algunas fracciones destacadas por el brigadier Pareja estaban, por entonces, a unos 40 kilómetros al sur del río y hacían difícil la operación. Inducido por el cónsul de EE. UU. Joel Poinsett, el General en Jefe consintió en desprenderse de las escasas fuerzas que lo escoltaban y confiarlas a D. Bernardo O'Higgins, que se había ofrecido para ir a batir una de esas fracciones adelantadas por el jefe español: la columna de caballería realista de Linares. En la mañana del 7 de abril cayó por sorpresa sobre ella y, tanto su comandante como sus 22 dragones, fueron remitidos prisioneros a Talca e incorporados, posteriormente, en el Ejército patriota.

Libre de este estorbo, O'Higgins procedió a retirar al norte del Maule las milicias, los caballos, los vacunos y los víveres que, de otra manera, habrían servido para disfrute y uso del enemigo. Resolvió, así, el problema que tanto inquietara a D. José Miguel. Las autoridades de la zona de la costa lograron reunir, asimismo, buena parte de las milicias de Quirihue y de Cauquenes y trasladarla al norte del Maule. Pronto se completaron allí unos 1.800 hombres, cuya presencia contribuyó a levantar los abatidos ánimos de los habitantes de la región.

A fines del mes las fuerzas acantonadas en Talca y alrededores sumaban unos 8 a 10.000 hombres, en gran parte milicianos de caballería armados de lanzas. Fueron organizados en tres divisiones:

- 1ª a las órdenes de D. Luis Carrera;
- 2ª a las órdenes de D. Juan José Carrera, y
- 3ª a las órdenes del propio General en Jefe.

La mayoría de la gente no tenía valer militar alguno y la totalidad no contaba con jefes ni oficiales experimentados; desconocía la escuela de combate y el servicio en campaña; era completamente indisciplinada y estaba, por último, mal equipada y peor armada. Preciso es buscar en el entusiasmo de la población de Santiago y de las villas vecinas por enrolarse y en el concurso decidido de la aristocracia, la efectividad de las disposiciones que, en menos de un mes, concentraron en la ribera norte del Maule estos millares de ciudadanos.

### 3.—Combate de Yervas Buenas.

Llegado a Linares, a fines de abril, el brigadier D. José Antonio Pareja envió a D. José Miguel Carrera un oficio con amistosas proposiciones de paz. El parlamentario que lo conducía, D. Estanislao Varela, fue escoltado hasta la orilla del Maule por el destacamento que obedecía al comandante D. Ildefonso Elorreaga. Este, que deseaba aprovechar la oportunidad para efectuar un reconocimiento de la zona y de las fuerzas patriotas allí estacionadas, pretendió avanzar algunas fraccio-



BRIGADIER JOSE MIGUEL CARRERA

1er. General en Jefe del Ejército nacional.

nes al otro lado del río y ocupó, previamente, algunos islotes ubicados enfrente del paso. Como ello produjera ciertos movimientos en las posiciones patriotas y temieran los realistas ser atacados, dispararon algunos tiros de fusil que provocaron la muerte de dos milicianos del regimiento San Fernando.

Carrera se dispuso a tomar la represalia consiguiente. Dispuso la formación de una columna de 200 granaderos, 100 húsares de la Gran Guardia y 300 milicianos de caballería y la puso a las órdenes del coronel D. Salvador Puga. Le dio por misión sorprender al destacamento Elorrecaga que, según informe del parlamentario Varela, debía alojarse en Bobadilla, al sur del Maule. La columna atravesó el río en las primeras horas de la noche y cayó sorpresivamente sobre el citado cerro Bobadilla. Al tanto de que el enemigo se había retirado a la hacienda de Yerbas Buenas, Puga no vaciló en proseguir su marcha. La vista de algunas fogatas, a cuya luz se perfilaban las siluetas de algunos centinelas, le hizo creer que se encontraba delante de las fuerzas que buscaba.

En un comienzo la situación se presentó favorable a los nuestros. Sorprendidos, sin saber de qué lado provenía el ataque y creyendo que el total de las fuerzas enemigas les caía encima, los realistas corrían a tomar las armas y a formar en desordenadas filas. La situación para los hombres de Puga se presentaba ventajosa y supieron sacarle el partido correspondiente. La luz del nuevo día se encargó, empero, de aclararles el panorama: se batían, no sólo con el destacamento Elorrecaga, sino con el grueso del Ejército de Pareja. Extrañados, a su vez, los defensores del rey al comprobar que los atacaba una partida de tropas insignificante, reaccionaron violentamente y la obligaron a iniciar el repliegue. Los realistas que habían caído prisioneros al comienzo de la lucha aprovecharon la oportunidad para escapar y sus camaradas, para recuperar los cañones capturados y para hacer a su vez un centenar de prisioneros en nuestras filas. Se pasó a la persecución y se prolongó ella hasta el Maule. Las tropas de la 1ª división prestaron allí un auxilio que no fue lo suficientemente efectivo para aminorar la magnitud del desastre o para lograr el rechazo de las partidas enemigas más adelantadas.

De los 600 hombres que participaron en la empresa, sólo lograron salvar los que escaparon en el primer momento y algunos de los que montaban buenos caballos. Dejaron en poder del adversario 190 prisioneros y unos 100 muertos, y en cuanto a los desaparecidos, no se llegó a conocer la cantidad exacta. El mismo coronel Puga, herido en el combate, fue capturado; pero logró fugarse días más tarde.

En los primeros momentos del regreso de la columna Puga, los patriotas se sintieron completamente derrotados y la confusión en el campamento alcanzó un grado inquietante. Era el resultado de la impericia de los jefes que, temerosos de que el enemigo intentase pasar el río el mismo día, no acertaban a dictar medida alguna para interceptarle el camino. Más aún, en algunos de los cuerpos se manifestaron gérmenes de descontento y desobediencia, como en el caso del batallón Granaderos de Chile.

Carrera no se encontraba con su tropa. En la misma noche de la acción se había dirigido a Talca, unas leguas al norte y allí seguía reci-

biendo noticias de lo que ocurría a orillas del Maule. De acuerdo con los informes recibidos, consideraba que la empresa de aquella noche había sido un desastre y culpó de ello al coronel Puga por no haber regresado cuando observó que la columna objeto de su persecución no se encontraba en las inmediaciones de Bobadilla. Y llegó a tanto su alarma que resolvió retirarse a San Fernando, con la expectativa de ser reforzado con las tropas que aún no habían salido de Santiago, sin caer en la cuenta que el abandono de la línea del Maule equivalía al desbande, dada la indisciplina de la gente. En previsión de lo que pudiera ocurrir, Mackenna se opuso rotundamente a la operación. Ella se llevó a cabo, sin embargo, y tal como lo intuía Mackenna, la tropa se dispersó en todas direcciones. El General en Jefe comenta en su *Diario Militar*: "Es necesario olvidar esa noche, porque el desorden con que se retiraron las tropas, por la mala disposición y el abandono de muchos jefes, nos expuso a ser víctimas del enemigo, si éste hubiese sido menos tímido, y no se le hubiese escarmentado en Yervas Buenas".

#### 4.—San Carlos.

##### I

Por fortuna para el brigadier Carrera y para las armas de la Patria, la situación en el bando realista no era de las mejores. Inmediatamente después del encuentro en Yervas Buenas, Pareja emprendió la marcha sobre el Maule, con la intención de cruzarlo y caer sobre el adversario, aprovechando el efecto psicológico de la victoria. Pretendió atravesar el río por Queri, en los mismos momentos en que don José Miguel disponía el repliegue hacia San Fernando. Repentinamente se detuvo el batallón de voluntarios de Castro y se negó a pasar al otro lado del obstáculo. Otro tanto hizo el de Valdivia y ni la amenaza ni las exhortaciones lograron hacerles cambiar de parecer. La intención de estos soldados era no cruzar el Maule hasta la primavera próxima, vale decir cuando hubiesen llegado los refuerzos anunciados desde Lima. El jefe realista debió retroceder a Linares, con el propósito de pasar a cuarteles de invierno en Cauquenes o en Chillán. Iniciado apenas el movimiento, se produjo la dispersión de sus tropas: se fugaron cuerpos completos de milicias de caballería, con sus jefes y oficiales a la cabeza, como asimismo el veterano batallón fijo de Concepción. Al entrar el Ejército a Linares sólo le quedaban unos 1.500 a 2.000 hombres, casi en su totalidad valdivianos y chilotes.

Desde allí envió Pareja al comandante D. José Hurtado con un oficio de avenimiento a Carrera. Este último, que ignoraba la situación del Ejército realista y que necesitaba ganar tiempo para consolidar la suya propia, aceptó las negociaciones. Mas, el 4 de mayo llegaba a su campamento el batallón Infantes de la Patria y por sus oficiales supo el General en Jefe que venían en camino nuevos refuerzos. Hacia la misma fecha recibió informaciones fidedignas de la negativa de chilotes y valdivianos a cruzar el Maule y de la deserción en masa de las milicias

de caballería. Pero, en vez de emprender inmediatamente la persecución, se limitó a desahuciar arrogantemente las negociaciones.

Mientras se desarrollaba este cambio de notas, Pareja —gravemente enfermo, como consecuencia de una neumonía que se le declaró en Linares— inició su retirada a Chillán en condiciones muy difíciles. Los caminos comenzaban a ponerse intransitables a causa de las lluvias y sus elementos de transporte eran escasísimos. El día 14 se adelantaron los bagajes, las municiones y los enfermos, escoltados por las débiles fuerzas de caballería restantes y en San Carlos, a unas tres leguas del Nuble, quedaron unos 800 infantes y las piezas de artillería respectivas.

Las tropas patriotas, por su parte, continuaban incrementándose con los refuerzos llegados de Santiago y ascendían a unos 10.000 hombres, aproximadamente. Comprendían un total de 3 batallones de infantería; el regimiento de caballería Húsares de la Gran Guardia; 2 escuadrones de caballería y los regimientos de milicias montadas de casi toda la provincia de Santiago y de una gran parte de las de Concepción. Carrera trató de dar a estas unidades una organización que estimó más positiva: dejó subsistente la distribución de las de línea en las mismas tres divisiones primitivas y constituyó con las milicias de caballería 4 brigadas de 600 jinetes en total; una de ellas, bajo las órdenes del coronel don Bernardo O'Higgins.

## II

El día 11 de mayo la 1ª división patriota pasó el Maule, en dirección sur y pernoctó en Linares y al día siguiente alcanzó hasta el río Longaví. El mismo día la 2ª y la 3ª llegaron hasta Linares en completa dispersión; embarazadas por las lluvias, sólo el 14 pudieron reunirse en Budi con la vanguardia (1ª división). A pesar de ello, Carrera creyó poder aniquilar entonces a la retaguardia del invasor, que no pasaba de unos centenares de soldados. Le intimó rendición y como no la obtuviera, ordenó a la división de vanguardia darle alcance.

La división patriota entraba en San Carlos en los momentos en que las últimas fracciones realistas abandonaban la villa (15 de mayo). Pareja, ya muy grave, y conducido en parihuelas; embarazado además por sus bagajes y los 27 cañones que arrastraba, se vio forzado a enfrentar a sus perseguidores al sur de San Carlos. Llamó al teniente coronel D. Juan Francisco Sánchez y le entregó el mando de las fuerzas.

Sánchez empezó por disponer que sus tropas ganaran una altura con buen campo de vista y de tiro, a unos 5 a 6 kilómetros al S. E. de la salida sur de la población. Con las carretas de los bagajes colocó a su frente una especie de barrera, repartió en la loma los cuerpos de infantería y 27 cañones de que disponía y, para prevenir un envolvimiento, dobló la línea y estableció flancos defensivos. Tan pronto como el adversario estuvo a distancia de tiro, Sánchez dio la orden de romper el fuego. D. Luis Carrera no contaba, naturalmente, con las fuerzas necesarias para iniciar el ataque; pero, arrastrado por su carácter impetuoso, inició su avance y colocó en batería los dos cañones que llevaba... y que muy luego queda-

ron fuera de uso. En aquellos momentos llegaba el General en Jefe con la 2ª división y procedía a colocar enfrente de la loma sus mejores tropas y en los extremos —y avanzadas hacia el enemigo— las milicias de caballería. El comandante de la 2ª división ordenó el ataque a la bayoneta y en carrera; pero los soldados se desorganizaron tan pronto observaron los efectos de la artillería enemiga. La artillería de la citada 2ª división quedó también inutilizada a los primeros disparos y las milicias de caballería no supieron ejecutar el movimiento que se les ordenara, por impericia de sus jefes. Se situaron, al contrario, al alcance de los fuegos de los cañones y fueron dispersados completamente.

Al cabo de dos horas la derrota de los patriotas parecía irremediable; pero, al caer la tarde, llegaba al campo la 3ª división (un batallón de infantería, una brigada de caballería y 4 piezas de artillería). El batallón estaba constituido por 100 hombres faltos de disciplina y con una dotación de sólo 20 a 30 fusiles. El comandante Mackenna, que mandaba accidentalmente la división, se adelantó a reconocer la posición enemiga y fue a colocarse a sus espaldas, con la intención de cerrar a los realistas el camino a Chillán. Ordenó a la caballería atacase el cuadro, "como un acto de desesperación y único capaz de salvar al ejército." Pero los jinetes, en vez de avanzar, "empezaron a hacer remolinos y a triplicar y cuadruplicar su fondo" hasta terminar por retirarse.

Al caer la tarde, el Ejército patriota estaba prácticamente derrotado. Las tropas se replegaban desordenadamente hacia San Carlos, donde Carrera se proponía darles algún descanso, reagruparlas y renovar el ataque al día siguiente. "En vano —comenta él mismo en su *Diario*— se procuraba reunir la infantería; los oficiales eran muy bisonños, y si no me engaño inútiles. Anocheció y cesaron los fuegos de una y otra parte. El aterrante desorden y el cansancio de una tropa que había caminado en tres días cuarenta leguas atravesando ríos, esteros caudalosos, y sufriendo una lluvia continua y trabajo de todo el día, me decidieron a retirarme a San Carlos, para refrescarla".

Los patriotas dejaron en el campo de batalla 100 cadáveres y, en cuanto a los heridos, "70 entraron aquella noche en el hospital". Lo más grave era la dispersión de los cuerpos: oficiales de varios de ellos se habían fugado del campo de batalla y soldados de línea y de milicia, rivalizado en el desorden y en la indisciplina. "Pintar el desorden de aquella tropa al tiempo de su formación, el atolondramiento de la oficialidad, y la total confusión de todo y en todo, sería exponer la verdad; sólo diré que en aquel momento juzgué infalible la derrota de nuestro Ejército y, por consiguiente, la de Chile". (*Diario Militar*).

### III

Al emprender la marcha al día siguiente, Carrera fue informado —por una patrulla de caballería— que el enemigo se había retirado durante la noche. Efectivamente, las tropas de Sánchez se habían puesto en movimiento a las 11, aprovechando la semiclaridad de esa noche de plenilunio y sin que las grandes guardias (puestos avanzados de hoy) tuvie-

ran noticias del suceso hasta la mañana siguiente. Sin el menor inconveniente llegó la fuerza realista al amanecer a las orillas del Ñuble, enfrente del balseadero de Cocharcas. A las 10 de la mañana estaba casi terminado el cruce del río cuando se dejó ver una patrulla de caballería patriota. Su sola presencia bastó para producir gran confusión y para que el enemigo abandonase en el río los dos últimos cañones y los bagajes que no había alcanzado a transportar. "Si los insurgentes se hubiesen presentado a la orilla del río —advierde el historiador español D. Mariano Torrente— habría sido inevitable la derrota de los realistas".

A entradas de la noche del 16 de mayo llegaban éstos a Chillán, extenuados de cansancio, pero seguros de encontrar allí un asilo hospitalario.

### 5.—Sitio de Chillán.

#### I

Dos eran los caminos a seguir por el Comandante en Jefe patriota después de la acción de San Carlos: sitiar a Sánchez para impedir se fortificara y engrosara sus efectivos o marchar de inmediato a Concepción y a Talcahuano, a fin de cortar sus comunicaciones con Lima. Sabía que la situación de los realistas era extremadamente crítica, que sus fuerzas eran muy escasas y que estaban completamente desmoralizadas. Carrera resolvió, sin embargo, marchar sobre Concepción y Talcahuano.

Al partir dejó una división de observación en la ribera norte del Ñuble, en San Carlos, a las órdenes del coronel D. Luis de la Cruz; la reserva, en Talca, mientras era organizada por el coronel D. Juan de Dios Vial y la 2ª división (D. Juan J. Carrera), en el Membrillar. Además, despachó al coronel O'Higgins, con unos 40 hombres, con la misión de reunir los escuadrones de Lanceros de La Laja, apoderarse del fuerte de Los Angeles y recoger todos los soldados, armamento y recursos que pudiera encontrar.

El 17 de mayo se dirigió a Concepción. Esta se rindió a la primera intimación (25 de mayo). Desde allí Carrera envió al capitán D. José María Benavente a intimar rendición a las fuerzas de Talcahuano y como obtuviera una rotunda negativa se dispuso a preparar el asalto de la plaza. El día 28 realizó un reconocimiento personal y en la misma noche dio el orden de ataque. Al amparo de la obscuridad las fuerzas patriotas pudieron ganar las alturas que circundan al pueblo y al amanecer abrieron el fuego. Los realistas no hacían una resistencia tenaz: sólo querían ganar tiempo para permitir el embarque del mayor número de tropas en la fragata *Bretaña*, anclada en el puerto.

El pueblo fue capturado a costa de muy escasas bajas. Se tomaron 150 prisioneros y se rescataron unos 100 hombres que los realistas tenían en el pontón San José, desde la sorpresa de Yerbas Buenas. Se apoderaron, además, de algunas lanchas cañoneras, que sirvieron para capturar a la fragata *Tomás* que, confiadamente, entró al puerto de Tomé con 38 oficiales realistas y \$ 100.000 en efectos y en dinero.

## II

En cumplimiento de la misión encomendada, O'Higgins llegó con su tropa a la plaza de Yumbel, ocupada por el capitán Antonio Vites Pasquel y sus 80 dragones. Oculto en un bosque, burló la vigilancia realista y prosiguió hasta el salto del Laja. Allí se le reunieron 20 lanceros de las milicias de la comarca, que guardaban el vado y avanzó hacia Los Angeles, a donde llegó al anochecer. Fue informado por una de sus patrullas que el fuerte estaba defendido por una compañía de milicia de artillería y 50 dragones veteranos, bajo las órdenes del coronel D. Fermín Sorondo, y que el batallón de la villa estaba pronto para acudir en su ayuda en cualquier instante.

Comprendió O'Higgins que la tarea era superior a sus recursos. No desistió, sin embargo, de seguir adelante. Sin ser sentido, llegó hasta el centinela de la puerta del fuerte, lo amenazó con la muerte si profería una sola palabra, hizo echar pie a tierra a su gente y, seguido de ella, penetró en el fuerte. Sorprendió desprevenida a la guardia y, a partir de aquel instante, se hizo dueño del recinto. Su audaz captura le significó engrosar su columna con 120 artilleros, 50 dragones, un batallón de infantería miliciana y 6 piezas de artillería.

Días más tarde O'Higgins comunicaba al General en Jefe que disponía de más de 1.000 hombres bien armados y equipados y le remitió los 6 cañones de artillería.

## III

Cuando el 27 de julio de 1818 los patriotas terminaban de ocupar su posición enfrente de Chillán, las fuerzas realistas estaban prestas a la defensa. No hubo asedio en ningún momento: el Ejército patriota ocupó posición al oeste de la ciudad y dejó tres de sus costados al descubierto, circunstancia que sabrían aprovechar ventajosamente los defensores. Con el activo concurso de los padres franciscanos y de los hacendados de la región, Sánchez logró reunir unos 1.800 hombres regularmente equipados y armados y pudo contar, además, con "la ventaja de estar acuartelados en edificios cómodos, asistido el soldado con abundantes víveres, hospitales y servicios del vecindario; la ciudad estaba defendida con el fuerte de San Bartolomé, algo avanzado al encuentro del enemigo, y fortificado el cuadro con fosos y parapetos capaces de resistir a cuadruplicadas fuerzas de la calidad de las enemigas". (Fray M. Martínez).

Terminados los preparativos para la defensa, el jefe de la plaza había dispuesto una serie de incursiones por las comarcas vecinas. La más importante de ellas, dirigida por Elorreaga, significó la captura del coronel D. Luis de la Cruz y de las fuerzas que habían quedado en San Carlos con misión de vigilancia sobre Chillán (1º de julio).

Carrera había procedido también a reorganizar sus efectivos, con las armas, municiones, bastimentos y dinero arrebatado a los españoles en Concepción y Talcahuano. Pero a su regreso encontró, no hordas enemigas desmoralizadas, con un general moribundo, sino un Ejército bien

armado, bien organizado, bien mandado, abastecido y con una moral a toda prueba.

El ataque se inició en la tarde del 29 de julio, con la acción de la artillería patriota. Al día siguiente se continuó con el duelo de los cañones por ambas partes y en la noche se hizo avanzar a O'Higgins y a Benavente con 300 y 80 hombres, respectivamente, con la misión de incendiar la población. Cumplida ella en parte, fue interrumpida por la acción de la fusilería del enemigo, al amanecer.

Muy pronto se comenzaron a palpar los inconvenientes de la demora en iniciar el ataque a la ciudad. Los fríos intensos y las lluvias torrenciales del invierno llegaron a hacer insoportable la vida de los patriotas a campo raso y con el suelo convertido en lagunas y lodazales. Si a ello se agrega la escasez de víveres y forrajes, la situación no podría ser más crítica.

Con miras a un efecto más positivo de la artillería, Carrera hizo avanzar sus baterías y una de ellas quedó a sólo tres cuadras de la plaza. Para su defensa se le agregaron 500 infantes. Fue objeto de repetidos intentos de los realistas para capturarla, hasta el momento que fue causa de un accidente. Durante uno de estos encuentros, un proyectil salido de la plaza cayó sobre el armón de una de las piezas e inflamó la pólvora que contenía. El fuego se extendió a otros depósitos y se produjo una explosión que causó unas 100 bajas, entre muertos y heridos. Los realistas aprovecharon esta circunstancia para intentar un golpe de mano y mucho costó impedir que la batería cayera en su poder.

En una ocasión O'Higgins estuvo a punto de penetrar en la ciudad con las escasas tropas de que disponía y como Carrera dudaba del valer militar de sus fuerzas, le envió orden de retirarse.

Sánchez, mientras tanto, proseguía activo. En conocimiento de la aproximación de un convoy de municiones para los patriotas, destacó una fracción a las órdenes del guerrillero Cañizares con la misión de capturarlo. Cañizares cumplió su misión en un vado del río Itata y condujo gran parte del convoy a Chillán.

El brigadier Carrera ordenó la retirada. El 10 de agosto el Ejército patriota estaba al poniente del Maipón, en las excelentes posiciones de Coyanco, cuando salió de Chillán una división realista. El comandante don Julián Pinel, en vez de pasar al ataque —de acuerdo con la orden recibida— envió al jefe patriota una nota altisonante y hueca en nombre del coronel Sánchez. Carrera contestó con arrogancia y le agregaba al final que "la muerte con que V. S. nos amenaza es el mayor premio que puedo recibir por mis fatigas". Pinel optó por retirarse y dejó libre el paso a Carrera y a sus tropas para que se dirigieran hacia Concepción y Quirihue.

#### 6.—*Sorpresa de El Roble.*

Libre de la presión del enemigo, el coronel Sánchez despachó fracciones de tropas regulares y guerrillas en todas direcciones, con la misión de privar de recursos al Ejército patriota, interrumpir sus comunicacio-

nes y establecer el dominio real en la provincia. Ello le proporcionó, además, la comunicación con Valdivia, Chiloé y Lima y la adhesión de los araucanos. La situación de los patriotas en Concepción y al norte del Bío-Bío no era, pues, muy halagüeña. No había en la ciudad armas, municiones, vestuarios ni víveres y los milicianos huían del Ejército como de una plaga contagiosa. En Santiago, la Junta de Gobierno se debatía con la falta de los mismos elementos y el convencimiento general de que la guerra estaba perdida y de que cuanto sacrificio se hiciera sería inútil.

Sin embargo, la idea de capturar a Chillán no se había borrado de la mente del brigadier Carrera. Necesitaba resolver el problema a la brevedad como una manera de rehabilitar su perdido prestigio. Pero ni los recursos de que podía echar mano, ni la hostilidad de los habitantes, ni las guerrillas de Sánchez habrían permitido el asedio de la plaza. Ordenó, de todos modos, a D. Juan José y a Mackenna avanzar con la división que estaba en Quirihue hasta la zona de Membrillar. El y O'Higgins, por su parte, llegaban en la tarde del 16 de octubre al paso de El Roble, en el río Itata, al frente de unos 800 soldados de las tres armas. Pasaron al reposo en la ribera sur, con la intención de cruzar el obstáculo en la mañana del día siguiente y se extremaron las medidas de seguridad contra una posible sorpresa de los guerrilleros realistas. Estos dejábanse ver con peligrosa frecuencia desde todas direcciones.

Con las primeras luces del alba los patriotas fueron sorprendidos por una columna enemiga de unos 350 hombres, con 2 cañones de montaña, bajo las órdenes del guerrillero Juan Olate. A pesar de la confusión general que se produjo en el primer momento, la guardia y centinelas y una fracción de infantería se adelantaron a contener al enemigo. El capitán de Húsares D. Joaquín Prieto reforzó la guardia de prevención, coronó un cerrillo y emplazó un cañón de artillería. Pronto llegó hasta allí el capitán D. Diego José Benavente, con un grupo de combatientes dispersos y media hora más tarde lo hacía el coronel D. Bernardo O'Higgins con 150 hombres más. Herido en una pierna este último, se negó a ser retirado de la línea de fuego y, aunque inmovilizado por el accidente, desde su puesto contuvo los heridos leves que retrocedían y en ningún momento dejó de animar a la tropa que lo rodeaba. Alcanzada la superioridad numérica, Prieto arrolló a la bayoneta a los asaltantes que empezaban a estrecharlo y los obligó a refugiarse en las alturas que tenían a sus espaldas. Poco después apareció en ellas el teniente de Dragones don Ramón Freire. Este feliz suceso y el agotamiento de las municiones obligó al comandante enemigo a disponer la retirada.

Poco antes del mediodía, horas después de concluido el combate, se presentó en el campamento D. José Miguel Carrera, a quien algunos suponían prisionero del enemigo, y otros, ahogado en las aguas del Itata. Venía al frente de unos 200 granaderos, que pertenecían a la 2ª división, acantonada en Bulliquín.

¿Qué le había sucedido? Al iniciarse el ataque realista, Carrera fue uno de los primeros en abandonar su carpa. Sorprendido por una partida realista, que comandaba el propio Olate, fue herido a lanza en un costado y debió lanzarse al río a fin de salvar su vida. Atravesó el obstáculo, lo repasó más abajo y se dirigió al campamento de su hermano Juan José.

Los realistas dejaron en el campo numerosos muertos y heridos, 130 fusiles, 2 cañones de artillería y algunos cajones de municiones. En el parte oficial elevado al Gobierno, el General en Jefe expresaba: "No puedo dejar en silencio el justo elogio que tan dignamente se merece el citado O'Higgins, a quien debe contar V. E. como el primer soldado capaz en sí solo de reconcentrar y unir heroicamente el mérito de las glorias y triunfos del Estado chileno".

Debilitadas sus fuerzas en la reciente acción, Carrera pensó nuevamente en ocupar Arauco. Sánchez lo supo por su servicio de informaciones y se adelantó a barajar el golpe, pues a través de ese puerto esperaba la llegada de refuerzos de Lima y de Chiloé. Lanzó las guerrillas de Elorreaga contra O'Higgins, que se había dirigido a la isla de La Laja, y paralizó a Carrera en Concepción. Logró recibir, entre tanto, \$ 8.000 reunidos en Valdivia y Chiloé y una abundante provisión de pólvora y de municiones que le trajo de Lima el bergantín *Potrillo*. Pudo, también, comunicarse con la Ciudad de los Reyes y concertar la llegada de los refuerzos de Chiloé, de Valdivia y del Perú, que debía traer consigo el brigadier don Gabino Gáinza.

#### 7.—*El relevo del General en Jefe.*

La campaña conducida por el brigadier D. José Miguel Carrera no había sido sino una serie de fracasos, que tenían desmoralizados a la Junta Gubernativa y a los elementos patriotas. Por temor a empeorar las cosas, la Junta prefirió esperar, decidida a tomar carta sólo en el momento de presentarse una coyuntura favorable. Con el propósito de estar más próxima al teatro de operaciones, se trasladó a Talca y llegó a ésta el 22 de octubre. En conocimiento de la victoria patriota en El Roble, envió al coronel Sánchez una intimación de rendición, sin consultar previamente —y como era debido— al General en Jefe. Sánchez, al corriente de las disensiones entre el mando político y el mando militar en el campo patriota, contestó a la Junta que no estaba dispuesto a rendirse. Se mofaba, además, de los alardes de fuerzas de aquélla y culpaba de los horrores de la guerra a los hermanos Carrera.

En vista de que, días más tarde, recibiera la Junta una nota altanera del General en Jefe, a través de la cual la culpaba de los últimos desastres militares, por haberse negado a remitir refuerzos, resolvió dar un corte definitivo al problema. Con fecha 9 de noviembre y en términos medidos y corteses le pedía la renuncia de su alto cargo. Como D. José Miguel Carrera no respondiese a esta comunicación, decretaba dieciocho días más tarde la separación de los tres hermanos de las filas del Ejército y designaba para el Comando en Jefe al coronel D. Bernardo O'Higgins.

Este último se negó a aceptar el cargo por considerarse incapacitado para desempeñarlo. Se trasladó de Concepción a Talca, a fin de lograr la revocación del decreto respectivo. Mas la Junta y varios de sus amigos insistieron en que era un deber de patriotismo recibirse del puesto y O'Higgins debió resignarse a prestar el juramento de rigor el 9 de diciembre.



GENERAL BERNARDO O'HIGGINS

2º General en Jefe del Ejército nacional.

Semanas más tarde, el 31 de enero de 1814, desembarcaban en Arauco refuerzos realistas de 800 plazas, a las órdenes del brigadier D. Gabino Gaínza.

### 8.—Conclusiones militares.

#### a) Preparación inicial para la guerra.

La naciente república no estaba, en 1813, militarmente preparada para hacer frente y rechazar una organizada acción española. Los sucesivos gobiernos tuvieron la intención de crear una eficiente y bien equipada fuerza militar, pero estas intenciones no llegaron a materializarse en forma efectiva, pese a los esfuerzos y al profundo conocimiento que el Comandante Mackenna desplegó para ello.

Faltó el caudillo político o militar capaz de llevar la idea a su realización. Porque, si bien es cierto que es muy difícil crear, en tiempo breve, una fuerza militar eficiente para la defensa del país, no es menos cierto que la Historia Militar contempla dos casos positivos en la materia, ocurridos en la época a que nos estamos refiriendo.

El primero se relaciona con la organización, en Cuyo, del Ejército de los Andes, a pesar de las dificultades enormes que debió sortear el general San Martín. Ello ocurrió en una provincia que —aunque dotada de ciertos recursos— no contaba con armas, municiones, vestuario, maestranzas ni fábricas de pólvora. Y, lo que es más grave, no se disponía de dinero para adquirirlas. El poder magnético de San Martín y su voluntad dispuesta a arrasar con todos los obstáculos, lograron —sin embargo— lo que muy difícilmente habría logrado otro jefe militar en situación semejante: contar, a comienzos de 1817 (es decir en menos de dos años) con un Ejército de 4.000 hombres en estado operacional. En el momento de emprender la travesía de la cordillera no faltaba siquiera el último clavo de la última herradura de los animales de carga de la columna expedicionaria.

El otro caso es nuestro. A fines de noviembre del citado año de 1817, el Ejército de Chile ascendía a un total de 4.765 plazas. Se trataba de una fuerza que ni en cuanto a equipo, a instrucción ni capacidad combativa iba a la zaga de la de los Andes. Había sido formada, en nueve meses, por ese notable talento organizador que fue el Ministro Zenteno, bajo la dirección y ayuda del Director O'Higgins. Entre otros aspectos de primordial importancia, se abocó —este último— a la fundación de la Escuela Militar, de acuerdo con la sugerencia del comandante D. Juan Mackenna, en su plan de defensa de noviembre de 1811.

Cuando a comienzos de enero de 1813 el brigadier Pareja desembarcando inicialmente en Chiloé inició la movilización de un Ejército y cuando la prosiguió posteriormente en Valdivia, en la capital no se tuvo conocimiento de ello por carecerse de medidas de seguridad y de previsión. El general Carrera sólo pudo iniciar el alistamiento de sus tropas y el reclutamiento de milicias 5 días después que Pareja desembarcó en San Vicente y se apoderó de Concepción.

Pareja, por su parte, actuó inteligente y eficientemente; conocía el espíritu realista que dominaba en el sur chileno por lo que podría reunir contingente numeroso. Sus cuadros de oficiales y suboficiales, peninsulares en su mayoría, tenían amplia experiencia de combate y en muy poco tiempo pudieron instruir convenientemente a sus hombres. Así, logró una sorpresa total al desembarcar en un punto tan sensible de la República como era Concepción, y desde el cual podría operar, sin grandes dificultades sobre la capital. El dominio del mar que ejercían los españoles les dio la movilidad estratégica que fue, en la iniciación de la campaña, factor preponderante en el buen éxito hispano.

#### b) *La concentración patriota.*

La zona de concentración elegida por Carrera, Cancha Rayada, en las cercanías de Talca quedó demasiado al norte; con ello estaba expuesta a una acción sorpresiva enemiga y dejaba muy poco espacio por ceder hacia el norte sin poner en peligro la capital.

La concentración misma fue tardía y lenta; cuando ella recién se terminaba, el 18 de abril, ya hacía 3 días que el Ejército realista había iniciado su marcha desde Chillán hacia el norte.

Si se comparan las actividades realizadas por las fuerzas opuestas desde el 26 de marzo hasta el 18 de abril se puede establecer:

- Que durante ese lapso, Pareja reconquistó Concepción, reclutó fuerzas, aumentó su pequeño Ejército inicial, marchó hacia Chillán y reconquistó esa ciudad y nuevamente pudo lograr un considerable aumento de sus efectivos. De Chillán avanzó una vanguardia, la que le permitió conquistar la ciudad de Linares.
- Los patriotas por el contrario, apenas lograron reunir un insuficiente Ejército, mal instruido y equipado y concentrarlo muy al norte y sin una idea estratégica determinada para oponerse al menos al avance realista.

#### c) *La acción de Yerbas Buenas.*

Representa el caso típico de una mutua sorpresa por falta de reconocimiento por un lado y de seguridad por el otro. Con una adecuada exploración que hubiera dado antecedentes reales del enemigo, la columna Puga pudo causar un severo daño al Ejército de Pareja. La forma precipitada y equivocada como se actuó sólo le produjo una momentánea y poco significativa victoria.

La fracasada expedición de Puga impresionó de tal manera al general Carrera que, sin mediar una acción del enemigo, abandonó una buena línea defensiva como era la del río Maule, cediendo mucho del ya escaso terreno que disponía para maniobrar. Este hecho no tuvo una significación militar solamente debido a que, por causas ajenas a la voluntad de su Cde., el Ejército realista no continuó avanzando hacia el norte.

d) *El fracaso patriota de San Carlos.*

Si el combate de Yerbas Buenas fue un caso típico de mutua sorpresa, el de San Carlos representa por parte de los realistas la organización y ejecución de una muy eficiente defensiva. El ataque patriota no alcanzó una decisión fundamentalmente por las siguientes razones:

—Falta de planificación del ataque.

—Ataque prematuro del Crl. Luis Carrera sin tener fuerzas suficientes, hecho digno de elogio por el valor que podría demostrar, pero reprobable desde el punto de vista de la conducción táctica; la irreflexión de un Cdte. ha sido causa, en la historia militar universal, de numerosos grandes fracasos.

—Ataque de la II División por orden directa del Cdte. en Jefe sin esperar reorganizar las fuerzas del Crl. Carrera y sin esperar la llegada de la III División. Un ataque improvisado no puede vencer a una defensa aun medianamente organizada.

—Atacar sin el apoyo del total de la artillería, que significó exponer a las tropas a la acción artillera enemiga con mínimas posibilidades de neutralizarla.

e) *Deficiente aplicación del principio de mantenimiento del objetivo.*

Cuando la fuerza enemiga se encontraba encerrada en Chillán, en precarias condiciones y sin mucha esperanza de poder resistir adecuadamente, el Gral. Carrera resolvió abandonar su objetivo primordial "la destrucción de la fuerza enemiga" y realizar una operación sobre Concepción.

Dejó así, de lado, su objetivo estratégico por uno de carácter geográfico y de muy relativo valor si no se contaba con fuerzas suficientes para mantenerlo. Además, con esto dejó a la fuerza enemiga en condiciones de reorganizarse, reforzar sus débiles defensas y, lo más grave, de interferir fácilmente su línea de comunicaciones terrestre, principal, hacia la capital.

Así fue que, al regresar nuevamente a Chillán en el mes de julio, dos meses después, el Ejército patriota sufrió un nuevo fracaso ante la ya bien organizada resistencia realista. Esa misma fuerza realista que se pudo aniquilar en mayo y no se hizo por un grave error de apreciación y que se trató de destruir en agosto y no se logró hacerlo, fue la base en la que la nueva expedición española reiniciaría las operaciones de reconquista.

## B.—Campañas de Gaiña

### 1.—Desembarco de la expedición de Gaiña.

#### I

Al tomar O'Higgins el mando, el 3 de febrero de 1814, la situación del Ejército patriota era lamentable. Estaba reducido a 1.980 hombres, sin oficiales capaces de mandarlos fuera de Prieto, Freire, Benavente y muy pocos más; mal armados, miserablemente vestidos, faltos de municiones, de víveres y de elementos de transporte. Las fuerzas estaban dispersas: en Collico había 400 hombres; en Curapalihue, 600; en Talcahuano, 250, y en Concepción, 730. Además se organizaba en Talca una división de 800 hombres, a base de las tropas de Alcázar y del argentino Balcarce.

La moral de esta tropa dejaba, naturalmente, bastante que desear y se completaba el cuadro con una situación estratégica crítica. Entre las agrupaciones de la zona del Bío-Bío y de Talca se interponían las fuerzas realistas de Arauco y de Chillán y sus guerrillas dominaban completamente el territorio comprendido entre el Maule y el citado Bío-Bío.

Carrera había concebido la idea de desgarnecer a Talca y reunir el total de sus tropas en Concepción, sin darse cuenta de que —junto con pasar el Nuble— los realistas se iban a apoderar de aquella ciudad y a interrumpir completamente las comunicaciones del Ejército con Santiago.

#### II

A su llegada a Arauco, Gaiña se informó detenidamente de la situación militar. Las tropas del Ejército realista tocaban los últimos extremos de la miseria: oficiales y soldados estaban impagos desde hacía varios meses, el uso prolongado y la humedad habían reducido sus ropas a jirones y apenas si tenían algunas armas en buen estado y muy escasas municiones. Pero, contrariamente a lo que ocurría en el campo patriota, su moral era muy alta. Habían soportado animosamente, durante más de ocho meses, la crudeza del clima, la miseria y las fatigas, sin desanimarse por las derrotas y el aislamiento con respecto a Lima y a Chiloé. Amén de estas fuerzas que podían ser elevadas a 3.000 hombres, el jefe español podría contar con el concurso de los araucanos, de acuerdo con el ofrecimiento que éstos le hicieron en repetidas ocasiones.

Luego de disponer que dos de sus buques bloquearan a Talcahuano, Gaiña se puso en marcha hacia Chillán el 5 de febrero y el día 15 llegaba a esta plaza y se recibía del mando.

#### III

En Concepción recibió O'Higgins un estafeta despachado el 1º de febrero desde Talca por la Junta de Gobierno. Le comunicaba haber sabido que en Chiloé se había embarcado un batallón de infantería con rum-

bo a Arauco y que, desde Lima, venía un nuevo alto jefe a tomar el mando del Ejército realista, con refuerzos a sus órdenes. La comunicación instaba a O'Higgins a ocupar el puerto de Arauco, con el propósito de impedir el desembarco anunciado.

Pues bien, O'Higgins resolvió ocupar las plazas de Los Angeles y Nacimiento, al sur (al margen de la zona en peligro), marchar en seguida a encerrarse en Chillán y enviar a Concepción a la división Mackenna. En vista del rechazo del plan por sus colaboradores más inmediatos —en atención a lo complicado de su concepción, de la dispersión de fuerzas que él significaba y, especialmente, porque no daba cumplimiento a la misión encomendada por la Junta— el General en Jefe lo dejó sin efecto y quedó a la espera de los acontecimientos.

### 2.—*Captura de Talca por los realistas*

Croquis N° 13

A mediados de febrero la ciudad de Talca estaba guarnecida por unos 350 hombres, a las órdenes del distinguido coronel D. Carlos Spano. Desde que supo éste que Gaínza había desembarcado en Arauco, el 31 de enero, aconsejó a la Junta de Gobierno dispusiera la reunión inmediata de las divisiones O'Higgins y Mackenna, a fin de asestar un golpe decisivo al Ejército realista. Si ello no era posible, se realizase el repliegue inmediato de ambas divisiones sobre el Maule, antes que el enemigo cortara las comunicaciones con la capital... y aunque Concepción hubiera de ser sacrificada. Insinuó, al mismo tiempo, el refuerzo de la guarnición de Talca con las tropas que hubiese en Santiago y con las milicias de Curicó, a fin de mantener libre el paso del Maule a las divisiones del sur.

La Junta no quiso o no se atrevió a aconsejar este plan a O'Higgins, por estimar que era ofenderlo. Al salir de Talca —en donde se encontraba la junta con motivo del cambio de Comandante en Jefe— de regreso a la capital, se hizo escoltar por 40 granaderos, substraídos de su débil guarnición... aún cuando Elorreaga se encontraba en Linares con 400 hombres y se sabía la presencia de guerrillas en Longaví y en Parral. El coronel Spano quedó en Talca con menos de 300 hombres y con dos misiones a cumplir: la defensa de la plaza y el despacho a la división O'Higgins del dinero, los caballos, las municiones y los víveres que no fue posible remitir por mar, a causa del bloqueo de Talcahuano. Esta última tarea fue encomendada al comandante D. Rafael Bascuñán y 200 hombres a sus órdenes.

Junto con despachar a Bascuñán, Spano escribió a la Junta de Gobierno: "El riesgo que va a correr esta expedición es evidente; pero es infinitamente mayor el en que se halla el Ejército, si no se le auxilia con oportunidad; y para verificarlo no he podido hacer más esfuerzos que el de quedar sin tener con qué defender este punto y los muchos accesibles pasos del Maule. Repetidos avisos de hoy me confirman que el enemigo se reúne en bastante número en Linares, y ya se han dejado ver algunas partidas cortas en la ribera opuesta del río (el Maule)".

El coronel D. Carlos Spano —como se ve— no titubeó en sacrificarse con un puñado de hombres en la plaza de Talca, antes que permitir el aniquilamiento del Ejército del sur.

En la noche del 3 de marzo Elorreaga, al frente de 300 hombres, cruzaba sin dificultad el Maule y alcanzaba los alrededores de Talca. Se detuvo allí y envió un parlamentario con la misión de fijar un plazo de 15 minutos a la guarnición patriota para rendirse, so pena de ser pasada a cuchillo. Spano, atento a ganar tiempo, respondió que estaba dispuesto a la capitulación. Despachó, en el acto, un estafeta al comandante Bascañán, que se encontraba ya al sur del Maule, con la orden de retroceder en auxilio de Talca.

Elorreaga, que se dio cuenta que el jefe patriota trataba de ganar tiempo, no accedió a esperar y dictó la orden de ataque. Encontró la primera resistencia en los suburbios. El grueso patriota —20 fusileros, 70 artilleros con 3 cañones y 30 milicianos de lanza— se encontraba en la plaza del pueblo. Spano intentó sostenerse hasta el regreso de Bascañán. Logró prolongar la lucha desde las 9 de la mañana hasta el mediodía, aproximadamente. A esa hora, un vecino del pueblo —a quien Carrera había impuesto una fuerte multa e infligido algunas vejaciones— introdujo a los soldados realistas en su casa y los ubicó convenientemente en los tejados.

La derrota de los defensores se hizo inevitable: el teniente Carlos Gamero murió al pie de su cañón. Cuando el enemigo se lanzaba en masa sobre los sobrevivientes, uno de los oficiales se acercó a Spano a sugerirle que podía salvarse a través de una calle que estaba libre. El comandante se negó, se colocó al pie de la bandera chilena izada al centro de la plaza y allí fue muerto por una descarga del enemigo.

### 3.—Combate de El Quilo

#### I

A pesar de su deseo de no aconsejar al General en Jefe en asuntos militares, la Junta —de acuerdo con la proposición de Spano— se vio obligada a hacerlo, aunque “con muchos circunloquios y casi más bien como consulta”. O’Higgins recibió el oficio en su C. G. de Concepción, en la noche del 25 al 26 de febrero y lo dio a conocer inmediatamente a Carrera... que acogió favorablemente el plan (el que consultaba la reunión de las divisiones O’Higgins y Mackenna). Transcurrieron, empero, más de quince días antes de llegarse a una resolución, que debió tomarse un mes atrás, junto con saberse la noticia del desembarco de Gaínza.

La situación empeoraba día a día. Quintanilla cortaba a los patriotas los abastecimientos desde las márgenes del Bío-Bío; Castilla lo hacía desde Rere, por el este; las guerrillas de Lantaño, Brañas y Olate, por el norte, y los buques españoles, por el mar. Las desertiones seguían mermando a la división O’Higgins, que alcanzaba apenas a 800 hombres. Mackenna, con 1.500 en Membrillar, sin elementos de movilidad, le pedía —con fecha 25 de febrero— fuese a reunirse con él. Al saberse, el 6 de

marzo, la pérdida de Talca, el coronel González Balcарce sostuvo —en un consejo de guerra— la necesidad de repasar el Maule de inmediato. Este movimiento importaba la pérdida de la división O'Higgins y el peligro de ser atacado en el trayecto en cualquiera circunstancia desfavorable. Mackenna logró imponer una transacción sobre la base de esperar ocho días más a su amigo O'Higgins y a las 12 del día volvió a escribir a éste, incitándolo a partir.

La captura de Talca logró hacer comprender a D. Bernardo que Santiago estaba a merced de Gaínza y que él nada tenía que hacer en Concepción. Cuatro días más tarde (el 16 de marzo) se encontraba con sus fuerzas en el Troncón, a tres leguas de la capital del Bío-Bío y el día 18 en la noche, en Collico.

## II

El brigadier Gaínza estimó que las operaciones debían iniciarse con un ataque al campo atrincherado del Membrillar, a fin de impedir que Mackenna se apoderara de Chillán. Mas, luego de un detenido reconocimiento de las posiciones patriotas, Gaínza desistió del ataque. Dispersó, a continuación, sus tropas sin objeto determinado: repartió por la provincia las guerrillas de Olate, Lantaño, Barañao y Calvo, "para debilitar al enemigo"; dispuso el avance de Elorreaga hacia el Maule y fue entonces cuando éste —contraviniendo órdenes superiores— cayó sobre Talca y la capturó a pesar de la defensa heroica de Spano; dejó 500 hombres para resguardo de Chillán y se instaló en Quinchamali, a tres leguas de Membrillar con 1.650 hombres escogidos, "a esperar que Mackenna concluyera de fortificarse y O'Higgins se le reuniese".

Gaínza fue informado, al fin, de que O'Higgins se movía con rumbo a Membrillar y que en la noche del 18 había llegado a Collico. Resuelto, ahora, a batir primeramente a O'Higgins, dispuso que una fracción de 200 jinetes de caballería (comandante Barañao) marchase hacia el alto de El Quilo y verificase, desde allí, si el enemigo tomaba el camino de Chillán o el que conducía al Membrillar. A las 8 de la mañana del día siguiente, recibió aviso de que O'Higgins se dirigía hacia el alto de El Quilo. Era un avance temerario que conducía al jefe patriota a estrellarse contra fuerzas realistas tres veces más numerosas. Gaínza estimó que se trataba de una estratagema de aquél y que su objetivo verdadero era la ciudad de Chillán. En consecuencia, resolvió mantenerse en su sitio.

O'Higgins divisó fuerzas realistas en la parte alta. Sin informarse de su número, ordenó que el comandante Benavente y el capitán Freire las atacaran por ambos flancos, con 40 granaderos y, además, los húsares y los dragones desmontados. El realizaría una acción frontal. Barañao resistió unos 45 minutos y como observara que no era auxiliado por Gaínza, se replegó al grueso, dejando 14 muertos, 8 prisioneros y algunos fusiles y municiones.

D. Bernardo decidió fortificarse y pasar al reposo en el sitio mismo de su reciente victoria. Si hubiera, en cambio, proseguido el avance, antes

de un kilómetro habría sido aniquilado por las fuerzas realistas ocultas en una hondonada.

#### 4.—*Combate de Membrillar*

El primer impulso del brigadier Gaínza, al tener noticia del repliegue de Barañao, fue acudir en su auxilio y aniquilar a las fuerzas de O'Higgins. Pero lo fuerte de las posiciones de El Quilo y el temor de que Mackenna lo atacara por la espalda, lo obligaron a cambiar de parecer. Resolvió, pues, repasar el Itata y situarse en Cucha-Cucha, con el propósito de atacar a Mackenna.

Croquis N° 13b

El campamento del Membrillar tenía su espalda apoyada en las barrancas, allí infranqueables, del río Itata. El frente estaba defendido por tres reductos tan hábilmente emplazados que sus fuegos se cruzaban y los flancos quedaban protegidos por obras de fortificación pasajera. No cabía duda de que el enemigo se estrellaría inútilmente contra tan fuerte posición.

El ataque realista se inició a las 3 de la tarde del 20 de marzo. Las primeras olas de atacantes fueron rechazadas a la bayoneta en las trincheras mismas y las que avanzaban a continuación hubieron de optar por retroceder. Más tarde, la totalidad del Ejército enemigo rodeó completamente el campo de Membrillar, sin decidirse a dar el asalto final y decisivo y soportando —durante tres horas— el fuego de 6 piezas de artillería y de 700 fusileros. Uno de los jefes españoles intentó, por tres veces, abrir una brecha en las posiciones del flanco este, que eran las más débiles. Mackenna acudió con las fuerzas necesarias al sector amenazado y la situación volvió a cobrar su equilibrio.

La lluvia, la obscuridad de la noche y las bajas por el fuego de cañón y de fusilería, dieron por resultado la dispersión completa de las fuerzas de Gaínza. Eran las 7.30 P.M. Los soldados se dirigieron, por iniciativa propia, a Chillán, dejando sus fusiles y cañones abandonados en el campo de la lucha. Gaínza, cuatro oficiales y algunos soldados, perdidos a causa de la obscuridad, se cobijaron debajo de un árbol a escasos metros de la posición patriota.

El coronel Mackenna, que no se había dado cuenta de su victoria y que creía que la retirada de los realistas había sido sólo un ardid para obligarlo a abandonar su posición, pensó únicamente en reparar los desperfectos ocurridos en las obras de fortificación, a fin de resistir en condiciones satisfactorias una segunda embestida del adversario. O'Higgins le informaba ese mismo día (21 de marzo): "Ignoro la situación del enemigo; pero un dragón y un nacional, prisioneros, que acaban de pasarse a nuestro campo, me aseguran que Gaínza, al principio de su derrota, huyó con la oficialidad, diciendo que los iba a esperar a Chillán; que las tropas en pequeñas partidas se acogieron a varios puntos de Cucha-Cucha; que las milicias de Rere y de La Laja fugaron con su armamento; que los muertos pasan de 200; y que a los 300 heridos no hubo quién los auxiliase y recogiese. La derrota, según esta relación, ha sido completa y

estoy persuadido de que, aterrado, el enemigo no quiere sufrir segundo golpe...".

Observado por algunos jefes realistas el hecho de que en Membrillar no se desarrollaba otra actividad que la reparación de las obras de fortificación, enviaron a recoger las piezas de artillería, los fusiles, municiones, víveres, bagajes y heridos abandonados en la noche anterior. Al mismo tiempo se reunían los dispersos y una semana más tarde el Ejército realista se encontraba nuevamente en estado operacional. Las 400 ó 500 bajas experimentadas en el encuentro reciente —incluidos los dispersos— se llenaron con tropas veteranas de Chillán.

Las bajas patriotas ascendían sólo a 7 muertos, 18 heridos y 6 contusos.

### 5.—*Derrota de Cancha Rayada*

A raíz de la caída de Talca, fue convocado el pueblo de Santiago a un cabildo abierto y, como primera medida, se resolvió poner el Gobierno en manos de una sola persona, pues se estimó "era llegado el momento de crear un gobierno fuerte, vigoroso, enérgico y con todas las facultades absolutas que se daban en Roma a los dictadores en las extremas crisis de la república". Quedó elegido como Director Supremo el brigadier D. Francisco de la Lastra y mientras permaneciera en Valparaíso, lo reemplazaría en su alto puesto D. Antonio José de Irisarri.

Irisarri desplegó en sus siete días de gobierno una actividad y una competencia extraordinarias. Concentró en San Fernando todas las unidades de línea y de milicias que se encontraban entre Santiago y Curicó y reunió armas, municiones, víveres y caballos en la cantidad necesaria. A los cuatro días de asumir el mando, pudo anunciar, oficialmente, el envío de un destacamento de 600 infantes, 60 artilleros, 4 piezas de artillería (con 400 proyectiles cada una) y un cuerpo de 700 milicianos de caballería. Este destacamento fue puesto a las órdenes del teniente coronel de artillería D. Manuel Blanco Encalada. Estaba constituido, en su casi totalidad, por el peor elemento humano que cabe imaginar. Irisarri había organizado con ellos una unidad regular, bien vestida, armada y equipada; pero no había podido inculcarles, naturalmente, la disciplina correspondiente ni el sentimiento del deber.

Luego de una serie de incidentes bochornosos, en cuyos detalles no vale la pena hurgar, estas fuerzas salieron de San Fernando el 20 de marzo. Cinco días más tarde, Blanco Encalada forzó el paso del Lontué y ocupó Quechereguas, sin más pérdidas que 5 muertos, 5 heridos y 7 prisioneros.

La ciudad de Talca estaba ocupada por el hábil guerrillero Angel Calvo. Envió un parlamentario al jefe patriota para decirle que si deseaba que sus fuerzas se batieran, eligiese el campo que le pareciese más apropiado. Le fue señalado, en respuesta, el campo de Quechereguas. El parlamentario se retiró. Blanco tomó su posición de apresto... y esperó, hasta la puesta de sol, la aparición del enemigo.

Mientras tanto, Calvo reunía sus fuerzas en Talca, solicitaba auxilios al sur del Maule y disponía las medidas necesarias para la resisten-

cia. Al día siguiente (28 de marzo) recibió el jefe patriota, en Pelarco, un oficio de O'Higgins, que lo informaba que se dirigía hacia el norte a marchas forzadas, a fin de interponerse entre Santiago y las fuerzas realistas. Calculaba llegar al Maule en 7 días y no debía, en consecuencia, (Blanco) empeñar acción alguna y sí solamente distraer al enemigo, para facilitarle el paso del río.

Blanco Encalada reunió un consejo de guerra, que acordó —lisa y llanamente— desobedecer las órdenes del General en Jefe. La oficialidad sabía que Calvo contaba sólo con 400 guerrilleros de escaso valor militar y que, naturalmente, opondrían una débil resistencia a un ataque patriota. El 29 de marzo, a las 11 de la mañana, de acuerdo con el reciente fallo, el comandante Blanco intimó rendición a Calvo. En vista de la respuesta negativa, las tropas patriotas procedieron a atacar la ciudad por su costado norte.

A las 3 de la tarde supieron que un cuerpo realista había cruzado el Maule y avanzaba en auxilio de Talca. El día que habían perdido esperando a Calvo para batirlo, lo había aprovechado éste para pedir auxilio a Elorreaga. El jefe realista despachó las guerrillas de Olate y de Lantaño —unos 200 hombres en total— en socorro de la plaza amagada. En vez de proseguir el ataque y tomar las medidas de protección correspondientes contra estas guerrillas, Blanco dispuso el repliegue en dirección a Cancha Rayada. Pero, juntamente con oír el toque de clarín, sus tropas se creyeron derrotadas y emprendieron la fuga. Calvo salió de la ciudad y cargó contra los fugitivos y lo mismo hicieron Olate y Lantaño desde otra dirección. Los oficiales Picarte, Thompson y Reyes intentaron organizar la resistencia y sólo consiguieron caer en poder del enemigo con unos cuantos soldados.

Los guerrilleros hicieron 300 prisioneros, y los cañones, las municiones, víveres y la mayor parte de los fusiles pasaron a su poder.

### 6.—La marcha paralela

#### I

D. Bernardo O'Higgins, instalado en el alto de El Quilo, sintió los primeros cañonazos del combate en Membrillar, el 20 de marzo; pero, convencido de que todo peligro había pasado, se mantuvo en su posición esperando mejorara el tiempo...

A las 2 de la mañana del día 22, Mackenna le escribió para pedirle avanzara a la mayor brevedad y horas más tarde lo volvió a hacer, para expresarle, entre otras cosas: "Conjuro a Ud. en el nombre de Dios y en el de la patria que se nos junte inmediatamente: estas dilaciones nos arruinarán".

Ambas divisiones se reunieron, por fin, el día 23 y su total alcanzó a 1.500 fusileros, 200 artilleros, algunos cientos de milicianos de caballería y 18 cañones. Se celebró un consejo de guerra y se tomó el acuerdo de dirigirse a Talca a marchas forzadas, a fin de interponerse entre la capital y las fuerzas de Gáinza. El Ejército partió el 24, a mediodía,

fraccionado en tres agrupaciones, comandados por los coroneles Puga, Alcázar y Balcarce, respectivamente.

Apenas tuvo noticia Gáinza de la marcha de las divisiones patriotas hacia el norte, resolvió atacarlos en el camino con los 1.000 hombres que tenía a sus órdenes. Pero uno de sus consejeros lo convenció de que era preferible limitarse a seguirlos y no presentarles combate sino después de operada la conjunción con los 800 hombres que Elorreaga tenía en Talca.

En la noche del 1º de abril, el Ejército patriota acampó en la ribera norte de Achibueno y el Ejército realista, en la ribera sur del mismo, legua y media más al oriente. O'Higgins resolvió abandonar el campamento al aclarar, posesionarse de la villa de Linares y atacar al enemigo. Pero un accidente casual, de resultas del cual reventaron varias granadas de artillería, impidió a la columna iniciar su movimiento antes de las 8 de la mañana. Esta demora permitió al adversario atravesar el Achibueno antes que O'Higgins.

El día 3, poco después de mediodía, las fuerzas patriotas llegaron a la ribera sur del Maule, frente al vado de Duao o de los Alarcones, defendido por las fuerzas de Talca. Entre las 3 y 4 de la tarde lo hacían, también, las fracciones avanzadas de la columna Gáinza al vado de Bobadilla, legua y media al poniente del anterior. Al llegar allí, los chilotos se resistieron a cruzar el Maule, tal como lo hicieran en los tiempos del brigadier Pareja, a pesar de estar protegidos ahora por la guarnición de Talca.

Aunque en esos momentos se ignoraba lo que ocurría en el bando enemigo, O'Higgins sabía que él contaba con la superioridad numérica: hacía un par de días habían desertado 200 soldados realistas y Calvo retenía al norte del citado Maule cerca de 400, de suerte que Gáinza disponía sólo de 1.200 hombres. El General en Jefe patriota pudo, pues, pasar al ataque. Se limitó, sin embargo, a escaramuzas sin mayor importancia y se dirigió hacia el oriente, para buscar otro vado menos defendido que el de Duao. "No quise entrar en acción decisiva con el enemigo al sur de ese río, a pesar de mi gran fuerza —advierte D. Bernardo— por no exponer nuestra causa a la suerte de una batalla, cuando creía probable que podría asegurarla a satisfacción y sin aventurar la vida de un solo hombre".

Había resuelto atravesar el río por el vado de Queri, 12 kilómetros más arriba del Duao y muy distante de Bobadilla, como para ser amenazado por los realistas. Dejando algunas carpas y las fogatas encendidas, a fin de ocultar su movimiento, se dirigió hacia el oriente y a las 4 de la mañana terminaba de cruzar con destreza y fortuna el río Maule.

## II

El 5 de abril reanudó O'Higgins su marcha hacia el norte, mientras Gáinza quedaba en Talca reorganizando su Ejército, a raíz de la negativa de su tropa a atravesar aquel obstáculo. El Ejército patriota avanzaba difícilmente, a causa del mal estado de los caminos y de las guerrillas destacadas para hostilizarlo. Amagado por la totalidad de la ca-

ballería —fuerte en más de 700 jinetes—, O'Higgins tuvo que enfrentarla en el sitio denominado Tres Montes (7 de abril). Alcanzó las casas de la hacienda de Quechereguas, a las 4 de la tarde del mismo día, después de rechazar a algunas guerrillas en el paso del río Claro, cuando el grueso de las fuerzas de Gaínza estaba a más de una legua de estas casas. Se celebró un consejo de guerra: el coronel Balcarce insistió en su idea de proseguir la retirada hasta Santiago, para reforzarse y afianzar el triunfo en la batalla que habría de librarse contra el Ejército realista. Mackenna y O'Higgins impusieron su decisión de hacerse fuertes en Quechereguas e iniciaron de inmediato los preparativos para la defensa.

Gaínza, ya repuesto del desastroso paso del Maule, amagó en la mañana del 8 de abril las posiciones patriotas con unos 1.500 hombres, sin decidirse a atacarlas. Lo mismo hizo el día 9 y, estimando que no tendría éxito, resolvió dirigirse a tomar cuarteles de invierno en Talca o en Chillán.

### III

El Intendente del Ejército realista, D. Matías de la Fuente, mientras tanto, se apoderaba de Concepción y de Talcahuano. Apenas los patriotas tomaron el camino de la capital, De la Fuente representó a Gaínza la conveniencia de recuperar a Concepción y ofreció su persona para dirigir la campaña. Recibida la autorización correspondiente, completó unos 800 soldados de línea con los destacamentos dispersos, parte de los 600 hombres que habían quedado en Chillán y las tropas que Quintanilla tenía al sur del Bío-Bío.

Al amanecer del 11 de abril, las fracciones más adelantadas de las fuerzas realistas estaban a la vista de Concepción. El comandante Benavente organizó la resistencia con los escasos elementos de que disponía; pero, convencido de que su prolongación sería un sacrificio estéril, en la tarde del día 13 concertó con el enemigo su entrega sobre la base de que se respetarían la vida y la libertad de los jefes, oficiales y soldados y comprometiéndose él —a su vez— a no proseguir haciendo armas contra el rey.

Alentado por el éxito, De la Fuente pidió a Gaínza lo reforzara con 200 hombres, a fin de caer sobre Santiago, previo desembarco en Valparaíso o en alguna de las caletas vecinas. Esta vez el General en Jefe español se negó a acceder a la sugerencia.

#### 7.—El Tratado de Lircay

En el primer semestre de 1814 habían ganado terreno, en el ambiente patriota, las ideas derrotistas. Las informaciones llegadas del extranjero indicaban que la causa de Fernando VII estaba restablecida y que, aun cuando en América se proseguía luchando denodadamente, la situación empeoraba de día en día y el virrey de Lima había afianzado su poder en el Alto Perú. En cuanto al frente interno, a los ininterrumpidos fracasos militares y a la desorientación de los gobernantes, se sumaban las angustias financieras, como consecuencia del descalabro su-

frido por las fuentes de producción (depredaciones de la soldadesca de ambos bandos en el teatro de operaciones, escasez de brazos para la agricultura, etc.).

Al enfocar especialmente, ahora, el frente bélico, encontraremos que —en realidad de verdad— pocas veces había sido tan crítica la situación de nuestras armas. Los patriotas no eran dueños de una pulgada de terreno en la provincia de Concepción y los puertos de Talcahuano y de Arauco estaban en poder de los realistas y éstos, no sólo podían recibir refuerzos a través de ellos, sino que estaban en situación de amenazar con el bloqueo y aún con desembarcos en la costa norte, Valparaíso inclusive. Estaban perdidos los fuertes de la Frontera y los invasores habían celebrado alianzas con los mapuches, que gustosos se aprestaban para cooperar en la empresa. Por otra parte, la línea de operaciones había retrocedido hasta el Maule; el enemigo se había hecho dueño de Talca y fracciones adelantadas suyas llegaban en sus incursiones hasta los alrededores de San Fernando. Quien mejor sintetiza esta grave situación es el propio Carrera, cuando manifiesta en su *Diario Militar*: “Derrota de Gómero, pérdida de Talca, derrota de Cancha Rayada, pérdida de Concepción y toda su provincia, etc., son los hechos más remarcables de O’Higgins”.

Podría afirmarse, sin embargo, que los males no eran tan grandes como para justificar el abandono de la lucha y la pérdida de esperanza en la independencia. Quedaban recursos en hombres y en material en cantidad suficiente como para proseguirla con la misma fe y entusiasmo de las primeras semanas de guerra. Estaban ausentes, sí, el político y el conductor militar capaces de enfrentarse a los acontecimientos y encaminarlos por el camino de la victoria.

Sea ello lo que fuere, el caso es que el Director Lastra aceptó los buenos oficios que para la celebración de un pacto —y de acuerdo con las instrucciones de Abascal— ofreció el comodoro británico Sir James Hillyar. Después de algunas conferencias entre ambos personajes se fijaron ciertas bases, que adquirieron forma en el Senado y que consignaban el reconocimiento, por parte de Chile, de su calidad de parte integrante de la monarquía española y su derecho a regirse por el actual Gobierno hasta que las Cortes Generales adoptaran una resolución definitiva. Las fuerzas realistas, por su parte, debían abandonar el país, a fin de no causar mayores perturbaciones y permitir la libre elección de diputados criollos a las cortes de España.

El Senado procedió, en seguida, a investir a los brigadieres D. Bernardo O’Higgins y D. Juan Mackenna con el carácter de plenipotenciarios, a fin de gestionar el avenimiento. El pacto fue suscrito el 3 de mayo de 1814, a orillas del río Lircay.

### 8.—Conclusiones militares.

#### a) El objetivo estratégico.

El principal objetivo estratégico en cualquier plan de campaña patriota debió ser siempre el de destruir la fuerza enemiga. Ya se vio,

sin embargo, que ello no se cumplió durante la campaña anterior y se permitió que una considerable fuerza enemiga se mantuviera en Chillán.

En esta campaña sucedió algo semejante: en lugar de esperar que Gaínza se reuniera a Sánchez en Chillán, O'Higgins debió reunir sus fuerzas y batir a los realistas separadamente; a Gaínza inicialmente ya que, recién desembarcado, se encontraba en un momento de debilidad y que representaba el mayor peligro. Aniquilado este núcleo, el de Chillán habría caído en muy poco tiempo con un regular esfuerzo patriota en su contra.

La inactividad en que se mantuvo O'Higgins mientras Gaínza desembarcaba y marchaba hacia Chillán, fue también un error de apreciación. Su ubicación, desplazado hacia el sur, no podría permitirle operar en defensa de la capital ni impedir la reunión realista.

b) *La economía de las fuerzas y reunión de los medios.*

El mando patriota, permanentemente dispersó sus medios, con lo cual fue débil en todas partes. La captura de Talca por Eloorreaga hizo comprender a O'Higgins su error y trató de repararlo, tardíamente, al reunirse con Mackenna en Membrillar.

Gaínza, apreciando la situación correctamente, buscó batir a los patriotas por partes. Primero fue Talca (fue más bien una acción personal de Eloorreaga), luego un ataque sobre las fuerzas que con O'Higgins marchaban hacia Membrillar y luego destruir a Mackenna. La concepción realista era correcta inicialmente, pero no se ejecutó considerando el principio de economía de las fuerzas.

Conquistada Talca, Gaínza tenía asegurado su dominio en Chillán, luego podría haber dejado allí sólo un mínimo de fuerzas en lugar de los 500 hombres que mantuvo. Le quedaban las fuerzas de O'Higgins que avanzaban hacia el norte y las de Mackenna fortificadas en Membrillar. Se trataba entonces de contener a un núcleo con el mínimo indispensable de fuerzas para atacar el otro con la masa.

Dadas las circunstancias que se vivían, habría sido lo más correcto:

—Dejar frente a Mackenna, que actuaba defensivamente, un mínimo indispensable de fuerzas, lo mismo que en Chillán.

—Con la masa de sus medios atacar a la columna O'Higgins.

—Sólo derrotada ésta, atacar a Mackenna.

Sin embargo, como ya se expresó, la concepción general no se cumplió y se fue modificando. Se atacó a O'Higgins con menos fuerzas que las necesarias, con lo cual éste pudo evitar su destrucción. Luego, sin haber logrado su propósito inicial, decidió atacar en Membrillar sin tener una lógica superioridad, lo que le significó ser rechazado.

El temerario avance de Blanco Encalada sobre Talca fue otro ejemplo de dispersión de medios. Un ataque materializado desde el norte por Blanco Encalada y desde el sur por O'Higgins, ya que, aun cuando tarde marchaba desde Membrillar, pudo alcanzar el buen éxito en lugar del fracaso en Cancha Rayada.

c) *La libertad de acción.*

Permanentemente, durante toda la campaña, los patriotas se sometieron a las decisiones del realista. Ello les significó tener que *reaccionar* en lugar de *accionar*.

Los españoles conquistaron Talca, los patriotas trataron de recuperarla; Gaínza marchó hacia el norte, O'Higgins lo siguió para tratar de cortarle la retirada.

Esta situación se manifestó desde el comienzo mismo, cuando el desembarco de Gaínza hasta el tratado de Lircay y es la razón fundamental del por qué los patriotas siempre actuaron tardíamente.

d) *El gran error de Lircay.*

O'Higgins, durante la llamada marcha paralela, logró tomar la delantera a Gaínza y logró ganar la situación de Quechereguas.

Los realistas sufrieron un fracaso en su ataque en contra de la posición defensiva patriota y vieron cortado su hasta ese entonces libre camino hacia Santiago.

Un supremo esfuerzo patriota pudo aniquilar definitivamente a los realistas en Talca, pero el Gobierno de la capital, impresionado por el resurgimiento general que últimamente había asumido la reacción española en sus colonias americanas, aceptó llegar a un arreglo.

Tal arreglo, sin embargo, era la total negación del objetivo político por el cual se había ido a la guerra: "obtener y mantener la independencia absoluta".

Por otra parte, su aceptación por Gaínza sólo fue un expediente para ganar tiempo y librarse de una ya desesperada y muy incierta situación.

## C.—La segunda dictadura de Carrera.

1.—*Acción de Tres Acequias.*

El 23 de julio de 1814 D. José Miguel Carrera escalaba nuevamente el poder a través de una asonada de cuartel. Capturado por los realistas al amanecer del 4 de marzo de ese año, conducido a Chillán juntamente con su hermano Luis, encerrado en estrecho calabozo, había logrado escapar —con ayuda de sus mismos captores— en la noche del 11 de mayo. Se dedicó, desde entonces, con sus hermanos y sus partidarios a minar la autoridad del Gobierno y a preparar su caída. Producida ésta, fue organizada una Junta compuesta por D. José Miguel Carrera e integrada por el presbítero D. Julián Uribe y el comerciante de ganado D. Manuel Muñoz Urzúa.

Aun cuando el golpe había sido impulsado por la necesidad de salvar el honor nacional mancillado por el pacto de Lircay (según pregonaban sus autores) y aunque sus parciales esperaban la reanudación de las actividades bélicas, el caudillo prefirió anunciar que estaba dispuesto a respetar aquel pacto y a exigir, en cambio la reciprocidad corres-

pondiente. Del mismo modo, aun cuando hubiera deseado quitar a O'Higgins el mando del Ejército y separar a algunos de sus más decididos lugartenientes, estimó más político enviarle una nota francamente cordial y estimularlo a prestar lealtad a la nueva Junta.

En Talca se recibieron noticias pormenorizadas de las últimas ocurrencias de la capital. El 28 de julio O'Higgins citó a una junta de guerra, con asistencia de todos los oficiales de los grados de coronel a capitán, a fin de resolver lo que procedía. Leídos que fueron los documentos informativos, los allí presentes —con ligeras diferencias en la forma— declararon no reconocer como legítimo al Gobierno de Santiago, en razón de haber tenido su origen en un pronunciamiento de cuartel.

Al día siguiente se celebró un cabildo abierto con asistencia del Ayuntamiento y de los vecinos más caracterizados de la ciudad y en él se acordó, igualmente, negar el reconocimiento a las nuevas autoridades. La Junta de Guerra reunida en la misma fecha fue aún más drástica. "El Ejército —advertía— debe marchar a la mayor brevedad a poner a los pueblos en el pleno goce de sus derechos y mientras éstos no elijan una legítima autoridad que los rija, deben resumirse todas las facultades en el señor General en Jefe para que éste tome las medidas de seguridad que le dicten su prudencia y las circunstancias del día".

Impuesto Carrera de los diversos acuerdos tomados en Talca, sus esfuerzos tendieron a prolongar las negociaciones con su rival, a fin de ganar tiempo y prepararse para batirlo en la mejor forma posible. Obtuvo del agente de Buenos Aires, doctor D. José Paso, que —juntamente con solicitar armas al Gobierno argentino— oficiara a O'Higgins, a fin de hacerle ver los horrores a que habría de conducir la guerra civil. Como D. Bernardo contestara negativamente a los requerimientos del doctor Paso, Carrera se decidió a escribirle personalmente.

El General en Jefe, mientras tanto, reorganizaba los cuerpos de línea de Santiago y hacía reunir los de milicias de San Fernando y de Aconcagua. Solicitó también la ayuda del Batallón de Auxiliares de Buenos Aires, que —desde hacía algún tiempo— permanecía acuartelado en el antiguo convento de los jesuitas de San Pablo. Tanto el doctor Paso, como el comandante Las Heras replicaron que, de acuerdo con órdenes de su Gobierno, no podían ni debían abanderizarse en las contiendas de carácter civil. Carrera solicitó a Las Heras le entregara a lo menos cierto número de fusiles para armar a los reclutas reunidos en la capital y como el jefe argentino se negara al requerimiento, le ordenó retirarse con su columna a Santa Rosa de los Andes, a esperar la apertura de la cordillera y continuar su viaje a Mendoza.

Al fin la presión de los oficiales decidió a O'Higgins a marchar a Santiago. Para contener a la división que Gáinza había destacado sobre el Maule, dejó en Talca 600 hombres a las órdenes del capitán don Joaquín Prieto, el más hábil de los oficiales de la época. Su rival (Carrera) estaba en condiciones de oponerle una fuerza numéricamente superior; pero no tenía, sin embargo, la menor probabilidad de triunfo, debido a la deficiente calidad de las tropas. De tal manera, dirigió sus esfuerzos a embarazar la marcha de O'Higgins, a través del envío de diputados que le propusieron nuevos arreglos y otras argucias de diverso orden.

Continuó su marcha el último de ellos y dispersó sin combatir las fracciones adelantadas que D. José Miguel había apostado en la Angostura, ocho leguas al sur del Maipo. El marchaba al frente de 150 hombres. Su grueso —1.050— estaba repartido aún en el Mostazal, Rancagua y Rengo. D. Luis Carrera, que comandaba las tropas de Santiago, había tomado una posición defensiva unas cuatro leguas al norte del Maipo. Su hermano, que no tenía confianza alguna en los resultados del combate, quedó en los suburbios de la ciudad, al frente de las fuerzas de reserva y ordenó a D. Luis se replegara apenas el enemigo atravesara el río, a fin de librar la acción en las goteras de Santiago.

El 26 a mediodía O'Higgins pasó el Maipo al frente de unos 450 hombres y de dos cañones. El choque de las fracciones adelantadas de ambos bandos le permitió darse cuenta de que estaba delante de una tropa en posición, cuyo número —incluyendo los milicianos— triplicaba al suyo. En vez de retirarse y esperar a las unidades que venían en camino, se precipitó al ataque, sin mirar por dónde lo hacía y aun cuando tenía el río a sus espaldas. Desobedeciendo las órdenes del General en Jefe, D. Luis decidió mantenerse en sus posiciones y darle cuenta de su resolución, a fin de que acudiera con la reserva a perseguir al agresor, cuando llegara el momento en que éste debiera emprender la retirada.

Los hechos ocurrieron como lo previó D. Luis. Su hermano no alcanzó a participar en el encuentro: en el primer momento no le atribuyó otro alcance que un choque de avanzadas y alcanzó a tomar algunas disposiciones para su prosecución el día siguiente.

## 2.—*La expedición Osorio.*

### I

D. Bernardo O'Higgins, seguido por unos 100 hombres se había retirado del campo de la lucha al oscurecer y llegó a hospedarse en una hacienda al sur del Maipo. Resuelto a renovar la contienda en la mañana siguiente, impartió las órdenes destinadas a acelerar la marcha de las unidades rezagadas. En esas circunstancias se recibió una noticia que llegó a trastornar por completo la marcha de los acontecimientos (27 de agosto).

Por un parlamentario realista supo O'Higgins que el virrey del Perú había desconocido el tratado de Lircay, como atentatorio a los intereses de la monarquía y, resuelto a conseguir el sometimiento de Chile, despachado una fuerte expedición armada a las órdenes del coronel de artillería D. Mariano Osorio. El parlamentario manifestó, además, que traía unos pliegos con la dirección "A los que mandan en Chile", que le habían sido entregados por el citado coronel Osorio, ya desembarcado en Talcahuano. Dichos pliegos no podían ser abiertos ni contestados sino por los hombres que ocupaban entonces el Gobierno, por cuya razón D. Bernardo despidió al jinete realista y le procuró los medios de llegar sin dificultad a Santiago.

Envió, a continuación, al coronel de milicias D. Santiago Portales con una nota para D. José Miguel Carrera en que le pedía la formación de un Gobierno a base de elecciones populares, la unión de los chilenos ante el peligro común y un puesto cualquiera para él frente al enemigo. Carrera aceptó la reconciliación —excepto en aquella parte relativa al Gobierno— y el 3 de septiembre ambos próceres entraban a Santiago juntos y reconciliados.

El coronel D. Mariano Osorio había partido de El Callao el 19 de julio y desembarcado en Talcahuano el 13 de agosto. Cinco días más tarde se encontraba en Chillán.

El brigadier Gainza entregó el mando para ser sometido a un consejo de guerra y Osorio se hizo proclamar General en Jefe y comenzó a preparar la campaña que iba a emprender. El 28 de agosto, reorganizado el Ejército realista, quedaba constituido en la siguiente forma:

*Vanguardia:*

Milicianos del coronel Elorreaga.  
Escuadrón de caballería.  
Batallón Valdivia.  
Batallón Chillán.  
4 piezas de artillería.

*1ª división:*

Comandante: coronel D. José Ballesteros.  
Batallón Voluntarios de Castro.  
Batallón Concepción.

*2ª división:*

Comandante: coronel D. Manuel Montoya.  
Batallón Chiloé.  
Batallón Auxiliares de Chiloé.  
4 piezas de artillería.

*3ª división:*

Comandante: coronel D. Rafael Maroto.  
Batallón Talavera.  
2 compañías del Real de Lima.  
Escuadrón de Húsares.  
6 piezas de artillería.

Este Ejército sumaba un total de 4.972 hombres.

## II

O'Higgins y Carrera dedicaban mientras tanto, sus afanes a la organización de una fuerza capaz de hacer frente al bien equipado y bien mandado Ejército de Osorio. Era preciso reclutar gente, vestirla y equiparla, fabricar municiones y reunir los medios de transporte correspondientes. Estas medidas imponían gastos de una magnitud que el Estado no se encontraba en condiciones de sufragar. La Junta debió recurrir al empréstito forzoso de los llamados *sarracenos* y disponer que el Cabildo prorratease, entre los vecinos de la capital considerados patriotas, otro empréstito de \$ 150.000. No fue mucho lo que se obtuvo a través de este arbitrio y fue menester echar mano de la plata labrada de las iglesias.

Un decreto dictado el 12 de septiembre disponía la reorganización de las fuerzas existentes en 4 batallones de infantería, 1 regimiento de caballería y 1 batallón de artillería, con un total general de 4.132 hombres (Ver anexos N<sup>o</sup> 1 y 2).

Tres días más tarde debió salir la vanguardia de Santiago, al mando de D. Bernardo O'Higgins, para ir a situarse en el Llano de Maipo, donde se continuaría la instrucción y disciplina de la tropa. Prosiguió su marcha hasta Rancagua y allí llegó el 20 de septiembre con 1.100 hombres de todas las armas, en su mayoría reclutas de escasa instrucción.

3.—*La batalla de Rancagua.*

## I

Mientras el brigadier Carrera ponía a precio la cabeza de Osorio y quemaba en efígie al virrey Abascal, el Ejército realista se dirigía a Santiago en medio del júbilo de las poblaciones por donde atravesaba. Sus primeras fracciones abandonaron Chillán el 26 de agosto. El mal estado de los caminos y la necesidad de no fatigar a la tropa, retardaron el avance: sólo 27 días más tarde logró el jefe español concentrar la totalidad de sus fuerzas en San Fernando y al día siguiente continuó hacia Rancagua, donde sabía situada a la división del general O'Higgins.

Este había recibido una nota del General en Jefe que le anunciaba la próxima salida del grueso del Ejército hacia el sur y le recomendaba no comprometer su división en un ataque serio, mientras no se le reuniesen los efectivos del citado grueso. Llegada la 2<sup>a</sup> división a una legua de la ciudad, O'Higgins pasó a visitarla y fue recibido con entusiastas vivas por los soldados, que agradeció con algunas palabras mezcladas con promesas de un nuevo triunfo para las armas de la Patria.

En la tarde del 30 de septiembre se tuvo la noticia de encontrarse concentrada la totalidad del Ejército de Osorio en las proximidades del Cachapoal y al caer la noche se supo que éste había declarado que cenaría al día siguiente en la villa de Rancagua.

Por fin, D. José Miguel —que hasta entonces se había mantenido en la capital— se ponía en marcha para el sur en la madrugada del último día de septiembre, dispuesto a tomar la dirección superior de las operaciones. Llegó al Mostazal a mediodía y, por un parte del coman-



General O'Higgins en la Defensa de Rancagua.

Oleo de Pedro Subercaseaux

dante de la 1ª división, tuvo noticias de "haberse perdido de vista los viles gallegos sin que osasen acometer a una pequeña división nuestra".

Pues bien, a la misma hora en que en el campamento de la 3ª división se celebraba la huida de los "viles gallegos", éstos salían de las casas de Requinoa en demanda del Cachapoal (21 horas) y lo cruzaban —sin la menor resistencia— por el vado de Punta de Cortés, unas dos leguas al oeste de Rancagua. O'Higgins contaba con que la 3ª división custodiaria dicho vado; pero ésta —como acabamos de ver— no se había movido, en la creencia de que el enemigo se replegaba hacia su zona de partida. Adelantó, pues, una patrulla de 20 dragones a las órdenes del capitán Rafael Anguita. En la noche supo por sus espías que el enemigo, al cual suponía en fuga hacia el sur, se preparaba a cruzar el Cachapoal al día siguiente y lo avisó en el acto al General en Jefe, a fin de que apresurara la marcha de la 3ª división.

Al amanecer del 1º de octubre pudo captar O'Higgins el desarrollo que habían tomado los acontecimientos. Mientras sus fuerzas contenían al adversario en el vado que enfrentaba a la ciudad y en el de los Robles, el grueso del Ejército realista avanzaba hacia Rancagua. Intentó detenerlo, a fin de dar lugar a que se reunieran la 2ª y 3ª divisiones a las cuales había llamado en su auxilio. Osorio, luego de dejar unos 1.000 fusileros y 6 piezas de artillería enfrente de las fuerzas de la 1ª división, se dirigió con el grueso a interponerse entre éstas y la ciudad. D. Juan José Carrera, en vez de reunirse a D. Bernardo, se replegó desde la hacienda de Valenzuela a la villa de Rancagua, sin los milicianos de caballería... que se habían dispersado al oír los primeros disparos.

D. Bernardo que advirtió que los realistas intentaban rodearlo, abandonó su posición y quiso abrirse paso al N.E. a fin de reunirse con D. José Miguel, de acuerdo con lo que tenía meditado. "Pude muy bien —afirma— haberme retirado con mi división a la cuesta de Chada, lugar seguro para mi reunión con la tercera división del mando del General en Jefe, quien lentamente marchaba a auxiliarnos; pero en este caso era víctima la división del centro, que se había encerrado en la villa y ya la estaba atacando el Ejército enemigo". En tal evento, prefirió dirigirse a la plaza de Rancagua. Grande fue la alegría de D. Juan José al verle llegar y luego de abrazarlo efusivamente, le advirtió: "Aunque soy brigadier más antiguo, me pongo con mi división bajo sus órdenes".

Con los 600 infantes y los artilleros de la 2ª división que quedaron en la plaza, completó O'Higgins 1.750 hombres. Eran muy pocos, pero de mayor eficiencia militar que los 3.931 reunidos por Carrera entre Graneros y Rancagua. Las tropas de Osorio alcanzaban, ese mismo día, un total general de 4.852 plazas y 18 cañones. (Anexo N° 3).

Los combates del 1º de octubre se iniciaron con el avance del batallón Talavera, a pecho descubierto, sin disparar un tiro, por la calle de San Francisco, que desembocaba directamente a la trinchera sur. Lo mismo ocurrió en las tres trincheras restantes. Al cabo de una hora de rudo batallar, los realistas se retiraron con sus muertos y heridos.

En la tarde Osorio resolvió un asalto general y simultáneo: juzgaba quebrantada la resistencia, como consecuencia de la acción prolongada y eficaz de los cañones. Pero los sitiados resistieron con el mismo coraje anterior y rechazaron las embestidas a la bayoneta. Poco antes un ex jefe político patriota de San Fernando, de apellido Echaurren, había cortado la acequia que surtía de agua a la ciudad, de suerte que al día siguiente sus compatriotas no dispondrían de una gota de agua con qué mitigar su sed y enfriar las bocas de los cañones.

En la noche, O'Higgins envió a Carrera —con un valiente soldado de Dragones— el siguiente mensaje escrito en una tira de papel: "Si vienen municiones y carga la tercera división, todo es hecho".

## II

El General en Jefe se encontraba al norte de Rancagua. Advertido por el comandante de la vanguardia que el enemigo atravesaba el río Cachapoal, había salido esa misma mañana del Mostazal y alcanzado los Graneros de la hacienda de la Compañía, a la cabeza de la 3ª división. El ruido del cañón desde las 10 de la mañana no dejaba lugar a dudas de que se había trabado la acción. Despachó emisarios a Santiago, con las muy importantes misiones que veremos en la debida oportunidad; ordenó adelantar algunas patrullas de caballería a informarse sobre la situación y actividad del enemigo y detener las milicias de caballería de la 2ª división que se retiraban desordenadamente hacia la capital y en la tarde avanzó él mismo hasta situarse a una legua de la plaza, en la chacra de Cuadra. Al recibir, en la noche, el parte que le presentó el intrépido dragón, contestó también por escrito: "Municiones no pueden ir sino en la punta de las bayonetas. Mañana al amanecer hará sacrificios esta división. Chile para salvarse necesita un momento de resolución".

El emisario estuvo de regreso en la plaza de Rancagua a las dos de la madrugada del día 2. Al amanecer subía O'Higgins al campanario de la Merced a observar el avance de los auxilios anunciados. Los realistas, por su parte, reiniciaban el ataque; pero tenían la precaución, ahora, de aproximarse a las trincheras a través de los orificios que habían abierto en las paredes, por el interior de las casas adyacentes. Los patriotas comenzaban a ceder en forma gradual, pues aquella lucha que duraba ya más de 24 horas, no podría prolongarse por mucho tiempo si no se recibían los socorros ofrecidos.

Al fin el vigía, colocado en la torre de la iglesia, lanzó un grito de ¡Viva la Patria! y anunció la aproximación de la 3ª división. El jefe de la plaza dio a sus ayudantes la orden de anunciar la feliz nueva a las diversas unidades encerradas en el recinto. Eran las 11 de la mañana y, en efecto, se aproximaba la anunciada 3ª división; pero su ataque, amén de tardío, no fue de la mejor eficacia. Las fuerzas de infantería, comandadas por D. Luis Carrera y reforzadas por dos cañones y las tropas de caballería, se desplazaron hacia la cañada (avenida norte de Rancagua) y sostuvieron cortos tiroteos con las fracciones

realistas que acudieron a detenerlas. Los defensores de la plaza, alentados con el socorro, cobraron nuevos bríos y pasaron resueltamente al contraasalto en cada una de las cuatro trincheras.

A las 11.30 la victoria parecía inclinarse por los defensores. A eso del mediodía, sin embargo, se oyeron unos gritos: —“¡Ya corren, ya corren!”. O'Higgins preguntó: “¿Quién corre?”. La contestación no fue otra que “¡la tercera división!”. Efectivamente, al subir a la torre, pudo observar a los hombres de ésta huir en desbandada a través de potreros y sembrados. El brigadier Carrera relataba más tarde que a esas horas los fuegos de la plaza, que habían comenzado a disminuir, cesaron completamente. En realidad, había impartido la orden de replegarse a Santiago; sólo quería distraer a las fuerzas realistas, a fin de facilitar la salida de los patriotas sitiados... si eran capaces de romper el cerco y prevenir los cargos que, seguramente, se le harían con posterioridad, de no haber querido socorrer a O'Higgins. La 3ª división era incapaz de sostenerse siquiera una hora enfrente de las fuerzas realistas, aun con el concurso (ya muy precario) de los sitiados y— por otra parte— su comandante estaba resuelto a no comprometerse a fondo, a fin de que la citada división sirviera de núcleo a la defensa que tenía planeada en Coquimbo. Entregó pronto el mando a su hermano Luis y se dirigió a la capital.

Ya todo perdido y luego de rechazar un sexto asalto, O'Higgins ordenó montar a los dragones y a todos los infantes que pudieran hacerlo y se formó así una columna de a caballo que alcanzaba apenas a unos 500 hombres. Atravesó combatiendo una de las trincheras de la plaza, con pérdida de muchos de sus oficiales y soldados; rechazó a las partidas enemigas que pretendían cerrarle el paso y logró, por fin, salir a campo traviesa y emprender la retirada hacia Santiago.

### III

El 8 de octubre, antes del amanecer, entraba a Santiago el brigadier D. José Miguel Carrera. Nunca creyó que la suerte de la revolución iba a decidirse en una sola batalla. Así se explica que, días atrás, prestara oídos a la sugerencia del Cónsul Poinsett de emprender la retirada a Coquimbo y recomenzar desde allí la guerra... si es que no se hubiera podido salvar la capital. La información transmitida por O'Higgins en la noche del 30 de septiembre —de que Osorio avanzaba hacia los vados del Cachapoal y no se retiraba hacia el sur, como se creía hasta ese momento— lo indujo a estimar segura la derrota de Chile y sólo pensó en la precipitada retirada a Coquimbo con las fuerzas que creía salvar: la 3ª división, los 116 fusileros y 200 milicianos destacados en Topocalma, los 400 hombres de la guarnición de Valparaíso, los 376 veteranos que dejó en Santiago y los 200 auxiliares de Buenos Aires. En total, unos 2.500 hombres. Al amanecer del 1º de octubre, horas antes que la 1ª y 2ª divisiones se encerraran en la plaza de Rancagua, despachó a su ayudante D. José Samaniego con oficio para el vocal don Julián Uribe, pidiéndole tomara las medidas conducentes al



Salida de O'Higgins de la plaza de Rancagua.

Oleo de Pedro Subercaseaux

cumplimiento de la sugerencia de Joel Poinsett. Mientras O'Higgins se batía en la plaza de Rancagua, D. José Miguel continuó impartiendo premiosamente las instrucciones para el repliegue al norte.

Del mismo modo, se despacharon órdenes a los comandantes de milicias de los partidos del norte para que reuniesen sus cuerpos y se preparasen a proteger la operación. Se resolvió, además, sacar de Santiago los caudales públicos, las armas y las municiones, a fin de no dejar nada al enemigo. Por último, el secretario de la Junta de Gobierno, doctor D. Bernardo Vera y Pintado, recibió el encargo de ponerse sin tardanza en viaje a Buenos Aires a solicitar auxilios para proseguir la guerra.

Contrariamente a los deseos de Carrera, no fue posible encauzar el repliegue en dirección a Coquimbo. Tanto la población civil, como los restos de los combatientes en Rancagua y, por último, las mismas tropas de la 3ª división —que comenzaron a desbandarse, sin que fuera posible retenerlas— se dirigieron a Santa Rosa de los Andes y de allí, a Mendoza a través de la cordillera. Al éxodo se agregaron don Bernardo O'Higgins con su madre, hermana y partidarios, y a D. José Miguel no le quedó otro camino que seguir la corriente.

El coronel D. José de San Martín, gobernador de la provincia de Cuyo, en conocimiento de los desastres de las armas chilenas, había enviado a la cordillera más de 1.000 mulas, así como los víveres y los elementos más indispensables para el caso. El pueblo de Mendoza, tan estrechamente relacionado con el nuestro por el comercio y por vínculos de familia, mostró en esas horas su notable espíritu de solidaridad.

Parte de estos inmigrados integró, dos años más tarde, el Ejército de los Andes que decidiría en Chacabuco y en Maipo la independencia de su patria.

#### 4.—Conclusiones militares.

##### a) *Paine o Cachapoal.*

Como ya se expresó en el curso de la descripción de las acciones militares de este capítulo, aún subsiste una incógnita sobre la razón que se tuvo en el mando patriota para realizar la resistencia a las fuerzas de Osorio en la forma como se hizo.

Dadas las escasas fuerzas de que disponía Carrera, era necesario elegir la posición defensiva más conveniente para oponerse al mayor poderío militar realista.

##### —*La línea del río Cachapoal.*

Se contaría con un obstáculo pero que, en esa época del año, era fácil de cruzar en diferentes partes.

El frente por cubrir era demasiado extenso para la poca cantidad de fuerzas que debían defender.

La posición no tendría apoyos efectivos en sus flancos, lo que la hacía muy vulnerable a cualquiera maniobra de envolvimiento.

—*La línea de Paine.*

No contaba con un obstáculo de cierta consideración como el anterior, pero como ya se dijo, en el caso de la primera línea defensiva, el río no era invadable, ni siquiera difícilmente vadeable.

El frente por cubrir era mucho menos extenso con lo cual la organización defensiva tendría mayor consistencia. Los flancos quedarían convenientemente apoyados, lo que dificultaría un envolvimiento enemigo.

Si bien es cierto se abandonaba mayor espacio al enemigo, no es menos cierto que se entraría en mayor tiempo para organizarse defensivamente.

Se dice de una controversia entre Carrera y O'Higgins por la elección de estas líneas; el primero habría sido partidario de la línea de Paine, el segundo, de la del Cachapoal. ¿Por qué entonces el Comandante en Jefe modificó su idea inicial?

También se piensa que entre estas dos posibilidades expuestas, existiría una tercera, la defensa tenaz de Rancagua pero, analizados los hechos, las circunstancias que se vivían y las características geotopográficas de la zona de operaciones, se puede fácilmente rechazar como ilógica esta última posibilidad. Desde Rancagua no era posible cortar el avance de Osorio hacia el norte: la ciudad podría ser rodeada fácilmente. Además, para que una ciudad tenga valor defensivo táctico, independientemente de su posible valor estratégico, es necesario prepararla y organizarla adecuadamente, pues de otra manera se convierte en una mortal trampa para los mismos defensores. Una de las primeras medidas militares a tomarse, a la vez que humanitarias, es la de evacuar el máximo de población civil; es de suponer que, sea Carrera u O'Higgins, no habrían dejado de cumplir con esta medida si la idea hubiera sido resistir en Rancagua. Estas consideraciones y otras muchas más fácilmente deducibles (formación de reservas de alimentos, de municiones, etc.) llevan a concluir que la defensa de Rancagua fue producto de una situación momentánea, de una resolución táctica transitoria e imprevista; pero no parte de una concepción estratégica.

Descartada una eventual defensa de Rancagua la decisión se concentraba sólo en la línea del Paine y la del Cachapoal. Desde cualquier punto de vista militar era mucho más conveniente la de Paine. Si Carrera lo pensaba así, debió mantener su resolución primitiva; el cambiarla significa que no estaba muy seguro de ella o que no tuvo las condiciones de conductor para imponerla.

En todo caso, una defensa en el Cachapoal exigía el empleo de 2 divisiones patriotas, manteniéndose como mínimo otra de reserva. No se hizo así; se efectuó la total dispersión de medios, tan corrientes en las campañas de nuestra independencia.

Es así como, habiéndose adoptado la más inconveniente de las posibilidades defensivas, ella se materializó en la peor forma que era dable esperar.

b) *¿Por qué se produjo la batalla de Rancagua?*

Es otro punto que aún no ha podido ser bien aclarado. O'Higgins fue rodeado en el Cachapoal pero habría podido, sin inconvenientes mayores, retirar su división hacia el norte para reunirse a las otras 2 divisiones.

Juan José Carrera, al mando de la II división fue el primero en llegar a Rancagua evitando una decisión frente a los realistas. Resolución infundada, ya que en ello se amarraba e impedía la reunión de las fuerzas. O'Higgins, sabiendo la situación de esa unidad y reconociendo que aislada en Rancagua quedaba irremisiblemente perdida, trató de mejorar la situación general y marchó a reforzarla. Se produjo una reunión parcial de los medios pero en el lugar y en las condiciones menos adecuados.

Ambos comandantes divisionarios, O'Higgins y Juan José Carrera, cometieron un grave error, pero no pudo dejarse al margen de él al Comandante en Jefe, en primer lugar, responsable de la dispersión de los medios y luego de incapacidad para conducir su Ejército en una forma que hubiera evitado el fatal desenlace final.

c) *La inactividad de la III división.*

Algunos autores piensan que una de las causas principales de la derrota de Rancagua fue la inactividad de esta III división. Pero, si se hace un estudio de la situación militar que se vivía, esa idea no puede pasar a considerarse demasiado.

La III era la división más débil del Ejército patriota, no alcanzando a los mil hombres, deficientemente armados y mal equipados e instruidos. De atacar a las fuerzas de Osorio, podría haber sido fácilmente destruida y con ello se terminaba, de inmediato, toda posibilidad de resistencia. José Miguel Carrera debió reconocer esta circunstancia y pensando en una nueva defensa prefirió conservar, al menos, una parte de sus fuerzas. En la realidad de nada le sirvió ya que después del desastre no quedó otra alternativa que la retirada hacia Mendoza.

Consideradas así las cosas, tal vez hubiera sido preferible arriesgarse a un ataque, suicida posiblemente, pero que habría sido criticado pero alabado a la vez, cuando la inactividad que se mantuvo sólo puede, hoy y también entonces, merecer un severo repudio.

d) *Los grandes errores de las operaciones patriotas.*

Sintetizando todo lo expuesto anteriormente es posible concluir que la derrota sufrida por las armas chilenas tiene las siguientes causales:

- Indecisión del Comandante en Jefe para seleccionar una línea defensiva adecuada, o, si se desea, para mantener tenazmente una resolución favorable adoptada.
- Repartición de los medios de manera injustificada de tal manera que se permitió al enemigo maniobrar hábilmente sobre los diferentes y separados núcleos.

- Resolución táctica errada de los comandantes de la I y II divisiones que los llevó a encerrarse en una ciudad sin preparación para una defensa.
- Indecisión del Comandante en Jefe para, o retirarse a tiempo con su división y tratar de, en base a ella, continuar más tarde la lucha, o disponer un ataque de ella sobre los realistas jugándose el todo por el todo.

## II.—CAMPAÑAS DE 1817 - 1818.

### A.—Campana de los Andes.

#### 1.—Organización del Ejército de los Andes.

En las postrimerías del año 1815 la causa hispanoamericana se encontraba en apurado trance. El virrey del Perú había logrado imponerse sobre los revolucionarios de Quito, del Alto Perú y de Chile, lo que acusaba el fracaso de los esfuerzos aislados de las diversas secciones del continente.

El coronel D. José de San Martín comprendió que la independencia de Argentina, su patria, sería ilusoria mientras no fuese derribado el fuerte bastión realista del Perú. El camino a través del Alto Perú había demostrado no ser el más apropiado para el caso, por cuya razón era preciso buscar otro que presentara mayores ventajas. Pues bien, el territorio de Chile parecía llenar los requisitos para la operación en proyecto.

San Martín había sido designado General en Jefe del Ejército del Norte en diciembre de 1813. El cuadro que se le presentó al llegar a Tucumán fue el de un Ejército material y espiritualmente derrotado. A raíz de una grave enfermedad, que sufriera a mediados de abril de 1814, solicitó licencia para dejar el Comando en Jefe de las fuerzas, que le fue concedida con fecha 7 de mayo. Una de las razones que lo empujaron a la renuncia, además de su enfermedad, fue la nueva concepción estratégica suya, provocada por el conocimiento de la zona norargentina, los informes obtenidos sobre el Alto Perú y la experiencia de cuatro años de guerra inútil en este teatro.

La primera noticia que la historia registra de un plan similar proviene de la Junta de Gobierno de Chile integrada por los señores Eyzaguirre, Infante y Pérez. Con motivo de la adquisición de la fragata *Warren* y del bergantín *Potrillo*, esta Junta propuso al Gobierno de Buenos Aires —en abril de 1813— una expedición chileno-argentina contra Lima, que habría de partir de Valparaíso. El Gobierno argentino aceptó en principio la proposición y encargó al doctor Vera, su representante en Santiago, no dejara el asunto de la mano.

No se sabe si San Martín conoció este plan; pero es el hecho que, a comienzos de 1814, era un decidido partidario de una idea similar. En todo caso fue él quien lo llevara a cabo y reside en ello su importancia y su mérito. El 22 de abril de ese año, en la época de su grave dolencia en Salta, escribía a Nicolás Rodríguez Peña: "La Patria no hará camino

por este lado del Norte, que no sea una guerra permanentemente defensiva y nada más. Para eso bastan los valientes gauchos de Salta con dos escuadrones de buenos veteranos. Pensar otra cosa es echar al pozo de Ayrón hombres y dinero. Ya le he dicho a Ud. mi secreto. Un Ejército pequeño y bien disciplinado en Mendoza, para pasar a Chile y acabar allí con los godos, apoyando un gobierno de amigos sólidos para acabar también con los anarquistas que reinan. Aliando las fuerzas, pasaremos por mar a Lima; es ése el camino y no éste, mi amigo. Convénzase Ud. que hasta que no estemos sobre Lima, la guerra no se acabará”.

El plan tomó pronto forma concreta y serían sus diferentes fases: hacerse nombrar gobernador de Cuyo, organizar allí un Ejército pequeño pero eficiente, tomar contacto con los mandatarios de Chile y ocupar, por fin, a Lima al frente de las fuerzas unidas de ambos países. Al arribar a Mendoza, San Martín tenía ya esbozadas las líneas generales de aquella notable concepción que debía conducir a la independencia de los virreinos de Buenos Aires y del Perú y de la capitania general de Chile.

Tan pronto como pudo inició lo que denominó *guerra de zapa*, vale decir la búsqueda de la información sobre el enemigo, la propaganda revolucionaria entre los elementos patriotas que habían quedado a este lado de los Andes y lo que hoy llamaríamos la “guerra de nervios”, a través de una verdadera red de noticias falsas que mantendría a las autoridades españolas en inquietud permanente. Entre los agentes empleados en tan importante como arriesgada misión, alcanzó los contornos de la leyenda el popular guerrillero Manuel Rodríguez.

Iniciada la organización del Ejército que llevaría a cabo la empresa, el problema más serio que se presentaba a San Martín era el de completar los 3.300 soldados que para el caso necesitaba. A mediados de noviembre de 1816, sin embargo, el Ejército contaba ya con un efectivo de 3.500 hombres. Un año antes, en la primavera de 1815, había iniciado el gobernador la construcción de un campamento de 250 varas en cuadro, en el lugar denominado El Plumerillo, una legua al norte de la ciudad de Mendoza y lo había terminado en septiembre de 1816. A fines de este mes trasladó sus fuerzas al campamento, con el objeto de que oficiales y soldados se contrajeran exclusivamente a la instrucción militar y se acostumbraran desde ya a la ruda vida de campaña.

De acuerdo con el estado de fuerza de 31 de diciembre del citado año de 1816, los efectivos del Ejército de los Andes ascendían a 4.045 hombres, distribuidos en la siguiente forma:

**Batallón de Artillería.**

- ” N<sup>o</sup> 1 de Cazadores.
- ” N<sup>o</sup> 7 de Infantería.
- ” N<sup>o</sup> 8 de Infantería.
- ” N<sup>o</sup> 11 de Infantería.

**Regimiento de Granaderos a caballo.**

**Cuartel General, jefes, oficiales, empleados, etc.**

"No olvidemos que San Martín era también un organizador genial —ha escrito el teniente coronel argentino Leopoldo Ornstein—. Y así extrajo de Cuyo el Ejército inmortal; de Buenos Aires las armas y el dinero; de las fraguas de Fray Luis Beltrán las pólvoras, municiones y demás implementos del equipo; de la audacia chilena una escuadra completa y de su temple de acero, de su carácter indomable, la fuerza de voluntad para doblegar ante su plan todas las vallas que le opusieron las circunstancias, los hombres y la Naturaleza".

Resuelta la travesía de los Andes, habría de ceñirse ésta al siguiente plan: el grueso (divisiones O'Higgins y Soler) cruzaría el macizo andino por Los Patos, para caer sobre Putaendo; la división Las Heras lo haría por Uspallata, a fin de desembocar en Santa Rosa de los Andes. Ambas agrupaciones debían contar con la fuerza suficiente para rechazar a las fracciones que resguardaban los pasos o que pudiera Marcó del Pont, Presidente de Chile, despachar contra alguna de ellas y sincronizar su avance de tal manera de alcanzar, al mismo tiempo, el valle de Aconcagua y ocupar el mismo día San Felipe y Los Andes.

Croquis N° 16

Otra fracción, a las órdenes del teniente coronel D. Ramón Freire, penetraría por el boquete de Planchón, con 80 infantes, 25 granaderos a caballo y una columna de tropas regulares de emigrados chilenos. Su misión consistía en retardar o impedir el retiro de las fuerzas realistas (unos 1.400 hombres) distribuidas entre Curicó y San Fernando, que Marcó del Pont había destacado allí para combatir a los guerrilleros patriotas. El plan contemplaba, por último, el envío de fracciones menores por el Portillo, Coquimbo y Copiapó. (Anexo N° 4).

## 2.—*El paso de la cordillera.*

El 9 de enero de 1817 salió, a la cabeza de 60 soldados, con destino a San Juan, el teniente coronel Juan Manuel Cabot. Allí se le reuniría una partida de emigrados chilenos, a fin de proseguir juntos a Coquimbo. El día 14 partió con rumbo al sur el comandante D. Ramón Freire y el 18 salió hacia Uspallata el coronel D. Juan Gregorio de Las Heras, al frente de una división de las tres armas, de unos 800 hombres aproximadamente. Los días 19 y 20 lo hacía la 1ª división (unos 1.350 hombres), al mando del brigadier D. Miguel Estanislao Soler y los días 21 y 22, la 2ª división, bajo las órdenes del general D. Bernardo O'Higgins. San Martín marchaba a la cola del grueso, juntamente con el Cuartel General, los hospitales de campaña, la maestranza, las columnas de municiones y la caja militar. Todo ello, escoltado por 200 granaderos a caballo y por fracciones de milicianos. Numerosos baquianos, además, guiaban a las unidades y mantenían el enlace entre el grueso y la división Las Heras.

Al amanecer del 24 de enero el sargento mayor del batallón Talavera y comandante de las fuerzas realistas estacionadas en Santa Rosa de Los Andes, D. Miguel Marqueli, cayó por sorpresa sobre una fracción patriota en Picheuta (14 soldados) y logró capturar a la mitad de ellos. En conocimiento de este hecho, Las Heras destacó contra las tropas de Marqueli una compañía de infantería y 30 granaderos a caballo. El encuentro se produjo en el lugar denominado Potrerillos y el jefe patriota

(comandante D. Enrique Martínez) se vio forzado a retirarse. Marqueli prosiguió su marcha en el convencimiento de que había rechazado el asalto de una simple unidad de vigilancia.

El 3 de febrero Las Heras estaba a un día de camino de la Guardia, vale decir, unas doce leguas al oriente de Santa Rosa de los Andes. Al aclarar del día 4 dispuso que el comandante Martínez se adelantara con 200 hombres. Esa misma tarde cayeron éstos por sorpresa sobre los 60 que allí se encontraban. Después de una hora de lucha, el oficial realista debió rendirse ante la superioridad del número y sólo lograron escapar unos 10 soldados, que llevaron a Los Andes la noticia del reciente encuentro.

A la misma hora, el mayor Arcos —desprendido de la división Soler— al frente de 200 hombres, dispersaba a la guarnición de Las Achupallas y los fugitivos de ésta llegaban en la noche a San Felipe. El coronel D. Miguel Atero, Jefe del Estado Mayor realista, que se encontraba en esta ciudad, se dio cuenta en el acto de que el Ejército de San Martín, dividido en dos columnas, desembocaba, a la vez, por Los Patos y Uspallata. Despachó un estafeta a Santiago con tan grave noticia y con petición de refuerzos y reunía, al mismo tiempo, las fracciones dispersas en la provincia: unos 700 soldados, en su mayoría del Chiloé y del Talavera.

Croquis N.º 17

Las noticias del día 5 confirmaron su primera impresión: la vanguardia de tropas aparentemente numerosas había ocupado, al atardecer, la villa de Putaendo. En la junta de guerra celebrada por los jefes realistas en la noche, Marqueli propuso tomar la ofensiva; mas, Atero observó que, amén de la insuficiencia de las fuerzas de que se disponía, la división patriota que desembocaría por Los Andes los embestiría por la espalda. Se acordó, en consecuencia, el repliegue a la cuesta de Chacabuco.

El parte del Jefe del Estado Mayor llegaba a Santiago a mediodía del 5. Marcó se apresuró a despachar el mismo día dos escuadrones de Carabineros de Abascal, a las órdenes del Coronel D. Antonio de Quintanilla, que habían llegado el día antes a Santiago, desde el sur, para reparar el armamento, el equipo de montar y el vestuario. Quintanilla avanzó en misión de reconocimiento, hasta la villa de Los Andes: no se advertía por parte alguna la presencia de la columna Las Heras. Informado de ello, Atero avanzó con la infantería hasta la citada Santa Rosa de los Andes, adonde llegó en la noche del 6.

El día 7 estaba en Putaendo la división Soler. En la noche anterior un escuadrón de Granaderos a caballo (coronel D. Mariano Necochea) había ocupado la población de San Felipe. Al imponerse de que Atero había vuelto con refuerzos al valle de Aconcagua, el jefe argentino decidió pasar al reposo al pie del cerro Las Coimas, unas dos leguas al noreste de San Felipe, por el camino que conduce a Putaendo. Ordenó a Quintanilla se adelantara a un reconocimiento previo. Repentinamente cayó sobre los carabineros una fracción de 80 granaderos a caballo, que obligó a aquéllos a retroceder en desorden. La infantería realista, que había ocupado una posición en la loma de Las Coimas, hizo fuego sobre tropas

propias y adversarias que se aproximaban en revuelta confusión. Necochea ordenó a sus trompetas tocar retirada.

Atero se replegó a San Felipe, acordó allí con Marqueli ocupar Curimón y, luego de entregarle el mando, tomó el camino de Santiago. El nuevo comandante de las fuerzas siguió el mismo día hasta Los Andes y, en conocimiento de la aproximación de Las Heras, abandonó la artillería y las municiones y prosiguió a Chacabuco por caminos extraviados.

### 3.—*Travesía de la cuesta de Chacabuco.*

El día 8 entraba Las Heras a Santa Rosa de Los Andes, al frente de su división y O'Higgins y Soler llegaban ese mismo día a San Felipe. La concentración quedó realizada al día siguiente en el campamento de Curimón, al sur del río Aconcagua y a 14 y 8 kilómetros, respectivamente, de aquellas ciudades. "Podía ya considerarse producida la conjunción de las dos columnas y de una manera matemática. No pueden haber sino elogios para una operación tan bien concertada y tan felizmente ejecutada a través de una cordillera abrupta, inclemente y de pésimos caminos". (Téllez).

San Martín había resuelto conceder descanso a su tropa hasta el día 14, en espera del parque de artillería de campaña, que venía aún en camino. Pero el día 10, poco antes de la media noche, llegó al campamento el baquiano Justo Estay, de regreso de Santiago, con informaciones frescas sobre el adversario. Mimetizado entre los espectadores que observaban el paso de las tropas realistas por el puente del Mapocho, pudo contar aquellas que salieron, al mando del coronel D. Rafael Maroto, en dirección a las casas de Chacabuco y que no excedían de las 500 plazas. Estimándose en 900 las de la agrupación Marqueli-Quintanilla, Maroto dispondría en conjunto de sólo un máximo de 1.400 soldados y de 2 cañones de artillería. Estay informó también que se alistaban en Santiago 2 regimientos de caballería y que desde Curicó avanzaba el regimiento Chillán.

La aproximación sorpresiva de Maroto hasta las casas de Chacabuco proporcionaba a San Martín la oportunidad de batirlo con sus fuerzas doblemente más numerosas. En cambio, si esperaba dos días más, contaría con sus piezas de artillería; pero tendría que combatir contra un total de 3.000 hombres, situados en buenas posiciones y con eficiente apoyo de artillería. Después de un corto cambio de ideas en una junta de guerra, quedó acordado el avance en la noche del 11 al 12.

La orden de marcha disponía la partida a las 2 de la madrugada del día 12. Encabezaría la columna la 1ª división (Soler). "Los cuerpos marcharán en columnas cerradas, lo más unidos posible hasta Manantiales". La disposición escrita no señalaba a los comandantes divisionarios el camino que debían seguir ni el objetivo de marcha; pero del parte oficial de San Martín se deduce que a partir de los Manantiales, la división O'Higgins debía tomar el sendero o camino de herradura —a través de lo que más tarde se llamó la cuesta vieja— y Soler, dirigirse hacia el oeste, por el camino que asciende la quebrada de los Almendros

y conduce a Montenegro. Objetivo de marcha común: las casas de Chacabuco.

Además de este aspecto de la orden, llama la atención lo que podría llamarse su segunda parte. Aquella que contiene disposiciones para el ataque... en circunstancias que nada cierto se sabía respecto de la situación y actividad del enemigo. Tanto más cuanto que no se había dictado disposición alguna sobre exploración o reconocimiento. Lo más extraño de esta orden es que fue firmada —no por el General en Jefe— sino por su Jefe de Estado Mayor, el brigadier don Miguel Estanislao Soler.

A las 2 horas emprendió la marcha la 1ª división. Al llegar a Manantiales, Soler tomó el tortuoso desfiladero de la derecha. Su marcha muy lenta, a causa de los matorrales del trayecto y de la mayor extensión del camino por recorrer, no tuvo ningún incidente digno de interés, hasta que —a mediodía— oyó los estampidos de los cañones realistas de Chacabuco. Desde el punto llamado El Hornillo despachó una compañía (capitán Salvadores), por un sendero que conducía hacia el oriente y que pudo así concurrir al desenlace de la batalla.

La división O'Higgins prosiguió por el camino denominado la cuesta vieja, en medio de grandes dificultades y a costa de algunos accidentes relativamente importantes, como el de aquellos dos cañones que fueron a parar al fondo de un precipicio.

#### 4.—La batalla.

##### I

Croquis N° 18 El brigadier D. Rafael Maroto había salido de Santiago a las 12 de la noche del día 10, al frente de los restos de los batallones Talavera y Chiloé: unos 444 hombres en total.

Antes de proseguir, es preciso retroceder algunos días en nuestro relato, a fin de completar los antecedentes de estos sucesos y de comprender en mejor forma su desarrollo posterior. Necesario es advertir que, en los primeros días de febrero de 1817, los efectivos del Ejército realista alcanzaban a unos 4.317 hombres, repartidos así:

- 200 en Valdivia;
- unos 1.000 con Ordóñez, en Concepción.
- algo más de 3.000 entre el Maule y el Aconcagua.

Esta distribución era la consecuencia ineludible de la necesidad de prevenir los levantamientos de las poblaciones de la región central y del empeño por aniquilar las guerrillas. El error del Alto Mando no giraba alrededor de la zona de travesía del Ejército de los Andes —que siempre se supuso ser el valle del Aconcagua— sino en estimar que, antes de dos semanas, no estarían en condiciones los patriotas de tomar la ofensiva. Maroto llegó, pues, al campo de Chacabuco convencido de que tendría que haberse las con una agrupación que no excedería de los 600 hombres.

En conocimiento, el día 5, de que habían sido sorprendidos por el enemigo las fracciones adelantadas de Uspallata y de Los Patos, el Go-

bierno realista resolvió enviar a Aconcagua los 2 escuadrones de Carabineros (coronel Antonio Quintanilla) e impartió orden al coronel Antonio Morgado —que estaba en Curicó— de replegarse inmediatamente a Santiago con el batallón Chillán y los regimientos de caballería Húsares y Dragones. Estas tropas no alcanzaron, naturalmente, a llegar a tiempo al momento de la decisión.

Tres días más tarde fue convocada, por el Presidente Casimiro Marcó del Pont, una junta de guerra de altos jefes. En ella propuso Maroto —el más connotado jefe militar español en Chile entonces— el repliegue a la línea del Maule, con todos los recursos que había en la capital y librar el encuentro en la citada línea, con las fuerzas de Santiago y Concepción reunidas. La proposición fue aceptada; pero en la mañana siguiente (el 9) el Presidente cambió de opinión: sus consejeros privados le habían advertido que, bajo el punto de vista moral, el abandono de la capital significaba la pérdida del país.

Se acordó, en tal evento, la resistencia en la cuesta de Chacabuco o en Colina. El mismo día salió de Santiago el brigadier D. Manuel OLAGUER FELIÚ en dirección a Valparaíso, con la misión de disponerlo todo para el embarque de Marcó con los restos del Ejército. En ausencia suya correspondía el mando de las fuerzas al brigadier D. Rafael Maroto. Aun cuando sus relaciones con el Gobierno, lejos estaban de ser cordiales, Marcó del Pont le comunicó —en la mañana del día 10— su nombramiento de General en Jefe de las tropas. Salió de Santiago a las 12 de la noche del mismo día 10 con las últimas tropas que debían reforzar el Ejército realista. Llegó a Chacabuco sólo en la tarde siguiente (día 11), poco antes de ponerse el sol. Su primera preocupación fue pedir datos sobre las fuerzas del adversario; pero poco o nada pudo obtener del comandante Marqueli y del coronel Antonio Quintanilla, pues ninguno de los agentes enviados a informarse había regresado aún. En cuanto a las propias tropas, había adelantadas 3 compañías de infantería y 25 carabineros, a las órdenes del capitán Juan Mijares. En el campamento se encontraban 883 soldados que, unidos a los 444 que condujo Maroto, sumaban 1.373 hombres, más 20 artilleros y 2 piezas de artillería. (Anexo N° 5). En cuanto al Estado de Fuerza patriota, ver anexo N° 6.

En la mañana del día 12 Maroto, acompañado de Elorreaga, Marqueli, Quintanilla y Calvo, practicó un reconocimiento del lugar donde esperaba decidir la contienda. Dejó orden al capitán Mijares de defender la posición de la cumbre hasta perder los dos tercios de su gente y emprendió el regreso al campamento. Poco después de su llegada recibió del citado capitán un parte que decía: "Tenemos el enemigo muy cerca, en número de 500 a 600 hombres de caballería e infantería, los que nos amenazan por dos puntos (la columna principal de O'Higgins y la fracción que se había desplazado hacia el E.) y dentro de pocos momentos rompemos el fuego". Maroto reiteró a Mijares la orden de mantenerse en su puesto y dispuso, al mismo tiempo, el avance de sus fuerzas hacia la cumbre, con la intención de ocupar la posición que acababa de reconocer. Se adelantó Elorreaga con 130 infantes y cuando faltaban unas doce cuadras para llegar a la altura, divisó a las dos compañías del capitán Mijares descender a la carrera y sin disparar sus fusiles. Pronto

asomó, también, el enemigo que —sin detenerse— se lanzó en persecución de los fugitivos. Elorreaga comprendió que estaba delante de fuerzas numerosas y, luego de confiar a Quintanilla la protección de la gente que se replegaba, retrocedió a reunirse con el grueso del Ejército, que sólo había caminado tres cuartos de legua.

Le habían ganado la delantera los patriotas y no era posible ya disputarles la cumbre. A Maroto no le correspondía sino aceptar el encuentro en el lugar en que el grueso de sus fuerzas se encontraba y como el terreno presentaba una posición conveniente decidió aprovecharlo. Se trataba del pequeño valle formado por el arroyo de Las Margaritas, que corre de norte a sur por un cauce profundo de barrancas escarpadas, hasta desembocar en el estero de Chacabuco. Instaló su posición casi enfrente de la quebrada por donde habría de avanzar obligadamente el adversario y colocó sus tropas en el siguiente dispositivo:

- batallón Talavera, a la derecha (E), a partir del cerro Guanaco;
- batallón Chiloé, a la izquierda (W), unas 100 varas más atrás, apoyado su flanco izquierdo en el arroyo de Las Margaritas;
- 2 cañones entre ambos batallones;
- la caballería en el centro y sobre el camino real, detrás del Talavera y del Chiloé;
- batallón Valdivia, al poniente del arroyo de Las Margaritas, en la loma en que remata el cerro del Chingue. Las compañías de cazadores de los batallones Talavera y Chiloé se desplegaron en lo alto del cerro de Los Halcones y lo mismo hizo una compañía de caballería.

## II

Hemos dejado a O'Higgins avanzando por la cuesta vieja, hasta enfrentar a las compañías adelantadas de Mijares. Marchaba en dos columnas, la de la izquierda francamente desplazada hacia los cerros del oriente y que, próximas al enemigo, procedieron a desplegarse. Al advertir Mijares que iba a ser rebasada su ala derecha (E), movió sus tropas hacia el cerro. Mas, al divisar a las columnas de infantería y de caballería que remontaban la cuesta, comprendió que toda resistencia sería inútil y se retiró por la quebrada de Las Raíces y la cuesta del Tabo hacia el cerro de Los Halcones.

San Martín acababa de reunirse a O'Higgins cuando el ayudante de este último, capitán D. José María de la Cruz, regresó de la cumbre con la noticia del repliegue de las compañías de Mijares. El General en Jefe dispuso que el batallón N<sup>o</sup> 7 y un escuadrón de Granaderos a caballo apresurasen la marcha y envió una compañía de caballería a observar el movimiento de las citadas unidades de Mijares. Los generales pasaron adelante del N<sup>o</sup> 7 y ganaron la cumbre y, una vez allí, O'Higgins propuso a San Martín pasar al ataque con su división. "Bien, mi general, pero de ninguna manera comprometa la acción, pues la derecha (Soler) viene lejos" —contestó el General en Jefe, según testimonio del ayudante citado.



O'Higgins en la batalla de Chacabuco.

Cuadro de Pedro Subercaseaux

La división continuó descendiendo, en columna de a uno, la quebrada de Las Tórtolas Cuyanas. La sorpresa que entonces experimentó O'Higgins fue mayúscula, al observar que el Ejército realista, en avance desde las casas de Chacabuco, había ocupado una posición entre el cerro del Guanaco y la última estribación (S.E.) de la loma del Chingue. Debíó detener su avance.

San Martín había aceptado la proposición de atacar a las fracciones adelantadas realistas en retirada, en el convencimiento de que el grueso se encontraba junto a las casas de Chacabuco, unos seis kilómetros al sur. Pero éste se encontraba allí, a la vista y nada se había sabido de él hasta esos instantes por la sencilla razón de no haberse realizado un reconocimiento previo. O'Higgins no podía avanzar sin chocar con este enemigo, ni tampoco retroceder sin exponerse a un descalabro. Resolvió, pues, avanzar hasta las lomas suaves del cerro de Los Halcones, con la intención de desplegar sus fuerzas y despachó, al mismo tiempo, un estafeta al general, para informarlo de lo que ocurría y pedirle apresurara la marcha de la división Soler y le enviase refuerzos. (1)

Ordenó, también, al coronel Zapiola atacase con sus escuadrones de Granaderos a caballo a las fuerzas de Mijares que continuaban retirándose en dirección al grueso. Como advirtiera Zapiola que los realistas se encontraban en posición y que sus jinetes caerían bajo su fuego —sin que la infantería patriota estuviera aún en condiciones de apoyarlo— se limitó a ocupar el cerro de Los Halcones. Pronto llegó a su lado O'Higgins y dispuso que su infantería tomase una posición a unos 300 pasos de la línea realista, en la ladera poniente del cerro. Eran las 11.45 de la mañana, aproximadamente y hacía un calor insoportable. El fuego de la fusilería se mantuvo cerca de una hora, con notable ventaja para los patriotas, de manera que cuando el batallón Talavera formó más tarde sus cuadros contra la caballería, había perdido casi el 50 por ciento de sus efectivos. Pero los cañones realistas, admirablemente manejados, empezaron a ralear las filas de la caballería —que estaba atrás— y aun las de los batallones de infantería patriotas.

La posición de O'Higgins se estaba haciendo insostenible: carecía de artillería y no divisaba ni a San Martín ni a Soler. El comandante Cramer, antiguo oficial de los Ejércitos de Napoleón y tenido como el mejor oficial de la infantería patriota, sugirió a O'Higgins cargar a la bayo-

1.—Esta última resolución de O'Higgins es la mejor prueba de que no actuó temerariamente y en contravención a las órdenes de San Martín, conforme lo ha acusado el historiador don Bartolomé Mitre. Efectivamente, expresa éste que O'Higgins "estaba animado de pasiones tumultuosas que lo precipitaban, como él mismo lo ha dicho disculpándose; así es que arrastrado por el movimiento impetuoso que imprimió a sus tropas, olvidó lo acordado en la junta de guerra y las prevenciones del general en jefe, y tomó imprudentemente la ofensiva no obstante la inferioridad numérica de su fuerza".

En la página siguiente añade el autor: "Por su parte O'Higgins con sus instintos heroicos y deseoso tal vez de decidir por sí solo la victoria sin el concurso de Soler, con quien estaba enemistado..... etc."

meta. Fueron lanzadas dos columnas contra el ala derecha (E) enemiga, formada por el batallón Talavera y, simultáneamente, los granaderos contra el centro realista (batallón Chiloé). Estos granaderos se encontraron detenidos por el profundo cauce del arroyo de Las Margaritas, en razón de no haberse practicado previamente el reconocimiento del terreno. Batidos por el fuego flanqueante de las tropas de Valdivia y ante la imposibilidad de retroceder, se precipitaron en desorden sobre las columnas del N° 7 y las desorganizaron. Dispersáronse también los hombres del N° 8 al alcanzar un zanjón pequeño que corría paralelamente a la línea adversaria, cuando recibieron fuego de fusilería de los talaveras. Los dos cuerpos se replegaron en desorden, aunque sin sufrir grandes bajas, hasta el cerro de Los Halcones y, fuera ya del alcance de los fuegos, procedieron a reorganizar sus filas.

O'Higgins y Cramer condujeron de nuevo las columnas al asalto. Mitre relata que en esos mismos instantes lanzó San Martín a los tres escuadrones de Granaderos a caballo contra la caballería realista, ubicada sobre el camino real, detrás de los batallones Talavera y Chiloé. Encina dice, en cambio, que cuando el batallón Chiloé retrocedía en desorden, Zapiola y sus granaderos arrollaban a las compañías de cazadores del Chiloé y del Talavera (que se habían desplegado sobre las faldas del cerro del Guanaco) y que cargaron también contra los cuadros formados por las compañías del Talavera. El escuadrón de granaderos Medina atravesó una brecha de la línea enemiga y, acuchillando a los artilleros en sus propias piezas, se trabó en lucha con los carabineros de Abascal.

La infantería de O'Higgins y de Cramer, ya vencedora, acudió en auxilio de su caballería y ésta, después de romper el cuadro formado por los talaveras, rebasó el ala derecha (E) y cargó nuevamente contra la infantería y caballería enemigas, que se retiraban en agrupaciones semi-dispersas hacia las casas de Chacabuco.

En esos momentos —la 1.30 de la tarde— llegaba la compañía de Salvadores, de la división Soler, y aniquilaba la compañía del Valdivia que, apostada en el pequeño morro del cerro del Chingue, protegía la retirada de los suyos. Poco más tarde llegaba el grueso de la división Soler en dirección al flanco oeste y espalda del enemigo. El 4º escuadrón de Granaderos a caballo (comandante Mariano Necocoea) concluyó, a golpes de sable, con los restos del Chiloé que habían alcanzado a huir, y la división Soler dispersó, sin mayor esfuerzo, a un pequeño grupo de talaveras que presentaron resistencia en la viña de Chacabuco.

La persecución de la caballería alcanzó hasta Colina y con ello se dio por terminada la acción. Los relojes marcaban las 2 de la tarde. De los 1.400 hombres del Ejército realista quedaron 500 tendidos en el campo y 600, prisioneros de los patriotas. Alcanzaron 130 a dirigirse a Santiago y 170 se dispersaron por los cerros. Los patriotas tuvieron un oficial muerto y 10 heridos y 10 soldados muertos y 89 heridos.

O'Higgins comprendió que las fuerzas realistas de Santiago (unos 1.600 hombres), en la imposibilidad de marchar hacia el sur, tratarían de buscar su salvación en dirección a Valparaíso. Solicitó 1.000 hombres

de la división Soler para partir en su persecución e impedir su embarque en los buques que allí esperaban. Pero el General en Jefe se demostró contrario a la iniciativa y expresa, al respecto, don Bartolomé Mitre, su compatriota: "San Martín cometió tres errores después de Chacabuco. A causa de ellos se prolongó una campaña que debió terminar inmediatamente, y vióse obligado a dar cuatro nuevas batallas para consolidar la reconquista chilena, retardando por tres años la prosecución de su grande empresa".

"La reconcentración del vencedor en el campo de batalla en la noche del 12 de febrero, limitándose a la persecución de los dispersos por la caballería, sin extenderla al menos hasta el portezuelo de Colina, es un exceso de prudencia, que sólo se explicaría por el cansancio de sus tropas, y puede justificarse como precaución contra un ataque nocturno, que en efecto pensó llevarle el enemigo, que contaba con fuerzas suficientes para ello, cuando él estaba recargado con una gran masa de prisioneros. El no haber perseguido a los fugitivos despavoridos, por el camino de Valparaíso, en vez de acudir a la capital evacuada cuando la presencia de un par de escuadrones hubiera podido completar el triunfo, fue otro grave error, salvándose por esta omisión 1.600 hombres de buena tropa que pasaron al Perú, y que más adelante hubo de encontrar a su frente". (*Historia de San Martín*, T. II, P. 36, Ed. 1889).

El tercer error a que hace alusión Mitre tiene relación con el atraso en iniciar la campaña del sur y a ello nos referiremos en la debida oportunidad.

### III

La victoria de Chacabuco es el hecho de armas más trascendental en la emancipación de la América Hispana. Permitió a Chile organizar, sobre la base de elementos nacionales, unidades de notable valer militar y crear una Escuadra que, comandada "por el máximo genio naval del siglo XIX, barrió el Pacífico de enemigos". La alternativa de Pezuela era, ahora, o lanzar contra Chile las fuerzas de que disponía en esos instantes o esperar en Lima la acometida del Ejército Libertador. Concedió, así, una tregua en el Alto Perú al extenuado Ejército argentino del norte (Salta y Tucumán) y, al impedir que el virrey acudiera en auxilio de los Ejércitos realistas de Nueva Granada y de Venezuela, hizo posible las campañas de Simón Bolívar.

Maipo no constituyó sino el simple afianzamiento de los resultados de Chacabuco y Ayacucho, el epílogo de la prolongada contienda por la libertad.

#### 5.—Conclusiones militares.

##### a) La organización del Ejército de los Andes

La organización del Ejército de los Andes se puede considerar como la obra maestra de San Martín. (2). "Poniendo en juego una actividad

(3) Palabras textuales del señor General Indalicio Téllez en su obra *Historia Militar de Chile*.

poco común pudo realizar el milagro de organizar en un país pobre y exhausto, un Ejército de cerca de 4.000 hombres, perfectamente equipados y armados". El Comandante en Jefe se preocupó personalmente de cada uno de los detalles de la organización y de la formación de la disciplina.

Constantemente, San Martín recibió insinuaciones del gobierno de Buenos Aires en el sentido de abandonar su empresa, insinuaciones que rechazó y siguió adelante con la fe inquebrantable del hombre que tiene un ideal y que anhela cumplirlo.

Sabía San Martín que la única posibilidad de derrotar definitivamente el poder militar español en la parte sur del continente era atacándolo en el Perú. Para ello necesitaba de Chile como posición de partida, como fuente de recursos humanos y materiales que no recibiría de su gobierno (como aconteció) y, fundamentalmente de una Escuadra que arrebatara a España el dominio del mar.

El imponente macizo andino era en esa época, como aún hoy también lo es, un formidable obstáculo tras el cual el gobierno de Marcó del Pont se sentía suficientemente seguro. Para cruzarlo se requería de la consideración de innumerables detalles de preparación, que iban desde las modalidades del entrenamiento y la aclimatación de los hombres, hasta la forma de transportar los armamentos pesados y los abastecimientos.

Todo el transporte debía realizarse a lomo de mula y se necesitarían bastimentos para asegurar la capacidad combativa de las fuerzas hasta obtener una victoria decisiva.

#### b) *Obtención de informaciones y la diversión estratégica.*

Para organizar el Ejército de los Andes, San Martín y O'Higgins necesitaban mantener contacto con patriotas radicados en Chile y establecer un servicio de informaciones. Manuel Rodríguez y muchos más cumplieron hábilmente estas actividades. El señor Alvarez Condarco, enviado como parlamentario ante Marcó del Pont, aprovechó su viaje para levantar un plano detallado de los pasos cordilleranos.

Cuando ya el Ejército estuvo listo para operar, se presentó el problema de distraer y obligar a dispersarse el Ejército realista. De mantenerse éste reunido sería muy difícil lograr derrotarlo. Mediante audaces acciones de guerrilleros, entre los cuales se destacó Manuel Rodríguez, propagación de falsos rumores, y comunicaciones de atemorizadoras noticias, se pudo sembrar la incertidumbre en las filas realistas y se le obligó a dispersarse entre Santiago y Talca.

La diversión estratégica estuvo a cargo de la columna Freire, la que logró amarrar considerables fuerzas realistas: el batallón Chillán, 2 escuadrones de carabineros y 2 escuadrones de Húsares, alrededor de 1.400 hombres. Fue una operación muy bien planificada y ejecutada que cumplió ampliamente con su objetivo.

c) *El plan para la travesía de la cordillera.*

Fue un plan bien concebido ya que, además de la diversión estratégica antes mencionada, consideraba cruzar el macizo andino por 2 direcciones de avance.

Con ella se buscaba rechazar a las fuerzas realistas que pudieran oponerse a la reunión en una zona favorable para avanzar desde ella hacia la capital.

La columna Las Heras recibió la siguiente misión:

“Avanzar resueltamente hacia Santa Rosa de Los Andes, batiendo a las fuerzas realistas que se le opusieran, procurando llamar la atención sin comprometerse a fondo y sólo para dar tiempo a la agrupación principal para que llegara sin graves tropiezos a Putaendo”.

Esta columna llevaba las siguientes unidades:

—Batallón de Infantería N° 11	750 hombres
—Batallón de Granaderos	30 hombres
—Dos piezas de Artillería de montaña	20 hombres
	800 hombres

La columna principal recorrería un camino más largo, pero más seguro. Estaría integrada por 2 divisiones y un destacamento de reserva. Debería alcanzar San Felipe el 8 de febrero, la misma fecha en que la columna Las Heras debía conquistar Santa Rosa de Los Andes.

Además se consideró emplear un pequeño destacamento desde San Juan hacia Coquimbo, como una segunda medida de diversión estratégica.

El plan bien concebido fue excelentemente cumplido. Las columnas se reunieron en el lugar y la fecha previstos, después de rechazar a las pocas fuerzas realistas que se les opusieron.

d) *Consideraciones generales sobre la batalla de Chacabuco.*

El plan para combatir a las fuerzas realistas que defendían la capital fue sencillo, pero en él llaman la atención 2 hechos:

- que la orden que lo ponía en ejecución no estaba firmada por el Comandante en Jefe.
- que en ella se dieran detalles para la ejecución misma de la batalla cuando aún no se tenía un conocimiento seguro sobre el terreno y el dispositivo enemigo.

El primer hecho expuesto tiene una significación moral ya que podría significar, o que el Comandante en Jefe era supeditado por su Jefe de Estado Mayor o que no tenía conocimiento de lo que se iba a realizar, cosa muy extraña por cuanto San Martín avanzó al mando de una pequeña fuerza de reserva.

El segundo hecho fue la causa primordial por la cual la batalla misma se dio en forma descoordinada y con un riesgo demasiado grande de ser batidas las fuerzas patriotas, en detalle.

En cuanto a la ejecución misma de la batalla, está comprobado que O'Higgins recibió autorización expresa para iniciar el ataque antes de la llegada de la columna Soler. Pero esta autorización fue concedida por el desconocimiento que se tenía del dispositivo enemigo, producto lógico de una falta de adecuada exploración.

Si bien es cierto que la decisión de adelantar en dos días la batalla impidió a los españoles reforzar sus fuerzas y organizar mejor sus posiciones defensivas, no es menos cierto que obligó a los patriotas a atacar sin el valioso apoyo de la artillería. Esto fue de mucha gravedad ante la circunstancia de contar el adversario con una muy bien entrenada artillería.

El mayor error patriota de la batalla no fue su ejecución misma, pues la improvisación se compensó con la victoria, sino que no buscar el aniquilamiento total de los realistas en retirada; tal como se expresa en la descripción de la batalla, esa falta de persecución permitió que los españoles salvaran un buen número de hombres, armamentos e implementos de combate y— lo que es más grave— se postergara para la Patria la hora de la decisión final. Este error ha sido cometido a lo largo de la historia militar trayendo graves consecuencias y, sin embargo, es uno de los más comunes en la conducción militar. Napoleón cayó en él después de Ligny y fue una de las causas de su derrota en Waterloo; Lautaro lo cometió en Marigüeñu y fue la razón que le impidió haber aniquilado a las fuerzas realistas en Concepción.

## B.—La guerra del Sur

### 1.—Ordóñez en Concepción

Luego que O'Higgins fue designado Director Supremo del Estado, el general San Martín regresó a Buenos Aires, dispuesto a conseguir del Director Pueyrredón recursos con los cuales dar comienzo a los preparativos de dicha empresa.

O'Higgins asumió la tarea de afianzar definitivamente la dominación patriota en el país. El General en Jefe —hemos visto— había dejado escapar después de la victoria de Chacabuco al Ejército realista, aun cuando hubiera podido impedir, sin mayor dificultad, su embarque en Valparaíso. Se explica, en cierto modo, tal omisión por el cansancio de sus fuerzas y el desconocimiento de la desmoralización de Marcó del Pont y de las fuerzas a sus órdenes. No se explica, en cambio, su inactividad después de la entrada a la capital. "El error capital —comenta Mitre— fue no asegurar los frutos de la victoria, iniciando con actividad la campaña del sur de Chile, antes que el enemigo tuviese tiempo de reaccionar; y lo agrava la circunstancia de haber previsto él mismo tal eventualidad, cuando en su plan ofensivo de campaña (de 15 de junio de 1816) decía "que debía cargarse al grueso del enemigo hasta desha-

cerlo en la primera acción para huir al gravísimo inconveniente de demorar la guerra".

El dilema a que se vio enfrentado era o proseguir él mismo a Talcahuano, antes que el coronel José Ordóñez se organizara para la resistencia (remediando en el camino las deficiencias de carácter logístico) o esperar que la situación se normalizara, a fin de enviar un jefe de la talla de Las Heras o de Prieto al frente de una fuerza respetable y bien equipada. Encina da como razón a este traspie "el uso del opio y el excesivo desgaste nervioso que le ocasionó la formación del Ejército de los Andes y la sacudida de la batalla de Chacabuco". (3).

Efectivamente, con fecha 26 de febrero de 1817, San Martín oficiaba al Gobierno de Buenos Aires que su salud era mala y que su vida "cada día pelagra más y mi presencia en ésta no es de necesidad en el día". Solicitaba, en consecuencia, se le concediera el retiro, a fin de "cuidar los cortos días que me quedan de existencia".

Aún cuando la renuncia no le fue aceptada y superó más adelante esta crisis, se despreocupó entonces del serio incordio que significaba la presencia de Ordóñez en el sur. Estaba al tanto que éste contaba con 1.000 soldados de primera calidad, susceptibles de ser elevados rápidamente a más de 1.500; pero no se sabía a ciencia cierta aún si los 1.000 hombres de Marcó del Pont que se embarcaron en Valparaíso, a raíz de su derrota en la cuesta, habían tomado o no el rumbo de Talcahuano.

Efectivamente, acuarteló en Santiago al grueso del Ejército y encomendó el remate de la campaña al comandante D. Ramón Freire que sólo disponía de 100 soldados de línea. Días más tarde envió en su ayuda una columna a las órdenes del coronel D. Juan Gregorio de Las Heras.

## 2.—Freire y Las Heras en el sur

Después de su feliz campaña en el paso del Planchón y de la ocupación de la comarca —como parte integrante del plan de travesía de la cordillera por el Ejército de los Andes— Freire instaló fracciones de seguridad en la línea del Maule e impidió el paso de los grupos dispersos de soldados que, en número de 900, dejó en tierra Maroto al embarcarse en Valparaíso. No contaba para tal misión con más de 100 hombres de línea, más los milicianos y guerrilleros que posteriormente se le agregaron. Como advirtiera el peligro que significaba la instalación de Ordóñez en Talcahuano, solicitó el envío de los refuerzos correspondientes. San Martín resolvió despachar al coronel don Juan Gregorio de Las Heras con un batallón de infantería, reforzado con un escuadrón de Granaderos a caballo, 2 cañones y 2 obuses. Enfermo de cierta gravedad, Las Heras se resistió —en un primer instante— a tomar el mando y, forzado a hacerlo, inició su marcha con escaso entusiasmo. Mitre mani-

(3) Mitre relata que, a mediados de 1819, San Martín "sólo encontraba alivio a sus males en el abuso del opio, pasando largas noches en insomnio". HISTORIA DE SAN MARTÍN. B. Mitre. Félix Lajouane. Edit. 1889 (2ª edic.). T. II, página 405.

fiesta que el citado coronel aceptó el mando "de mala gana y por esto tal vez no correspondió en un principio a las fundadas esperanzas en él depositadas". Agrega en una nota, más abajo, que con fecha 2 de marzo de 1817 escribía a San Martín, "le exponía el mal estado de su salud y le recordaba la licencia que antes le había concedido para pasar a curarse a los baños de Cauquenes".

Las Heras partió de Santiago el 19 de febrero y llegó a Talca sólo el 8 de marzo. Allí se detuvo quince días para reorganizarse, de suerte que atravesó el Maule recién el 23 de marzo.

Ordóñez había resuelto mantener incólume el dominio español en la provincia de Concepción y materializar la resistencia en Talcahuano. Habíase iniciado anteriormente la construcción de un foso profundo que partiendo de la bahía de San Vicente (al W), rematará en la desembocadura del río Andalién, a fin de facilitar la defensa del fuerte contra los asaltos terrestres. Hizo trasladar hasta allí la mayor parte de la artillería que había en Chillán y, utilizando la porción del foso construida previamente, trazó una línea que corría entre la bahía de San Vicente y el extremo poniente de la isla de Rocuant. Había dispuesto, al mismo tiempo, el repliegue de sus agrupaciones hacia Concepción y Talcahuano.

El 22 de febrero recibió confirmación de los rumores que circulaban sobre el gran desastre de las armas del rey y de que Freire vigilaba los pasos del Maule. Dejó entre este río y el Ñuble una columna de 200 fusileros, al mando del capitán Antonio Vites Pasquel, para impedir los levantamientos en la medida de lo posible y reunió sus tropas en Concepción y Talcahuano, con el eficaz concurso del coronel D. Juan Francisco Sánchez. Sus fuerzas ascendían a poco más de 1.000 soldados de línea, con el batallón de infantería de Concepción, una compañía de Dragones de la Frontera y los artilleros, reforzados luego por los 1.000 embarcados en Valparaíso, que el virrey del Perú mandó regresar desde Lima al teatro de la guerra.

### 3.—*Sorpresa de Curapalíhue*

Freire aprovechó el repliegue de las tropas de Ordóñez a Talcahuano para despachar al sur del Maule al coronel de milicias D. Antonio Merino, con la misión de hostilizar —con las bandas patriotas que lograra reunir— la retirada de los realistas y tomar posesión de las villas y ciudades que éstos fueran abandonando. Freire estimó que la proximidad de Las Heras le permitiría atravesar el Maule sin mayor riesgo y, dejando de lado las instrucciones del Alto Mando, avanzó con sus tropas hacia Parral. Las Heras lo reforzó desde Talca con el escuadrón de Granaderos a caballo del comandante José Melián y, alarmado por su avance hasta las inmediaciones de Concepción, salió de Talca para reunirse con el comandante chileno el 2 de abril, en las márgenes del río Diguillín. El día 4 acantonaban ambos en las casas de la hacienda de Curapalíhue, a cinco o seis leguas de la capital del Bío-Bío.

Sabedor el infatigable Ordóñez de que el jefe patriota se encontraba situado en las inmediaciones, preparó una sorpresa nocturna. Despachó al

comandante Campillo al frente de 500 infantes y 100 milicianos de caballería, con la misión de caer sobre el campamento adversario: ello ocurrió a la 1.30 de la madrugada del día 5. Las Heras había tomado, afortunadamente, las medidas de seguridad correspondientes y los puestos avanzados —por otra parte— mantuviéronse firmes en sus lugares y se replegaron a la división sólo cuando ésta estuvo en condiciones de romper el fuego. Después de un encarnizado combate, que se prolongó hasta poco antes del amanecer, el comandante español hubo de desistir de su intento y emprender la retirada.

Las Heras comprendió el peligro de continuar detenido en Curapalhue y prosiguió, en consecuencia, su avance a Concepción. Al atardecer del mismo día 5 pasaba al reposo en el cerrito de Gavilán, desde el cual tenía dominio visual sobre la ciudad y los caminos que la unían con Talcahuano. Al día siguiente ocupó la ciudad sin resistencia. La tolerante actitud del jefe patriota y de sus fuerzas para con los pobladores y la conciencia generalizada de que el Ejército realista había sido aniquilado en Chacabuco, facilitaron la ocupación del resto de la provincia. El capitán José Cienfuegos ocupó los pueblos de Rere, Yumbel y Los Angeles. Ordóñez quedó así encerrado en Talcahuano.

Ordóñez estaba bien fortificado; disponía de más de 1.000 hombres de línea; el dominio de la bahía y de la costa al sur del Bío-Bío y el concurso de sus aliados mapuches le suministraban alimentos y refuerzos que, en el momento oportuno, le permitirían pasar al ataque. Perfectamente compenetrado de esta situación, Las Heras pidió a O'Higgins reforzara sus fuerzas con otro batallón de infantería. Tres días más tarde, el 10 de abril, le encarecía, en carta particular, se pusiera sin tardanza en marcha al sur, a fin de colocarse al frente del Ejército que debía atacar la fortaleza. Podría ocurrir que Ordóñez recibiera nuevos refuerzos y la captura de Talcahuano exigiera, entonces, mayores sacrificios en vidas y en recursos. Según el estado de fuerzas del citado 10 de abril, el destacamento Las Heras más las tropas de Freire contaba con un total de 1.296 hombres y 6 cañones suficientes para mantener a los realistas encerrados en la plaza de Talcahuano... pero no para tomarla por asalto.

Los temores de Las Heras empezaban a cumplirse. Las fragatas de guerra *Venganza* y *Sebastiana*, que Marcó del Pont había despachado en enero contra una imaginaria expedición patriota, al no encontrar el menor rastro de ella en la región austral, se resolvieron a recalar en Talcahuano. Su comandante don Tomás Blanco Cabrera reforzó a Ordóñez con 80 hombres de Valdivia, que tenía de guarnición a bordo y con artilleros de sus buques y dejó, además, sus dos naves en el puerto con el ánimo de colaborar en la resistencia.

#### 4.—Combate de cerro Gavilán

El 1º de mayo fueron avistados en el horizonte cuatro buques que se acercaban a Talcahuano. Eran los transportes que, desde el Callao, conducían los hombres escapados del campo de batalla de Chacabuco.

Hemos visto cuán claramente se representaron al virrey Pezuela las graves repercusiones de esta victoria patriota. Era indispensable, pues, la reconquista inmediata de Chile, puesto que San Martín —reforzado con los elementos de este país— iba a conquistar el dominio del Pacífico y el conflicto se desplazaría hacia el Perú, a la sazón desguarnecido. Al tanto de que el coronel Ordóñez se sostenía en Talcahuano, advirtió que —como primera medida— era preciso reforzarlo a la brevedad, mientras se organizaba una expedición capaz de batir al Ejército de los Andes. La única fuerza de que se disponía por entonces era la constituida por los fugitivos de Chacabuco y, en tal evento, ordenó acuartelarlos en El Callao, equiparlos debidamente y embarcarlos con rumbo al sur el 26 de marzo. Eran 124 jefes y oficiales y 621 soldados, que traían refuerzos de material de guerra, vestuario, azúcar, tabaco y unos \$ 12.000 en dinero.

Ordóñez obtuvo con este refuerzo una ligera superioridad numérica sobre el adversario: unos 1.600 soldados de línea contra 1.200. A todo esto, se acercaba O'Higgins con una división de las tres armas que iba casi a duplicar los efectivos patriotas. Por sus espías habíase enterado Ordóñez del avance de estas tropas y comprendió que, consumada la reunión, difícil le sería atacarlos con éxito. Resolvió, pues, aprovechar la superioridad numérica momentánea para aniquilar a Las Heras.

Este último había ocupado una posición en el cerro de Gavilán y emplazado en su flanco este un cañón y un obús con campo de tiro sobre el arenal al norte de la ciudad y en el flanco oeste, una batería de 3 piezas y otro obús que podían batir al vecino cerro de Chepe y el camino más frecuentado a Talcahuano. O'Higgins, mientras tanto, proseguía su avance con la mayor rapidez posible, atento a llegar a Concepción al atardecer del 5 de mayo. Más aún, adelantó 2 compañías de fusileros con la orden expresa de marchar toda la noche.

Ordóñez resolvió adelantar el asalto a las posiciones del Gavilán. A las 3 de la madrugada del día 5 se sintieron tres cañonazos, que marcaban la señal de partida del ataque por parte de las columnas realistas. Media hora más tarde las lanchas cañoneras rompían el fuego de sus cañones frente a la explanada de Penco. El jefe patriota se dio cuenta que los tres disparos eran una señal convenida por el enemigo y que el cañoneo de Penco significaba sólo un ardid para distraer su atención y hacerle creer que la vanguardia de O'Higgins entraba en combate. A eso de las 6 de la mañana, cuando comenzaba a aclarar, divisó fuerzas que avanzaban por el camino de Talcahuano y ordenó fueran batidas por la artillería. Aquéllas se detuvieron un momento; pero reanudaron resueltamente su marcha, protegidas por 2 piezas de artillería emplazadas en el cerro Chepe. Esta columna, comandada personalmente por Ordóñez, se componía de 550 infantes, 218 jinetes y 4 cañones y debía caer sobre el flanco oeste patriota. El coronel Morgado, al frente de otra columna de 110 infantes, 278 jinetes y 2 cañones avanzaba por el camino de Betancourt, que corre al norte del primero, hasta atacar el flanco este de Las Heras. Las partidas realistas del sur del Bío-Bío, comandadas por el teniente coronel D. Antonio Martínez, debían cruzar el río, caer sobre Concepción y amagar a Las Heras por la espalda. Por último, una frac-

ción de caballería se situó en el cajón de Palomares (camino de Puchacay), con la misión de cortar la retirada a los restos dispersos del destacamento patriota.

Ordóñez flanqueó la extrema izquierda (oeste) patriota en su avance por el lado del Bío-Bío hasta los suburbios de Concepción. Este movimiento obligó a Las Heras a dar cara al sur con el batallón N° 11 y disponer una carga de caballería, que llevó a la columna Ordóñez a retroceder hasta el cerro de Chepe, al norponiente de las lomas o cerrillos de Gavilán. La acción pareció por un momento decidida; pero pronto se advirtió un violento fuego de artillería y fusilería en el flanco este patriota. Era Morgado que, aunque retardado en su avance, llegaba a tiempo para modificar la faz del combate. Freire, situado allí con unos 100 hombres, logró contener el avance de los 110 infantes realistas y, reforzado con 2 compañías del N° 11, los rechazó a la bayoneta, les arrebató sus cañones y los puso en completa dispersión. Mientras tanto, al pie de los cerros de Chepe se combatía con singular violencia y momento hubo en que la suerte pareció favorecer a los realistas. Los cañones patriotas que dirigían sus fuegos sobre este punto se desmontaron de improviso; pero el capitán D. Francisco Díaz, comandante de las 2 piezas del reducto, acudió con ellas rápidamente y sostuvo un fuego vivo. Las lanchas que conducían los guerrilleros realistas, próximas ya a la ribera norte, no se atrevieron a intentar el desembarco proyectado ante el aspecto que en ese punto había tomado la lucha.

Ordóñez comenzó a advertir la inutilidad de sus esfuerzos y cuando vio que la columna Morgado había sido aniquilada dio la orden de retirada. La caballería patriota inició la persecución, no obstante lo cual el Comandante en Jefe español pudo replegarse en orden a Talcahuano. En esos momentos llegaban las 2 compañías de fusileros despachadas por O'Higgins y alcanzaron a participar en los episodios postreros de la acción.

A las 10 de la mañana el combate estaba concluido: en poder de los patriotas quedaron 3 cañones, 200 fusiles, 320 proyectiles de artillería y 30.000 cartuchos de fusil. Los patriotas tuvieron 6 muertos y 67 heridos y los realistas, 120 muertos y 80 prisioneros, además de 48 heridos que llevaron consigo.

### 5.—Guerra de guerrillas. Asalto de Talcahuano

#### I

Desde los primeros días de abril Las Heras había hecho presente la insuficiencia de sus medios y los peligros de que Ordóñez reforzase las fortificaciones de Talcahuano. El Gobierno resolvió que el Director O'Higgins se trasladara al sur a asumir la dirección de las operaciones y éste se puso en marcha al frente de un destacamento de 800 soldados (batallón de infantería N° 7, un escuadrón de Granaderos a caballo y 2 cañones).

El 2 de mayo estaba O'Higgins en Chillán. Allí conoció la noticia del arribo de los fugitivos de Chacabuco, despachados por el virrey Pezuela con rumbo a Talcahuano y comprendió la amenaza que se cernía sobre Las Heras y sus tropas. Se desentendió de los asuntos administrativos y religiosos que, hasta entonces, habían sido el centro de gravedad de su labor durante el trayecto y prosiguió en la mañana del 3 en dirección al sur. En el camino recibió la carta a través de la cual Las Heras le pedía auxilio y —según se ha visto anteriormente— apresuró la marcha y adelantó 2 compañías de infantería. En la mañana del 5, al llegar a Curapalihue, oyó el eco lejano de la artillería y poco después recibió una breve nota del coronel que le informaba respecto de su reciente victoria en el cerro de Gavilán. Esa misma tarde llegaba el Director Supremo a abrazar al vencedor de la jornada en medio de los mayores transportes de júbilo.

Pasada la euforia del momento, su ánimo se sintió contristado al observar el estado calamitoso en que yacían las propias tropas y, sobre todo, al abarcar en toda su magnitud el aspecto gravísimo y ya irreparable que había alcanzado el problema de la captura de Talcahuano. La gente estaba poco menos que desnuda y las unidades de caballería recién organizadas carecían de cabalgaduras, de carabinas y de sables. "Es el arma que nos da la victoria" —expresaba O'Higgins al Gobierno, con fecha 7 de mayo, al referirse a las citadas unidades de caballería. Estas deficiencias eran, sin embargo, fáciles de subsanar. El problema de Talcahuano, en cambio, parecía no tener salida... al menos mientras no se contara con un mayor número de fuerzas. El primer reconocimiento de la plaza fortificada, en compañía del sargento mayor de ingenieros D. Antonio Arcos y el capitán D. José Manuel Borgoño, hizo comprender a O'Higgins que era dicha plaza más formidable de lo que al comienzo había imaginado.

## II

Mientras se practicaban los reconocimientos necesarios y se acumulaban los elementos para el asalto, O'Higgins dispuso la ocupación del territorio que quedaba al sur del Bío-Bío y de la plaza de Arauco, a fin de privar de recursos a Ordóñez. El capitán José Cienfuegos asaltó y capturó la fortaleza de Nacimiento el 12 de mayo y San Pedro se rindió sin disparar un tiro.

En la tarde del día 26, y a pesar de una lluvia persistente y fría, el comandante D. Ramón Freire partió al frente de 350 hombres y ocupó el fuerte de Colcura. Al día siguiente, en condiciones climáticas más severas aún, atravesó la cuesta de Villagra, cruzó el río Carampangue y —al amparo de la noche— capturó la bien defendida plaza de Arauco. Freire realizó la increíble hazaña con sólo 50 jinetes e infantes escogidos...

A su regreso, dejó la plaza a cargo del capitán Cienfuegos. Los araucanos atrajeron a este último a una emboscada en la margen derecha del río Lebu y lo asesinaron con la mayor parte de su tropa. Junto

con llegar la noticia de este atentado a Concepción, el 4 de julio, Freire partió con 200 soldados, derrotó a Díaz (jefe de los araucanos asesinos), recogió 48 soldados que se ocultaban en los bosques y, en represalia, pasó a cuchillo a cuanto realista logró capturar en la zona.

### III

En el mes de mayo —y estimuladas por Ordóñez— habían comenzado a actuar, con singular eficacia, algunas guerrillas realistas. El dominio del mar permitió al coronel surtir de armas a las diversas partidas y, en menos de tres meses, las depredaciones de éstas se extendieron desde Cauquenes hasta la Araucanía. Con la decidida colaboración de las autoridades locales, O'Higgins persiguió a los guerrilleros con gran tenacidad, los venció siempre y extremó los fusilamientos. Pero los guerrilleros, dispersados un día, reaparecían al siguiente con nuevas armas y caballos, secundados a veces por los mapuches y numerosos malhechores. "Hubiera el enemigo, sin duda, logrado sublevarme las provincias —comunicaba D. Bernardo a San Martín el 30 de julio —a no haber puesto en ellas tenientes gobernadores activos y patriotas comprometidos". Ordóñez había alcanzado, en parte, los fines que perseguía al fomentar la actividad guerrillera: se habían distraído tropas en su persecución y la Intendencia de Concepción —que aún no se reponía de los quebrantos de 1813 y 1814— asolada de nuevo, no estuvo en condiciones de suministrar género alguno de recursos al Ejército patriota.

El invierno excepcionalmente lluvioso de 1817 impuso una tregua a los beligerantes. No por ello dejó Ordóñez de imprimir un gran dinamismo a la lucha de guerrillas y ni siquiera la brillante victoria de Freire en Tubul (12 de septiembre) logró modificar la situación. El 12 de octubre una agrupación de 200 hombres ocupaba la plaza de Santa Juana y su guarnición huía en lanchas al norte del Bío-Bío. Hacia la misma fecha la insurrección estallaba en los campos y montañas vecinos a Chillán.

En atención a la gravedad de los acontecimientos y dejando una fuerza de seguridad frente a Talcahuano, O'Higgins despachó contra los guerrilleros a los capitanes Agustín López, Francisco Javier Molina y José María de la Cruz y al gobernador de Chillán D. Pedro Ramón Arriagada, con otras tantas columnas de caballería. Con miras a centralizar la dirección de las operaciones, nombró Comandante General de la Frontera al coronel D. Andrés del Alcázar. Pese a la actividad desplegada, no se pudo impedir que los indios y malhechores saquearan las villas de Los Angeles, San Carlos, Santa Bárbara y Tucapel. Se logró, al fin, rechazarlos al sur del Bío-Bío.

### IV

O'Higgins observó alarmado que Ordóñez no cesaba de recibir refuerzos y pudo aquilatar la gravedad que encerraba la posesión de Talcahuano por los realistas y lo que significaba el que contarán con una ex-

celente base para un intento de reconquista de Chile con fuerzas organizadas en Lima. En tanto el foco realista de Talcahuano no fuera eliminado, las medidas que se tomaran contra los montoneros serían inútiles.

Tales razones estimularon a O'Higgins a tentar un asalto sobre la plaza fortificada, a pesar de la invulnerabilidad de ésta y de los sacrificios en vidas que iba a costar. Sólo esperaba le llegaran los refuerzos pedidos a la capital. San Martín le envió desde Santiago al ingeniero militar Bacler d'Albe y al general don Miguel Brayer, antiguos oficiales de los Ejércitos imperiales de Napoleón Bonaparte. O'Higgins encargó al primero de ellos la misión de levantar un plano de la zona Talcahuano-Concepción, que el distinguido ingeniero cumplió a entera satisfacción del Mando patriota. Brayer, por su parte, fue nombrado Jefe del Estado Mayor General.

Tan pronto lo permitió el estado de los caminos, llegaron los socorros solicitados a Santiago. El 24 de noviembre O'Higgins pasaba revista, en los alrededores de Concepción, a 3.300 hombres de las tres armas, regularmente equipados e instruidos. Se trataba de los batallones 1 y 3 de Chile y 7 y 11 del Ejército de los Andes; 2 escuadrones de Granaderos a caballo; 1 escuadrón de Cazadores a caballo (argentino); escuadrones de Cazadores de la Escolta Directorial y 1 brigada de artillería de Chile.

Al día siguiente el Ejército patriota tomaba colocación enfrente de Talcahuano, en el cerro de los Perales. El plan ideado por Brayer consultaba un ataque sobre el ala este realista, que se apoyaba en la bahía de Talcahuano y estaba defendida por el reducto del Morro... a su juicio, la llave de la plaza. Conquistando este reducto —estimaba— la ciudad, los demás fuertes y la península de Tumbes, en su totalidad, caerían en poder de los patriotas casi sin nuevos sacrificios. La ocupación inmediata de la ciudad a través del flanco oeste realista impediría a los sitiados ganar las naves y todos ellos caerían en poder de los patriotas.

El flanco este era la parte más fuerte de la línea y, aunque fuera roto, era necesario forzar una segunda línea. La posición del Morro, lejos de dominar la plaza, estaba dominada por las baterías emplazadas en el cerro del Cura, sin contar los fuegos del reducto de Cabrera y de los buques.

En la tarde del 5 de diciembre se dio a conocer a los comandantes de unidades el dispositivo de ataque. A la 1 de la madrugada las fuerzas (2 brigadas) estarían listas para emprender el asalto. Una de ellas, a las órdenes del comandante Las Heras, debía atacar el Morro. Inmediatamente después de apoderarse de éste el mayor Beauchef debía converger por detrás de la primera línea hacia el centro de ella y dejar caer el puente levadizo para el paso de la caballería patriota.

La 2ª brigada amagaría el centro y el ala oeste para impedir que los defensores acudieran a reforzar a las tropas del Morro. Cuando la tropa de Beauchef anunciara la caída del puente levadizo al grito de ¡viva la Patria!, Freire —a la cabeza de la caballería— lo atravesaría con la mayor rapidez posible, para situarse —en seguida— en el cerro del Cura, punto de reunión del Ejército. El comandante Borgoño, con sus

artilleros —y sin las piezas— debía seguir a la caballería y concluir con la resistencia, volviendo contra los sitiados y los buques, los cañones de las propias fortalezas. El ingeniero Bacler d'Albe, al frente de una fracción de zapadores, provisto de palas, hachas y picos, recibió la misión de ensanchar la brecha abierta por los asaltantes. Finalmente, las balsas cañoneras, a las órdenes del piloto inglés Ignacio Manning, debían atacar a las embarcaciones menores ancladas en la bahía de San Vicente, para atraer por este lado a Ordóñez.

A las 11 de la noche, en la más completa obscuridad y en absoluto silencio, se formaron las columnas patriotas de ataque. Beauchef, elegido expresamente por su intrepidez, rompió la marcha a las 3 de la mañana al frente de 4 compañías de infantería, de las cuales una se extravió a causa de la obscuridad de la noche. Beauchef se arrojó al foso lleno de agua, fue seguido por algunos oficiales y soldados y escaló los parapetos. Gracias al suelo arenoso y blando, pudieron arrancar algunos palos y abrir un boquerón, por donde penetraron tumultuosamente los soldados.

Creyéndose rodeados por todo el Ejército enemigo, los defensores del Morro comenzaron a replegarse. Un grupo de ellos hizo una descarga a quemarropa, que mató al capitán Bernardo Videla y que fracturó el brazo derecho a Beauchef. A pesar de la gravedad de su herida, éste siguió a sus soldados y alcanzó a impartir la orden de converger hacia el centro realista y bajar el puente levadizo.

En esos momentos ya habían coronado la posición más de 1.000 soldados de la brigada Las Heras, inclusive su jefe. Beauchef, que seguía sangrando, se retiró y cayó en una charca, de donde lo recogió providencialmente un sargento de su batallón. Empezaba a aclarar. El primer objetivo del plan Brayer estaba alcanzado. Mas, al converger hacia el centro para bajar el puente levadizo y dar paso a la caballería, los hombres de Las Heras tropezaron con el foso que aislaba el reduto del Morro de la batería de Cabrera y de la ciudad por el norte y del resto de la línea realista y del puente levadizo por el poniente.

En los primeros momentos se había producido una confusión general en el campo realista. Pero, con las primeras luces del alba, Ordóñez restableció el orden y el avance hasta el puente levadizo se tornó imposible. El centro y el ala derecha realista habían rechazado el ataque del comandante Pedro Conde y las balsas cañoneras tampoco habían logrado desembarcar fuerzas dentro del recinto fortificado, por el lado de San Vicente.

Ordóñez empezó a batir a las baterías de tierra que cañoneaban el Morro desde el norte y poniente, mientras los buques lo hacían desde el oriente. Los vencedores del Morro eran diezmados implacablemente y reducidos a la más absoluta impotencia, pues no habían logrado volver los cañones contra los realistas. O'Higgins avanzó hasta la primera línea y se esforzó por reanimar a las tropas de Conde; pero pronto tuvo que desistir, dejando tendidos a sus pies a los dos ayudantes que le acompañaban. A las 5 impartió a Las Heras la orden de abandonar el Morro, a fin de evitar un sacrificio inútil. Quedaron abandonados en el campo más de 150 patriotas y el número de heridos llegó a unos 280.

La noticia del arribo de la expedición Osorio, que llegó a Santiago el 8 de diciembre, puso término a los proyectos y consultas de O'Higgins sobre un nuevo ataque a Talcahuano.

## 6.—Conclusiones militares

### a) Desviación del objetivo

En toda campaña u operación militar, debe buscarse siempre, como objetivo primordial, la fuerza enemiga. Si se está en condiciones de destruirla, es necesario hacerlo directamente y en el mínimo de tiempo, ya que con ello se evita la prolongación de la campaña o de la operación. Esta circunstancia permite que el enemigo pueda rehacerse, recibir refuerzos o hacerse fuerte en una zona favorable. Ha sido, sin embargo, muy común que los conductores se dejen arrastrar hacia objetivos geográficos de significación política o económica, desviándose de lo fundamental, que es la fuerza enemiga.

Un objetivo geográfico, por mucha importancia política o económica que tenga, pierde su valor si no se cuenta con fuerza para mantenerlo; si esa fuerza de seguridad es aniquilada, se conquistará fácilmente.

El objetivo que persiguió la campaña de los Andes fue la reconquista de Chile y eso significaba no solamente ganar su capital sino que destruir las fuerzas españolas de ocupación. Mientras ellas se mantuvieron quedaban vigentes las siguientes posibilidades:

—Reorganizarse, aprovechando la circunstancia que aún una gran cantidad de habitantes no comprendía del todo el concepto de "independencia" y que sentía mayor seguridad bajo el lejano dominio del rey de España que bajo el gobierno, siempre en tensión y exigente, de algunos llamados patriotas. La población y en especial las clases sociales más altas de la región sur del país, eran en gran medida partidarios de la causa realista.

—Dar seguridad a la llegada de refuerzos desde el Perú, cosa muy posible dado que España contaba con el dominio del mar y sólo necesitaba puertos para desembarcar sus efectivos.

Después de Chacabuco, reconquistado Santiago, San Martín sólo pensó en la continuación de su campaña, no para terminar el dominio realista en Chile, como habría sido lo lógico, sino que para ir al Perú a combatir directamente en el virreinato. Sin embargo, sus insistencias ante su gobierno de Buenos Aires fueron vanas y sólo pudo llevar adelante su propósito cuando Chile, terminada ya la dominación realista, pudo asegurarle el dominio del mar y entregarle recursos y medios para cumplir su objetivo.

O'Higgins, impulsado por su afán de consolidar rápidamente el gobierno, descuidó la continuación de la campaña. Contra Ordóñez, que ya había reorganizado las fuerzas realistas y que podría significar una seria amenaza en muy corto plazo, sólo envió débiles fuerzas las que, además de ser insuficientes operaron, bajo el mando de Las Heras, con una lentitud incomprensible.

### b) *La acción realista*

Sin un adversario que lo amenazara directamente, el hábil coronel Ordóñez logró reorganizar sus fuerzas regulares y determinar la acción de fuerzas irregulares, verdaderas bandas de guerrilleros adictos, por interés, a la causa española.

Comprendiendo que era fundamental contar con un puerto que permitiera el desembarco de refuerzos, fortificó el de Talcahuano dejándolo en condiciones de resistir cualquier ataque desde tierra.

Así, cuando O'Higgins comprendió la magnitud de la acción de Ordóñez y marchó con mayores fuerzas hacia el sur, ya era tarde. Las guerrillas pro-realistas lo acosaban, por lo que debió operar primero en contra de ellos antes de atacar Talcahuano.

En este tiempo, refuerzos españoles llegados desde el Perú —muchos de los salvados del desastre de Chacabuco— incrementaron las fuerzas defensoras de Talcahuano.

### c) *El fracaso del ataque a Talcahuano*

Fundamentalmente, dos fueron las causas del fracaso patriota en Talcahuano:

—el atraso con que se realizó.

—elección de un plan de ataque poco realizable.

Tal como ya se dijo, la tardanza patriota en decidir la acción dio a Ordóñez cerca de 10 meses para prepararse adecuadamente.

Pese a que tuvo conocimiento muy seguro de la calidad de las obras defensivas realistas, el plan de ataque que se adoptó fue el menos apropiado. O'Higgins fue partidario de atacar la zona más débil para romper el frente más rápidamente y con menos costos de vidas; sin embargo, se supeditó a la idea del general francés Brayer.

Este consideraba atacar en la parte más fuerte de la posición defensiva y la más profunda. Estimaba que ello daría un resultado más decisivo e inmediato. Pero ese plan de ataque habría requerido de un apoyo de fuerzas varias veces superiores de las que se tenía. Sin él se corría el riesgo de ser rechazado, cualquier avance, por la bien ubicada y entrenada artillería de Ordóñez.

El plan Brayer significó un fracaso y una merma considerable para el Ejército patriota. Talcahuano siguió en poder de Ordóñez y sus fuerzas, muy poco disminuidas, sirvieron de base para el Ejército con que Osorio intentó una segunda reconquista.

## C.—La segunda expedición de Osorio

### 1.—*Osorio y su misión de reconquista*

El Virrey del Perú —hemos visto— juntamente con recibir la noticia del desastre de Chacabuco, se dio cuenta de su trascendencia enorme. Resolvió, pues, desde el primer momento, recuperar a Chile a costa de

cualquier sacrificio y, mientras organizaba un Ejército expedicionario, reforzó a Ordóñez a fin de que pudiera sostenerse en Talcahuano.

El 1º de octubre de 1817 entraba a El Callao, procedente de Cádiz, la fragata *Esmeralda*, convoyando a 10 buques mercantes armados en guerra. En ellos venían refuerzos en hombres y material, con los cuales el virrey organizó el Ejército expedicionario con un total de 3.262 plazas, fuera de jefes y oficiales:

Regimiento Infante don Carlos  
 Regimiento de Burgos  
 Regimiento de Arequipa  
 1 Compañía de Artillería montada  
 1 Compañía de Zapadores  
 Escuadrón de Lanceros del Rey  
 Escuadrón de Dragones de Arequipa.

El virrey confió el mando del Ejército al brigadier D. Mariano Osorio, que ocupaba el puesto de Comandante General de la Artillería y Jefe de la Maestranza de Lima. Le dictó un plan, basado en la suposición de que Ordóñez se sostuviera aún en Talcahuano, de que los patriotas no tuvieran más de 2.500 hombres en el sur y otros tantos en Santiago y de que la expedición los cogiera de sorpresa y divididos. Pero como los antecedentes que servían de base a este plan pudieran sufrir modificaciones, quien debería decidir sería el propio Osorio. No debía arriesgar, en todo caso, la suerte de las tropas a sus órdenes a una derrota irreparable.

La expedición zarpó de El Callao el 9 de diciembre en 8 buques mercantes, convoyados por la fragata *Esmeralda* y el 4 de enero de 1818 las naves más veleras estaban a la vista de Talcahuano.

## 2.—*El plan patriota*

### I

El 8 de diciembre se recibía en Santiago la noticia de la próxima llegada de la expedición de Osorio. Grande fue el entusiasmo que el suceso produjo en el pueblo de Chile: el Ejército patriota pasaba de 9.000 hombres y la batalla de Chacabuco, por otra parte, había creado la conciencia de que los batallones criollos, disciplinados y bien comandados, eran capaces de enfrentar a las bien mandadas tropas que enviaba la Península.

San Martín adoptó una actitud de espera. Inclinado a creer que la invasión se efectuaría por Valparaíso, escribió a O'Higgins con fecha 12 de diciembre: "El proyecto del enemigo es probablemente interponerse entre nuestras fuerzas para batirnos en detalle y apoderarse de Valparaíso. Asegure, pues, con tiempo su retirada al norte del Maule, tomando por defensa este río. Haga retirar con anticipación de Concepción cuanto pueda ser útil al adversario. Vengan a este lado familias, subsistencias de todo género y caballadas. Hecho esto, es imposible que ningún cuerpo enemigo subsista allí sin perecer de necesidad". En otra parte le agregaba:

“Pudiéndonos dar la mano ése y este Ejército, seremos siempre, no solamente superiores, sino que podemos caer sobre el enemigo y decidir en un solo día de la suerte de Lima”.

Mientras se recibían mayores antecedentes sobre la expedición, se hizo venir al batallón de infantería Cazadores que se había organizado en Coquimbo; se alistaron las milicias para emplearlas en los transportes, la vigilancia de los puertos y los demás servicios auxiliares; se internó a los realistas prisioneros y se tomó cuanta providencia fue necesaria para el buen éxito de la empresa.

San Martín, que había logrado reunir en Santiago 4.400 hombres, resolvió cerrar el camino de la capital a Osorio, si desembarcaba en Valparaíso. Con este fin trasladó su Ejército al campamento de Las Tablas, unas cuatro leguas al sur de ese puerto. Si, por el contrario, se dirigía a Concepción —para reunirse con Ordóñez— el Ejército de Santiago, junto con el de O’Higgins, lo enfrentaría en el paso del Maule o al norte de este río.

Croquis No 22 Conforme al plan, O’Higgins emprendió su retirada en dirección al Maule. Se ordenó construir balsas para el paso de los ríos y un puente provisional en el Itata y el 22 de diciembre salieron en parihuelas y en carretas los 50 heridos más graves. Al mismo tiempo dispuso O’Higgins que todos los pobladores se replegaran al norte del Maule con sus ganados, enseres y demás bienes. Los realistas, por su parte, se fugaron a las montañas, a fin de acogerse a la protección del Ejército de Osorio en la hora oportuna. El movimiento se inició el 12 de enero de 1818 y O’Higgins salió el último de Concepción con el batallón de infantería N° 11 y las unidades de caballería. Cerca de 8.000 familias, con más de 50.000 almas, en su mayoría mujeres, niños y ancianos, marchaban —casi todos a pie— con sus humildes enseres y arreando los animales de su propiedad. El Ejército los protegía de los guerrilleros, que merodeaban por todos lados, y les distribuía alimentos en la debida oportunidad.

El objeto era hacer el vacío al enemigo, a fin de privarlo de recursos de subsistencia y de transporte. “Nos preparamos —expresaba O’Higgins en una proclama— a dar el último golpe al poder expirante del virrey de Lima: es preciso que la sensibilidad ceda a la política y que el sosiego de los habitantes se sacrifique a la salud general. El día de la restauración universal no está lejos de nosotros: esta campaña fijará los destinos de Chile, y acaso también los de la América”.

El 20 de enero llegaron a Talca los primeros cuerpos patriotas.

## II

San Martín tenía, por entonces, informaciones completas sobre las fuerzas de Osorio y su plan de operaciones. Estas informaciones se las había traído el sargento mayor D. Domingo Torres, a quien había enviado con una comisión ostensible ante el virrey del Perú, de proponerle un canje de prisioneros y en exigirle el buen trato de los que quedaban en Lima. Torres era no sólo portador de noticias verbales de toda naturaleza, sino también de una copia del estado de fuerza del Ejército de Osorio y de un extracto de las instrucciones del virrey.

San Martín pensó, entonces, en una tercera posibilidad de acción del adversario. Vale decir que, tomando a bordo, en Talcahuano, las fuerzas de Ordóñez, cayera sobre Valparaíso con 5.000 hombres, dejando burlado a O'Higgins en el Maule. Era de temer que, no pudiendo cumplir la primera parte del plan de Pezuela, a causa del repliegue del general chileno al norte, intentara Osorio realizar la segunda. Era necesario, pues, acortar las distancias entre las divisiones O'Higgins y Balcarce (esta última en Las Tablas) a fin de apresurar la reunión y como no era prudente desguarnecer el camino de Santiago, San Martín ordenó al primero de ellos avanzar hasta San Fernando. Quedaban así ambas fuerzas en situación de reunirse en cuatro jornadas, sea que Osorio tomara el camino terrestre o el marítimo. Pronto se trasladó San Martín a San Fernando, a fin de reconocer el probable teatro de operaciones.

Con el propósito de asegurar las comunicaciones, mandó construir puentes provisionales sobre los ríos Cachapoal, Tinguiririca, Teno y Maipo.

### 3.—*El avance de Osorio*

#### I

Al llegar Osorio a Talcahuano, encontró a Ordóñez perfectamente orientado por sus guerrilleros de la marcha de la división patriota y consciente de la imposibilidad de alcanzarla antes de su reunión con San Martín. El Ejército realista, por otra parte, carecía de elementos de transporte y no era fácil procurárselos después del arrasamiento general que había dispuesto D. Bernardo O'Higgins. La expedición marítima sobre Valparaíso que temía San Martín era posible; pero, al desembarcar, se encontraría el Ejército también sin recursos de transporte para avanzar sobre Santiago o perseguir a las fuerzas patriotas. Sólo cabía organizarse en Concepción a base de los medios que pudieran ser conseguidos. Osorio optó por convocar a los mapuches a un parlamento, con miras a disponerlos en su favor, a través de regalos profusamente repartidos. En una proclama prometía, en seguida, a los escasos habitantes que habían quedado en la región, el perdón por sus relaciones con los patriotas y envió, por último, comisiones en busca de subsistencias para su Ejército. Esas comisiones sólo encontraron ruina y miseria. En tal evento, despachó a El Callao dos buques con informes al virrey respecto de la aflictiva situación en que se encontraban las tropas a su mando; pidió auxilios a Quintanilla, a Chiloé, que sólo pudo remitirle dos meses más tarde 133 hombres sin armas y encargó a Sánchez y a Lantaño la organización de dos batallones de infantería en Concepción y en Chillán. Pero estas fuerzas no podían estar listas antes de un tiempo determinado.

Comprendió Osorio que no podía mantenerse indefinidamente en Talcahuano. Escaso de recursos y presionado por la opinión de sus oficiales —especialmente los coroneles Ordóñez y Joaquín Primo de Rivera— resolvió iniciar la ofensiva. Contaba con unos 4.600 hombres, integrados con los procedentes de Lima y unos 1.300 que encontró en Talcahuano. El resto,

unos 700; quedó encargado del resguardo de la plaza y de la península. El 10 de febrero salía Osorio de Concepción. El avance lo realizó sin la menor dificultad, pues la intención de San Martín era atraerlo al norte del Maule, a fin de aniquilarlo en las condiciones más ventajosas posibles.

## II

El grueso del Ejército realista iba precedido, en su avance, por el servicio de seguridad correspondiente y por fracciones de exploración. Una de las fracciones más adelantadas ocupó a Linares a comienzos del mes de febrero; el día 12 oyó varios disparos de cañón y, creyendo que se había empeñado una batalla en las inmediaciones, se replegó en dirección al grueso. Era el Ejército patriota del sur que celebraba, en Talca, el primer aniversario de la batalla de Chacabuco y la jura de la Independencia de Chile.

San Martín no había creído oportuno todavía materializar la reunión de sus fuerzas, en espera de que la actitud del adversario le aportara nuevas luces. Hasta casi fines de febrero dudaba aún de que el avance de tropas desde el sur era sólo de pequeñas fracciones que realizaban misiones de diversión, destinadas a despistar respecto de su verdadera intención: el desembarco en Valparaíso. El 24 se supo en Talca que el grueso del Ejército realista había llegado a Linares. O'Higgins, mientras tanto, proseguía su retirada hacia Quechereguas, Curicó y Chimbarongo y desde San Fernando, San Martín escribía a Balcarce con fecha 26, que "a marchas forzadas se mueva directamente con todas sus fuerzas a Rancagua".

Morgado ocupó a Linares el 23 de febrero, el 27 sus descubiertas pasaron el Maule y en la tarde del 1º de marzo ocupaba Talca. Aquí se manifestó, por primera vez, la divergencia de opiniones entre Osorio y sus colaboradores inmediatos con respecto a la conducción de las operaciones por parte del Ejército patriota. Aquél veía en la retirada enemiga una estratagema para atraerlo al norte del Maule y dar tiempo a que se reunieran las divisiones de O'Higgins y de Balcarce y batirlo con superioridad de fuerzas. Era menester, en consecuencia, detener la marcha en el Maule y pedir al Perú un refuerzo de 2.000 ó 3.000 soldados de primera clase. Ordóñez, Morgado y —sobre todo— Primo de Rivera, sólo divisaban una fuga franca y decidida. Era necesario avanzar rápidamente sobre Santiago y aniquilar de una vez al adversario.

Balcarce llegaba sin novedad a San Fernando el día 6 de marzo. El 8 las dos divisiones reunidas estaban en condiciones de batir a Osorio con fuerzas muy superiores, pues constaban de 6.000 hombres. San Martín estimó que había llegado ya el momento de iniciar su movimiento hacia el sur. El mismo día acampaba Osorio en Camarico, a unas diez y media leguas al norte de Talca. El Jefe del Estado Mayor, el coronel Primo de Rivera, había avanzado al frente de 400 infantes, 300 jinetes y una columna de zapadores hasta las orillas del río Teno. Tan pronto advirtió el avance del Ejército patriota, se replegó a las casas de Quechereguas, tomó posiciones con su infantería y devolvió a Morgado con los dragones, por es-



Cazadores de la Escolta Directorial en la batalla de Maipo.

Cuadro de Pedro Subercaseaux

timar que no podrían servirle en esa ocasión y sugirió al General en Jefe avanzara con la masa del Ejército. San Martín dispuso que Freire, con un escuadrón de Cazadores de la Escolta Directorial (170 jinetes) —que Brayer reforzaría con el grueso de la caballería— procediera a reconocer la línea enemiga. Freire atravesó el Lontué, llegó hasta las casas de Quechereguas y, como había observado el repliegue de los escuadrones de Morgado, intimó rendición a los escasos rezagados que suponía acogidos a las casas de la hacienda. Apenas Primo de Rivera se dio cuenta que sólo tenía al frente un centenar y medio de jinetes de caballería, impartió a Morgado —que se había detenido algo al sur de las casas— orden de cargar. Después de rechazar a una parte de éstos, Freire se vio acometido por la espalda por una compañía de infantería y debió retirarse, dejando en el campo 17 heridos. Brayer, que había recibido orden de San Martín de apoyar a Freire, no adoptó ninguna actitud. Este habría sucumbido irremisiblemente con su unidad, sin el auxilio que por iniciática propia le prestara el comandante Bueras. El comandante de Cazadores perdió en el combate su gorra y en ella encontró Primo de Rivera papeles que contenían datos completos sobre las fuerzas del Ejército patriota. (15 de marzo de 1818).

Brayer fue reemplazado en el mando de la caballería por el general Balcarce.

Luego después supo Primo de Rivera que el Ejército patriota cruzaba el Lontué y, ante el temor de ser batido aisladamente, se replegó al grueso en Camarico. Contra el parecer del General en Jefe, decidieron Primo de Rivera y Ordóñez, en la noche del 17, aceptar la batalla allí. San Martín, en vez de atacar, flanqueó las posiciones mediante un rodeo por los caminos del oriente, a fin de cortar a Osorio la línea de retirada.

El 18 de marzo ambos Ejércitos emprendieron una carrera paralela: el de San Martín por el camino de Tres Montes, que corre al poniente y el de Osorio, por el de Pelarco. El 19, al llegar a la barranca norte del río Lircay, se presentó la oportunidad de batir al Ejército realista. San Martín ordenó al general Balcarce cargara contra su flanco izquierdo; pero este jefe, en vez de cumplir la orden, se limitó a cañonear desde lejos a la infantería realista.

Perdida esta oportunidad, San Martín intentó impedir la entrada del adversario en Talca, a través de una carga por la espalda. Balcarce, sin reconocer previamente el terreno, cargó en una línea demasiado extensa y sin dejar reserva. Fracásó en su intento, en razón de los accidentes del terreno y del fuego nutrido de la infantería y cañones enemigos. Además, la caballería realista cargó sobre los desorganizados escuadrones de Balcarce: 500 jinetes de mediana calidad arrollaron a los 1.600 de la caballería patriota.

San Martín creyó en esos momento (4 de la tarde) poder impedir la entrada del enemigo al pueblo. Dio orden a O'Higgins de batirlo con la artillería, mientras llegaban los diversos batallones. O'Higgins desplegó la infantería y tomó una posición de apresto enfrente de la línea realista. San Martín, empero, le impartió orden de suspender toda actividad: había resuelto postergar la acción para el día siguiente, en vista de

lo avanzado de la hora y de la fatiga de la tropa. Osorio entró sin mayor dificultad a la ciudad y San Martín eligió un lugar para el paso al reposo al N-E de ella.

#### 4.—*Sorpresa de Cancha Rayada*

### I

Desde las torres de Talca advirtieron los realistas, no sólo la superioridad numérica del adversario, sino su calidad: después de las largas jornadas realizadas últimamente, demostraba un orden y una disciplina propios sólo de una tropa veterana. Osorio comprendió que se encontraba en situación de tener que aceptar un encuentro desventajoso con este adversario, con un obstáculo serio a su espalda, cual era el caudaloso río Maule.

Los últimos meses habían sido de dura prueba para el General en Jefe realista. Ordóñez y Primo de Rivera, con el concurso de la mayoría de los jefes, lo habían obligado a realizar un avance temerario hacia el norte, sin conocer las fuerzas enemigas y ahora —cumplidos sus propósitos— creían tener a su frente 9.000 hombres de valor combativo indiscutible y bien comandados. Las posibilidades de triunfo eran remotas, el repaso del Maule era ya imposible y el encierro en Talca, sin recursos de ninguna clase, no cambiaría la faz de la campaña.

Forzado Osorio a tomar una resolución, no quiso hacerlo sin antes oír la opinión de los oficiales de más alta graduación. Convocó, al efecto, una junta de guerra y, después de corta deliberación, se aceptó la proposición del intrépido Ordóñez, que consistía en caer por sorpresa sobre el campamento patriota, al amparo de la obscuridad de la noche. El mismo autor de la idea se ofreció a dirigir la acción. Se constituyeron inmediatamente tres divisiones: la de la derecha, a las órdenes de Primo de Rivera; la del centro, de Ordóñez y la de la izquierda, del coronel De la Torre. Total 2.000 infantes. Unos 500 jinetes de caballería marcharían detrás de ellos a fin de perseguir a los fugitivos y se emplazaron, además, 6 cañones con el propósito de proteger la retirada en caso de fracaso.

### II

Los patriotas no se entregaban aún al descanso. Los jefes estaban ocupados en dar a su tropa la colocación más adecuada para pasar la noche y, en previsión de una posible sorpresa, O'Higgins había ordenado recoger una notable cantidad de leña, para hacer con ella grandes fogatas delante de la línea ocupada por su división. El campamento quedaría iluminado, así, hasta una distancia relativamente apreciable.

Preocupaba también a San Martín la idea de una sorpresa, a raíz del denuncia que había recibido de que el enemigo se preparaba para ella durante la noche. Había distribuido su tropa en dos líneas, al pie de los cerrillos de Baeza y con frente al sudoeste.

Como el General en Jefe estimara que el golpe se realizaría en altas horas de la noche, resolvió frustrarlo con desplazamientos de sus fuerzas hacia el norte, entre la ciudad y el río Lircay. De acuerdo con la orden correspondiente, el comandante Arcos dio comienzo inmediato a su misión, conduciendo a la división Quintana al punto convenido. Regresó a fin de cumplir igual misión con respecto a la división O'Higgins. Mientras se movía la división Quintana, O'Higgins había destacado hacia los suburbios de la ciudad una fracción de 30 granaderos destinados a vigilar los movimientos del enemigo. Esperaba la llegada de Arcos para iniciar el traslado, cuando llegó hasta él, desalado, un vecino de Talca, con la noticia de que el Ejército español esperaba formado en la plaza la orden de marchar contra el campamento de los independientes. O'Higgins se adelantó con la intención de llegar hasta los granaderos e imponerle personalmente de lo que ocurría. A poco andar encontró a uno de ellos que, al galope, le llevaba la noticia del movimiento realista hacia el campamento patriota.

Momentos más tarde se oyó una descarga de carabina. Era la patrulla de Granaderos a caballo que disparaba contra la columna De la Torre en los momentos en que marchaban en dirección a su objetivo. Los cazadores de los Andes y el batallón N° 2 de Chile, conforme a las instrucciones de Arcos, se encaminaron en orden a reunirse con la 1ª división, dejando solo al N° 3. Algunos jinetes de caballería emprendieron la fuga, atropellando cuanto encontraron por delante y otros permanecieron paralogizados en donde estaban. En resumen, no quedó más batallón en su puesto que el N° 3 de Chile (comandante Agustín López). O'Higgins llegó hasta él, desmontó y le ordenó no rompiera el fuego hasta que no recibiera orden expresa suya.

La columna De la Torre se apoderó del Cuartel General, del hospital militar y del cerro Baeza. Las divisiones Primo de Rivera y Ordóñez se desviaron a causa de la obscuridad de la noche hacia la extrema izquierda patriota. Intentaron avanzar hacia el norte y las tropas de De la Torre, tomándolas por patriotas, rompieron el fuego contra ellas. El batallón N° 3, el único cuerpo que no se había desbandado antes de iniciarse el fuego, hizo sólo una descarga al aire y se retiró. Muerto el caballo que montaba, O'Higgins subió en otro y poco después una bala le destrozaba el codo del brazo derecho.

"Nuestros batallones —expresa De la Torre— trataron de rehacerse en el cerro ocupado; pero la confusión de los cuerpos había llegado a un punto tal que era absolutamente imposible practicar esta operación con la celeridad que exigían las circunstancias". De la Torre optó por tomar una fracción de unos 500 soldados y se reunió con Ordóñez y juntos emprendieron la persecución de los dispersos del N° 3 y del N° 8. Los batallones patriotas se envolvieron, también, unos con otros y se hicieron fuego entre sí.

O'Higgins, que había emprendido la retirada con los restos de su división, iba reuniendo los dispersos y tratando —en vano— de reorganizar sus unidades, sin pensar en la hemorragia y en el dolor intenso que le producía su brazo herido. Los realistas persiguieron a los fugitivos

hasta las orillas del Lircay y allí empezó Ordóñez a reunir su tropa dispersa. Sus pérdidas subían a 14 oficiales y 300 soldados y las de los patriotas fueron ligeramente inferiores. Pero los restos del Ejército se dirigían hacia el norte en la más lamentable confusión. Casi todo el ganado y los bagajes se habían perdido, ya en el mismo campamento, ya a orillas del Lircay. Sólo en la orilla sur de este río Ordóñez logró capturar 800 mulas cargadas...

### 5.—*La reacción patriota*

#### I

San Martín tomó el camino de San Fernando, con la intención de concentrar allí a los dispersos de la luctuosa jornada. O'Higgins siguió el mismo rumbo y ambos generales y Brayer se reunieron antes de lo previsto en las orillas del Lircay. A las 6 de la mañana del día 20 se encontraban en Quechereguas, donde supieron inconfirmandamente que el coronel Las Heras se retiraba con la 1ª división intacta y, agregados a ella, los batallones Alvarado y Rondizzoni y que llegaría a las casas de Quechereguas al atardecer. Cuando ello ocurrió, San Martín salió al encuentro de Las Heras, para darle las gracias por su destacada actuación de aquellos días.

En Chimbarongo el doctor Paroisien hizo a O'Higgins la primera curación: después de horas de hemorragia y de constante cabalgar, se sentía muy debilitado, con bastante fiebre y agudos dolores. Sin embargo, se detuvo en este punto sólo tres horas y prosiguió con San Martín hacia San Fernando, a donde llegó a las 9 de la noche. Al amanecer del día 21 pasaron revista a las fuerzas, después de lo cual San Martín ofició al Gobierno respecto del desastre de Cancha Rayada y su repliegue posterior a San Fernando, "donde me hallo reuniendo mis tropas con feliz resultado, pues ya cuento cerca de cuatro mil hombres desde Curicó a Pelequén, entre la caballería y los batallones Cazadores de Chile y de los Andes, número 1, número 11 y número 7, hallándose, también, por otra parte, el comandante del número 8 reuniendo su cuerpo; y espero muy luego juntar toda la fuerza y seguir mi retirada hasta Rancagua".

El día 22 el estado de O'Higgins había empeorado bastante y el cirujano D. Juan Green le advirtió que un viaje en esas condiciones podía tener fatales consecuencias. El enfermo, sin embargo, partió a la caída del sol y, a pesar de su debilitamiento y de los agudos dolores que le producían los movimientos del caballo, galopó la noche íntegra y llegó a Rancagua al amanecer. A las 6 de la tarde prosiguió viaje a Santiago en un coche y a las 3 de la madrugada del día 24 descendía en la puerta del palacio de Gobierno, después de siete horas de rápido correr.

O'Higgins dispuso dos medidas de trascendental importancia para la salvación de la Patria. La primera fue recoger los fusiles y sables que

Manuel Rodríguez había repartido al pueblo en los días anteriores (4); apresurar el envío de armas desde Los Andes y adquirir todas las que tenían los comerciantes y los particulares, a fin de rearmar al Ejército. La segunda, reunir de preferencia los soldados de línea, inclusive los dispersos y dejar las milicias para los servicios auxiliares. El 27 de marzo se reunieron en Santiago 2.000 soldados de línea, con el cuerpo proveniente de Valparaíso, algunas compañías sueltas y los dispersos. "La independencia de Chile y de la América del Sur no se decidió en Maipo ni en la partida de la Expedición Libertadora del Perú, sino en la entrada de O'Higgins a Santiago a las 8 de la madrugada del 24 de marzo. En esos momentos, todo estaba irremisiblemente perdido, pues San Martín no tenía la más remota posibilidad de triunfo con las fuerzas y las armas de San Fernando y Rancagua. Once días más tarde, tenía el cincuenta por ciento de probabilidades de triunfar contra el cincuenta por ciento de ser derrotado". (Encina).

Al amanecer del 25 de marzo entraba San Martín a Santiago, seguido de una escolta de caballería. En conocimiento de la noticia las campanas de los templos comenzaron a repicar con entusiasmo y, al cruzar la plaza, los habitantes recibieron al general con aclamaciones. En una junta de guerra se acordó presentar la batalla al adversario en el llano de Maipo, con el fin de salvar a Santiago y decidir definitivamente la contienda. Los trabajos de carácter militar, iniciados juntamente con la llegada de O'Higgins a la capital, se prosiguieron activamente. Lo más importante en la materia fue, sin duda, el establecimiento de un campo de instrucción en la chacra Ochagavía, una legua al sudoeste de la ciudad. Hacia allá marchó el general San Martín al frente de los 2.000 soldados de línea que habían logrado reunir D. Luis de la Cruz y el Director Supremo.

El día 28 llegaba a reunírseles la columna del coronel Las Heras, de unos 2.500 hombres y era saludada con una salva de 21 cañonazos y las dianas de los clarines. O'Higgins, mientras tanto, enviaba cañones, fusiles, sables, municiones, etc., y toda clase de recursos, en resumen, que el Ejército necesitaba en esos momentos.

El 2 de abril, al dejar el campamento de Ochagavía, el Ejército patriota estaba constituido en la siguiente forma:

#### *División Alvarado (izquierda)*

Batallón Cazadores de los Andes  
Batallón N° 8  
Batallón N° 2 de Chile

(4) A raíz de la derrota de Cancha Rayada, un grupo de habitantes de Santiago, reunido en cabildo abierto, designó a Manuel Rodríguez Director Supremo Delegado, conjuntamente con D. Luis de la Cruz. El célebre guerrillero ordenó abrir los arsenales y repartir las armas al populacho, con la intención de dar un golpe de Estado en favor de D. José Miguel Carrera, según instrucción de los carrerinos radicados en Chile.

Escuadrón de Cazadores de la Escolta Directorial  
9 piezas de artillería (Borgoño).

*División Las Heras (derecha)*

Batallón N° 11 de los Andes  
Batallón Cazadores de Chile  
Batallón Infantes de la Patria  
Escuadrón de Granaderos a caballo  
8 piezas de artillería (Blanco).

*División de Reserva (Quintana)*

Batallón N° 7  
Batallón N° 8 de Chile  
Batallón N° 1 de Chile  
Escuadrón de Cazadores a caballo (Escolta Gral. en Jefe)  
4 piezas de artillería.

Estas tropas arrojaban un total de 384 oficiales y 5.711 suboficiales, clases y soldados aproximadamente. (Anexo N° 7). En cuanto a las fuerzas realistas, ver anexo N° 8.

## II

Al aclarar del 20 de marzo —al día siguiente de la sorpresa de Cancha Rayada— Osorio había alcanzado la ribera sur del Lircay. Presionado por Ordóñez, dio orden de continuar la persecución de los fugitivos antes de que lograran rehacerse. Pero, al efectuar el balance de su situación, Osorio advirtió que —arén de las pérdidas sufridas— su caballería se encontraba en condiciones tales que no parecía capacitada para perseguir al enemigo; que su tropa, en general, estaba desmoralizada y que dos días de marchas forzadas y una noche de combate no le permitirían un esfuerzo extraordinario. Sin embargo, continuó su marcha detrás de las columnas patriotas.

A las 3 de la tarde llegó su vanguardia a Panguilemu y se informó allí que una de las divisiones patriotas se había retirado intacta. Osorio ordenó, en consecuencia, que Ordóñez prosiguiera adelante con una columna de las tres armas, mientras él reorganizaba en Talca, el grueso del Ejército. Al aclarar del 21 Ordóñez siguió al norte y alcanzó hasta Quechereguas. El General en Jefe salió de Talca el 24 de marzo y el 26, reunido con Ordóñez, vadeó el Lontué y llegó a las orillas del Tenó. El 27 alojó en Chimbarongo, en el convento de la Merced y fue informado, por dos vecinos de la localidad, sobre la reconstitución del Ejército patriota. El 30 de marzo su caballería tomó contacto con la caballería patriota (comandante Bueras) en Requínoa. En la tarde del 1° de abril acantonó en las casas de la hacienda de Hospital. El día 2 pasó el Maipo por el vado de Lonquén y alojó en los cerros de Calera de Tango, en el punto denominado Mirador de Tagle.

De acuerdo con la dirección que imprimió a su avance a partir de Hospital, se advierte que el general Osorio consideró la posibilidad de ser derrotado: en vez de marchar directamente hacia el norte, se desplazó hacia el poniente, atravesando el río por detrás de los cerros de Calera. El 3 de abril no avanzó sino 10 kilómetros, hasta las casas de la hacienda de Calera y en la noche fue impuesto de la situación del Ejército enemigo por un señor de apellido Ugarte.

## 6.—Batalla de Maipo

### I

El 2 de abril se conoció en el campamento patriota de Ochagavía la noticia del desplazamiento hacia el poniente iniciado ese día por el Ejército realista. Osorio reanudó su marcha en la mañana del día 4; pero estuvo detenido hasta las 10 en razón de un tiroteo entre fracciones de caballería y, aunque la prosiguió a esa hora, llegó sólo a la entrada de la noche a la hacienda de Lo Espejo, a unos 7 kilómetros del campamento chileno-argentino. Fue informado por algunos vecinos de Santiago que la superioridad numérica del adversario era manifiesta.

A las 10.30 de la mañana del 5 de abril el Ejército patriota ocupó una posición en el borde sur de una loma, de aproximadamente seis metros de altura, que corre de este a oeste, con la división Las Heras a la derecha (W), la de Alvarado a la izquierda (E) y la de Quintana atrás. El regimiento Granaderos a caballo quedó a la extrema derecha y los escuadrones de Cazadores de la Escolta Directorial, a la izquierda. La artillería de campaña quedó al centro y la volante, en las alas.

En cuanto a las fuerzas realistas, en las primeras horas de esa mañana se habían adelantado los dragones de la Frontera y las compañías de cazadores de los batallones de infantería. Sintiendo más débil que el adversario, Osorio resolvió ocupar posiciones en el borde de una meseta triangular que se extendía al norte de las casas de Lo Espejo. Ubicó en el extremo de su ala izquierda (N. W.) ocho compañías de granaderos y cazadores con 4 piezas de artillería al mando de Primo de Rivera en el mamelón allí ubicado. En el bajo, hacia su derecha, al norponiente del camino de Valparaíso, quedó instalado el regimiento Dragones de la Frontera (coronel Morgado). La división del coronel Morla (batallones Burgos, Arequipa y 4 cañones) ocupó la mitad poniente del borde de la loma triangular, y pasó a constituir el centro de la línea. El ala derecha (Ordóñez) fue constituida por el Concepción, Infante don Carlos, la compañía de zapadores, 4 cañones y los escuadrones de Lanceros del Rey y Dragones de Arequipa. La reserva quedó reducida a dos columnas de infantería y al escuadrón escolta del General en Jefe.

Amén del dominio visual sobre los campos circundantes —según se advirtió— estas posiciones facilitaban la retirada a Valparaíso en caso de un posible revés.

Dándose frente quedaron los Ejércitos beligerantes al mediodía, separados por una hondonada entre las dos lomas precitadas, de unos 400



BATALLA DE MAIPO.

Cuadro de Mauricio Rugendas

metros en su extremo este y unos 1.000 en el extremo poniente. Los dos ejércitos permanecieron por algún tiempo inmóviles, en sus respectivas posiciones, a la espera tal vez de que el adversario tomase la iniciativa.

En vista de la inacción del enemigo, San Martín ordenó romper el fuego a los 8 cañones de Blanco Encalada y a los 4 de reserva. Eran las 11.30 de la mañana. La artillería realista respondió en el acto. Al cabo de media hora y ante la ninguna efectividad de estos fuegos, San Martín dio orden a las divisiones Las Heras y Alvarado de atacar al enemigo que tenían al frente suyo. Las Heras lanzó sus columnas contra el mamelón defendido por Primo de Rivera, apoyado por la artillería de Blanco Encalada. La batería de artillería del mamelón causó grandes estragos en la división patriota, particularmente en el batallón N° 11. Primo de Rivera, que comprendió que el propósito de Las Heras era aislarlo de sus fuerzas (centro y ala S. E.) dio orden al coronel Morgado, que defendía el bajo de 300 metros, de cargar con sus dragones de la Frontera. Mas, los escuadrones Escalada y Medina de los granaderos a caballo los rechazaron y, al replegarse aquéllos sobre la infantería que defendía el cerrillo, sufrieron bajas causadas por las propias balas realistas. Los escuadrones de Granaderos debieron retroceder, a su turno, ante el fuego de fusilería de la infantería de Primo de Rivera. Se rehicieron con prontitud y, con la ayuda de la infantería de Las Heras, ocuparon el bajo de 300 metros; el ala N. W. realista quedó, así, separada del centro y del ala S. E.

En los mismos momentos casi de la carga de los granaderos en el sector N. W. la división Alvarado —apoyada por la artillería de Borgoño— avanzaba contra el ala S. E. del adversario. Allí estaba el coronel Ordóñez, "el más digno de mandar a los realistas en la victoria y en la derrota", al decir de don Bartolomé Mitre. Como éstos se encontraban en la parte alta, un poco detrás de la cresta, los patriotas avanzaron sin ver al enemigo hasta el momento mismo en que alcanzaron la altura. Fueron recibidos por un fuego vivísimo y a quemarropa, de los batallones Infante don Carlos y Concepción. Este fuego fue resistido, sólo por breve tiempo, por el batallón N° 8 —compuesto por los negros libertos de Cuyo— y sus pérdidas (casi el 50% de sus efectivos) lo forzaron a replegarse. Estimulado por el éxito y arrastrado por natural impulso, Ordóñez pasó al contraataque. A la cabeza de los batallones Infante don Carlos y Concepción se lanzó contra la línea patriota, seguido muy de cerca por los batallones Burgos y Arequipa, de la división Morla. Los estragos del fuego y del arma blanca fueron considerables en ambos bandos y la división Alvarado vióse forzada, por último, a retirarse hacia sus posiciones.

Ordóñez y Morla, con sus cuatro batallones, se precipitaron sobre el ala izquierda patriota casi destrozada y descendieron impetuosamente de las lomas con grandes exclamaciones de triunfo. Mas, los 9 cañones de la artillería de Borgoño se dejaron oír muy pronto, hicieron vacilar al enemigo y lo desorganizaron un poco. Repuesto un tanto, intentó avanzar; pero otra certera descarga de artillería lo hizo retroceder, a pesar de los esfuerzos de Ordóñez para continuar hacia adelante. En cuanto a Morla, en vez de decidirse a silenciar estos cañones, abandonó su puesto para ir

a recibir órdenes del General en Jefe. Se logró contener así este peligroso contrataque durante quince minutos, tiempo suficiente para adoptar las medidas del caso.

Efectivamente, Las Heras, atento a las peripecias de la acción en su alrededor, había destacado contra el flanco norte del batallón Burgos al batallón Infantes de la Patria: fue rechazado y obligado a "retroceder en algún desorden". Quince a veinte minutos hacía que la suerte de la lucha se mostraba indecisa, cuando se oyó a espaldas de la línea patriota un toque de carga: era la reserva independiente que entraba a participar en la acción. A la cabeza de los batallones 1º y 7º de Los Andes y Nº 3 de Chile, el coronel Quintana descendía la loma y atravesaba la hondonada en dirección al ángulo S. E. de la posición enemiga. Las columnas realistas se habían visto forzadas a replegarse ante el impacto certero de los cañones de Borgoño.

Los batallones 8 de Los Andes, 2 de Chile y Cazadores de Los Andes, reconfortados con la presencia de la división Quintana, volvían nuevamente al ataque. Los escuadrones de Cazadores de la Escolta Directorial (Freire) cargaron sobre la caballería enemiga, que se había situado en el flanco este. Bueras cayó con el pecho atravesado por una bala, al frente de su escuadrón, pero Freire rechazó a los jinetes enemigos.

Al trepar la altura, la división Quintana se encontró —casi a boca de jarro— con las divisiones Ordóñez y Morla. Ocultas por un repliegue del terreno, se aprontaban a hacer frente a la nueva situación. Reunidas en un espacio estrecho, sin artillería ni caballería, estaban rodeadas por el frente y por los flancos por los batallones patriotas. El Burgos, empero, se negaba a rendirse; sus soldados gritaban: "¡Aquí está el Burgos!... ¡Dieciocho batallas ganadas!... ¡Ninguna pérdida!".

Se trabó una lucha a muerte: los patriotas atacaban con singular intrepidez y los realistas resistían con una tenacidad admirable. "Con dificultad —expresaba San Martín en su parte— se ha visto un ataque más bravo, más rápido y más sostenido, y jamás se vio una resistencia más vigorosa, más firme y más tenaz". Blanco y Borgoño aproximaron sus cañones, concentraron sus fuegos sobre el cuadro realista, sin lograr dispersarlo. Freire cargó con sus jinetes de Cazadores de la Escolta por el flanco derecho, mientras los batallones 1 de Chile y 7 de Los Andes embistieron a la bayoneta a los gritos de ¡Viva la libertad! El Burgos siguió luchando como un león, agitó su bandera y rechazó las cargas del adversario. El batallón Arequipa, por su parte, comandado por el comandante Rodil, se mantenía impávido en lo más dramático de la acción y los batallones Infante don Carlos y Concepción se batían con singular heroísmo, a pesar de que sus filas estaban ya muy raleadas por las bajas.

Cuando la división Morla se desplazó hacia la derecha, para lanzarse contra la división Alvarado, Osorio dispuso que Primo de Rivera se cargase, a su vez, sobre el centro, a fin de recuperar el contacto con la división Morla. Primo de Rivera trató de cumplir la orden y, dejando sus cañones abandonados, descendió del mamelón; pero, envuelto por la caballería y los dos batallones que le quedaban a Las Heras, imposible le fue lograr su objetivo. Formadas sus tropas en cuadro, resistieron entre ocho

y diez cargas patriotas y, cuando más tarde advirtieron el repliegue del centro y del ala derecha sobre las casas de Lo Espejo, tomaron el mismo rumbo y se reunieron al grueso, sin que la caballería patriota lograra desorganizarlos.

En plena retirada y cuando más necesaria era su presencia en el campo de batalla Osorio emprendió la fuga en dirección a Valparaíso, escoltado por 250 soldados de caballería. Ordóñez asumió el mando y, sin perder su tradicional serenidad, ordenó el repliegue en dirección a las casas de Lo Espejo "Nuestra caballería —expresa San Martín— acuchillaba a su antojo los flancos y retaguardia (de las columnas enemigas); pero marchando éstas en masa, llegaron hasta los callejones de Lo Espejo. El camino quedó sembrado de cadáveres, los realistas iban dejando una estela de muertos, de heridos y de sangre, pero sus columnas no se desorganizaban. Eran las 2.15 de la tarde".

## II

En los momentos en que las últimas tropas realistas alcanzaban las casas de Lo Espejo, llegaba don Bernardo O'Higgins, al campo de batalla, seguido de unos 1.000 milicianos de Aconcagua y Colchagua y de un crecido número de huasos. Guiado por la bandera tricolor que el Cuartel General enarbolara en alto, se reunió con San Martín y, echándole al cuello su brazo izquierdo, le dijo emocionado: "¡Gloria al salvador de Chile!". El General en Jefe, respondió: "General: Chile no olvidará jamás el nombre del ilustre inválido que el día de hoy se presentó herido en el campo de batalla".

Ordóñez había reunido en las casas de Lo Espejo las 6 compañías de infantería que comandaba Primo de Rivera, cuya moral era aún muy alta, a pesar de haber perdido más de un tercio de sus efectivos y los restos de los 4 regimientos de infantería que se habían retirado del centro y del ala derecha. Se encontraban, en dichas casas, el parque y los bagajes, que le permitirían disponer de municiones en abundancia.

Las Heras, el primer comandante divisionario que llegó al callejón de Lo Espejo, ordenó avanzar a la artillería y situarla en el extremo S. W. de la loma, para "ablandar" las posiciones enemigas antes de pasar al asalto. Cuando empezaba a ubicar sus batallones al abrigo de los accidentes del terreno, llegaba al extremo norte del callejón el general Antonio González Balcarce que ordenó que el batallón de Cazadores de Coquimbo atacase inmediatamente por el callejón. El comandante Thompson dio la señal y penetró resueltamente al desfiladero. Recibido por la metralla de las dos piezas que lo defendían pretendió seguir avanzando; pero nuevas descargas de fusilería del frente y de los flancos lo obligaron a retroceder, dejando en el sitio 250 cadáveres.

San Martín, que en esos momentos llegaba al lugar, dispuso que Borjoño y Blanco, batieran con sus 17 cañones a las fuerzas que ocupaban posición. El comandante Rodil pudo alejarse con los restos del Arequipa en perfecta formación; pero Ordóñez continuó resistiendo. La infantería patriota, ansiosa de vengar el desastre del Coquimbo, cargó con ímpetu



Coronel Borgoño y su artillería en la batalla de Maipo.

Cuadro de Pedro Subercaseaux

irresistible y no daba ni pedía cuartel. Los realistas preferían morir matando, antes que rendirse. Las Heras logró imponerse al fin y detener la masacre. Los restos del Ejército realista, refugiados en el huerto y la viña se rindieron, mientras los milicianos y huasos que habían llegado con O'Higgins perseguían a los dispersos y los capturaban con sus lazos.

De los 4.500 realistas que participaron en la batalla fueron muertos 1.500; 2.289 fueron hechos prisioneros y unos 700 lograron retirarse en orden al mando de Rodil. Ordoñez tomó el camino a Bucalemu y, defendiéndose de las partidas de montoneros y de huasos que lo acosaron hasta el Maule, llegó a este río el día 9. Cuatro días más tarde, el 13, alcanzaba Talcahuano con sus ayudantes y unos 15 a 20 ordenanzas.

El Ejército patriota dejó sobre el campo de batalla el 35% de sus efectivos, distribuidos en 800 muertos y más de 1.000 heridos.

### III

La victoria de Maipo afianzó los notables resultados de la batalla de Chacabuco. Llevó al convencimiento de los mandatarios y jefes realistas del Perú, Alto Perú y Nueva Granada que la emancipación era un hecho indiscutible. En cuanto a Chile, su independencia quedó afianzada para siempre.

La falta de persecución tuvo sí graves consecuencias. "San Martín reincidió, como después de Chacabuco, en el error de no activar la persecución, sacando de su victoria todos los resultados inmediatos. Se ha dicho en su disculpa, que el gobierno chileno se hallaba en la imposibilidad de suministrar prontamente los recursos para la continuación activa de una nueva campaña al sur, siendo probable que, ocupado de más vastos planes, sobre todo, del armamento naval que proyectaba para dominar el Pacífico y embargada toda su atención, descuidó esto completamente, sin darle la debida importancia". (Mitre).

Efectivamente, la falta de persecución después de la victoria de Maipo fue causa y origen de la llamada "guerra a muerte", que sólo terminó en los postreros días de octubre de 1824, con la muerte del feroz montonero español, D. Juan Manuel de Pico. Esta guerra significó una sangría cruel en vidas humanas y en recursos de todo género en los mismos momentos en que se carecía de todo para la organización de la Expedición Libertadora del Perú. Muchos años le costó a Chile, especialmente a la Frontera, reponerse del espanto y de los horrores causados por la citada "guerra a muerte" y por sus más connotados caudillos (Pico, Benavides, Ferrebú, Alarcón, etc.).

#### 7.—Conclusiones militares.

##### a) Consideraciones sobre el plan patriota.

El plan de San Martín para oponerse a la expedición Osorio se basó en ciertas posibilidades enemigas que no fueron suficientemente analizadas.



Abrazo de los generales O'Higgins y San Martín en Maipo.

Detalle del cuadro de Pedro Subercaseaux

Se pensó que el nuevo comandante español podría:

—Reunirse en Talcahuano con Ordóñez para atacar Santiago avanzando hacia el norte por tierra.

—Reunirse en Talcahuano con Ordóñez para, transportado por mar hasta Valparaíso, atacar Santiago.

—Atacar dividido, con sus fuerzas en Valparaíso avanzando hacia Santiago y con las fuerzas de Ordóñez desde Concepción al norte.

Se consideró como más probable esta última posibilidad y en base a ella se estructuró el plan. Sin embargo, si se estudian las tres posibilidades se puede llegar a la conclusión que la menos probable, a la vez que la menos peligrosa, era precisamente ésta.

Osorio con sus 3.500 hombres aproximadamente, no tenía fuerzas suficientes para desembarcar en Valparaíso y atacar la capital. A su vez, las fuerzas de Ordóñez en Talcahuano no tenían capacidad para avanzar sobre Santiago. El Comandante en Jefe español, operando en esa forma, podría ser fácilmente batido en detalle sin posibilidad de escapar a un aniquilamiento decisivo.

Quedaban las dos primeras posibilidades. Cualquiera de las dos era más peligrosa que la anteriormente estudiada. Un transporte marítimo desde Talcahuano a Valparaíso llevaría a Osorio directamente hacia su objetivo, la capital, pero esa zona, de total dominio patriota no le habría servido de base de partida apropiada para su avance sobre Santiago. Un desembarco podría ser fácilmente rechazado.

En Talcahuano, Osorio contaría con un puerto propio y con una región más favorable a la causa realista que Valparaíso. Allí podría, con tiempo, reorganizar sus fuerzas, aumentar sus efectivos con reclutamientos y avanzar sobre Santiago con su espalda asegurada.

San Martín se subordinó a las posibilidades y se mantuvo a la expectativa hasta que definió totalmente su intención; sólo entonces avanzó hacia el sur para reunirse a O'Higgins. Esto significó entregar a los españoles gran parte del territorio y se perdió espacio de seguridad. Puede aducirse que así se atraía al enemigo hacia el norte, se le alejaba de su base de operaciones y se le alargaban sus líneas de comunicaciones. Es efectivo, pero se corría un grave riesgo como se corrió después del desastre de Cancha Rayada.

Así, la defensa de la independencia quedó entregada a una batalla dada casi en las puertas mismas de la capital. Tal vez, ella pudo realizarse mucho más al sur con menos riesgos.

Sin embargo no puede desconocerse que la causa primordial de la incertidumbre del mando patriota, más que nada, fue el hecho de haber dejado Talcahuano en poder realista. Es necesario pues, insistir en que una oportuna y más potente ofensiva en contra de Ordóñez no habría permitido que la expedición pudiera haberse materializado.

El plan patriota se cumplió con buen éxito, pero éste se debió en mucho a los errores cometidos por el comandante realista ya al final de su campaña.

Salvo en la campaña de los Andes, es característica esta actitud de San Martín, esperar hasta que el enemigo hubiera decidido, para adoptar

una solución definitiva. Nos corresponderá nuevamente considerarla en la Expedición Libertadora al Perú y aún más cerca, en la batalla de Maipo misma.

b) *Consideraciones sobre la batalla de Maipo.*

Resulta curioso observar que, como expresa el señor general Indalicio Téllez en su Historia Militar de Chile "un general que efectúa una marcha ofensiva de más de 500 kms. pase a la defensiva en el campo de batalla".

Después de Cancha Rayada, Osorio tenía mucho a su favor y una persecución bien ejecutada, seguida de un avance rápido sobre Santiago pudo darle buenas expectativas de triunfo. Sin embargo, cuando su ofensiva llegó casi a su objetivo geográfico mismo, la frenó pasando a adoptar un procedimiento defensivo injustificado.

Vista desde el lado realista, la concepción estratégica de la batalla de Maipo carece de toda lógica de conducción. La ubicación de las fuerzas se ejecutó no para asegurar un paso a la ofensiva cuando la ocasión se mostrara propicia, sino que para asegurarse una línea de retirada en el caso de una derrota.

Durante la ejecución misma de la batalla, la conducción táctica española cayó en los siguientes errores:

—Muy escasa profundidad de su dispositivo defensivo, lo que lo hacía extremadamente vulnerable a un rompimiento patriota.

—Falta de una reserva con la cual poder influir en el desarrollo de la batalla.

—Falta de energía en la conducción de la acción, la que prácticamente se realizó sin su intervención.

—Anticipado abandono del campo de batalla antes que se hubiera llegado a un resultado definitivo.

La más conveniente oportunidad de San Martín para batir a las fuerzas españolas fue cuando éstas cruzaban el río Maipo. Allí pudo atacar directamente con todo su poder combativo o al menos dificultar el cruce del río de los realistas y desgastar considerablemente su capacidad. Así, se continuó cediendo terreno al enemigo, sin combatir y dejándolo aproximarse peligrosamente a la capital.

Parece muy adecuado considerar lo que el señor general Indalicio Téllez expresa sobre la concepción de la batalla por parte del general San Martín:

"La actitud del general patriota en la preparación de la batalla, actitud confusa, sin un dispositivo adecuado de ataque y sin uno de defensa, sólo tendría tres posibles causales:

"1º) San Martín sólo pensaba en defenderse. Si así hubiera sido debió preparar la defensa eligiendo y reforzando una buena posición".

"2º) San Martín esperaba poder atacar. Si así fuera, debió haber desplegado alguna actividad y haber aprovechado las ventajas que el Maipo le ofrecía para hacerlo, en el momento crítico para los realistas, de atravesar el río".

"39) San Martín no tenía ningún proyecto, situación que no se puede considerar, pues no es dable que San Martín no pensara en nada".

Efectivamente, en la preparación de la batalla, la actitud del comandante en jefe patriota fue de espera, dejando que Osorio ocupara sus posiciones defensivas sin intentar nada ni siquiera para entorpecerlo.

Con respecto a la conducción misma de la batalla, el ya citado general Téllez expresa:

"Orden de combate, no sabemos que diera San Martín. Se limitó a colocar sus tropas frente a la posición enemiga y cuando creyó oportuno la hizo abrir sus fuegos.

"La posición que dio a sus tropas fue tal, que la división de la derecha (Las Heras) no podía marchar al ataque, sin exponer durante todo él, su ala derecha a los fuegos o la ofensiva de las tropas de Primo de Rivera, que quedaron situadas directamente en su flanco".

"Así las cosas, la división Las Heras estaba condenada, fatalmente, a un fracaso y eso habría ocurrido si los granaderos, dando un clásico ejemplo de lo que debe ser una caballería bien mandada y de una sólida preparación, no hubieran tomado la iniciativa de atacar incesantemente las tropas de Rivera hasta lograr inmovilizarlas en su posición".

### c) *Aplicación de principios de la conducción.*

#### (1) *Libertad de acción.*

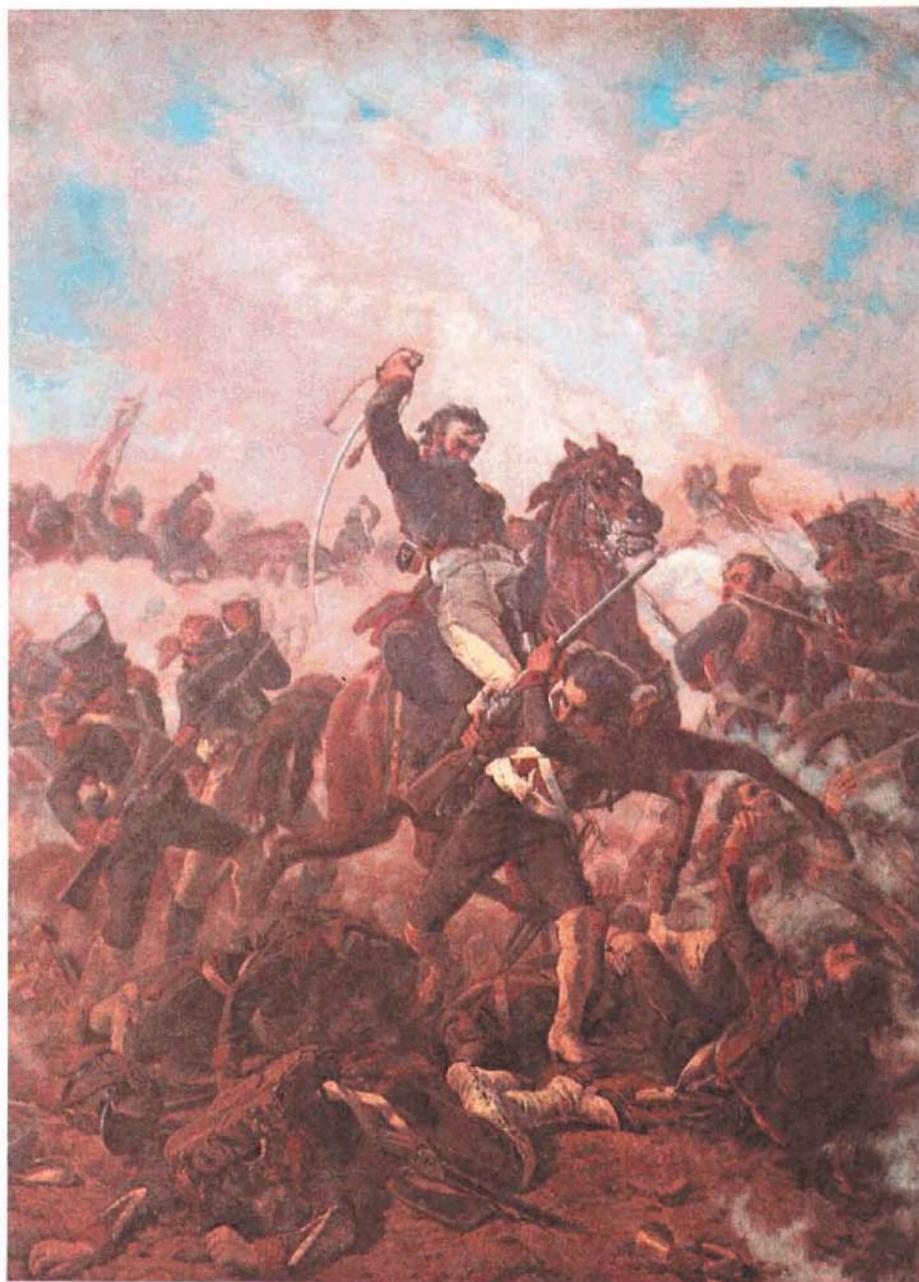
Osorio mantuvo la libertad de acción llegando al campo de batalla cómo y cuándo lo consideró necesario; también la tuvo al organizarse defensivamente, pero la perdió al disponer sus tropas más preparadas para una retirada que para un contrataque. No tuvo ninguna iniciativa durante el desarrollo de la batalla.

San Martín no actuó con libertad de acción en la preparación de la batalla, ya que para proceder esperó la actitud que asumiría su oponente, desperdiciando diferentes oportunidades para asumir anteriormente la iniciativa. Si bien es cierto que la batalla se inició cuando él lo estimó conveniente, no es menos cierto que el desarrollo de la acción se llevó a efecto mediante iniciativa de los mandos subalternos, incluso la persecución.

#### (2) *Ofensiva.*

Osorio fue ofensivo hasta Maipo, pero su empuje se detuvo bruscamente; en su dispositivo defensivo, al no dejar una reserva, perdió toda posibilidad de llegar a atacar si las circunstancias de la batalla se lo permitían.

San Martín sólo fue ofensivo cuando su adversario demostró claramente su actitud defensiva. Este espíritu ofensivo momentáneo no continuó después de la derrota española, pues no se consideró una persecución organizada. Los comandos subalternos y las tropas demostraron,



Carga del Tte. Coronel Santiago Bueras en Maipo.

Cuadro de Olegario Carmona

durante el combate, un empuje ofensivo considerable que los llevó a la victoria.

### 13) *Economía de las fuerzas.*

Osorio no cumplió este principio en la batalla al no marcar un definido centro de gravedad en su dispositivo y, fundamentalmente, al no dejar una reserva.

San Martín aplicó este principio, pero no en forma total. Llevó un ataque frontal sin un esfuerzo principal bien materializado, tanto por fuerzas como por apoyo de fuego y apoyo eventual de la reserva.

### (4) *Objetivo y tenacidad.*

La destrucción de las fuerzas enemigas que le permitiera reconquistar Santiago, que debió ser el objetivo estratégico de Osorio, lo perdió al no buscar una decisión sino que sólo aceptarla y aún en condiciones de llegar a evitarla con una retirada.

San Martín, que anteriormente había evitado una decisión que le permitiera aniquilar a su adversario, lo materializó cuando, en la batalla, inició el ataque para buscar la decisión; faltó la tenacidad suficiente para organizar una adecuada persecución.

### (5) *Sorpresa y seguridad.*

Prácticamente ninguno de los dos comandantes las buscó y las cumplió. San Martín perdió la oportunidad de sorprender a Osorio y Osorio no intentó sorprender a San Martín. Igual cosa pudo expresarse con respecto a la seguridad, pues cada adversario conocía exactamente lo que hacía el otro, sin que existiera la intención de encubrir sus operaciones o intenciones.

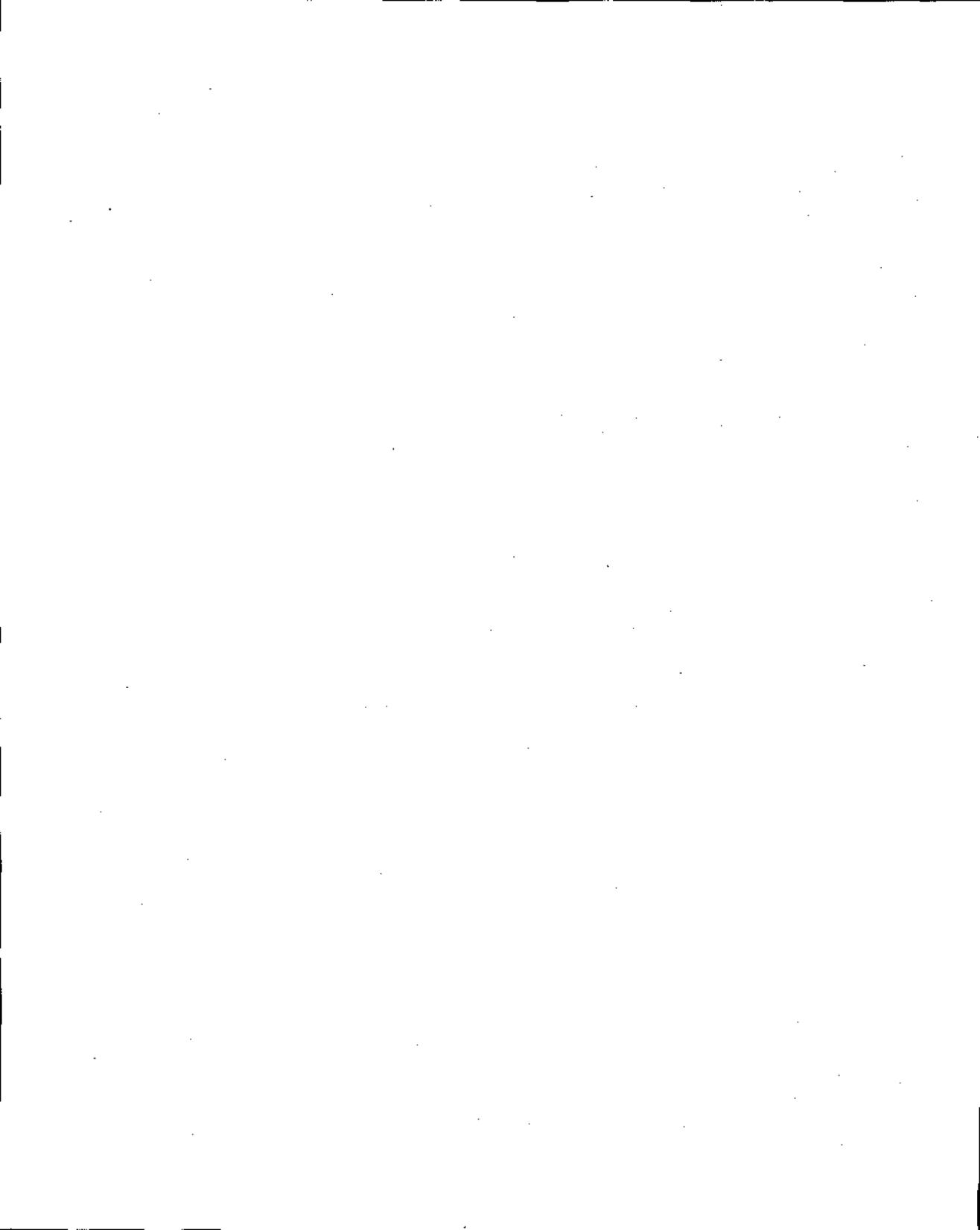
### c) *Las causas de la victoria de Maipo.*

Las causas que permitieron a las fuerzas patriotas obtener la victoria de Maipo, en lo fundamental, fueron las siguientes:

- Los graves errores cometidos por la conducción táctica española.
- La mayor moral que animaba a los soldados patriotas.
- El valor y la iniciativa de los mandos intermedios y subalternos patriotas.
- La mayor capacidad combativa patriota y, fundamentalmente, su empuje ofensivo.

## BIBLIOGRAFIA

- Historia General de Chile (T. VIII, IX, X y XI).* Diego Barros Arana.
- Historia de Chile (T. VI y VII).* Francisco A. Encina.
- Historia Militar de Chile.* Indalicio Téllez.
- Historia de San Martín (T. II).* Bartolomé Mitre.
- Historia del Libertador don José de San Martín. (T. II).* Pacifico Otero.
- Batalla de Chacabuco.* Alberto Lara.
- Diario Militar.* José Miguel Carrera.
- Historia de la Revolución en Chile.* Mariano Torrente.
- Memoria histórica sobre la revolución de Chile, desde el cautiverio de Fernando VII hasta 1814.* Fray Melchor Martínez.



## TERCERA PARTE

### LA GUERRA A MUERTE

#### A.—Antecedentes

La falta de persecución por parte de los patriotas después del triunfo magnífico de Maipo, el 5 de abril de 1818, favoreció la formación de montoneras en el sur, con los derrotados de aquella acción, unidos a las tribus del territorio araucano. Cabecilla de estas montoneras fue el feroz bandido Vicente Benavides.

El Gobierno despachó hacia la Frontera un destacamento de las tres armas a las órdenes del coronel D. Antonio González Balcarce, con la misión de batir al enemigo y de hacer retornar la tranquilidad a la zona. Como estimara Balcarce, a comienzos de febrero de 1819, haber llenado cumplidamente su misión, emprendió el regreso a Santiago el día 17 del mes citado. De acuerdo con las instrucciones recibidas, dejó en Los Angeles al Batallón N<sup>o</sup> 1 de Cazadores de Coquimbo y 4 piezas de artillería; envió los batallones 1 y 3 a las órdenes del coronel D. Ramón Freire a Concepción e hizo guarnecer Yumbel con 2 compañías de Cazadores de la Escolta Directorial.

D. Ramón Freire (ascendido a general de brigada) quedó como Intendente de Concepción y Comandante General de la Frontera (25 de enero).

#### 1.—Sitio de Los Angeles

El 18 de febrero de 1819, un día después de emprender el coronel Antonio González Balcarce la marcha al norte, se reanudaron las correrías de montoneros y de indios y el mismo Benavides cayó el 21 sobre la plaza de Santa Juana, al sur del Bío-bío y aniquiló a la mayor parte de su guarnición. En esa misma fecha era batido en Negrete un destacamento de 50 fusileros del Batallón N<sup>o</sup> 3 y el 23 el comandante D. Isaac Thompson y sus cazadores de Coquimbo quedaban sitiados en Los Angeles por más de 3.000 indios y mestizos.

Existía en esta plaza —dice el Sr. Barros Arana— “un espacioso fuerte perfectamente cuadrado, con bastiones en sus cuatro ángulos, rodeado de un fuerte muro de piedra y de un foso exterior, donde pudo acogerse la tropa y un gran número de pobladores del pueblo, en la confianza de defenderse contra los ataques de los indios y de resistir un sitio mientras hubiera víveres”.

Las fuerzas de Thompson lograron retrasar los ataques del enemigo y le causaron bajas de consideración. Los indios, sin embargo, se mantuvieron en los alrededores de la villa, preocupados de robar cuanto encontraban a su paso y de incendiar las casas de los suburbios. “El cerco del pueblo se continuó con escaramuzas constantes, en que perecieron muchos indios y en que los defensores de la plaza no tuvieron más desgracias personales que la muerte de algunas mujeres que habían tardado

en acogerse al fuerte". (Parte de Thompson al intendente de Concepción, de 1º de marzo de 1819).

La prolongación del sitio, la tardanza de los socorros y la escasez de víveres y de municiones comenzaron a producir el desaliento entre los defensores. Sabían, por lo demás, que si se rendían, serían todos ellos muertos sin compasión, por cuya razón resolvieron abrirse paso con espadas y bayonetas... o perecer en su empeño. El 10 de marzo, fecha fijada para la acción, pudieron observar que los sitiadores se dispersaban en todas direcciones.

¿Qué había ocurrido? El coronel D. Andrés de Alcázar, a la cabeza del escuadrón de Cazadores de la Escolta Directorial que tenía en Yumbel y de las milicias de caballería que había logrado reunir, se aproximaba en ayuda de la guarnición de Los Angeles. Así salvó, esta última, de caer en poder de los guerreros mapuches.

## 2.—*Combate de Curali*

1º de mayo de 1819

La "guerra a muerte" había tomado un gran incremento de los primeros meses de 1819. La crítica situación en que se encontraba el Ejército del sur, por la escasez de sus efectivos y de toda clase de recursos, no le permitía tomar la ofensiva contra la plaza de Santa Juana, al sur del Biobío. Aunque las unidades de milicias que guarnecían a Chillán y a Quirihue habían batido a algunas de las montoneras que incursionaban en la comarca, la situación general de la provincia se presentaba en extremo seria.

En tal evento, el general D. Ramón Freire concibió la idea de evacuar a Concepción y retirarse a Talcahuano, con la esperanza de ser socorridos por mar. Impartió, previamente, las órdenes del caso, a fin de reunir allí las milicias de la provincia y los refuerzos que se encontraban detenidos en Talca. El general logró tener, así, en su mano, algo más de 700 milicianos. Los efectivos de Talca no pudieron concurrir al llamado en atención a encontrarse participando en la campaña contra los hermanos Prieto, que iniciaron una serie de vandálicas correrías en la región centro-sur del país.

Estimulados por la inacción de las fuerzas patriotas, Vicente Benavides resolvió tomar la iniciativa, a la cabeza de unos 1.000 hombres, aproximadamente. Cruzó el Biobío, ocupó la plaza de Talcamávida y los campos vecinos. Informado de estos sucesos en la noche del 14 de abril, Freire se ponía en marcha al día siguiente hacia Talcamávida. El caudillo montonero trató de regresar al Biobío; pero cortado por los patriotas, continuó su retirada hacia el este. Atravesó el Laja por el vado de Tarpellanca y el 19 de abril se aproximó a Los Angeles, a intimar rendición al jefe de la plaza, coronel Alcázar. Rechazada su intimación cruzó el Biobío por Negrete el 20 de abril, para dirigirse a su antiguo campamento de Santa Juana. Esta plaza, que Benavides había abandonado con el propósito de iniciar su infructuosa campaña, fue ocupada por los patriotas el 19 de abril.

El montonero fue a situarse a unos 9 kilómetros más al sur, en el estrecho valle de Curalí. Freire esperaba un tiempo favorable para pasar al ataque (había llovido una semana completa) y fue así como el 1º de mayo —en que cesó la lluvia por algunas horas— se puso en movimiento con su tropa. Al cabo de una jornada de marcha forzada alcanzó las proximidades del campamento enemigo a la caída de la tarde.

Vicente Benavides dispuso la retirada rápida de su gente. De las fuerzas patriotas, sólo la caballería logró tomar contacto con los fugitivos, les causó pérdidas considerables y los dispersó en todas direcciones por entre los parques y los cerros. La persecución fue continuada hasta unos 5 kilómetros y, llegada la noche y recomenzada la lluvia, los efectivos de Freire hubieron de regresar al mismo campamento de Curalí... que acababan de abandonar los realistas.

Varios de éstos, que habían comenzado por ocultarse en los bosques vecinos, comenzaron a presentarse —desde la mañana siguiente— al intendente de Concepción, de acuerdo con el perdón que este último les ofreciera generosamente.

### 3.—*Combate de Quilmo*

20 de Septiembre de 1819.

Al aproximarse la primavera de 1819 se reiniciaron las hostilidades en la Frontera con la violencia acostumbrada. El capitán D. Pedro Nolasco Victoriano, gobernador del distrito de Chillán y soldado hábil y resuelto, partió a mediados de septiembre con las escasas tropas a sus órdenes, con la intención de batir una banda de montoneros y de indios que se habían apoderado del pequeño pueblo de Tucapel. Este fue recuperado sin mayor dificultad; pero Victoriano se vio forzado a regresar de inmediato al norte. Aprovechando su ausencia, los hermanos Pedro Pablo y Antonio Pincheira, reforzados con fusileros y jinetes remitidos por Benavides, habían caído sorpresivamente sobre Chillán el 18 de septiembre. No encontraron resistencia alguna y cometieron todo género de depredaciones y de robos.

Victoriano regresó a marcha forzada. Los montoneros se adelantaron a detenerlo en las orillas del pequeño río de Quilmo, que corre a escasos kilómetros al sur de la ciudad. El encuentro ocurrió el 20 de septiembre y fue un triunfo completo para las armas de la Patria.

### 4.—*Combate de Trilalco*

1º de noviembre de 1819

En los primeros días de octubre de 1819 Vicente Benavides se aproximó a la plaza de San Pedro, enfrente de Concepción, con la intención de atacar a la plaza de esta última. Convencido de la imposibilidad de llevar a cabo la empresa, emprendió el regreso y se dirigió a la isla de La Laja, con vigilancia hacia la plaza de Los Angeles, de la cual pensaba

apoderarse. Además, fueron enviados 200 fusileros montados y gran cantidad de indios a apoderarse de Chillán.

Informado de estos hechos, el general D. Ramón Freire ordenó salir de Concepción a una parte de la tropa de infantería a sus órdenes en dirección a Yumbel. Pero antes de que estas fuerzas hubiesen podido alcanzar los puntos amenazados, el enemigo había atacado la plaza de Los Angeles desde tres direcciones. El coronel Alcázar dispuso que la tropa de infantería (Cdte. Thompson) saliera a rechazar a los asaltantes. Después de algunas descargas, retrocedieron éstos y Benavides dio la orden de retirada.

Las columnas enviadas a Chillán anduvieron con más suerte. El intrépido gobernador de esta última, D. Pedro Nolasco Victoriano, que ignoraba quizás la aproximación de las tropas de Yumbel, salió de Chillán el 30 de octubre con unos 100 hombres, en dirección sur, por la falda de la montaña. Informado oportunamente del peligro, pretendió dar la vuelta; pero en la tarde del 1º de noviembre se vio cortado por una agrupación de montoneros. Victoriano hizo alto, dio media vuelta, pasó resueltamente al ataque y obtuvo cierta ventaja sobre las fracciones más adelantadas. Pronto apareció el guerrillero y la superioridad aplastante de los suyos le permitió batir sin mayor dificultad a los patriotas.

El gobernador logró escapar y con unos 20 de sus hombres pudo regresar a Chillán. Al tener noticia de la aproximación de los vencedores, la población abandonó la ciudad al día siguiente y se trasladó en masa a San Carlos.

##### 5.—Combates de Hualqui y de Pileo

19 de noviembre y 7 de diciembre de 1819

A fines de 1819 la "guerra a muerte" proseguía su curso con una violencia creciente y las hostilidades llegaron a cobrar mayor intensidad. Al amanecer del 19 de noviembre una banda de 50 montoneros a caballo asaltó por sorpresa la pequeña aldea de Hualqui, en la ribera norte del Biobío. La pequeña guarnición (25 soldados a los órdenes de un subteniente) se defendió con una tenacidad increíble y obligó a los asaltantes a retirarse y repasar el río en completo desorden.

En un nuevo encuentro en Quirihue las fuerzas patriotas fueron menos afortunadas. En la noche del 6 de diciembre el capitán polaco D. Pedro Kuosky, a la cabeza de una compañía de zapadores (que él había organizado) y de 10 jinetes de caballería, cruzó el Biobío por San Pedro. Al amanecer del día siguiente cargó de improviso sobre la aldea de Pileo. Después de aniquilar a los 15 montoneros que la guarnecían, la tropa de Kuosky procedió a reunir el ganado existente en las inmediaciones.

Muy pronto acudían en socorro de la aldea unos 300 guerrilleros, en su mayoría indígenas, desde el lado de San Pedro y una partida de tropa realista, desde el lado opuesto. Kuosky pudo haberse retirado en las balsas que, a su disposición tenía en el río. Pero, luego de responder que "los soldados de la Patria no huían delante de ladrones", se obstinó en permanecer allí, preocupado de disponer el traslado del ganado. Ya muy entrada

la tarde (7 de diciembre) se vio atacado por las fuerzas procedentes de San Pedro. El capitán logró rechazarlas y perseguirlas un buen trecho; pero sobre su espalda se dejaron caer las tropas realistas.

Kuosky y 30 de sus soldados quedaron muertos en el campo y el resto logró salvarse precipitándose al río, para cruzarlo en medio del fuego de fusilería que se les hacía desde la orilla del mismo.

#### 6.—*Combate de Yumbel*

9 de diciembre de 1819

A raíz de la derrota y muerte del capitán D. Pedro Kuosky en el pueblo de Pileo, el intendente de Concepción —general D. Ramón Freire— temió que el enemigo intentara pasar el Biobío con el grueso de sus fuerzas. Dispuso en consecuencia que las tropas estacionadas en Yumbel acudieran a guarnecer, de inmediato, las villas de Hualqui y de Talcamávida. En Yumbel quedó sólo un destacamento de 110 hombres.

Los jefes realistas, informados de estas ocurrencias, acordaron realizar la invasión por otro lugar más lejano. Vicente Benavides permanecía en Arauco y sus lugartenientes Antonio Bocardo, Zapata y Juan Manuel de Pico reunían unos 100 hombres, entre soldados, montoneros e indios y a su cabeza atravesaron el Biobío y el Laja. Luego de un largo rodeo, cayeron en la mañana del 9 de diciembre sobre el pueblo de Yumbel. Este se encontraba guarnecido por una pequeña fracción a las órdenes del capitán D. Manuel Quintana.

En la mañana del día citado el capitán fue informado de la aproximación del enemigo. Al observar que éste se proponía incendiar las casas pajizas del pueblo, se dirigió a ocupar una posición defensiva en un cerrito vecino con su gente y dos piezas de montaña. La resistencia se mantuvo sin desmayo de ninguna especie durante cinco horas y habrían, quizás, sucumbido los defensores, sin la llegada oportuna de una fracción de infantería procedente de Rere. Ante el temor del arribo de nuevos refuerzos, los realistas abandonaron el lugar en dirección al sur y atravesaron el territorio conocido como isla de La Laja.

#### 7.—*Combate de El Avellano*

9 de diciembre de 1819

Al emprender los realistas la retirada, a raíz de su rechazo en Yumbel, en las proximidades de Los Angeles, salió a su encuentro el coronel D. Andrés de Alcázar, con tropa de caballería, en el sitio denominado El Avellano. Luego de un breve intercambio de disparos, los jinetes patriotas se vieron forzados a replegarse a la plaza. Allí acudió en su ayuda la infantería que la guarnecía e impidió, además, que los indios procedieran a incendiar las casas de los suburbios. Durante la lucha pereció el temible

guerrillero Pedro Sánchez, que se había hecho famoso por las innumerables depredaciones y robos cometidos contra los poblados patriotas.

Tal fue el nuevo desastre que sufrieron los realistas al norte del Biobío.

### 8.—*Combate de San Pedro*

*29 de diciembre de 1819*

El cuartel general realista seguía, mientras tanto, acumulando recursos para emprender nuevos y más fructíferas empresas de violencia y pillaje. En la madrugada del 29 de diciembre aparecía en los alrededores de la plaza de San Pedro el mismo Vicente Benavides, a la cabeza de 200 fusileros, numerosos indios armados de lanzas y 3 piezas de artillería.

Existía allí un fortín patriota, guarnecido por unos pocos soldados y 4 piezas de artillería, a las órdenes del capitán D. Agustín Elizondo. Rechazado por la defensa patriota, Benavides —“tan feroz con los vencidos, pero que en las horas de combate no solía desplegar el valor heroico de que daban pruebas muchos de sus subalternos— prefirió emprender la retirada en dirección al sur, sin antes arrasasr cuanto encontraba a su paso”.

### 9.—*Asalto y toma de Valdivia*

*3 y 4 de febrero de 1820*

Fracasado en su intento de ataque a El Callao en septiembre de 1819, el almirante lord Thomas Cochrane ordenó el regreso de la Escuadra chilena desde el litoral peruano a Valparaíso (diciembre de 1819). El almirante se sentía despechado ante el mal resultado de la campaña en la cual tantas esperanzas había cifrado y le parecía inaceptable la idea de presentarse en el primer puerto chileno sin haber logrado los triunfos que había prometido al Gobierno y al pueblo. Al reflexionar sobre la empresa que podría realizar a fin de reivindicarse ante los ojos de aquéllos, resolvió atacar la plaza fortificada de Valdivia. Dejó en Valparaíso los buques *Lautaro*, *Aguila* y *Begoña* y prosiguió con la *O'Higgins* rumbo al sur.

Próximo ya al puerto de Valdivia, el 17 de enero de 1820, izó la bandera española e hizo señales para llamar un práctico. Este llegó pronto a su lado y obtuvo, por su intermedio, importantes informaciones sobre la situación defensiva de la plaza.

Cochrane procedió a realizar, embarcado en una chalupa, el reconocimiento del caso y advirtió que se trataba de una fortaleza inexpugnable, lo cual indicaba la necesidad imperiosa de acudir en busca de refuerzos. Se dirigió, pues, a Talcahuano a cambiar ideas sobre el particular con el general D. Ramón Freire, General en Jefe del Ejército de la Frontera. El almirante recibió una afectuosa acogida de parte del jefe militar. Aun cuando carecían ambos de instrucciones superiores para la expedición

que se meditaba, resolvieron —sin embargo— cargar con la responsabilidad de la empresa y se puso a disposición del ilustre marino, un destacamento de 250 hombres escogidos, a las órdenes del sargento mayor D. Jorge Beauchef, que fue embarcado en la goleta *Moctezuma*, y el bergantín *Intrépido*.

Al cabo de ocho días de navegación, la flotilla alcanzó su destino (el 3 de febrero).

Provisto de un buen plano de la plaza de Valdivia y con las informaciones sobre su poderío recibidas en su incursión del 17 de enero, lord Cochrane había preparado el plan de ataque correspondiente. Comprendía perfectamente las dificultades del desembarco y nada parecía más temerario que empeñar el ataque a una fortaleza integrada por 10 castillos y 110 cañones, cuyos fuegos cruzados estaban en aptitud de hundir cualquier barco que pretendiera penetrar en el río, amén de los peligros que significaban sus bajos y bancos de arena. Cochrane, sin embargo, tenía confianza absoluta en el triunfo: contaba con la habilidad y audacia propia de su temperamento y con el coraje extraordinario de sus oficiales y soldados.

En la tarde del 3 de febrero —se dijo— la flotilla patriota llegó a su destino y echó ancla bajo los disparos del fuerte Inglés, luego de haber izado la bandera española.

#### *Fuerzas en presencia*

##### *Patriotas:*

Fragata *O'Higgins*, goleta *Moctezuma* y bergantín *Intrépido*.  
Tropa: 310 hombres, aproximadamente.

##### *Realistas:*

10 castillos (o fortalezas) con 110 cañones de bronce y acero de calibre 24.

2 batallones de infantería y 1 cuerpo de artillería, con un total aproximado de 780 plazas.

#### *Desarrollo de la acción*

Al ruido del cañón, 300 tiradores de los fuertes vecinos se reunieron en el fuerte Inglés y rompieron el fuego sobre las naves patriotas. Además, una partida de 75 hombres fue enviada a una caleta vecina a impedir el desembarco. Cochrane ordenó echar al agua la totalidad de los botes de que disponía y los envió ocupados con 250 soldados comandados por el sargento mayor D. Jorge Beauchef y con los 60 que obedecían al mayor D. Guillermo Miller. Los botes fueron recibidos con nutridas descargas de fusilería, que causaron algunas bajas entre los nuestros. Pero los ca-

fiones de los buques chilenos obligaron, a su vez, a replegarse a los defensores hacia el interior de los fuertes.

Ya en tierra, Beauchef dictó las órdenes pertinentes para el asalto. La fuerza enemiga destinada a impedir el desembarco se había retirado por la misma senda que recorrían los patriotas y se introdujo en el fuerte Inglés. El subteniente D. Francisco Vidal, que marchaba a la cabeza de 7 valientes, favorecido por la obscuridad de la noche y el ruido de las olas, trepó la muralla del fuerte y, desde lo alto, hizo con sus hombres una descarga cerrada. Sorprendida, sin conocer el número de sus asaltantes, la guarnición huyó en todas direcciones. El pánico se propagó a una columna reunida a la espalda de la fortaleza, de manera que no fue ya posible reorganizar la resistencia.

Con el mayor número de soldados que pudo reunir, Beauchef marchó en seguida hacia el castillo de San Carlos. La lucha fue allí breve y los atacantes pudieron proseguir su avance sin mayor dificultad. Cayeron así, en manos de los patriotas, las baterías de Amargos y Chorocamayo. Después de medianoche los atacantes se encontraban enfrente del inexpugnable Castillo de Corral, residencia del gobernador militar de la plaza. Beauchef lo atacó, simultáneamente, por tres de sus costados y alcanzó tal violencia la acción que, en breve, los defensores se rindieron y dejaron numerosos prisioneros en poder del enemigo. Entre ellos se encontraba el propio gobernador de la plaza.

Al amanecer del día siguiente (4 de febrero), al frente de la flota, Cochrane se apoderaba de los fuertes de Niebla y Mansera, situados en la otra banda del río. Minutos antes de las 8 de la mañana los buques fondeaban en el puerto de Corral. Quedaban aún en poder del enemigo algunos fuertes y el coronel Montoya despachó en botes, desde Valdivia, una columna de unos 250 soldados en su auxilio. Pero ya era demasiado tarde.

La derrota realista fue completa y definitiva. Las fuerzas patriotas se habían apoderado del puerto mejor fortificado del Pacífico, el llamado "Gibraltar" de Sudamérica. Sus bajas alcanzaron solamente a 39 hombres entre muertos y heridos.

#### 10.—*Combate de Pangal*

23 de septiembre de 1820

#### *Antecedentes*

En los días de la partida de la Expedición Libertadora del Perú (agosto de 1820) la guerra en la Frontera había tomado, de improviso, un cariz alarmante. Mientras Vicente Benavides (el implacable y feroz caudillo montonero) estaba perfectamente orientado respecto de los sucesos de Santiago y de Concepción, el general D. Ramón Freire (intendente de esta última) —que no había organizado el servicio de inteligencia correspondiente— ignoraba las ocurrencias del campo adversario o estaba falsamente informado por obra y gracia de las intrigas del propio Benavides.

A mediados de septiembre del citado año 20 el coronel realista D. Juan Manuel de Pico atravesaba sorpresivamente el Biobío por Monterrey, al frente de 400 dragones y algunas tribus indígenas. Días más tarde, el teniente coronel D. Benjamín Viel y su escuadrón de Húsares de Marte fue derrotado por esta fuerza de Pico en Yumbel. Viel logró reunirse, en seguida, con los restos de su escuadrón y con el escuadrón Dragones de la Patria, comandado por el teniente coronel D. Carlos María O'Carrol. Aunque sus fuerzas sumaban, en conjunto, 300 hombres, estimaron ambos comandantes no contar con la capacidad combativa suficiente para batir al enemigo y optaron por atrincherarse en el pueblo. En conocimiento de esta situación el general Freire reforzó a O'Carrol con 84 cazadores de la Escolta Directorial y con la guarnición de Hualqui (otros 80 soldados y 2 piezas de artillería). Impartió al mismo tiempo orden al mariscal D. Andrés del Alcázar de replegarse de Los Angeles a Chillán.

Húsares y Dragones, bajo las órdenes de O'Carrol, pasaron al reposo el 21 de septiembre en Yumbel. Pico se retiró en dirección oriente por la ribera norte del Laja. El jefe patriota —en vez de aprovechar su superioridad para pasar al ataque— cometió el error de seguir lentamente tras las huellas del jefe español al paso cansino de los bueyes que arrastraban sus cañones, en dirección al lugar que había señalado el comandante Vicente Antonio Bocardo a otros guerrilleros para los efectos de su reunión.

En la noche del 22 de septiembre las fuerzas patriotas y los montoneros pasaron al reposo en el sitio llamado El Manzano, a orillas del Laja, separados por una distancia no mayor de tres cuadras. "Por mera circunstancia —escribe D. Benjamín Vicuña Mackenna en *La Guerra a Muerte*— ambos beligerantes estuvieron ignorantes aquella noche de su proximidad y de su mutuo peligro".

Al amanecer reemprendió su marcha el jefe realista, río arriba. Avanzaba con la intención —se dijo— de reunirse a los refuerzos que aguardaban de la montaña y del nacimiento del Biobío. O'Carrol, a su turno, proseguía sin desmayar la persecución del enemigo. La mayor movilidad de éste, en contraste con la lenta marcha de los bueyes que arrastraban los cañones patriotas, daba la ventaja a Pico. A las dos de la tarde inmensas columnas de humo emergían desde el fondo de los bosques: era la señal convenida con las diversas fracciones conducidas por Benavides para encontrarse en un sitio convenido de antemano, a fin de obrar de consuno contra el adversario.

#### *Fuerzas en presencia*

##### *Patriotas:*

Escuadrón Dragones de la Patria y Húsares de Marte	300	hombres
Compañía de Cazadores de la Escolta Directorial	84	"
Infantes de la guarnición de Hualqui	80	"
2 piezas de artillería		
	<u>464</u>	"

*Montoneros:*

Regimiento Dragones	400	hombres
Jinetes de Bocardo	300	"
Indios en número indefinido	300	"
Total aproximado:	<u>1000</u>	"

*Desarrollo de la acción*

En los mismos momentos en que se divisaban las columnas de humo en el campo realista, la columna patriota descendía al llano de Pangal. Pico, por su parte, había ya concebido su plan, que consultaba un ataque frontal contra la línea enemiga con dos escuadrones a sus órdenes directas, combinado con un ataque contra el flanco derecho, conducido por el guerrillero José María Zapata y con un ataque contra el flanco izquierdo, a cargo del guerrillero Juan Antonio Ferrebú.

Efectivamente, tan pronto inició el coronel el ataque frontal, el intrépido guerrillero Zapata cayó sobre el flanco derecho y espalda de la derecha enemiga, constituida por el escuadrón de Cazadores de la Escolta. No se detuvo allí: cayó también contra los infantes y piezas de artillería ubicadas en el sector. Los cazadores, al sentirse súbitamente cargados por la espalda, echaron a correr hacia el centro y ala izquierda, creando una confusión espantosa. El escuadrón Ferrebú, cargaba, mientras tanto, al ala izquierda (escuadrón Húsares de Marte) y la hacía replegarse en desorden hacia el centro.

El bravo comandante O'Carrol, vuelto en sí de la sorpresa, se introdujo —sable en mano— "en medio de la vorágine de cuchilladas que formaban los combatientes". El campo de batalla —relata Vicuña Mackenna— "quedó convertido en un corral de sables y de lanzas, en que iban rindiendo la vida los mejores hijos de Chile". O'Carrol fue uno de los primeros en caer en manos de los montoneros. Sobre el particular anota D. Tomás Guevara: "Entra en acción también el lazo para la caza de los fugitivos. Sobre la cabeza del mismo O'Carrol serpentea una lazada que envuelve sus brazos: un tirón violento lo arroja al suelo: había sido Gervasio Alarcón el héroe de esta hazaña". En cuanto a sus soldados, no menos de 300 de ellos quedaron tendidos en el campo de batalla. Sólo consiguieron escapar hacia Chillán el sargento mayor D. Bernardino Escribano con gran parte del Escuadrón Húsares de Marte, el capitán D. José María de la Cruz con buena parte del escuadrón de Cazadores de la Escolta, el comandante D. Ambrosio Acosta y el mayor D. Francisco Ibáñez con unos cuantos dragones. El comandante Viel, seguido de algunos dragones, tomó el camino de Yumbel.

Las bajas del enemigo fueron, en cambio, escasísimas.

11.—*Combate de Tarpellanca*

26 de septiembre de 1820

*Antecedentes*

Al retirarse del campo de la lucha en Pangal, el teniente coronel D. José María de la Cruz (comandante del escuadrón de Cazadores de la Escolta), intentó dirigirse a Los Angeles, con el propósito de reunir su tropa a las fuerzas del mariscal D. Andrés del Alcázar. Su segundo le advirtió que los vados del Laja estarían seguramente vigilados por el adversario y que difícil sería batirlo con una tropa desmoralizada a raíz de la reciente derrota. Cruz partió en otra dirección; pero escribió previamente a Alcázar una nota relativa al desastre que las fuerzas de la Patria acababan de sufrir, por cuya razón le sugería se replegase hacia Concepción o hacia Chillán. La misiva fue entregada a uno de los jinetes allí presentes en esos instantes, que se comprometió a alcanzar Los Angeles en unas tres horas. Parece que el intrépido estafeta fue capturado por el enemigo y muerto indudablemente "y fingiendo un oficio del general Freire... despacharon el pliego con otro de los suyos en el propio caballo del occiso, que era muy conocido en el campo patriota, para asegurar mejor su ardid". (B. Vicuña Mackenna).

Croquis N° 29

En el falso oficio se daba al mariscal una orden enteramente opuesta a la sugerencia de Cruz, pues se le decía cruzase el Laja por el vado de Tarpellanca —el más vecino a Yumbel— donde recibiría socorros de las fuerzas de Concepción. El jefe patriota se puso en movimiento en el acto. Empezó por informar al vecindario respecto de la orden que acababa de recibir y lo dejó en libertad de seguir y correr con el albur de la lucha o quedar en el pueblo, expuesto a una probable irrupción de los bárbaros. La mayoría optó por el primer camino y fue así como el número de infelices mujeres que lo integraba llegó a no menos de unas quinientas.

Partió Alcázar a la cabeza de su columna en la tarde del 25 de septiembre. A la mañana siguiente llegaba a la orilla del Laja, frente al vado de Tarpellanca, el más próximo a la confluencia de aquél con el Biobío. En esos mismos momentos se incorporaba a los montoneros y mapuches vencedores en Pangal el propio Vicente Benavides y era pronto informado de la aproximación de Alcázar. Ordenó a su gente montar a caballo y partió en dirección al vado de Tarpellanca. Cuando se encontraba en sus proximidades, el mariscal "tenía salvada la mitad de la corriente y se encontraba con toda su comitiva en la isleta de Tarpellanca" (Vicuña Mackenna).

El coronel Pico, que había concebido el plan correspondiente para el paso al ataque, procedió a ponerlo en práctica: ubicó su caballería en línea en la ribera del río; situó las piezas de artillería capturadas en Pangal en las altas barrancas vecinas y alistó una columna de infantería "para forzar el paso del río hasta la isla, si era necesario".

*Fuerzas en presencia*

De acuerdo con cifras dadas a conocer por D. Tomás Guevara en *Los Araucanos en la Revolución de la Independencia*, estas fuerzas eran las siguientes:

*Patriotas:*

Batallón Nº 1 de Cazadores (Coquimbo)	380 hombres
Milicianos de caballería	50 "
Indios auxiliares	200 "
2 piezas de artillería	
<b>Total</b>	<b>580</b> "

*Realistas:*

Dragones de nueva creación	400 hombres
Jinetes del Cde. Vicente Bocardo	300 "
Indígenas en número indefinido	1.700 "
2 piezas de artillería	
<b>Total aprox.</b>	<b>2.400</b> "

*Desarrollo de la acción*

Cruzado el río Laja por parte de su destacamento, el Jefe patriota fue informado de la proximidad de Benavides y de Pico. Ordenó en el acto a esa fuerza volver a la isla, a pesar de quedar en una situación desventajosa y vulnerable en todas direcciones. El batallón formó el cuadro y ubicó en los ángulos las piezas de artillería. Las mujeres y niños fueron introducidos en el interior del cuadro y allí quedaron "boca abajo, para no perecer víctimas indefensas del combate".

El fuego fue roto a las 11 de la mañana y la lucha tuvo una duración de tres horas. Mientras los soldados disparaban sus fusiles, las mujeres les mordían los cartuchos a fin de que pudieran cargar más aprisa. "Un pueblo entero asediado en una isla por hordas ávidas de muerte y de pillaje; el río tinto de sangre arrastrando cadáveres en su corriente; los indios exhalandos su horrible *chivateo* a cada víctima que caía y en el fondo de aquel paisaje de la muerte, el humo de las chozas incendiadas que venía marcando el itinerario de nuevos refuerzos que por instantes llegaban al bárbaro enemigo" (Vicuña Mackenna).

Sobrevino la noche y con ella, una pausa en la lucha. En el campo patriota se corrió pronto la nueva de que se habían agotado las municiones y que masas enormes de indios caían sobre Los Angeles y lo habían convertido en una verdadera hoguera. Alcázar, por otra parte, sabía que ni Benavides ni Pico le perdonarían la vida en caso de ser derrotado. Prefería, por lo tanto, morir combatiendo antes que entregarse. Fue éste

el partido que, en consecuencia, resolvió adoptar. Se le hizo presente, empero, que si él capitulaba se salvarían al menos las mujeres y que, de ocurrir lo contrario, los indios no perdonarían a persona alguna. Por primera vez en su prolongada vida guerrera accedió Alcázar a rendirse a un "afortunado salteador y entregar su espada como a un valiente al mismo asesino que había de matarle".

Se ajustó, en efecto, la capitulación correspondiente y, en virtud de ella, se respetarían las vidas de los combatientes y los civiles quedarían libres con sus familias y equipajes. Mas, al amanecer del mismo día, se precipitaron los indigenas sobre el campamento patriota y "los niños, las esposas y los hijos de los rendidos fueron el blanco en que vinieron a ensangrentar sus lanzas o a satisfacer su infernal lascivia". Al día subsiguiente (el 28) fueron muertos a golpes de lanza o de sable el mariscal Alcázar y todos los oficiales del batallón Coquimbo.

¡Tal fue la desastrosa derrota de Tarpellanca!

## 12.—*Combate de Vegas de Talcahuano*

25 de noviembre de 1820

A raíz de los desastres de las armas patriotas en Pangal y Tarpellanca, el intendente de Concepción, general D. Ramón Freire, pudo advertir que había perdido la mitad de sus fuerzas y la provincia. El 26 de septiembre, aun antes de conocer la noticia de la funesta acción de Tarpellanca, pidió al Director Supremo O'Higgins acudir con la totalidad de las tropas de Santiago a la línea del Maule, donde él pensaba retirarse con la intención de organizar allí la resistencia. Contaba con sólo 900 hombres contra los 2.000 que había reunido Vicente Benavides. Imposibilitado, por lo tanto, de alcanzar el Maule, resolvió atrincherarse en Talcahuano y esperar allí se le socorriera por tierra o por mar.

Croquis No 30

El 2 de octubre penetró el montonero en Concepción y, desde el primer momento, se dedicó a incrementar sus fuerzas. Según un estado de 12 de noviembre de 1820, llegó a contar con 1.751 hombres de tropa regulares y 2.400 milicianos, incluidos entre ellos los indios auxiliares.

El gobierno de Santiago, preocupado de la Expedición Libertadora del Perú, había olvidado por completo lo que ocurría al sur del Bío-Bío. No concedió importancia, en un comienzo, al encuentro de Pangal; pero cuando se impuso de la lamentable tragedia de Tarpellanca y del abandono de Concepción, se apresuró a reunir una agrupación de las tres armas, a las órdenes del coronel D. Joaquín Prieto y a remitir por vía marítima víveres y municiones al general Freire.

Al encerrarse este último en Talcahuano, tenía a sus órdenes una división de algo más de 1.000 soldados de las tres armas y 15 cañones de diversos calibres. Pero estas fuerzas, de las cuales un tercio se componía de milicianos, eran muy escasas para cubrir el área de la plaza asediada y su valer militar, casi inexistente. Carecía, por otra parte, de vestuario y de dinero y sus municiones estaban a punto de agotarse. Habían visto transcurrir, entretanto, un mes completo y nada les anunciaba la aproximación de la división Prieto por tierra o la aparición de una sola vela

por mar. Sabía Freire únicamente que dicha división había recibido la extraña orden de detenerse en la ribera norte del río Maule. En vista de lo cual escribió a su comandante se aproximase por Coelemu, con el propósito de colocar a Benavides entre dos fuerzas y batirlo. Pero Prieto no llegaba, ni se sabía aún al cabo de cuarenta días, en qué lugar se encontraba.

Cuando se enteraron ya los cincuenta y tres días de ausencia, el general intendente citó a los comandantes de unidades a una junta de guerra. Llamados a opinar éstos sobre cuál sería la solución del grave problema a que se hallaban enfrentados, "todos los votos fueron unánimes por salir y atropellar a Benavides, exterminándolo si era posible o refugiándose en la 2ª División (División Prieto) que se creía próxima, si aquel objeto no se conseguía". (Vicuña Mackenna). El teniente coronel D. Ambrosio Acosta insinuó la conveniencia de ejecutar un ensayo previo con los cuerpos de caballería... y la junta aceptó la opinión de Acosta. Se encargó, en seguida, él mismo, de planificar la acción y de llevarla a la práctica en todos sus detalles.

#### *Fuerzas en presencia*

##### *Patriotas:*

Batallón Nº 1 de Cazadores (parte de la 2ª comp.)  
 Batallón Nº 3 de Infantería  
 Batallón de Infantería Nº 2 de la Guardia Nacional  
 Escuadrón de Cazadores de la Escolta Directorial  
 Escuadrón Dragones de la Patria  
 Escuadrón de Caballería Cívica  
 Compañía de Caballería de Plaza  
 65 artilleros  
 2 piezas de artillería  
 Grupos de indios  
 Total general: 800 soldados y milicianos y 300 indios.

*Montoneros:* Según los estados de fuerza que Benavides pasó al Virrey Pezuela, con fecha 12 de noviembre de 1820, los efectivos eran los siguientes:

Tropas regulares	1.751 hombres
Milicianos (entre ellos, indios auxil.)	2.400 hombres
Total general:	<u>4.151</u> hombres

D. Tomás Guevara afirma que estas cifras eran exageradas, "sin disputa para interesar al virrey en su fantástica empresa de conquista. El efectivo de su ejército no pasaba de 2.200 hombres, la mitad de tropas medianamente regularizadas y la otra, de columnas móviles de guerrilleros indígenas".

### *Desarrollo de la acción*

En la mañana del 25 de noviembre de 1820 salía la fuerza de caballería de la ciudad, en columna, "por el portón que se abre sobre la vega". Cruzado el dicho portón, formó en línea frente al enemigo desplegado a más de seis cuadras de distancia y "evolucionando un número de 600 jinetes".

El comandante Acosta ubicó a su escuadrón Dragones de la Patria a la derecha y en el mismo sector formó el grupo de indios que comandaba el bravo cacique Quilapán. El escuadrón de Cazadores de la Escolta Directorial lo hizo a la izquierda. El general Freire se colocó a la cabeza de sus jinetes y en el momento oportuno dio la orden de partida y de pasar a la carga. Estos cayeron como poderosa e irresistible tromba sobre el enemigo, que no atinó sino a dar vuelta la espalda y huir presa del pánico.

Eso fue todo. No restaba otra cosa que completar la victoria con la persecución de los derrotados y resultado de ello fueron 150 montoneros muertos y 30 prisioneros. Las pérdidas de los patriotas consistieron en 2 oficiales muertos y un soldado herido.

La noticia de la victoria patriota en Vegas de Talcahuano "llevó la esperanza al corazón de los civiles refugiados en la plaza asediada y enardeció el furor bélico de la tropa. En cambio la derrota —observa Guevara—, abatió el orgullo de los realistas, que conocieron la resolución de que estaban animados los independientes".

### *13.—Combate de la Alameda de Concepción*

*27 de noviembre de 1820*

#### *Antecedentes*

Dos días después de la victoria patriota en Vegas de Talcahuano, las fuerzas del general Freire salían de esta ciudad hacia Concepción con la intención de batir decisivamente a Vicente Benavides (27 de noviembre de 1820). A las 12 del día la columna hizo alto al pie del cerro de Chepe, situado a la entrada de los suburbios de aquélla, hacia el S.O., en el sector en que se encontraba entonces su alameda. Las unidades de infantería y de caballería se ubicaron entre las altas totoras de un pajonal que se extendía, a la sazón, entre la ciudad y Chepe. La artillería tomó posición en la falda de los cerrillos de los alrededores.

Benavides, con efectivos doblemente superiores en número, lo hizo en el cerrillo del Gavilán, opuesto al de Chepe, pajonal de por medio. Al centro situó la infantería, vale decir el Batallón Cazadores de Coquimbo (capturado a los patriotas en Tarpellanca); la caballería en los flancos y la artillería en el centro de la infantería, en el mismo cerrillo de Gavilán, al N.E. de la ciudad e inmediato a la laguna de las Tres Pascualas.

### *Fuerzas en presencia*

**Patriotas:** las mismas que participaron en la acción anterior.

**Montoneros:** las mismas que participaron en la acción anterior.

### *Desarrollo de la acción*

El fuego lo inició la artillería patriota, tanto para la línea enemiga como para cubrir el avance de las otras armas. La infantería, con dos cañones a la cabeza, emprendió el avance a través del estrecho pasaje que, a manera de camino, se extendía entre el pueblo y Chepe. Los dragones de la Patria lo hicieron por la derecha y los cazadores de la Escolta Directorial por la izquierda: ambos, apoyados por fuerzas de milicias montadas. "Nuestro Ejército —relata uno de los soldados participantes en el encuentro— llevaba, desde el primer jefe hasta el último soldado, la firme resolución de morir todos y no volver más a sufrir los padecimientos de hambre y cuánta escasez experimentábamos en el sitio de Talcahuano". (Cit. por Vicuña Mackenna).

Vicente Benavides, paralogizado por esta circunstancia, dispuso que las piezas de artillería descendieran del cerrillo en que estaban situadas hacia la planicie y que la infantería se replegase sobre la alameda. La caballería patriota cayó con increíble violencia contra ambas alas del enemigo y las obligó a replegarse hacia el centro de la línea, hecho que produjo una confusión espantosa. Nuestros infantes, a su turno comenzaron a gritar: ¡Coquimbo!... ¡Coquimbo! y, cargando en carrera a la bayoneta, consiguieron aislar a sus camaradas de este cuerpo (que habían caído en poder del enemigo en Tarpellanca) e incorporarlos en su propia línea.

Todo ello se concertó para que montoneros e indígenas se resolviesen por la fuga en dirección a la montaña o al Biobío. "Antes de media hora —nos dice el Sr. Guevara— se produjo el pánico en la división de Benavides, que se desbandó por las calles de Concepción hacia el Bío-Bío y los campos vecinos". Agrega el autor que aquéllos que "no alcanzaban a tomar las balsas se arrojaban a las aguas del río donde se ahogaban casi todos, particularmente los infantes".

Líneas más abajo: "La persecución se generalizó por todas partes... con el encarnizamiento que señalaba esta guerra funesta. Cerca de 200 combatientes realistas perecieron, más que caídos en la refriega, a efecto de la persecución" (Vicuña Mackenna).

Hubo 240 guerrilleros prisioneros, pasados en su casi totalidad al bando vencedor después de la acción, amén de los 261 clases y soldados del Batallón Nº 1 de Cazadores (Coquimbo), que se reincorporaron a los suyos. Se recogieron 118 fusiles, 6 cañones, 26 tercerolas, 399 lanzas, 14.000 tiros de guerra y gran cantidad de fornituras y de equipos de montar. Las bajas patriotas consistieron en 30 heridos y un oficial y 11 clases soldados muertos.

14.—*Combate de Vegas de Saldías*

10 de octubre de 1821

*Antecedentes*

La noticia de los desastres de Pangal y de Tarpellanca había llegado a Santiago en los momentos en que el Gobierno carecía absolutamente de oficiales, soldados, caballos, vestuario y dinero, como consecuencia del envío de la Expedición Libertadora del Perú. Era más que necesario, sin embargo, acudir en ayuda de la región amenazada. El 6 de octubre de 1820 salió de Santiago el 4º escuadrón de Cazadores de la Escolta Directorial y el día 18 lo hizo el coronel D. Joaquín Prieto a la cabeza del grueso de las fuerzas. Estas estaban integradas por el escuadrón de caballería "Dragones de la República", un batallón de infantería (organizado a base de una compañía de Infantes de la Patria, una compañía del Batallón Cívico de Santiago, y el Batallón Cívico de Talca) y una batería de artillería de 4 piezas.

Las instrucciones del ministro D. Ignacio Zenteno le prescribían operaciones de carácter meramente defensivo. "En esta virtud —expresan dichas instrucciones— el comandante en jefe (coronel Prieto) marchará con ella (la división) a situar sobre la banda derecha del Maule una línea defensiva que impida a todo trance las invasiones o incursiones que traten de hacer los enemigos..."

El coronel Prieto no compartía el criterio de Zenteno en cuanto a la política de represalias que habría de poner en práctica. Estimaba que un *modus operandi* tal era tan contraproducente o peor que la impunidad y que destruiría la Frontera sin conducir a su pacificación. El 12 de diciembre Prieto y su división entraban a Chillán y se inició en el acto la política de apaciguamiento que se había propuesto el coronel, con resultados verdaderamente notables.

En los primeros días de septiembre de 1821 el coronel D. Juan Manuel de Pico, por su parte, atravesó el Biobío por Monterrey al frente de 600 hombres. Allí debían reunirse Vicente Benavides, con los 1.000 hombres restantes y el Comandante Bocardo, con las guerrillas que concentraba en Quilapalo. La intención de Pico era caer sobre Concepción.

Esta vez no iba a ser tomado de sorpresa el Ejército patriota. El coronel Prieto había logrado organizar el servicio de informaciones y estaba al tanto, por ende, de los preparativos y movimientos. Freire, mientras tanto, había agotado en su campaña de verano los víveres, el vestuario y elementos que recibiera del Gobierno en noviembre de 1820 y éste, exhausto de fondos, no había podido renovárselos. Desesperado, se dirigió a Santiago a representar personalmente la difícil situación en que se encontraba y delegó el mando en el coronel D. Joaquín Prieto (21 de julio de 1821). Luego de tomar una serie de medidas de bien público por su parte, se trasladó este último a Chillán y dejó el mando de la plaza de Concepción a cargo del teniente coronel D. Juan de Dios Rivera (fines de agosto).

Benavides había dejado delante de esta última, río de por medio, una columna para amarrar a Rivera y con el grueso de sus fuerzas atravesó el Itata el 28 de septiembre. Con miras a informarse de sus intenciones, Prieto envió a su campamento algunos agentes hábiles y resueltos, que capturaron al amparo de la noche a un oficial realista y lo condujeron a Chillán. Por los informes obtenidos supo que se encontraba frente a fuerzas muy superiores en número. Resolvió sacar del terreno todo el partido posible, a sabiendas de que —en caso de derrota— sería socorrido desde Concepción o del Maule, por haberlo así dispuesto él mismo oportunamente. Ocupó una posición defensiva con sus 600 reclutas en los suburbios que enfrentaban al estero del Maipón, por donde aparecería Benavides. Este, después de un simple amago, desistió del ataque y se alejó hacia el este, con la intención de apoderarse de la línea del Maule.

El 6 de octubre entraban en Chillán los dos escuadrones de Cazadores de la Escolta y el Batallón de Infantería N° 3 (más de 600 soldados de línea), pedidos por Prieto a Concepción. En la mañana del 7 cruzó este último, con una parte de sus fuerzas, el Ñuble —cerca de su confluencia con el Cato— convencido de que Benavides retrocedería en dirección al oriente. El caudillo realista, que el día 6 pasó el Ñuble en dirección a San Carlos, lo repasó el 7 por los vados de Cato y tomó, en franca retirada, la senda de la montaña hacia Tucapel.

El coronel Prieto, por su parte, procedió a avanzar resueltamente sobre Benavides. Al amanecer del día 8 ocupó el balseadero de Cocharcas, con el propósito de cruzar el Ñuble y obligar al montonero a darle frente en los llanos de San Carlos. Como éste se retiraba ese día por Cato, resolvió continuar la persecución aquella misma noche y el día siguiente (9 de octubre), en medio de una lluvia torrencial. La fuerza patriota pasó al reposo en un bosque y sus patrullas de reconocimiento comenzaron a informar a Prieto que Benavides se encontraba a unas dos leguas, aproximadamente, en un paraje conocido como las Vegas de Saldías, a inmediaciones de la ribera norte del río Chillán y no lejos de la actual villa de Pinto. El coronel levantó el campamento a las 2 de la madrugada y reemprendió la marcha. Temeroso siempre de ser perseguido, el caudillo realista —por su parte— había vuelto a iniciar a esa misma hora su repliegue hacia Chillán y, para engañar al enemigo, había dejado algunas fogatas en el lugar que fuera su campamento.

#### *Fuerzas en presencia*

##### *Patriotas:*

Batallón de Infantería N° 3  
 Milicias de Infantería de Talca  
 Milicias de Infantería de Chillán  
 2 escuadrones de Cazadores de la Escolta Directorial  
 Escuadrón Dragones de la República

Escuadrón Húsares de Marte  
 Grupo de indios de Venancio Coifuepán.  
 Total: 1.000 hombres aproximadamente y 4 piezas de artillería.

*Montoneros:*

Infantes	100 hombres
Tiradores veteranos	40 hombres
Regimiento Dragones de nueva creación	621 hombres
Regimiento Húsares de la Muerte	600 hombres
Escuadrón Guías	100 hombres
Grupo indígena	539 hombres
Total aproximado:	<u>2.000</u> hombres
1 pieza de artillería	

Sobre esta fuerza de montoneros expresa D. Benjamín Vicuña Mackenna que, a pesar de ser el "doble en número a la que Pico había llevado al Pangal en 1820, no se ostentaba ni con mucho tan terrible como aquélla. El ejército realista había sido verdaderamente aniquilado en las Vegas de Talcahuano y en las calles de Concepción y los que ahora tomaban el campo no eran siquiera sus restos aguerridos, sino reclutas enganchados bajo la presión de la muerte, de acuerdo con órdenes terminantes de Benavides. Bocardo, por ejemplo, no traía de Quilapalo, con el título de *Húsares de la Muerte*, sino una turba de campesinos, imberbes o ancianos los más... No eran más dignos de nota los Guías de Senosiain... y por último la infantería constaba sólo de unos pocos soldados españoles (últimos rezagos de la famosa expedición de Cantabria)..."

*Desarrollo de la acción*

A la luz del nuevo día el coronel Prieto pudo divisar, por entre los árboles, la columna de montoneros que se internaban desordenadamente en el río Chillán. Emprendió el avance luego de ordenar el despliegue de sus fuerzas: la infantería y cuerpos de milicias al centro; los cazadores de la Escolta, a su derecha y los dragones, a la izquierda; las piezas de artillería a la derecha e izquierda de la infantería y el escuadrón Húsares de Marte (60 jinetes), como escolta del comandante de la división.

Próximo ya al enemigo, que continuaba atravesando el río desorganizadamente, Prieto ordenó que el Batallón N° 3 rompiera el fuego y que se adelantase la caballería. Los húsares rompieron también el fuego, que fue contestado con una carga de la caballería. Arremetieron, a su turno, los cazadores de la Escolta y partidas de milicias de caballería; a continuación, los dragones. Bastó esta acción para que cediera el adversario y se pronunciara la derrota de una manera completa. Cuando no quedaban dispersos en el sector de la lucha, el jefe patriota destacó fracciones mayores de caballería en persecución de los fugitivos que habían cruzado el río o tomado el camino de la montaña.

Las bajas de los vencidos consistieron en unos 300 hombres entre muertos y heridos, amén de 9 oficiales y 950 soldados pasados a los vencedores. Perdieron, además, un cañón de artillería, 150 fusiles, munición abundante y unos 800 vacunos y caballares. La fuerza patriota "no perdió un solo soldado, ni tuvo siquiera otros heridos que los que las ramas de los árboles habían lastimado en la carrera de los caballos". (B. Vicuña Mackenna).

Anota, por su parte, D. Francisco A. Encina en el tomo VIII de "*Historia de Chile*": "Prieto había puesto término a la guerra con los españoles. Los realistas quedaron definitivamente aniquilados. Sin hombres, sin armas, sin municiones y sin recursos, ya no podían organizar ejércitos capaces de amenazar a la provincia de Concepción... Pero en reemplazo de la guerra con los realistas, surgió otro arduo problema en Arauco. Los caudillos realistas, por temor a las sanciones, por empecinamiento, por espíritu de vandalaje o por simple hábito, se habían distribuido entre los caciques amigos, seguidos de seis o doce soldados... Aunque por sí mismos nada representaban, tenían sobre la gran mayoría de las tribus indígenas el ascendiente bastante para arrastrarlas a empresas pasajeras de depredación sobre la isla de La Laja y demás comarcas fronterizas".

#### BIBLIOGRAFIA

La guerra a muerte.—Benjamín Vicuña Mackenna.

Los araucanos en la Revolución de la Independencia.—Tomás Guevara.

Historia General de Chile (Tomo XI).—Diego Barros Arana.

Historia de Chile (Tomo VIII).—Francisco A. Encina.

## C U A R T A   P A R T E

## EXPEDICION LIBERTADORA DEL PERU

## A.—Antecedentes.

1.—*La primera Escuadra Nacional*

Cumplida la primera parte del plan que el general San Martín concibiera en Cuyo, vale decir la independencia de Chile, preciso era pensar en la realización de la segunda parte del mismo. Esto es, organizar la expedición destinada a liberar para siempre el Perú del dominio secular del rey de España.

Los primeros pasos de esta magna empresa se iniciaron tan pronto fue sellada la independencia del país en los campos vecinos de Maipo y ella fue "en definitiva, la obra de la voluntad y el empuje de O'Higgins". (Encina). La aristocracia no demostraba mucho entusiasmo por aquella ante la idea de que eran tan grandes los obstáculos por salvar, que las Provincias Unidas se habían desentendido y que Chile carecía de los recursos para realizarla por su cuenta y riesgo. O'Higgins, sin embargo, no desmayó un instante.

Advirtió que era preciso comenzar por la formación de un poder naval destinado a obtener el dominio del mar en el Pacífico sur y organizar, al mismo tiempo, el Ejército encargado de llevar a cabo tal misión. El primer buque que izó el pabellón nacional fue el bergantín *Aguila*, capturado en Valparaíso después de la batalla de Chacabuco y consistió su primera acción guerrera en el apresamiento, en las proximidades de dicho puerto, del transporte español *Perla*. Engrosaron poco después la incipiente flota dos lanchas cañoneras mandadas a construir en 1818 y la adquisición de una fragata británica que pasó a llamarse *Lautaro*. El 18 de abril lanzóse ésta contra la fragata española *Esmeralda* y fracasó en su intento a causa de la escasa pericia de su bisoña tripulación. En el abordaje pereció valientemente el joven marino inglés D. Jorge O'Brien. El buque chileno, sin embargo, continuó disparando sus cañones contra la *Esmeralda* y el bergantín *Pezuela*, que la acompañaba y los obligó a retirarse.

Durante el citado año de 1818 corsarios chilenos realizaron una serie de operaciones marítimas, de afortunados resultados en general, y contribuyeron, en cierto modo, a formar conciencia en cuanto a la necesidad de contar con una flota de guerra eficiente.

Con la cooperación inteligente, abnegada y eficaz de su ministro Zenteno, O'Higgins emprendió—después del triunfo de Maipo (dijimos)—la tarea gigantesca de obtener "de la nada una Escuela de Guardiamarinas, improvisar navegantes diestros en un país que nunca los tuvo hasta entonces y adquirir, con los recursos de una caja fiscal exhausta, los buques necesarios". (J. Eyzaguirre). Mostrábase consecuente, pues, con la idea que expresara, transcurridos diez días apenas desde la victoria magnífica de Chacabuco: "Ese triunfo y cien más se harán insignificantes si

no dominamos el mar". No escaseaban, como es costumbre, los eternos agoreros que estimaron se trataba de una aventura de descabellados contornos. Algunos barcos tripulados por algo más de mil hombres, fueron el resultado de los desvelos del Director Supremo y de su voluntad de acero dispuesta a arrollar cuanto obstáculo se le pusiera por delante. El 10 de octubre de 1818, y a las órdenes del almirante Blanco Encalada, zarpaban dichos buques al encuentro de la flota que, por esos días, había despachado la corte de Madrid desde Cádiz. Desaparecida la flotilla en el horizonte, D. Bernardo —desde lo alto de uno de los cerros de Valparaíso— dijo en alta voz a sus ministros: "Tres barquichuelos dieron a los reyes de España la posesión del Nuevo Mundo; estos cuatro barcos van a quitársela".

La captura de la fragata *María Isabel* y de cinco transportes con tropas fue la primera hazaña de la flamante Escuadra Nacional. Esto ocurrió a mediodía del 28 de octubre enfrente de la boca chica que separa a la isla Quiriquina del continente. Rendida la fragata, fueron fácil presa de los patriotas cinco de los citados transportes que la escoltaban desde su partida de Cádiz. Esta magnífica victoria había arrancado a los realistas el dominio del Pacífico en beneficio del pueblo chileno. Constituía, por otra parte, un paso promisorio en la prolongada ruta de sinsabores y sacrificios que debía conducir a la gigantesca empresa de la Expedición Libertadora del Perú. Al comprenderlo así, D. Bernardo O'Higgins decretó que los participantes de la reciente acción "lleven sobre el brazo izquierdo un escudo de paño verde mar, en cuyo centro se verá, en bordado de oro, un tridente orlado de laurel, y a su contorno este lema: "*Su primer ensayo dio a Chile el dominio del Pacífico*".

Nueve días más tarde era nombrado Comandante en Jefe de la Escuadra el ilustre marino inglés, Lord Thomas Cochrane, cuyas hazañas en Chile y en Perú habrían de alcanzar los contornos de la leyenda. Pronto inició éste las operaciones navales correspondientes. Mantuvo el bloqueo de El Callao desde febrero a junio de 1819 y obligó a la Escuadra española a mantenerse permanentemente bajo la protección de los poderosos cañones de las fortalezas. Un segundo bloqueo de El Callao, desde septiembre a octubre del mismo año, obtuvo resultados similares. Sin querer regresar a Chile antes de obtener un triunfo espectacular, Cochrane decidió conquistar la inexpugnable plaza de Valdivia. Se apoderó de ella a través de una audaz operación anfibia, en los días 3 y 4 de febrero de 1820. La significación material y moral de esta hazaña increíble fue inmensa en Chile y en el Perú. No era para menos: "Lord Cochrane se había balanceado sobre la valla que marca el límite de la temeridad y el comienzo de la locura". (Encina). (1).

## 2.—*El Ejército Expedicionario.*

En mayo de 1820 empezaron a dirigirse a Quillota las diversas unidades del Ejército Libertador. "El Senado y la aristocracia consideraban

1.—Relato de esta extraordinaria hazaña en la página 212, capítulo "La guerra a muerte".

la Expedición Libertadora obra exclusiva del pueblo chileno. Chilenos eran los soldados y la mayoría de los oficiales; chilena la Escuadra que la conducía y chileno el dinero que la costeaba". (Encina). El Senado trató de intervenir en la conducción de la campaña y preparó instrucciones minuciosas... que no habrían de llegar a conocimiento del General en Jefe, pues el Director Supremo se encargaría de archivarlas. Manifestaba, al mismo tiempo, el deseo de que uno de sus miembros o una persona designada por el Ejército fuese encargada de representar en la expedición al gobierno de Chile.

En los primeros días de agosto el Ejército Libertador estaba listo para embarcarse. Según el estado de 15 de julio, constaba de 4.642 hombres (4.000 chilenos, 642 argentinos). De los oficiales, el 40% era de nacionalidad argentina. Fue necesario extraer soldados para completar la marinería de la Escuadra y unos 170 artilleros para los fuertes de Valparaíso. El Ejército Expedicionario quedó reducido a 296 jefes y oficiales y 4.118 clases y soldados, distribuidos en un batallón de artillería, 5 batallones de infantería, 2 regimientos de caballería, batallón de infantería N° 6 (cuadro), escuadrón de Dragones (cuadro) y compañía de Artesanos.

Primitivamente se había estimado necesaria una dotación de 6.000 hombres para el Ejército Libertador, considerados los efectivos del Ejército de los Andes que habían cruzado la cordillera en dirección a la otra banda. Pero estos cuerpos se sublevaron en San Juan, en el mes de enero y se incorporaron —en su mayoría— a las montoneras más próximas. Se contaba también con la promesa de ayuda de \$ 120.000 por parte del Gobierno de las Provincias Unidas del Río de la Plata. Pero la anarquía allí reinante impidió el cumplimiento de la citada promesa. O'Higgins, San Martín y el Senado comprendieron que no podía esperarse de las citadas Provincias Unidas su concurso, ni en hombres, ni en dinero, ni en recursos en general.

Las atribuciones concedidas al General en Jefe eran muy amplias e incluían la remoción del almirante Cochrane si llegase a ser conveniente. Después de advertirle que su conducta política y militar debía regirse por su propio criterio, O'Higgins le añadía: "Me contraigo sólo a recordar a V. E. que el objeto único y exclusivo de su gloriosa empresa es extraer al Perú de la vergonzosa servidumbre del cetro español y elevar esos pueblos al rango de soberanía, libertad e independencia de toda dominación extranjera, colocándolos al nivel de los demás pueblos libres de América; que en este concepto V. E. y el Ejército de su mando no llevan más carácter que el de libertadores de aquellos países oprimidos..."

En el momento de levar anclas los barcos, O'Higgins le remitió a San Martín el grado de capitán general y quedaba confirmado así el título que de hecho se le daba desde que asumió el Comando en Jefe del Ejército Libertador. Anteriormente, en abril de 1819, San Martín había aceptado los despachos de brigadier del Ejército de Chile, en el convencimiento de que la expedición tendría que realizarla exclusivamente con los recursos otorgados por el Gobierno chileno.

### 3.—*La partida.*

En la mañana del 18 de agosto de 1820 empezó el embarque del Ejército expedicionario. El *Araucano* y la *Minerva* se dieron a la vela con rumbo a Coquimbo, a fin de recoger el batallón de infantería Cazadores organizado en esa ciudad. A las 2 de la tarde del día 20 la *O'Higgins* —enarbolando la insignia del almirante y seguida de la *Lautaro* y de la *Galvarino*— rompió la marcha. Cerraba el convoy el navío *San Martín*, que conducía al General en Jefe de la Expedición. Comenta D. Bartolomé Mitre: "La bandera chilena cubría la expedición con su responsabilidad nacional según lo convenido con San Martín, concurriendo Chile a ella con la decisión de su pueblo y su gobierno, con su escuadra, su tesoro y con la recluta con que había engrosado los dos cuerpos aliados que formaban el Ejército Unido chileno-argentino".

Y agrega lo siguiente: "Desde los primeros días de la revolución sudamericana y después de la empresa de reconquista de Chile por las Provincias Unidas, que dio la gran señal de la guerra ofensiva, jamás ninguna de las nacientes repúblicas había hecho un esfuerzo relativamente gigantesco en pro de la emancipación del nuevo continente meridional. Es gloria de Chile haberlo realizado con el concurso eficiente del Ejército de los Andes a costa de inmensos sacrificios. El director O'Higgins, que en 1819 había pactado con el gobierno argentino llevar en común la libertad al Perú, costeando ambos Estados los gastos, hizo honor a las armas aliadas y al solemne compromiso internacional contraído ante el mundo, al tomar la ardua empresa a su cargo, e impulsarla vigorosamente y con fe".

## B.—Las operaciones en el Perú.

### 1.—*El plan de invasión.*

#### a) *El Ejército realista*

El virrey D. Joaquín de la Pezuela estaba perfectamente informado de los preparativos de la Expedición Libertadora, gracias al servicio de informaciones que tenía organizado en Chile. De acuerdo con dichas informaciones ideó el plan de defensa que él mismo ha expuesto en una proclama. "Yo no sabía —advierte— el surgidero de esta dilatada costa por donde el enemigo verificaría su desembarco, aunque creía que el golpe se dirigía contra la capital. En tal incertidumbre, y en la imposibilidad de colocar un cuerpo respetable en cada uno, destiné jefes y tropas a los puntos más indicados de aquella, para que estuviesen en información según las circunstancias, sin comprometerse desventajosamente".

Al desembarcar las fuerzas libertadoras, el Ejército realista comprendía unos 17.000 hombres distribuidos en la siguiente forma: en Lima 7.472; destacamentos de Quimper, O'Reilly y Valle Umbroso (en la región centro sur) 1.700; en Arequipa, Puno, etc. 2.000; en el Alto Perú

(Canterac) 6.000. Estas fuerzas, al parecer tan respetables, adolecían —sin embargo— de dos debilidades. La primera, el estar tan dispersos que la concentración de unos 6 a 7.000 hombres (excepción hecha del núcleo de Lima), en un momento dado, era imposible. Concurría a ello la morfología de la región costera, un desierto de 10 a 80 Km. de ancho, interrumpidos por valles fértiles, pero angostos y separados entre sí por arenales de 40 a 130 Km. de extensión. La segunda debilidad la constituía la baja calidad de la tropa, en razón de su origen: estaba constituida por vagos y maleantes reclutados por la fuerza.

### b) *Planes de San Martín y de Cochrane.*

Una vez en alta mar, el general informó a Cochrane respecto del plan que había concebido: desembarco en el sur del Perú, a fin de iniciar la sublevación; envió desde allí de una división destinada a cortar los aprovisionamientos de Lima por la región de la sierra y su desplazamiento, en seguida, hacia el norte, a fin de proceder también a su insurrección y darse la mano con el grueso; la Escuadra, al norte de Lima bloquearía el litoral: el cerco sería total y los realistas tendrían que rendirse sin necesidad de recurrir al choque armado. Ello quiere decir —advierte Mitre— que San Martín trataba de “hacer una campaña pacífica, de evoluciones y de astucias, conquistando pueblos y voluntades sin batallas”. (Mitre).

El almirante creía, en cambio, que el pueblo peruano no se sublevaría, sino únicamente a raíz de una victoria patriota. Que los 4.000 soldados de la expedición, reforzados por la marinería de desembarco y los reclutas que fuera posible enrolar en tierra, eran suficientes para derrotar a las tropas desmoralizadas del virrey. Se trataba de una “empresa fácil y de éxito seguro”, siempre que no se diera tiempo a Pezuela para conducir a Lima las tropas del Alto Perú. La consecuencia de la derrota del Ejército de Lima no sería otra que el dominio de la totalidad del Bajo Perú. Lo que quedara por hacer sería una operación de limpieza corriente. Era preciso, pues, apoderarse de un punto vecino a la capital.

San Martín insistió en su punto de vista, vale decir el desembarco en Paracas, unos 260 Km. al sur del Callao y desechó de plano la idea de Cochrane.

### c) *Las conferencias de Miraflores.*

La navegación desde Valparaíso a Paracas no presentó incidentes dignos de mención. En el desembarco no hubo tampoco dificultades, pues el coronel Manuel Quimper —encargado de la defensa del último de los pueblos nombrados— se retiró sin combatir con los 529 hombres que tenía bajo sus órdenes. En Pisco y en el valle de Chíncha (al norte de Pisco), que los patriotas ocuparon sin resistencia, se proveyeron de carne, caballos, azúcar, aguardiente y vino (11 de septiembre). El Ejército aumentó sus fuerzas con unos 600 a 650 esclavos de las haciendas, que se enrolaron con la esperanza de conseguir su libertad.

El mismo 11 de septiembre llegaban a Lima, enviadas por el coronel Quimper, informaciones sobre el desembarco del Ejército Libertador y la ocupación de Pisco. Pezuela reiteró al general Juan Ramírez, Comandante en Jefe del Ejército del Alto Perú, la orden de despachar hacia Lima algunos cuerpos y disponía que el marqués de Valle Umbroso se dirigiera a Cañete a reforzar a Quimper. Poco después el brigadier Diego O'Reilly se situaba en Lima con dos cuerpos, mientras que el resto del Ejército de operaciones del Perú se aprestaba para seguirlo.

El día 11 se dirigía también a Pisco un mensajero con un pliego para el General en Jefe del Ejército de invasión, con proposiciones del virrey para abrir negociaciones de paz.

San Martín pasaba entonces por momentos difíciles. Había advertido que el concurso militar de la población de la costa iba a limitarse a unos cuantos cientos de esclavos. Las proposiciones de Pezuela le iban a permitir, en cambio, mayores informes sobre la situación y sobre las posibilidades de sublevar otras zonas del país y, en el peor de los casos, reembarcarse sin mayor dificultad.

Después de algunos cambios de ideas, se firmaba el 26 de septiembre, en Miraflores, un armisticio de ocho días y las conferencias concluyeron sin otro resultado práctico que un acuerdo privado para regularizar la guerra y evitar las crueldades inútiles.

#### d) *Frustrada aventura sobre El Callao.*

El 4 de octubre expiraba el plazo del armisticio. Al día siguiente salía de la plaza de Pisco una división de 1.138 hombres a las órdenes del general D. Juan Antonio Alvarez de Arenales. Su objetivo ostensible era concluir con las fuerzas de Quimper, que se habían retirado hacia Ica. En la madrugada del 6 ocupaba Arenales este último punto y desde allí adelantó una columna de 180 jinetes en persecución de Quimper, cuyas fuerzas aniquiló en Nazca.

Tan pronto como la división Arenales se internó en la sierra, San Martín decidió transportar el grueso de sus fuerzas al norte de Lima (25 de octubre). Aunque en carta a O'Higgins (de 14 de octubre), se refiere al desembarco en Huacho, para sublevar el norte del país y darse la mano con Arenales, al reembarcarse en Paracas el día 25 había pasado a primer plano el proyecto de apoderarse de El Callao con el concurso del batallón Numancia. Por intermedio de sus agentes en Lima, el general había entrado en relaciones con el 2º comandante del citado batallón realista y su oficialidad, atentos a una coyuntura favorable para pasarse al Ejército Libertador. San Martín le trazó desde Pisco el siguiente plan: fuerte en algo más de 650 plazas, la unidad debía sublevarse en Lima, donde estaba de guarnición, apresarse a su coronel y a los jefes realistas, dirigirse a El Callao, adueñarse del castillo del Real Felipe por sorpresa y hacer señales a la Escuadra para que procediera a posesionarse de la plaza.

De acuerdo con este plan, a mediodía del 29 los buques de guerra fondeaban en el puerto El Callao, a unas tres mil millas de la costa. Detrás

de ellos formaron, también en fila, los transportes, que los pobladores suponían conducir no menos de 5.000 soldados de primera clase. Pezuela y el Alto Mando calculaban, por su parte, que el convoy no podía transportar más de 4.000 a 4.300 soldados de desembarco. Conocían, sí, el escaso valer militar de los 5.000 hombres de que podían disponer para la defensa de Lima. "Si San Martín —comenta Paz Soldán, su panegirista— hubiera conocido a tiempo semejante confusión, pudo haber entrado a Lima con mil hombres y quizás entonces quede terminada la campaña".

A pesar de la conmoción producida, no aparecieron en las almenas del Real Felipe las señales convenidas. Durante la noche el almirante Cochrane ordenó disparar algunos cohetes a la Congreve, que quedaron sin respuesta. En la mañana del 30 no existían ya dudas sobre el fracaso del levantamiento: el comandante Heres del Numancia no se había atrevido a actuar por considerar la empresa irrealizable. En la mañana del 30 el Lord tuvo una entrevista reservada con el General en Jefe, a bordo del *San Martín* y le sugirió insistentemente aprovechar la oportunidad de ocupar la capital y aniquilar el Ejército del Perú.

Contrariamente a lo que estima Paz Soldán, San Martín estaba al corriente del desbarajuste que reinaba en tierra. Sus corresponsales lo mantenían bien informado y uno de ellos llegó a presentarle el 1º de noviembre un plan de ataque. Debía desembarcar en un punto cercano a la capital, a fin de tomar —previamente— contacto con el Numancia. El General en Jefe rechazó de plano la idea.

Desechada, también, la proposición de Cochrane, San Martín dispuso el traslado de la Escuadra a Ancón. Allí desembarcó, el 3 de noviembre, una agrupación de 250 infantes y 60 jinetes a las órdenes del capitán peruano Andrés Reyes, con la misión de apoderarse de unos 300 caballos y 400 mulas del Ejército realista que estaban en Chancay. Gracias a una carga de los granaderos (capitán F. Brandzen), logró Reyes eludir la persecución de una columna de 600 realistas (coronel Jerónimo Valdés) y llegar a Huacho con su presa.

#### e) *Captura de la Esmeralda.*

Rechazadas sus pretensiones de comandar la Expedición Libertadora del Perú, Cochrane anhelaba sorprender al mundo con una de sus hazañas espectaculares. La negativa de San Martín de apoderarse de la capital en circunstancias tan favorables, llevó estos anhelos a los lindes del paroxismo. Resolvió capturar la *Esmeralda* bajo el fuego de las 300 bocas de El Callao. Cabe advertir que las baterías de la fortaleza habían sido reforzadas últimamente y que la *Esmeralda* estaba tan bien vigilada, que el asalto no tenía la más remota expectativa de éxito. El temerario lord veía, sin embargo, las cosas de otra manera...

Concebido el plan respectivo, su ejecución habría de materializarse a través de la sorpresa. Los expedicionarios se embarcarían de noche en botes cuyos remos estarían envueltos en lona, a fin de evitar al máximo los ruidos. Abordada la fragata, procederían a capturarla y con-

ducirla fuera de la poza. Una segunda fracción se apoderaría del *Maipú*, ex buque de guerra chileno capturado por los españoles y otras se dedicarían a cortar las amarras de los mercantes españoles, a fin de dejarlos al garete y sembrar la confusión.

Durante tres días, en el mayor secreto y sin explicación alguna, los marineros fueron entrenados en bogas silenciosas y en abordajes a lo largo de las espías. Se prepararon 240 tenidas blancas y otros tantos brazaletes azules y, ya todo listo, se hizo saber por la orden del día del 5 de noviembre la empresa que se preparaba. "Esta noche —rezaba su primer párrafo— vamos a dar un golpe mortal al enemigo y mañana os presentaréis con orgullo delante del Callao; todos vuestros camaradas os envidiarán vuestra suerte. Una hora de coraje y resolución es todo cuanto se quiere de vosotros para triunfar. Recordad que habéis vencido en Valdivia y no os atemoriceís de aquellos que un día huyeron delante de vosotros".

A las 10 de la noche los 160 marineros y 80 soldados escogidos que participarían en la empresa se embarcaron en 14 botes e iniciaron el avance. Luego de un recorrido sin novedad, las embarcaciones fueron atacando suavemente al costado de la *Esmeralda*. Cochrane —siempre primero en los lugares de mayor peligro— se cogió de una espía y trepó con una agilidad asombrosa. En el momento de alcanzar la borda, recibió un rudo culatazo de fusil, que lo precipitó de espaldas contra el fondo del bote. A pesar del dolor producido por el golpe, el almirante se levantó y subió rápidamente al abordaje, seguido por toda la tripulación.

El plan de asalto fue cumplido exactamente en todos sus detalles, tal como lo había concebido el audaz marino y la refriega duró sólo 17 minutos. "Jamás había visto desplegar mayor bravura que la de mis compañeros"... "La mejor tripulación de un buque británico no habría excedido a ésta en el exacto cumplimiento de las órdenes impartidas" —expresaba más tarde Lord Cochrane al rememorar la captura de la fragata española. "Justo es decir, también, que jamás marino alguno desplegó en un combate mayor habilidad y sangre fría que la que demostró Cochrane en aquella noche" —añade un historiador con estricta imparcialidad.

La *Esmeralda* abandonó la poza a velas desplegadas, a vista y paciencia de las baterías de la fortaleza, que habían suspendido sus fuegos por temor a dañar a los buques españoles o neutrales que rodeaban a la fragata.

La victoria había costado 11 muertos y 30 heridos. El enemigo, en cambio, había sufrido 160 bajas (entre muertos solamente).

La hazaña produjo en ambos bandos efectos morales muy superiores a su importancia material. En el realista aumentó el desconcierto y entre los patriotas el entusiasmo por "la proeza fabulosa" —como la denomina Mitre— alcanzó contornos jamás imaginados. El pronunciamiento de Guayaquil, por la causa de la independencia, en aquellos mismos días —de consecuencias mucho más trascendentales—, pasó a segundo término.

f) *El Ejército Libertador en Huaura.*

A raíz de las felicitaciones de San Martín y de los elogios de que lo colmarán en las comunicaciones oficiales por su espectacular hazaña, Cochrane insistió en la conveniencia de ocupar a Lima, a fin de sacar provecho del pánico allí reinante. Sabía que contaba con la inmensa mayoría de los oficiales en respaldo de plan tan audaz. San Martín lo rechazó nuevamente y resolvió proseguir a Huaura.

El 9 de noviembre el convoy que conducía al Ejército alcanzaba Huacho, unos 112 km. al norte de Lima. San Martín ocupó sin resistencia el rico valle de Huaura y se proveyó nuevamente de caballos, mulas, víveres y de cuanto recurso necesitaba. El Ejército patriota acantonó a lo largo del valle, con frente al sur, apoyada su derecha en el mar (cuyo dominio estaba asegurado), y su izquierda, en las cabeceras de la sierra, lo que facilitaba el enlace con la división Arenales, de acuerdo con el plan previsto. Por otra parte, el adversario tenía que atravesar los desiertos que median entre los ríos Chillón y Chancay y entre este último y el río Huaura.

Con miras a aumentar sus fuerzas y a alargar la distancia hacia el enemigo, que no estaba en situación de atacarlo, San Martín se desplazó a Supe (34 km. más al N.).

Después de esfuerzos inauditos y, gracias al tiempo que le concedió el general San Martín, Pezuela había reunido unos 5.000 hombres en los alrededores de Lima. Poco más de la mitad de estas fuerzas estaba situada en el campamento de Asnapuquio, unos 5 Km. al N.E. de la capital, bajo las órdenes del teniente general D. José de la Serna. El coronel D. Jerónimo Valdés se había adelantado hasta Chancay con una división de 2.000 hombres. La iniciativa de este jefe, "tal vez el más temible entre los generales españoles que lucharan en América", a punto estuvo de infligir un serio desastre al Ejército Libertador.

Temeroso por la suerte de Arenales, San Martín despachó en su auxilio al coronel Alvarado con unos 500 jinetes y numerosos caballos y armas de repuesto. Apenas lo advirtió, Valdés intentó interponerse entre el grueso del Ejército y la columna de Alvarado, que acababa de llegar a Sayán (al E. de Huaura). San Martín hizo retroceder a Alvarado y destacó fuerzas en su auxilio. Una inoportuna orden de la Junta de Guerra de Lima obligó a Valdés a retirarse, lo que permitió a las fuerzas patriotas reunirse nuevamente.

El comandante Heres aprovechó el repliegue de Valdés para desertar con su batallón, el Numancia, y unirse a Alvarado, que se encontraba en la hacienda de Retes con unos 700 jinetes de caballería. El Ejército Libertador subió a más de 6.000 hombres, mientras el del virrey en el Perú se reducía a poco más de 5.000. La defección del Numancia significó un duro golpe moral para la causa realista. Tanto más si se considera que por esos mismos días se descubrieron conspiraciones en Arequipa, en el Ejército del Alto Perú y en otras ciudades del virreynato.

g) *Primera campaña del general Arenales.*

Croquis N° 33

El 5 de octubre de 1820 —se ha dicho anteriormente— salía de la plaza de Pisco una división de 1.138 hombres, a las órdenes del hábil general D. Juan Antonio Alvarez de Arenales. En la mañana del 6 ocupaba la ciudad de Ica y desde allí adelantó una columna de 180 jinetes en persecución de Quimper, cuyas fuerzas aniquiló en Nazca. El objetivo de la campaña lo dio a conocer el general San Martín al Director O'Higgins en carta de 14 de octubre. "Mi objeto en este movimiento —le decía— es el de por la insurrección general de la sierra, bloquear a Lima por hambre y obligar a Pezuela a una capitulación, sin desatender al mismo tiempo el aumento del Ejército y la sublevación de la provincia de Trujillo. Casi puedo asegurar, amigo mío, que este plan tendrá los mejores resultados y que si se verifica, como espero, Lima estará en nuestro poder a los tres meses de la fecha".

Las instrucciones que San Martín dio a Arenales prescribían, en síntesis: batir a Quimper, internarse en la sierra y ocupar Huancavélica; marchar a Jauja para apoderarse de los caminos que unen a Lima con el interior, estableciendo activa propaganda por la causa de la libertad; adelantar un destacamento hacia Tarma para mantener el enlace con el grueso que iba a trasladarse y permanecer al norte de la capital.

El virrey Pezuela estimaba que se trataba de un ardid destinado a engañar a los realistas. Este convencimiento y la demora en llegar la noticia a la capital, permitieron a Arenales llevar a cabo su difícil misión, sin más dificultades que las que oponía la naturaleza. Ocupó, sucesivamente, los pueblos de Huamanga (31 de octubre), Huanta (6 de noviembre), Huancayo (día 21) y Tarma (el 23). Cuando Pezuela constató que San Martín se alejaba al norte, sin intentar la captura de Lima, se convenció de la efectividad de la expedición patriota a la sierra y se apresuró a actuar a su turno. El coronel D. Jerónimo Valdés, que conducía desde el Alto Perú un refuerzo para el Ejército de Lima, recibió orden de cambiar de rumbo, a fin de batir a Arenales en combinación con una columna que partiría de la capital (brigadier O'Reilly), con rumbo al puente de Izcuchaca, sobre el río Mantaro. Este último jefe solamente salió de Lima el 18 de octubre y en noviembre se apostó en el pueblo de Cerro, con unos 900 hombres, a fin de cortar en este punto la marcha de Arenales. Valdés no alcanzó a reunirse con él.

En la tarde del 5 de diciembre el jefe patriota pasó al reposo en Pasco, a unos 15 Km. del pueblecito de Cerro. Al aclarar el día siguiente, se encaminó hacia la base de las altas cumbres que lo separaban de las posiciones realistas, situadas en el fondo de la vertiente opuesta. Desde este lugar los patriotas dominaban a los soldados de O'Reilly.

La victoria obtenida por Arenales fue de notables contornos. Quedaron en el campo 58 muertos y 19 heridos. El número de prisioneros pasó de 340, inclusive el general O'Reilly y el teniente coronel D. Andrés de Santa Cruz, que desde entonces pasó a servir en las filas del Ejército patriota. El material capturado comprendía 2 cañones, 360 fusiles, banderas, bagajes, caballos, municiones, etc.

Croquis N° 34

Después de este brillante triunfo, que entonó notablemente la moral del Ejército, Arenales tomó el camino de la costa y el 9 de enero de 1821 se incorporaba al grueso de las fuerzas.

## 2.—*La carrera hacia el agotamiento*

### a) *Recuperación de la sierra por los realistas*

Al mismo tiempo que intentaba aniquilar a la columna de Arenales en su marcha hacia el norte, por el interior, Pezuela había dispuesto la recuperación de Pisco, del valle de Chincha y de las ciudades de la sierra que las fuerzas patriotas iban dejando atrás. Encargó esa misión al coronel D. Juan Antonio Pardo y sus 600 hombres. El comandante Bermúdez y el sargento mayor D. José Félix Aldao, dejados por San Martín en Pisco e Ica, respectivamente, se retiraron al interior tras las huellas de Arenales. A unas cinco leguas de Ica, el primero —alcanzado por Pardo— dejó en el campo 14 muertos, 4 heridos, 13 prisioneros y la mayor parte de los caballos, fusiles y municiones. Veinte días más tarde llegaban los derrotados a Huancayo, después de una marcha difícilísima, con las escasas fuerzas que habían logrado salvar.

En esos mismos momentos se reunían en Andahuailas unos dos mil hombres, enterados con fuerzas de Arequipa y del Alto Perú, a las órdenes del general Ricafort. Los habitantes de la sierra se habían manifestado decididos partidarios de Arenales e hicieron frente, con hondas y palos, a los realistas. Se libraron varios encuentros y los indígenas fueron fácilmente vencidos. Ricafort llegó hasta Huancavélica, sin haber perdido un solo hombre, a pesar de haber luchado con ejércitos de 4 y 5 mil serranos. Bermúdez y Aldao, al frente de sus escasas tropas y de 5 mil indios, le presentaron de nuevo combate en Huancayo; pero fueron vencidos y dejaron en el campo 500 muertos, un número mayor de heridos y prisioneros, las armas, los caballos y las municiones, mientras los realistas no tuvieron una sola baja.

Ricafort abandonó la sierra y se dirigió con sus 2.000 soldados a Lima, a fin de reforzar el Ejército de Asnapuquio, próximo a chocar con el de San Martín. Aldao aprovechó esa retirada para organizar la resistencia en Tarma y en Pasco y allí se mantuvo hasta la segunda expedición de Arenales, a pesar de la tenaz persecución del coronel realista D. José Carratalá, que había quedado en la sierra con algunas tropas.

### b) *Avance patriota a Chancay y repliegue a Huaura*

#### I

Al iniciar el estudio de la guerra en los comienzos del año 1821, el coronel D. Carlos Dellepiane (2) expresa textualmente: "La guerra que conducía en el Perú el general San Martín entró, por el año 1821, en

(2) Autor de la *Historia Militar del Perú*. Ostenta, entre otros títulos, el de Vicepresidente del Instituto Sanmartiniano del Perú y correspondiente del de Buenos Aires.

un periodo de manifiesta estagnación...". "En 1821 todas las ventajas se hallaban de lado de los patriotas y, sin embargo, San Martín continuaba postergando innecesariamente la decisión final; con este proceder prolongó la guerra, como lo demuestran los hechos que siguieron".

Alarmado San Martín por el desarrollo de las fiebres palúdicas al comenzar el verano, resolvió atacar al Ejército realista ubicado en Asnapuquio. Según el estado de 15 de enero de 1821, los efectivos totales del Ejército patriota eran de 6.699 hombres, de los cuales 4.000 se encontraban en Huaura y el resto, en las provincias vecinas y en la sierra. Reunió estas fuerzas y, atravesando el desierto que se extiende al sur de Huaura, fue a situarse en los valles de Retes y Chancay. Dispuso, al mismo tiempo, a Arenales, efectuara un movimiento sobre el flanco izquierdo realista. Arenales, que había salido de Cerro de Pasco el 20 de diciembre, informó que había llegado a Huamantanga el día 30, después de transmontar la cordillera y que no podría concurrir a la operación sino algunos días después de la fecha fijada. El grueso no podía esperar indefinidamente la llegada de aquél, pues disponía de escasos recursos. Sus jefes tenían noticia, además, de que el virrey preparaba un ataque, al cual no hubiera podido resistir sin la concurrencia previa de todos los medios.

San Martín resolvió permanecer en Chancay a la espera de los acontecimientos. La Serna, Canterac y Valdés habían llamado en su auxilio a los 2.000 soldados de Ricafort y, a partir del 6 de enero, el Ejército patriota quedó enfrente de un enemigo superior en número. Su posición defensiva era, además, deficiente. Ante tal situación, San Martín se replegó a sus antiguas posiciones de Huaura, el 13 de enero.

## II

En esos momentos, los enfermos de terciana pasaban de 1.000 y dos meses más tarde el número de enfermos y convalecientes alcanzaba a 3.000. El término medio de muertos era de 20 diarios y hubo días "de morir 100 soldados... Algunos batallones quedaron en esqueleto". Faltaban, por otra parte, los hospitales, los médicos y las medicinas.

San Martín procuró ocultar su desastre con las expediciones a que pronto se hará referencia. Al mismo tiempo, llenaba las bajas como le era posible y el 21 de febrero dictó un decreto que declaraba libre a todo esclavo que se enrolara en el Ejército patriota. No menos grave se presentaba el otro aspecto de su error de no ocupar a Lima el 29 de octubre de 1820, cuando se lo aconsejó Cochrane: el financiero. Los recursos de la caja no pasaban de \$ 180. Chile había dado todo lo que poseía. Cuando San Martín pidió auxilios en diciembre de 1820 y una fracción de 500 hombres que distrajera hacia el sur parte de las fuerzas del Alto Perú, Zenteno tuvo que informarlo sobre la imposibilidad absoluta en que el país estaba de hacer un nuevo esfuerzo y el 23 de marzo le añadía O'Higgins: "Este país está tan pobre que no puede encontrar dos mil pesos para habilitar el armamento descompuesto".

Con la prolongación del bloqueo y la guerra, la miseria en el Perú, que era ya grande al desembarcar el Ejército, alcanzó proporciones horribles. Por decreto de 1º de marzo de 1821, San Martín solicitó un empréstito que intituló voluntario y que fracasó en razón de la pobreza general. Entre tanto, era preciso cancelar sus sueldos al Ejército y la Marina y pagar los abastecimientos, las medicinas, etc.

c) *Nuevo plan de operaciones de San Martín*

Juntamente con disiparse la ráfaga de euforia que lo había empujado hacia Chancay, San Martín había vuelto a su plan libertador, del cual jamás desistiera. Estimó de nuevo conveniente ocupar la sierra, donde Aldao se sostenía con dificultad. El 24 de febrero despachó al coronel peruano Agustín Gamarra —que se había pasado a los patriotas, con cuadros de oficiales y clases— para organizar en ella un Ejército peruano, sobre la base del depósito de armas que Arenales dejara en Jauja. La Serna, nuevo virrey del Perú desde el 29 de enero de 1821, despachó contra él a Valdés y Ricafort con 2.300 hombres. Las tropas que Gamarra había reunido se disolvieron sin combatir y se perdieron las armas y las municiones. Pero pronto Valdés y Ricafort regresaron a Lima (mayo de 1821), llamados por el virrey, con lo cual se restableció la situación que existía antes de la llegada de Gamarra.

San Martín concibió un nuevo plan de operaciones con el fin de demostrar a los que reprochaban su inactividad que estaba dispuesto a *hacer algo* y que tenía el propósito, además, de sacar a su gente del campamento de Huaura, donde las enfermedades lo estaban diezmando en forma gradual. A mediados de abril fraccionó su Ejército en tres divisiones, que habrían de cumplir las misiones que se indican:

—la primera, a las órdenes de Arenales, expedicionaria en dirección a la sierra;

—la segunda (3 batallones de infantería y 6 piezas de artillería de montaña), se embarcaría con el General en Jefe con rumbo al sur, a fin de estrechar el "cerco" de la capital, y

—la tercera, vale decir, el resto del Ejército, debería permanecer en Huaura, entre Supe y Barrancas, a las órdenes del Comandante General de Artillería, coronel D. José Manuel Borgoño.

El general se embarcó con su división el 28 del citado mes de abril y se dirigió hacia la rada de Salinas, desde donde —y sin desembarcar— enviaba proclamas al pueblo de Lima, destinadas a debilitar la voluntad de resistencia de las fuerzas realistas que la guarnecían. Firmado el armisticio de Punchauca, el 23 de mayo —y al cual nos referiremos oportunamente— ordenó el regreso de su tropa hacia Huacho, a las órdenes del general Las Heras.

Antes de embarcarse en dirección a la rada de Salinas, San Martín destacó desde el puerto de Huacho, una columna de 500 infantes y 80 jinetes, a las órdenes del teniente coronel D. Guillermo Miller, y a esta

expedición, conocida como de puertos intermedios, nos referiremos en el capítulo siguiente.

Croquis N° 86

En cuanto a la división Arenales (3 batallones de inf., 2 escuadrones de cab. y 4 piezas de artillería), partió en dirección a la sierra el 21 de abril. Se trataba de 2.132 soldados convalecientes del campamento de Huaura. Estos soldados "eran espectros en lugar de hombres", al decir del coronel Alvarado. Mitre expresa que el objetivo principal de la expedición era batir las divisiones de Ricafort y Valdés; posesionarse, a continuación, de Jauja y Tarma; avanzar hasta Huancayo y extender la insurrección hasta Huamanga y Huancavélica. Obtenido el objetivo principal, restablecer las comunicaciones por Ica con las expediciones de puertos intermedios y cortar las comunicaciones del enemigo por el sur. O, si las circunstancias lo aconsejasen, avanzar con la masa a Lima, cerrando todos los caminos a la sierra con fuerzas de guerrillas.

Arenales usó de la libertad de acción que San Martín le había dejado, para detenerse quince días en Oyón (al W. de Cerro Pasco), a fin de organizar la columna y reponer el vigor de sus soldados.

Cuando se internó en la sierra con su Ejército elevado a 2.500 hombres, Valdés y Ricafort, llamados a Lima —según se ha visto— le abandonaron el campo. Carratalá, que había quedado en el interior con un poco más de 600 hombres, se retiró delante de él.

La noticia de armisticio de Punchauca, que debía conducir a la evacuación de Lima por parte de los realistas y la orden de suspender las hostilidades, alcanzaron a Arenales en los momentos en que marchaba sobre Huanta para concluir con Carratalá. Anteriormente había sometido a San Martín un sencillo plan que constituía la única posibilidad que quedaba al Ejército Libertador de consumir la independencia del Perú. Se basaba en la debilidad en que se encontraba el Ejército realista de Lima y su objetivo era la posesión de la sierra, de clima sano y adicta en masa a la causa patriota, como base de operaciones. El propio San Martín podría trasladarse con el grueso a la sierra y dejar una división en Huaura. Mientras las epidemias y el hambre concluían en Lima con los últimos restos del Ejército del Bajo Perú, el patriota —fortalecido con el clima y reforzado con soldados de igual calidad a los que formaban el Ejército del Alto Perú— se adueñaría de todo el interior, aniquilaría los restos del Ejército de Lima, cuando intentara replegarse al interior y abriría la campaña contra el Alto Perú en el momento en que se sintiera fortalecido.

En el convencimiento de que su plan sería aceptado, Arenales organizó y aumentó sus fuerzas durante el armisticio con actividad febril. San Martín, empero, seguía viendo en la expedición a la sierra sólo un recurso más para obtener la rendición de Lima, que él seguía confundiendo con el término de la lucha y rechazó el plan de su hábil subalterno. La importancia capital de la posesión de la sierra se le representó sólo más tarde, cuando ya no le era posible recuperarla.

d) *Campaña a puertos intermedios*

Mientras Arenales se dirigía a la sierra, fracasaban nuevas tentativas destinadas a apoderarse de El Callao, a través de la traición del Comandante Santalla y de otros oficiales españoles. Cochrane, por su parte, iniciaba una correría por la costa sur del Perú, con 580 hombres de desembarco, a las órdenes del teniente coronel D. Guillermo Miller. El 21 de marzo se apoderó de Pisco y, al día siguiente, del valle de Chincha. Las tercianas pusieron término a la empresa. El 18 de abril, Miller fue reembarcado moribundo, llevando a sus enfermos y unos 100 negros inermes al paludismo, que había logrado enganchar.

Croquis N° 35

Desde el mismo Pisco, Cochrane y Miller despacharon a Huacho dos buques con los 180 enfermos más graves y, reuniendo en el *San Martín* la gente en estado de combatir, pusieron proa a Arica. El 13 de mayo se apoderaron de este puerto y entregaron al saqueo las casas, los almacenes y las pulperías. Capturaron \$ 78.000 en dinero y en plata en barra, además de valiosos cargamentos de mercaderías. Días más tarde, Miller —semirrestablecido ya— se adueñó también de Tacna. En seguida, burlando con admirable astucia los movimientos de las tropas del general Ramírez avanzó hasta Mirave y aniquiló a las fuerzas del coronel realista Hera. Derrotó, también, a otra columna destacada en su persecución y el 23 de mayo entraba a Moquegua. Allí le alcanzó la noticia del armisticio de Punchauca. A fin de no ser aniquilado, a su término, por fuerzas superiores en número, se reembarcaba el 22 de julio en Arica con rumbo a Pisco y se apoderó nuevamente de Ica, donde quedó como jefe.

Cochrane, convencido de que la Expedición Libertadora estaba definitivamente perdida, pidió 500 hombres al Gobierno de Chile y armas, para iniciar por su cuenta, desde el sur, la campaña correspondiente. Zenteno se negó a la solicitud, en un oficio de 6 de junio, calculado para no herir al almirante ni a la opinión pública chilena, que lo había erigido su ídolo.

e) *Armisticio de Punchauca*

El 25 de marzo llegaba a Huaura, procedente de España, el capitán de fragata D. Manuel Abreu, a entrevistarse con el General en Jefe del Ejército patriota, a fin de darle a conocer las instrucciones relativas a un arreglo entre las partes. La base previa del arreglo era el reconocimiento de la soberanía de Fernando VII dentro del régimen de la Constitución de 1812... , aun cuando se sabía que, en el bando chileno-argentino, la independencia era condición *sine qua non* para llegar a acuerdo.

No se logró nada concreto. Pero se armonizó en principio sobre la conveniencia de establecer una monarquía constitucional en el Perú, con un príncipe de la casa real de España. Los cuatro comisionados entendieron que este proyecto sólo podía resolverse en España, entre San Martín y la Corte. Las conferencias se iniciaron en Punchauca, unos 23 Km. al norte de Lima, el 4 de mayo.

Como supiera San Martín que La Serna había ordenado a Ricafort y a Valdés ocupar, entre tanto, el mayor territorio posible, exigió garantías del cumplimiento de lo que iba a pactarse y como La Serna quería ganar más tiempo arguyó una serie de consideraciones y exigencias destinadas a prolongar la situación hasta el día 23. En esta fecha, San Martín pactó un armisticio provisional sin garantías, que debía durar veinte días, prorrogables por el tiempo que fuera necesario. Allí se acordó, también, una entrevista personal entre La Serna y San Martín.

Esta entrevista se realizó el 2 de junio. En ella propuso San Martín el establecimiento, en el Perú, de una monarquía constitucional regida por un príncipe de la casa real de España. Mientras el príncipe llegase, se constituiría una regencia de tres personas presidida por el virrey, que tendría el mando de ambos ejércitos. Se incorporarían a la nueva monarquía las provincias del Alto Perú, que hicieron parte del antiguo virreynato de Buenos Aires, actualmente ocupadas por el Ejército realista y se invitaría a Chile y a las Provincias Unidas a agregarse al nuevo Estado. El acuerdo se realizaría en el acto y una comisión, de la cual ofrecía formar parte el propio San Martín, pasaría a España para obtener del rey la ratificación de lo obrado y traer al príncipe.

La Serna pidió dos días de plazo para reflexionar. San Martín dio por consumado el acuerdo. Se trasladó a El Callao, a bordo de la *Moctezuma*, a fin de afianzar con su presencia el feliz desenlace de las negociaciones. Allí recibió, el 4 de junio, una comunicación escrita del virrey. Se consultaría a la Corte el proyecto de independencia del Perú erigido en monarquía constitucional, regida por un príncipe de la familia real de España. Mientras la respuesta llegara, los realistas gobernarían el sur del Perú y los patriotas, el norte. La línea divisoria la señalaría el río Chancay. San Martín rechazó la contraposición y con ello concluyó la negociación.

A La Serna sólo le quedaban en Lima poco más de 5.000 convalecientes o enfermos, incapaces de batirse con nadie. Las fuerzas realistas del Alto Perú estaban muy mermadas como consecuencia de los auxilios enviados a Lima.

#### f) *Retirada de los realistas al interior*

En busca de un lugar más salubre y acogedor, los diplomáticos se trasladaron a Miraflores. Allí se repitieron las mismas proposiciones ya desechadas, sin avanzar un paso. A solicitud del virrey se prorrogó el armisticio por dieciocho días: era el plazo que necesitaba para terminar los preparativos de la retirada al interior y para trasladar a El Callao las armas, las municiones y todos los elementos que no era posible llevar. Quedaba el problema de los alimentos. El Ejército no podía internarse sin ellos en regiones devastadas y recorridas por guerrilleros enemigos. San Martín se encargó de allanar el obstáculo. Para congraciarse con la ciudad, permitió que durante la prolongación del armisticio, entrasen los alimentos necesarios para el consumo de la población y de los hospitales. Por último, devolvió a Huacho las fuerzas que tenía en Ancón,

dejando a La Serna en completa libertad para que emprendiera su retirada al interior.

El 21 de junio, cuando faltaban aún varios días para el término del armisticio, el general Canterac salió de Lima con los 1.400 hombres que estaban en mejores condiciones de salud, con destino al valle de Cañete y de allí torció a la cordillera con rumbo a Huancavélica por el camino de Lunahuaná. En la mañana del 6 de julio, el virrey se puso en marcha con unos 2.600 inválidos hacia el interior, por la quebrada de Yauyos, al E. de Lima, que lo conducía al paso de Yauli en la cumbre de la cordillera, rectamente a Jauja. Llevaba el dinero y la parte del archivo de gobierno más comprometente.

San Martín recibió la noticia del abandono de Lima por La Serna, el 6 de julio en El Callao. Hizo reembarcarse en Huacho el Ejército patriota y lo situó entre Mirones y La Legua, en el camino de El Callao a la capital. Sólo el día 9, al atardecer, penetraron en la ciudad algunos cuerpos, en medio de las aclamaciones de la multitud.

#### g) *Paralización de las operaciones*

El Ejército realista se retiraba a la sierra en condiciones desastrosas. Iba dejando en el trayecto un reguero de muertos, enfermos, rezagados y desertores. Los indios, sublevados, le escondían las provisiones y destruían el camino. Los guerrilleros, por propia iniciativa, daban golpes de mano a su retaguardia y "hacían prisioneros a cuantos se separaban del grueso de las columnas". El general Miller, testigo presencial y admirador incondicional de San Martín, comenta al respecto: "Si el Ejército Libertador en vez de tomar cantones en la disipada ciudad de Lima, como lo hizo, hubiese secundado los esfuerzos de aquellas bandas de patriotas armados, apenas puede dudarse de que habría terminado la guerra en pocas semanas; así, pues, por falta de previsión, continuó desgraciadamente en el Perú, su capital y provincia, cayendo alternativamente en manos de los amigos y enemigos de la libertad".

El abandono de Lima por los realistas, para proseguir la guerra desde El Cuzco, era conocido de San Martín (carta a O'Higgins, de 26 de junio). Tenía a bordo, en Ancón, las fuerzas necesarias para concluir con el Ejército, ya moralmente disuelto, de La Serna. Si algunos restos lograban escapar, sea por Lunahuaná o por Yauyos, tenían fatalmente que estrellarse con los 4.300 hombres de primera calidad de la división Arenales. Esta división, la fuerza más poderosa que existía a la sazón en el Perú, esperaba sólo aniquilar estos restos y reforzarse con los 3 ó 4.000 hombres que la ocupación dejaba libres para avanzar contra Arequipa, El Cuzco y el Alto Perú. Arenales podía completar 5.000 hombres, que se elevarían a 8.000 con los 3.000 que quedaban ociosos en Lima.

Se dijo ya que, apenas tuvo certeza del abandono de esta última, San Martín ordenó el alejamiento a Huacho de las tropas que estaban ancladas en Ancón. Dispuso, además, el cese de la actividad de los guerrilleros, a fin de no entorpecer el abastecimiento de la ciudad, sin ordenar

—en cambio— que continuaran las hostilidades contra la columna de La Serna, que era la más atrasada. Los indígenas y los guerrilleros cerraron, por iniciativa, el camino de Yauyos al virrey y éste tuvo que retroceder y realizar una jornada de 100 kilómetros por la costa para tomar el de Lunahuaná. El general patriota tenía ya su Ejército en Lima y estaba en situación de batir a los extenuados cuerpos del virrey; pero no sólo no lo intentó, sino que ordenó a las guerrillas del interior no hostilizar a las fuerzas de Canterac y de La Serna, y que regresaran a Lima. “Los historiadores americanos, admiradores del genio militar de San Martín, han censurado su actitud inerte en esta ocasión, y los enemigos, que tenían la conciencia de su peligrosa situación, nunca pudieron explicarse su inactividad”. (Mitre).

A pesar de las órdenes precipitadas, las columnas Canterac y La Serna estaban ya perdidas: irían a llegar a la sierra con 4.000 hombres exhaustos y enfermos en su mayoría y se iban a estrellar con 4.300 de refresco, comandados por el general Arenales, “la cabeza mejor organizada entre todos los generales que actuaron en el Perú, después de Sucre”. (Encina).

Pues bien, San Martín ordenó a Arenales se retirara delante de ellos en dirección a Lima por otro camino. Es lo que se verá en el capítulo próximo.

#### *h) Abandono de la sierra por el Ejército patriota*

El general Arenales había elevado en la sierra a 4.300 hombres perfectamente equipados y disciplinados, los 2.183 inválidos con que salió de Huaura el 21 de abril de 1821. Estas fuerzas se componían casi por partes iguales de soldados del Ejército Libertador —ya repuestos de las tercianas— y de serranos disciplinados, de valer militar discutible.

El 7 de julio supo Arenales que Canterac había salido de Lima y se encaminaba por el valle de Cañete hacia Huancayo, al frente de una fracción que las informaciones elevaban a 4.000 hombres y que era sólo de 1.400. Situado en Jauja, en el camino que conduce al Alto Perú, los fugitivos tenían que desfilar —obligadamente— delante de sus fuerzas. El avance de Canterac hacía presumir que pronto le seguiría La Serna con la división que quedaba en Lima.

Arenales dirigió, pues, un oficio a San Martín con su apreciación de la situación. “Es legado el caso —le decía— que es de extrema necesidad que obremos con todo nuestro poder sobre la sierra. Abandonada la capital por los enemigos, ya no se necesita fuerza para tomarla y poseerla. Basta tener una fuerza embarcada en la costa para protegerla en su caso. Toda la demás fuerza debe venir en masa a este país (la sierra) para prevenir el cambio del teatro de la guerra meditada por los enemigos. De lo contrario, la guerra se va a dilatar mucho por un orden regular y el resultado se pone en duda. Por todas estas razones, en fuerza de los intereses de este país y del honor de esta división y de todo el Ejército, debo decidirme a dar el golpe cuyo éxito aparece más probable y menos aventurado. Una de dos: o yo emprendo mi retirada por Pasco

o por Oyón o Canta, con la precisa condición de que venga a reunirse aquí el suyo; o es inevitable que avance sobre Huancavélica o tal vez Huamanga a batir las primeras fuerzas que vienen por allí a reunirse a Carratalá y en caso apurado, pasar la cordillera por Castro-Virreyna. El objeto más interesante en el día es impedir la reunión de las dos divisiones enemigas y cortar su comunicación, mientras no se pueda batir con éxito una de ellas. Para esto es indispensable, también, que sin pérdida de momentos se haga venir toda la fuerza del ejército de la costa, a reunirse conmigo por Lunahuaná. Para entonces daría mis instrucciones para sus marchas, de tal manera que, aun en el caso de serme preciso ponerme por la parte de Huamanga entre el general Ramírez y todas las fuerzas de Lima, cortada la comunicación de aquél y éstos, quedarían aislados y nuestro triunfo se haría más probable y seguro". (7 de julio de 1821).

Como no recibiese instrucciones, Arenales tomó la acertada resolución de batir primero a Canterac, cuya proximidad supo, al descender la vertiente de la cordillera de Huancavélica y cuando sus fuerzas, fatigadas por la larga y áspera marcha, no podrían oponer una resistencia seria. A las 2 de la mañana del 12 de julio, la infantería dejaba atrás a Huancayo y avanzaba en espléndidas condiciones. Canterac, en cambio y según propia confesión, no tenía posibilidad de triunfar ni de retroceder.

Arenales ignoraba las fuerzas que tenía Canterac y creyó la información de los guerrilleros que le atribuían un efectivo de 4.000 hombres. Ignoraba también la dirección que había tomado el virrey; pero estimaba que iba con una división de efectivos similares por Yauyos, concertado con Canterac para tomarlo entre dos fuegos. Temía, igualmente, que antes de abandonar a Lima, La Serna hubiera ordenado a Ramírez avanzar contra él (Arenales), a fin de batirlo entre los tres. De aquí su resolución de desembarazarse primero de Canterac y batir, en seguida, a La Serna, antes de que llegara a producirse la conjunción. De aquí, también su nerviosa petición de auxilio: tres encuentros contra otras tantas agrupaciones enemigas (si Ramírez avanzaba en socorro del Ejército del Bajo Perú), era cosa seria.

A las 5 horas del 12 de julio, en los momentos en que Arenales montaba a caballo para alcanzar su vanguardia en Izcuchaca, recibió una carta de San Martín que la anunciaba que el virrey había salido de Lima y "le recomendaba que no comprometiese combate mientras no tuviese completa seguridad de vencer, y que si era buscado por el enemigo se retirase hacia el norte por Pasco o hacia Lima por San Mateo. Para mayor confusión no le daba noticia alguna de los movimientos del virrey, y se limitaba a insinuarle que, dejando a los enemigos de la propia cuenta, privados de toda comunicación marítima y en el centro de un país que los rechazaba no tardarían en verse anulados". (Mitre). Tampoco le hablaba de las fuerzas de la división Canterac ni daba respuesta a su pedido de socorro ni al plan de operaciones que sometiera a su consideración.

Arenales reunió una junta de guerra. Todos los jefes tenían confianza en que batirían a los 4.000 hombres que suponían a Canterac y como era más que probable que el virrey habría seguido las huellas de su subalterno, tendrían que luchar contra los 8.000 soldados que —erradamente— suponían a ambas columnas en total. Estimaban, asimismo, que el virrey estaba ya sobre los pasos de San Mateo, Huarochiri y Yauyos, lo que situaría al Ejército patriota entre dos fuegos, y con su línea de retirada comprometida. Los términos de la carta de San Martín no dejaban dudas al respecto y en virtud de ellos se acordó el repliegue a Huancayo... delante de los 1.400 inválidos de Canterac. "A no haber sido interrumpido Arenales el día 13, habría alcanzado a la vanguardia en el siguiente arribo de ésta a Huancavélica, según estaba calculado: en presencia de estos nuevos datos la batalla habría sido inevitable. El mismo Canterac confesó al general Sucre, después de la batalla de Ayacucho, que no sabía cómo Arenales no lo atacó en aquella vez; que siempre se asombró de su repentino cambio; y que tuvo por cierta su derrota, si se le hubiera comprometido a un ataque, cuando tampoco podía eludirlo a causa del mal estado de sus tropas y animales". (Memorias de Arenales).

Croquis N° 38

En Huancayo el asombro del general Arenales llegó a lo increíble cuando el comandante Villar, jefe de las guerrillas, le informó haber recibido orden de suspender las hostilidades contra las columnas de Canterac y del virrey y dirigirse a Lima. El día 19 escribió desde Jauja, a San Martín una carta reservadísima: "No sé —le decía— por qué no se han oído las observaciones tan obvias y convincentes que con demasiada repetición he significado. ¿Qué ganará nuestro ejército con entrar a Lima aapestarse y a acabar de destruirse cuando con progresos y gran utilidad podía estar ya convalecido en las inmediaciones de la sierra? ¿Qué sucederá de las tropas de esta división con mil quinientos reclutas ya instruidos y disciplinados, si, como según se me presenta el caso, forzosamente tiene que hacer una deshonrosa retirada para donde esperan los hospitales con el sepulcro? ¡Ah, señor! ¡Qué doloroso me es tener que hablar a usted en estos términos! No crea ni por un momento que éstas, mis expresiones, en modo alguno sean espíritu de reconvencción ni de falta al respeto: sólo son impulsadas por el dolor y el sentimiento de que nuestra empresa va a postergarse incalculablemente y a poner en duda nuestro feliz éxito que de otro modo ya no lo había; y por el gran deseo que siempre me asiste del mayor concepto y buen nombre de usted. ¿Qué será de los habitantes de este territorio tan sumamente comprometido? ¿Qué de la opinión que se habían formado de nosotros? ¿Qué de sus frutos y recursos y qué, por fin, el querer nosotros después echar de aquí a los enemigos ya fortalecidos y bien fijados en el país?"

Esa misma noche recibió nuevamente la confirmación de la orden de abandonar la sierra a los realistas y dirigirse a Lima. Se resistió, todavía, lo más que pudo; pero, al fin, tomó el camino de la costa. Al salir de Jauja, al amanecer del 20 de julio, se vio cercado por una gran multitud, cuyas reclamaciones lo conmovieron fuertemente. "Eran los infelices serranos comprometidos por la causa de la independencia que

quedaban abandonados a las venganzas de los realistas". Tomó el camino de Yauli, con la esperanza de encontrarse con el virrey y batirlo; pero éste, en vista de las dificultades de todo orden, había retrocedido a la costa a fin de tomar el mismo camino de Canterac.

Al llegar a Matucana, el 28 de julio, recibió orden de San Martín de regresar a la sierra y sostenerse en ella a todo trance y con la condición de no comprometerse seriamente. Arenales contestó con *cierta ironía amarga*, al decir de Mitre: "No puedo dejar de admirar esta advertencia que me es sensible no poder conciliar, como quisiera, mis operaciones con sus deseos. Dije con repetición y lo diré siempre, que si esta fuerza saliera una vez del centro de la sierra, y llegaban a ocuparla los enemigos, no seríamos capaces de recobrarla. Tengo bien presente que en una de sus comunicaciones me decía usted en contestación, que poco le importaba perder la sierra en comparación con otras meditaciones".

Ya las fuerzas de Arenales estaban reducidas a 2.300 hombres a causa de la desertión. El ataque a posiciones defensivas de tropas ahora descansadas y numéricamente muy superiores, significaba un desastre cierto y, de acuerdo con la autorización del General en Jefe, Arenales prefirió proseguir su camino a Lima. Comenta Mitre: "Así terminó la campaña de la sierra. De este modo —como lo observa un testigo presencial que militaba en las filas independientes— los patriotas abandonaron las provincias del interior, de las que tomaron tranquila posesión los enemigos... y este incomprensible error de parte de los patriotas compensó a sus enemigos de la pérdida de Lima".

El ilustre historiador argentino agrega: "Este error debía costar cuatro años más de guerra".

### 3.—*Los prolegómenos del desastre.*

#### a) *Proclamación de la independencia.*

Mientras tanto, San Martín daba los pasos necesarios para constituir el Protectorado. Su primer acto oficial fue pedir la proclamación de la independencia: ella se llevó a cabo el 28 de julio en la plaza mayor.

Los colaboradores inmediatos del general habían resuelto que éste asumiera el gobierno del Perú con poderes absolutos, con el título de Protector. El 3 de agosto se publicaba un decreto de siete artículos. "Quedan unidos desde hoy en mi persona —advertía el primero de ellos— el mando supremo, político y militar de los departamentos libres del Perú, bajo el título de Protector".

"San Martín —anota Mitre—, sin punto de apoyo en la patria propia, se nombró a sí mismo Protector del Perú. Ni antes ni después de Cronwell, nadie en el mundo había tomado este título. La América alarmada, creyó entrever en el libertador del sud, un ambicioso vulgar o un déspota en germen. No era ni lo uno ni lo otro; pero, al asumir la dictadura fatal que las circunstancias le imponían, se inoculó el principio de su decadencia militar y política".

Cabe recordar, a propósito, la previsión del Senado chileno al pretender reglamentar las atribuciones conferidas a San Martín, como asimismo, la habilidad de este último al haber logrado ignorarlas oficialmente. Son particularmente interesantes las instrucciones contenidas en el artículo 6º: "Hará (el Cde. de la expedición) que en los pueblos que voluntariamente se ofrezcan a nuestra amistad se arreglen los gobiernos en la forma que se ha dicho en el artículo 4º" (elección de las autoridades por las corporaciones y principales vecinos, que la verificarán también en los pueblos tomados por las armas). Y el artículo 8º agregaba: "*Pero de ningún modo admitirá (dicho Cde.) algún empleo político para sí ni para los oficiales*".

#### b) Expedición de Canterac a El Callao.

Los generales realistas reorganizaban, por entonces, sus fuerzas con una actividad digna de todo encomio. Advirtieron pronto la escasez de las armas y de las municiones. Habían dejado en El Callao, sitiado por los patriotas, grandes depósitos que no pudieron llevar consigo en su retirada al interior. La Serna concibió el proyecto de recobrarlas mediante una atrevida expedición y fue Canterac el encargado de llevarla a su término. Salió de la sierra el 25 de agosto, rumbo a Lima y a El Callao, al frente de 3.500 hombres, de los cuales la mitad eran reclutas dispuestos a desertar. El 5 de septiembre llegaba con sólo 200 bajas al valle de Lurin, después de atravesar terrenos de muy difícil topografía, en donde pudo ser aniquilado hasta por simples fracciones de guerrilleros.

San Martín ubicó a sus 6.000 hombres al sur de Lima, detrás del río Surco y de las tapias, con frente al sur este. Canterac efectuó diversos movimientos destinados al logro de su objetivo, El Callao, sin estrellarse con el Ejército patriota, que lo habría batido sin mayor dificultad. San Martín se desplazó a fin de cubrir los nuevos puntos amenazados.

Una vez en El Callao, Canterac procedió a cumplir las instrucciones de La Serna, que le ordenaban: 1º—Asegurar el abastecimiento de la plaza, si fuera posible y regresar a la sierra, con todo el material de guerra que pudiera transportar, especialmente fusiles, a fin de elevar los efectivos realistas. 2º—Volar los fuertes y retirarse con la guarnición a la sierra, si el aprovisionamiento no fuera posible. En las condiciones en que la plaza se encontraba sitiada era imposible su abastecimiento y, en cuanto a la segunda exigencia, el general La Mar —defensor de la plaza, pero resuelto a abrazar la causa americana— se negó a volar las fortalezas y la mayoría de los jefes lo apoyó.

Canterac optó por regresar a la sierra y volvió a desfilar, en sentido inverso, por delante del Ejército patriota. En la tarde del 16 de septiembre la división proseguía su marcha y al amanecer del 17 hizo alto en el valle de Carabillo, 15 kilómetros al norte de Lima, a fin de dar descanso a su gente. El 1º de octubre se encontraba de regreso en Jauja, con poco más de 2.000 hombres. "La operación efectuada por Canterac —manifiesta el anteriormente citado coronel Dellepiane— fue, pues, una

magnífica marcha de flanco delante del enemigo, al que amenazó e impuso respeto a pesar de su debilidad, confiando en que éste perseveraba en su nuevo sistema de *victor sine sanguine*". (victoria sin sangre).

¿Qué había ocurrido, entre tanto, en el campamento patriota? San Martín había dispuesto se trasladaran a bordo los escasos caudales del Fisco y avisado al público que todo particular que quisiera hacerlo, podía enviar los suyos. Las Heras y los jefes militares, que se sentían capaces de batir a Canterac fácilmente, pidieron al Protector los condujera al combate. Este se limitó a contestar: "Mis medidas están ya tomadas". D. Bartolomé Mitre relata que un campesino se acercó al general a informarlo de los movimientos del enemigo. Cochrane, allí presente, increpó al campesino: le dijo que el tiempo del general era muy precioso para emplearlo en escuchar tonterías. San Martín lanzó una mirada de disgusto al almirante, dio media vuelta y —sin decir palabra— se dirigió a su alojamiento. Cochrane entró a hablar con él y volvió a insistir en la necesidad de atacar al adversario de inmediato.

"Yo solo soy responsable de la suerte del Perú" —fue la respuesta que recibió.

Al día siguiente de estos sucesos, el 17 de septiembre, San Martín ordenó a Las Heras iniciara la persecución del enemigo, pero *sin comprometer una acción general*. Las Heras marchó unos 47 kilómetros y emprendió el regreso, luego de encargar a Miller prosiguiera la operación con unos 700 jinetes y los guerrilleros. Canterac les rechazó y los obligó a volver a Lima.

#### 4.—*El fracaso final.*

##### a) *El desastre de Ica.*

A mediados de 1822 el Ejército realista pasaba de 15.000 hombres, de mejor calidad que los que constituían el Ejército de Pezuela en septiembre de 1820. Era el resultado de una hábil y activa labor de organización y de orden logístico, llevada a cabo en el valle de Jauja y en el Alto Perú por sus respectivos generales. En noviembre anterior había iniciado La Serna operaciones de limpieza de la sierra contra fracciones regulares y guerrillas patriotas que aún actuaban en ella y sofocado, en sus comienzos, las sublevaciones de los indígenas. El Ejército quedó, así, en condiciones de ocupar el litoral sur del Perú. "San Martín comprendió que el sistema de guerra que hasta entonces había adoptado por necesidad al invadir el Perú o seguido sistemáticamente después de su entrada a Lima, no le daría resultado, y que los realistas, posesionados de la sierra, se reharían siempre en ella y, a pesar de sus derrotas, podrían tomar nuevamente la ofensiva (Mitre).

En vista de las noticias que empezaban a llegar de la sierra, San Martín resolvió aumentar el Ejército con elementos reclutados en la provincia de Ica. Despachó, además, desde Lima, en enero de 1822, una división de 2.111 hombres, a fin de resguardar la provincia de los ataques de las columnas realistas más próximas. Confió el mando al general D. Domingo Tristán y le agregó como Jefe del Estado Mayor al coro-

nel Gamarra. Estos jefes —al decir de Mitre— eran “reconocidamente ineptos”. Y añade que el general hizo llegar a Tristán, el 18 de enero, un extenso escrito que —bajo el nombre de *Instrucciones*— contenía “triviales preceptos de guerra, máximas morales sobre la combinación de la fuerza militar y la opinión y el estado social del Perú, prevenciones de cabo de escuadra sobre el orden disciplinario y mecánico de la tropa y armamento y consejos, más bien que órdenes, sobre el sistema de hostilidades que debía seguirse”.

La columna se formó con 3 batallones de infantería, compañías sueltas de la misma arma, 2 escuadrones de caballería y llevaba consigo 4.000 fusiles para los nuevos batallones que se iban a constituir. Las tropas eran todas reclutas, excepto el batallón N° 2 de Chile (comandante Aldunate). “Verdaderamente no se concibe —advierte Mitre— dónde el gran capitán americano tenía la cabeza cuando resolvió tal expedición y dictó tan insustanciales como mal calculadas instrucciones”.

El virrey envió desde Arequipa, contra esta columna, al brigadier D. Jerónimo de Valdés, con unos 500 hombres. Tristán retrocedió con la intención de fortificarse en Ica. Entre tanto, Canterac avanzaba contra él desde Huancayo, con otra unidad de 2.000 hombres. Como el jefe realista hiciera creer a Tristán que sus fuerzas ascendían a 4.000 hombres, éste tomó el camino de Pisco en la noche del 7 de abril, resuelto a replegarse a Lima. Canterac había ocupado ya este camino a la altura de la hacienda de la Macacona, 7 Kms. al norte de Ica, y colocado su tropa al abrigo de los bordes de un paso estrecho por el cual tenía que desfilar la división patriota. “Las tres compañías desaparecieron antes que se disipara el humo, esparciendo el pánico en la columna. El número 2 de Chile, mandado por Aldunate, quiso sostener el combate; pero acosado por las fuerzas de flanco y atacado por la caballería que cerraba el camino, hubo de ceder”. Gravemente herido su comandante, el batallón intentó retroceder; pero, envuelto por los demás cuerpos que huían, se desorganizó y fue hecho prisionero, después de dejar en el campo unos 200 hombres. Tristán y Gamarra alcanzaron a huir en el primer instante a Cañete, con unos 300 hombres. Canterac hizo unos 1.000 prisioneros, entre ellos 50 oficiales, y recogió 2.000 fusiles. 4 cañones, todos los bagajes, ganado, etc. Al día siguiente, otro escuadrón de caballería del Perú fue aniquilado en Chuchonga y a ello siguió la ocupación de Pisco.

“La derrota tan completa como inesperada de la división de Tristán causó profunda alarma y desmoralización en los patriotas de la capital; se vio con tristeza el regreso de los jefes de ella, acompañados tan sólo por algunos dispersos, después de haber dejado capturar y desbandar a las tropas más escogidas de que disponía la causa de la libertad. Tristán y Gamarra fueron sometidos a un Consejo de Guerra que condenó al primero a un año de suspensión de mando y a cuatro meses de la misma pena al segundo” (Dellepiane). Mitre agrega, por su parte, que quedó evidenciado en el proceso “que el responsable era el Protector del Perú, director de la guerra, que concertara tan mal sus planes y fiara a manos tan incompetentes como flojas las armas y la bandera de la revolución”.

b) *Renuncia de San Martín*

El 24 de mayo de 1822 el general Sucre obtenía la brillante victoria de Pichincha, que decidió la suerte de la provincia de Quito. Cuando se recibieron en Lima los partes de la citada victoria, San Martín decidió dirigirse a Guayaquil, a fin de impedir que aquella provincia fuera absorbida por la Gran Colombia y para conferenciar con el Libertador Simón Bolívar; cuya cooperación militar iba a pedir para la prosecución de la empresa en que se encontraba empeñado en el Perú.

El Protector llegó a Guayaquil el 26 de julio de 1822. Se entrevistó con Bolívar y, al advertir que la provincia estaba perdida para el Perú, en razón de su incorporación a la Gran Colombia; que no lograría ponerse de acuerdo con Bolívar en problemas capitales, como forma de gobierno y otros que sometió a su consideración, e informado, por fin, de la deposición de Bernardo Monteagudo —su Ministro y consejero favorito— por los habitantes de Lima, resolvió regresar al Perú en el acto.

Tan pronto llegó a Lima dispuso la reunión del Congreso para el 20 de septiembre y resignó el mando ante sus miembros. Se embarcó, el mismo día, en El Callao y el 12 de octubre pisaba de nuevo la playa de Valparaíso, después de dos años, un mes y doce días de ausencia. A fines de enero de 1823 se dirigió a Mendoza; en mayo del mismo año, a Buenos Aires y en febrero de 1824 se embarcó para Francia, en compañía de su pequeña y única hija.

c) *Las últimas campañas de la independencia del Perú.*

El Congreso declaró al Perú república popular, unitaria y representativa. El Ejecutivo quedó constituido por una junta de tres miembros. Breve fue su duración, pues fue derribada en febrero de 1823, por un motín militar encabezado por D. José de la Riva Agüero. Días antes había ocurrido un gran desastre a las fuerzas patriotas durante la nueva *campana a intermedios* (es decir, a los puertos intermedios del sur peruano). El general Valdés aniquiló las fuerzas del coronel Rudecindo Alvarado en Torata (enero de 1823) y, con refuerzos enviados por Canterac, avanzó luego sobre Moquehua y obligó al adversario a reembarcarse.

Riva Agüero dispuso el despacho del coronel don Andrés de Santa Cruz a intermedios, y la organización de la Escuadra peruana al almirante británico don Martín Guise. Esta campaña a intermedios se vio coronada en un comienzo por el triunfo de Zepita, el 24 de agosto del mismo año. Pero inmediatamente, en seguida, Santa Cruz se vio obligado a emprender la retirada ante la presencia de nuevas fuerzas realistas, a las órdenes del general La Serna.

En los mismos días de la acción de Zepita llegaba el general Simón Bolívar a Lima y, una semana más tarde, quedaba investido con la suprema autoridad militar en el país. En el mes de mayo de 1824, cuando la causa patriota estaba casi perdida, Bolívar se dirigió al norte del Perú y dejaba a Lima abandonada a las fuerzas del rey. Concibió un plan que consistiría en encerrar a las tropas realistas en la sierra y emprender,

contra ellas, la acción ofensiva correspondiente. Designó Comandante en Jefe de sus fuerzas al eminente y hábil general D. Antonio José de Sucre.

En la batalla de Junín, el 6 de agosto de 1824, derrotó éste a Canterac y, cuatro meses más tarde, el mismo Sucre obtuvo la brillante victoria de Ayacucho contra las fuerzas del propio virrey La Serna (8 de diciembre de 1824). "Habían participado en el combate hombres de todas las nacionalidades. Colombianos y peruanos, argentinos y chilenos, panameños y futuros bolivianos, unidos por un mismo ideal, rivalizaron en valor. Mediante ello y su pericia, Sucre pudo vencer, con tropas inferiores en número y casi sin artillería, a un enemigo experimentado, con 11 piezas de artillería y que casi lo doblaba en fuerza". (L. A. Sánchez).

### 5.—Conclusiones militares.

#### a) Aspecto general.

El general Indalicio Téllez, en el tomo II de su Historia Militar, expresa que el resumen de la actuación del general San Martín en la campaña es "que permaneció 2 años en el Perú, al mando de un fuerte y bien organizado ejército que se apoyaba en una poderosa escuadra, sin librar un solo combate, perdiendo espléndidas ocasiones de derrotar a su adversario y que por fin tuvo que retirarse, presionado por la opinión pública y por el ejército, sin haber logrado el objetivo que perseguía".

La verdad es que, en la campaña de liberación del Perú, tanto la conducción política-estratégica, como la conducción militar de San Martín, fueron totalmente desacertadas, sin paliativos ni justificaciones de ninguna especie. Si bien él en lo personal alcanzó el objetivo de su ambición, proclamándose Libertador y Protector del Perú, en lo político y en lo militar no alcanzó efectivamente los objetivos que se le impusieron.

En general, en consecuencia, se puede decir que tanto en lo militar como en lo político y en el reconocimiento del pueblo del Perú, San Martín hizo (como lo expresa Téllez) "malograr los enormes esfuerzos que a Chile costó la preparación de la expedición".

#### b) Objetivos.

(1) El objetivo político de la campaña puede deducirse de las instrucciones que San Martín recibió de O'Higgins, "elevar a esos pueblos al rango de soberanía, libertad e independencia de toda dominación extranjera, colocándolos al nivel de los demás pueblos libres de América".

Este objetivo político era, pues, el de libertar a Perú del dominio español a la vez que impedir que el virreynato continuara siendo la más poderosa base española en Sudamérica y que desde ella pudiera reaccionarse ante las independencias alcanzadas ya por algunos países.

Se estima que la enunciación del objetivo indicado es correcto y apropiado, pero el error fundamental de O'Higgins de entregar a San Martín una total libertad de acción en lo político, permitió que el Co-

mandante en Jefe actuara en forma absolutamente personal y que se perdiera la oportunidad de alcanzarlos.

(2) El objetivo estratégico que se fijó a sí mismo San Martín fue erróneo y no concordante con el objetivo político antes mencionado. Nada se obtenía con proclamar la independencia del Perú, como lo hizo el general argentino, si aún no se había destruido el poder militar español; sería, como lo fue, una libertad de palabra, de carácter espectacular, pero totalmente inefectiva. Por otra parte, evitándose una decisión militar se vulneraba el cumplimiento de la segunda parte del objetivo político, impedir que el virreynato continuara siendo la base española para el dominio de Sudamérica. Así, militarmente hablando, prácticamente se puede decir que el objetivo estratégico no sólo fue erróneo sino que, más bien, no existió. En otras palabras, la campaña se realizó sin un definido objetivo estratégico.

### c) *Aplicación de principios.*

(1) Aun cuando San Martín recibió total libertad de acción del Gobierno de Chile, no la aprovechó convenientemente. Perdió la gran oportunidad que le brindaban el poseer el dominio del mar y tener un ejército de potencialidad superior.

Este poco aprovechamiento de la libertad de acción por parte del Comandante en Jefe patriota se hizo especialmente evidente en las siguientes circunstancias:

- Aceptación de un armisticio, en septiembre de 1820, lo que significó tiempo a favor de los realistas para continuar su preparación y una demora inútil para el Ejército Libertador.
- Realizar el desembarco en Huacho en lugar de hacerlo directamente sobre Lima. En ese tiempo, los realistas no habrían podido resistir en la ciudad de Lima y la victoria habría sido inmediata.
- Orden al general Arenales de abandonar la sierra en circunstancias que éste estaba en condiciones de alcanzar un gran éxito para la causa patriota en julio de 1821.
- No atacar al general Canterac cuando éste, con fuerzas muy inferiores, cruzó frente al Ejército patriota para llegar hasta el Callao y después regresar a la sierra.

Si se hubiera aprovechado integralmente la libertad de acción con que se contaba, la campaña pudo haberse terminado a comienzos de 1821 y habiéndose alcanzado en forma efectiva el objetivo perseguido.

(2) El objetivo que se impuso a la Expedición Libertadora requería el empleo de la ofensiva. Sin embargo, muy en contra de lo anterior, no se asumió la ofensiva ni en lo político-estratégico, ni en lo estratégico y ni siquiera en lo táctico.

Fue una campaña de espera sin un resultado positivo real, debido precisamente al no empleo ofensivo de las fuerzas militares. Tal error se hizo evidente en las mismas circunstancias en las que ya se comentó el no aprovechamiento de la libertad de acción.

Por otra parte, teniendo a su disposición un poder militar superior al del adversario, San Martín bien pudo asumir una actitud ofensiva en lo político-estratégico. Tampoco lo hizo, salvo cuando después de entrar en Lima, proclamó la independencia peruana y se autoproclamó Protector de ella. Pero esta actitud, a nuestro juicio, resultó precipitada, pues la independencia aún no estaba asegurada, ya que no se había destruido el poder español y el Comandante en Jefe no tenía ni los medios ni la autoridad para protegerla.

(3) Toda la campaña realizada por la expedición libertadora se caracterizó por una mala aplicación del principio de economía de las fuerzas.

Cada vez que le fue posible, San Martín dispersó considerablemente los medios, corriendo el peligro de, ante un adversario más audaz que el virrey Pezuela, ser batido en detalle, y cuando pudo emplear la masa de sus medios sobre un objetivo remunerativo, no lo hizo en el momento oportuno.

La campaña de espera no beneficiaba a las fuerzas patriotas y aun las perjudicaba, ya que las exponía a las características de un clima y de una situación sanitaria a las que no estaban acostumbradas. Al mismo tiempo, daba lugar al enemigo para prepararse en mejor forma.

(4) Anteriormente se analizó los diferentes aspectos relacionados con la determinación de los objetivos. Ahora se verá la tenacidad que se tuvo para lograrlos.

El objetivo político, bien claramente establecido, determinaba la necesidad de dar la libertad absoluta al Perú; sin embargo San Martín, en la entrevista del 2 de junio de 1821 con Miguel Abreu, propuso por sí mismo una solución que significaba la más absoluta negación de la misión que el gobierno chileno, del cual dependía, le había fijado. Tal vez, de todos los errores del Comandante en Jefe, éste fue el más grave de todos.

En cuanto a un o unos objetivos estratégicos, se expresó anteriormente que no los hubo y por lo tanto no existió tampoco tenacidad para alcanzarlos. Se trató de llevar la guerra mediante una "estrategia indirecta" —según la concepción del general Beaufre— pero sin tener el ambiente ni los medios adecuados para realizarla.

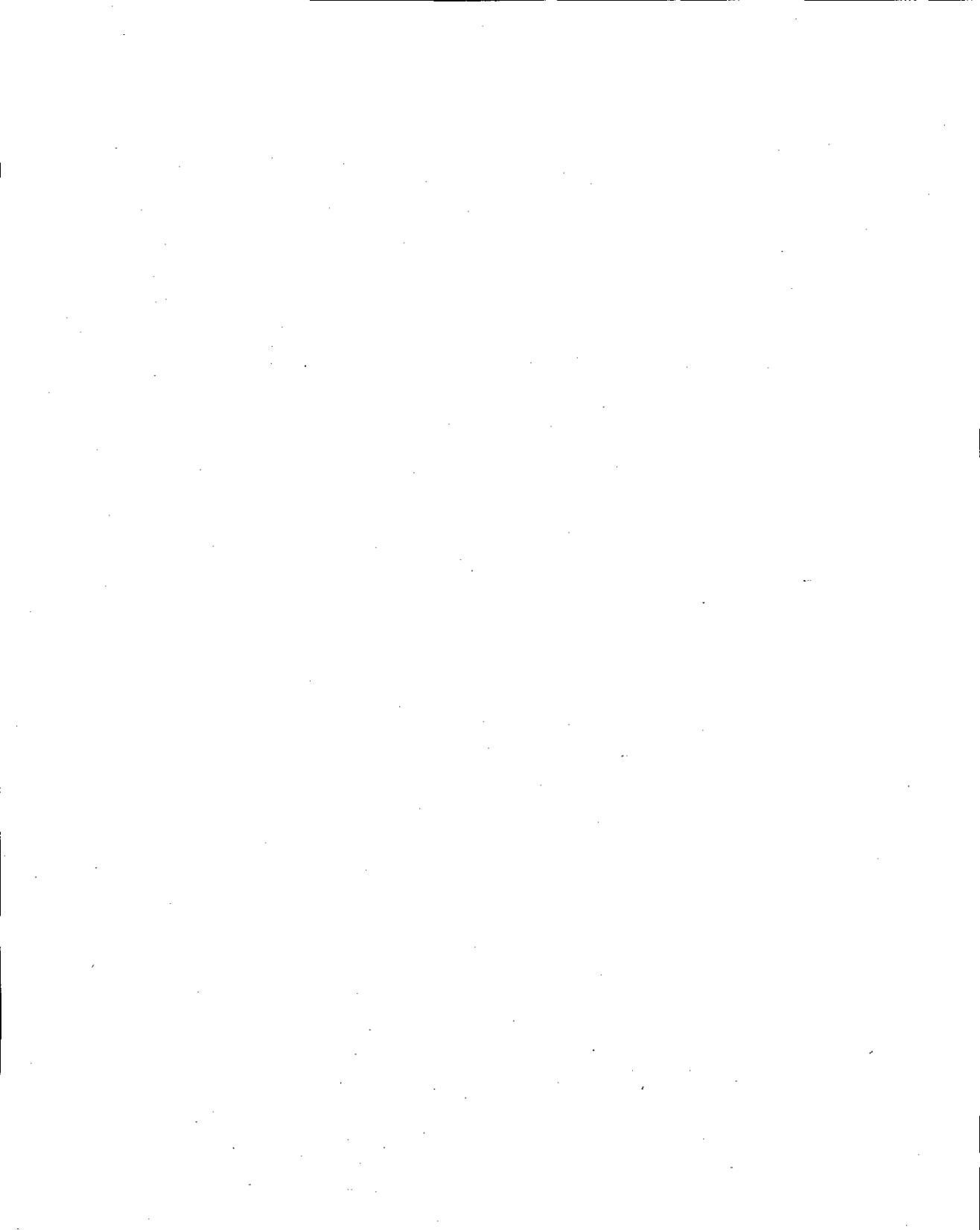
(5) Si el principio de sorpresa no fue empleado por el ejército patriota, el de seguridad se exageró. Constantemente el Comandante en Jefe ordenó a sus comandantes subalternos "no exponerse a una decisión". Tal hecho fue una de las causas que, durante toda la campaña, sólo se realizaron unos pocos combates y todos ellos de muy escasa intensidad.

#### d) *Acciones españolas.*

Si bien es cierto la conducción española no fue superior a la patriota, no puede menos de desconocerse que logró un objetivo bastante importante como fue dilatar al máximo una decisión desfavorable. Su actitud político-estratégica, unida a la escasa actividad militar patriota, permitió que todos los esfuerzos chilenos llegaran a ser estériles y que, más tarde, Bolívar llegara a obtener la decisión que no se había logrado.

## BIBLIOGRAFIA

- Historia General de Chile (T. XIII)*. Diego Barros Arana.  
*Historia de Chile (T. VIII)*. Francisco A. Encina.  
*Historia de San Martín y de la Emancipación Sudamericana*. Bartolomé Mitre.  
*Historia Militar del Perú (T. I)*. Carlos Dellepiane.  
*Historia de América (T. II)*. Luis Alberto Sánchez.  
*Memoria de la Segunda Campaña a la Sierra del Perú en 1821*. José I. Arenales.  
*Archivo de don Bernardo O'Higgins*. Academia Chilena de la Historia.  
*Memorias del General Miller*. John Miller.  
*Historia Militar (T. II)*. Indalicio Téllez.  
*Historia Militar de la Expedición Libertadora del Perú en 1820*. Angel Moreno Guevara.



## CAMPAÑAS DE CONSOLIDACION DE LA INDEPENDENCIA

### II. Campañas de Chiloé

#### A.—Primera campaña

##### 1.—Antecedentes

En los días en que la Escuadra chilena permanecía inactiva en Valparaíso y la anarquía política conducía al país al abismo, el general D. Antonio de Quintanilla daba a la isla de Chiloé una organización admirable y se preparaba para defenderla del ataque que —tarde o temprano— habrían de llevar hasta allí el Ejército y la Armada de Chile. Desde otro punto de vista, la continuación de Chiloé en poder de los realistas constituía una amenaza permanente para el comercio del Pacífico y un peligro para la independencia de Chile y aun de la América Hispana.

Una vez afianzada la seguridad de la isla contra las expediciones que la República pudiera enviar desde Valdivia o Talcahuano, se empeñó Quintanilla en armar naves corsarias que desorganizaran el comercio enemigo y neutral en el Pacífico. Una de ellas, el *General Valdés*, con 18 cañones, se había hecho a la mar el 14 de octubre de 1823, al mando del piloto Michel. El 25 del mismo mes y año apresó frente a Quilca a la fragata *Mackenna*, que conducía 300 soldados de caballería y varios jefes de la fracasada expedición de Santa Cruz al interior del Perú, y poco después, a la fragata sarda *Colombia*, con un valioso cargamento de mercaderías. Dio la vuelta a Chiloé con sus presas; pero un furioso temporal sepultó en el océano al *General Valdés* (noviembre de 1823).

El otro corsario era el *General Quintanilla*, al mando del piloto Mateo Raineri. El 11 de diciembre de 1823 batió cerca de Arica al transporte chileno *Moctezuma*, en el cual regresaban del Perú el general Pinto y otros jefes militares. El transporte se libró del abordaje debido al disparo oportuno del cañón único del *Moctezuma*, que causó grandes estragos en el barco corsario.

Finalmente, Chiloé ofrecía una buena base de operaciones a las tropas que España se aprestaba a enviar, según entonces se creía, contra Chile y el Perú.

Freire se convenció de la conveniencia de dejar transitoriamente de lado la pacificación de Arauco y de preparar una expedición al archipiélago de Chiloé. El 24 de enero de 1824 dirigió al Senado un oficio solicitando la autorización y los recursos necesarios para llevarla a cabo. "El Director —advertía— conoce hasta la evidencia que no se conseguirá la pacificación de los indios de esta frontera mientras los enemigos de la causa de América ocupen el punto de Chiloé, ni podrá tampoco evitarse que nuestros mares sean infestados de corsarios. Bajo este concepto ha meditado expedicionar sobre Chiloé, tomando el mando del Ejército". El 9

de febrero, el Senado aprobó el plan; después de muchas vacilaciones, se acordó que la caja de descuentos facilitara al Fisco \$ 50.000, al 2% mensual de interés, para financiar los gastos de la expedición.

## 2.—La expedición

Croquis N° 40

El 1º de marzo de 1824 zarpó de Talcahuano la expedición con rumbo a Valdivia, en una escuadrilla formada por la fragata *Lautaro*, las corbetas *Independencia* y *Chacabuco* y los transportes *Valparaíso*, *Pacífico*, *Ceres* y *Tucapel*. En el último puerto se le reunieron las corbetas *Voltaire* y el bergantín *Galvarino*, que se habían adelantado para embarcar la tropa de esa guarnición. El 16 de marzo se hacía a la mar el convoy con rumbo a Chiloé, conduciendo 2.149 hombres.

Comandante en Jefe de la expedición era el propio Director Supremo D. Ramón Freire y Jefe del Estado Mayor el General D. Luis de la Cruz. Los cuerpos de tropa eran los siguientes:

Batallón de Infantería N° 1.

Primer batallón de la Guardia de Honor.

Segundo batallón de la Guardia de Honor.

Quince milicianos de caballería de Osorno.

Sección de artillería.

Quintanilla estaba informado por el corsario de su mismo nombre, de los preparativos de la expedición. "Sin ningún rasgo genial, su firmeza y ponderación de juicio, su don de mando, su rápida decisión, su sangre fría y tenacidad admirables, lo habían levantado por muy encima de todos los generales españoles que actuaron en Chile y, tal vez, en el Perú. Valdés le excedía en sagacidad estratégica; pero Quintanilla lo aventajaba en firmeza de juicio y en prudencia, no exenta de audacia sensata, dentro del comando táctico". (Encina). Había organizado la defensa de la isla con rara habilidad y obtenido de los escasos recursos de que disponía un rendimiento notable. Sin embargo, no estaba en situación de resistir el ataque de 2.000 soldados de línea, bien instruidos y equipados. Pero cuando observó que la Escuadra patriota, en vez de detenerse, tomaba rumbo a los canales al oriente de la Isla Grande, advirtió que la victoria sería suya.

Efectivamente, en lugar de propinar un golpe decisivo a Ancud con la masa de sus fuerzas, Freire resolvió dirigirse al canal de Chacao. Envió desde allí al sargento mayor D. Pedro Godoy a Ancud para que, en su calidad de parlamentario, intimase la rendición a Quintanilla. Dos días después regresó Godoy con la respuesta negativa del jefe español. Freire dividió sus tropas en tres agrupaciones con misiones divergentes: despachó una al interior de la isla, a las órdenes del coronel Beauchef, a fin de impedir la retirada del enemigo; otra, al continente (sargento mayor Manuel Riquelme), a batir las tropas que allí había apostado Quintanilla, y la tercera, a las órdenes del propio Freire, en dirección a Ancud por el lado del río Pudeto.

El mayor Riquelme, con 280 hombres, desembarcó en las inmediaciones de Carelmapu y, casi sin combatir, se adueñó de la región, auxiliado desde Valdivia por las fuerzas de caballería comandadas por el

mayor Labbé. Ese mismo día (28 de marzo) experimentaban los patriotas una pérdida dolorosa causada por los elementos naturales: la corbeta *Voltaire*, que protegía al transporte *Valparaíso*, se estrelló contra las costas de Carelmapu. Su tripulación se salvó, pero el casco del buque —destrozado por el choque— se perdió irremisiblemente en las aguas.

Beauchef, encargado de la misión de cortar las comunicaciones entre Ancud y Castro —a fin de evitar que las tropas del primero de los pueblos nombrados se retiraran por el interior— desembarcó en Dalcahue, en la costa E. de la Isla Grande, a las 3 de la tarde del 31 de marzo, al frente de unos 1.000 hombres. El coronel Ballesteros, encargado de la defensa de este sector, tomó posiciones —con 1.000 hombres, también— en Mocopulli, unos 9 kilómetros al interior de la costa a cierta distancia al N. W. de Dalcahue, a fin de cerrar el sendero, que, necesariamente, debía recorrer Beauchef para llegar al camino entablado que unía a San Carlos de Ancud con Castro.

Al amanecer del 1º de abril salió Beauchef de Dalcahue; a mediodía se encontraba a tiro de fusil de Mocopulli —pequeño valle pantanoso, rodeado de tupido bosque— y allí hizo alto. Reanudó la marcha a la una de la tarde y había caminado unos pasos cuando una lluvia de proyectiles se descargó sobre las filas de la vanguardia (capitán Tupper) y causó numerosas bajas. El capitán cargó impetuosamente sobre el enemigo parapetado detrás de los árboles, sin conseguir —naturalmente— desalojarlo y recibiendo, en cambio, dos heridas. Beauchef acudió con el grueso y atacó; pero fue rechazado con dolorosas pérdidas. Después de hora y media de fuego muy vivo, el jefe patriota se vio obligado a replegarse hasta el llano donde había hecho alto. Entre sus tropas se encontraba el Batallón N.º 7 (comandante Rondizzoni), que había quedado de reserva y que, contagiado con la indisciplina ambiente de la época, se negó a combatir. Beauchef no se desalentó por este contratiempo y fiando en el valer militar de sus otras unidades, cargó nuevamente sobre el adversario antes de caer la noche y consiguió desalojarlo de sus posiciones.

Los patriotas tuvieron 14 oficiales y 90 soldados muertos y 200 heridos, sobre los 600 que entraron en combate, y los realistas, entre 120 y 200, sobre un efectivo de unos 900 soldados. Fue, pues, necesario el retroceso a Dalcahue en la misma noche, con los heridos conducidos a la rastra. La agrupación Beauchef quedó instalada en la isla Quinchao y de estos sucesos fue debidamente informado el General en Jefe.

Mientras tanto, éste —al frente de unos 1.000 hombres— se dirigía contra San Carlos de Ancud y sólo llegó a sus alrededores el día 3; pero en vez de desembarcar del lado del fuerte, lo hizo en la otra ribera del río Pudeto, sin acordarse de que carecía de elementos para atravesarlo. Recibió allí la comunicación en que Beauchef le informaba de las peripecias de su misión. Freire le respondió que, sin tardanza, regresara con su tropa al norte de la isla. El 8 de abril se reunían las fuerzas en el lugar ordenado y también lo hicieron las tropas de Riquelme, que habían desalojado al enemigo de Carelmapu.

Freire proponíase atacar a San Carlos el día siguiente (9 de abril) por el lado de Pudeto. El plan estaba condenado al fracaso de antemano.

La gente tenía que soportar frecuentes lluvias a la intemperie, pues una pequeña capilla existente en Pugufión y el pequeño caserío vecino no bastaban para abrirla ni para impedir que se mojaran las municiones. Los víveres comenzaban a descomponerse por el efecto de la humedad y la situación de la Escuadra, combatida a todas horas por grandes temporales, se hacía insostenible. En una junta de guerra celebrada el 10 de abril, los jefes patriotas acordaron, por unanimidad, emprender la retirada y el mismo día se dictaron las órdenes del caso.

El 24 de abril fondeaba en Talcahuano la corbeta *Independencia*, que conducía al general Freire y, días más tarde, llegaban las demás naves. Poco después de haber abandonado el archipiélago el Ejército patriota, llegaban a Ancud el navío *Asia*, de 68 cañones, y el bergantín *Aguiles*, de 22, en calidad de refuerzo a los defensores del rey.

### 3.—Conclusiones militares

#### a) Objetivos

El objetivo político de la campaña fue el de conquistar la isla de Chiloé, último bastión español en el país. Era un objetivo de real importancia, pues significaba que España podía contar con una apropiada base de operaciones para operar sobre Chile y toda la costa del Pacífico.

Inicialmente, el general Freire determinó un adecuado objetivo estratégico, la conquista directa de la ciudad de San Carlos de Ancud. Sin embargo, en el último momento, modificó su resolución y decidió dividir sus fuerzas para alcanzar simultáneamente, no uno, sino que tres objetivos:

- Conquista de la ribera norte del canal de Chacao.
- Cortar la retirada a las fuerzas españolas que se retiraran desde San Carlos de Ancud hacia Castro.
- Conquistar la ciudad de Ancud.

De estos tres objetivos, sólo el último tenía carácter estratégico y, por lo tanto, justificación ante el objetivo político. La conquista de la ribera norte del canal no tenía ninguna importancia, ya que, ganada la parte norte de la isla por las fuerzas chilenas, quedaba aislada y sin ningún valor.

El hecho de cortar la retirada sólo podría tener valor si se lograba derrotar a los españoles en Ancud y éstos se retiraran hacia el sur; por sí sola, esta acción no tenía gran significado y solamente entrañaba una dispersión de las fuerzas. En cualquier caso, las fuerzas de Quintanilla no tenían posibilidades de salir de la isla para evitar su destrucción total; así, no se justificaba emplear fuerzas para cortar su eventual retirada, ni menos aún emplear casi un 50% del total de los medios disponibles; la condición geográfica impediría, por sí sola, todo intento de eludir la derrota.



GENERAL RAMON FREIRE

General en Jefe del Ejército patriota en las campañas  
de 1824 y 1826 en Chiloé.

## b) *Aplicación de principios*

### (1) *Libertad de acción*

Si bien es cierto que Freire tuvo a su favor todos los elementos básicos para lograr un máximo de libertad de acción, no supo aprovecharlos adecuadamente.

Su superioridad le permitía atacar la isla en cualquier parte con mucha seguridad de buen éxito; sin embargo, lo hizo en los lugares en que era menos conveniente y remunerativo.

Contaba con el absoluto dominio del mar; el poder de su Escuadra le daba gran movilidad estratégica, posibilidad de actuar por sorpresa y un gran apoyo de fuego para las acciones terrestres en contra de las ciudades costeras. Así, pudo perfectamente haber atacado inicialmente en Ancud y de no haber obtenido ahí un total buen éxito en la destrucción del adversario, haberlo perseguido en forma indirecta por la vía marítima.

### (2) *Selección de objetivos y tenacidad*

Ya se expresó anteriormente que Freire, si bien es cierto en un comienzo seleccionó un objetivo estratégico adecuado, no tuvo tenacidad para mantenerlo. El primer cambio lo llevó a disgregar sus fuerzas en diferentes esfuerzos; el segundo, que lo podría haber llevado a una solución adecuada habiendo reunido nuevamente todos sus medios, demoró demasiado en materializarlo y cuando trató de realizarlo, fue demasiado tarde.

### (3) *Ofensiva*

La campaña chilena fue, en lo general, ofensiva; pero no cumplió con los factores básicos de este procedimiento, ya que no se aplicó con sorpresa y no se emplearon las fuerzas reunidas y en el tiempo y lugar adecuados.

### (4) *Economía de las fuerzas*

Este principio no fue aplicado en ninguno de sus dos aspectos genéricos:

—No se materializó un centro de gravedad, sino que más bien existió una dispersión de los medios sin causa justificada.

—Se agotó moral y materialmente a las tropas en acciones secundarias, sin mirarse la lógica solución del problema final.

### (5) *Sorpresa*

Aun cuando las fuerzas chilenas tenía los elementos necesarios para haber logrado al menos una sorpresa relativa, ellos no fueron aprovechados.

(6) La conducción española fue muy superior a la chilena: el general Quintanilla aprovechó los errores del enemigo para explotarlos en su provecho.

Es interesante considerar que el jefe español supo sacar un excelente partido de los escasos recursos materiales y humanos disponibles, demostrando con ello una excelente capacidad de organización.

## B.—Segunda campaña

### 1.—Antecedentes

Las perturbaciones políticas de la época y la pobreza franciscana del Erario nacional habían impedido al Gobierno de Chile proceder a la conquista del archipiélago de Chiloé. Los gobernantes, por otra parte, no podían convencerse de que —después de los grandes triunfos patriotas en el Perú, bajo la dirección de Bolívar y de Sucre— hubiera alguien empeñado en prolongar la resistencia realista en Chiloé. Promovió, en consecuencia, una serie de diligencias encaminadas a un arreglo pacífico... que Quintanilla rechazó en forma franca y decidida.

A pesar de la impotencia de España para recobrar el dominio de sus antiguas colonias, desde mediados de 1824 llegaban noticias de las expediciones que, con apoyo de las grandes naciones europeas, se preparaban con este objeto. Tales amenazas alarmaban al Gobierno de Chile y alarmaban, sobre todo, al general Bolívar, que seguía ejerciendo el poder en el Perú. Insinuó éste a nuestro Gobierno la conveniencia de expulsar cuanto antes a los españoles de Chiloé, a fin de evitar que sus islas llegaran a convertirse en futuras bases de operaciones de los ejércitos y escuadras del rey. En nota oficial de 3 de julio de 1825, firmada por el Ministro de RR. EE. D. José Sánchez Carrión, instaba nuevamente a que se llevase a cabo la empresa y ofrecía, al efecto, fuerzas colombianas de mar y tierra para cooperar a ella. Agregaba que si Chile demoraba en expedicionar al archipiélago, lo ocuparía Bolívar con sus tropas y lo incorporaría al Estado del Perú.

El Gobierno de Freire no sólo consideró bochornoso el aceptar auxilios extraños para una empresa que podía realizar con sus medios, sino que el origen probable de complicaciones respecto de la posesión definitiva del archipiélago. En oficio de 31 de agosto respondió que conocía perfectamente la necesidad de la empresa y que si se había frustrado la primera expedición, dispuesto estaba a acometer una segunda. Contaba para ello con las fuerzas militares suficientes, siempre que pudiera disponer de las naves chilenas que —a las órdenes del almirante Blanco Encalada— bloqueaban a El Callao.

El Gobierno del Perú accedió a la devolución de dichas naves, que habían dejado de ser necesarias para el bloqueo y dirigió a Chile las más entusiastas expresiones de gratitud por los notables servicios que nuestro país le había prestado para alcanzar la independencia. "El Gobierno del Perú —expresaba—, penetrado del más vivo reconocimiento hacia el de Chile por los auxilios que le ha prestado en la guerra de su independencia, ha ordenado al infrascrito (Ministro D. Hipólito Una-

nue) haga presente al señor Ministro de Relaciones Exteriores (de Chile) el alto aprecio y gratitud que le merecen sus importantes servicios, que ciertamente le han sido prestados en los tiempos más oportunos... Esta nación, eternamente agradecida por los extraordinarios servicios con que la ha favorecido la chilena, une sus votos a los del Gobierno que lleva manifestados...".

Bolívar, mientras tanto, se dedicaba a reprochar acremente a Chile la tardanza que ponía en colocar pie en el archipiélago.

## 2.—Los preparativos

Por la misma época, se desplegaba en Chile una gran actividad para realizar la expedición en los meses del próximo verano. El Gobierno podía disponer de una Escuadra de 5 buques de guerra y de 5 transportes que, a las órdenes del almirante Blanco Encalada, recibía en Valparaíso las últimas instrucciones. Los buques eran las fragatas *O'Higgins* (ex "María Isabel") e *Independencia*, los bergantines *Aguiles* y *Galvarino* y corbeta *Chacabuco*. Transportes *Lautaro*, *Resolución*, *Ceres*, *Infatigable* y *Golondrina*. Las fuerzas de tierra debían componerse de cinco batallones de infantería, de una compañía de artillería y de un escuadrón de caballería, con un efectivo total de 2.600 hombres. Estas unidades eran:

Batallón de infantería N <sup>o</sup> 1.				
" "	" "	" "	" "	4.
" "	" "	" "	" "	6.
" "	" "	" "	" "	7.
" "	" "	" "	" "	8.

Compañía de artillería.

Escuadrón de caballería Guías.

General en Jefe de la expedición era el general D. Ramón Freire, y Jefe del Estado Mayor, el general D. José Manuel Borgoño, que llevaba como ayudantes a los distinguidos ingenieros D. Alberto Bacler d'Albe y D. Santiago Ballarna.

El 27 de noviembre zarpó Freire de Valparaíso para reunirse con los transportes, que se habían adelantado, a fin de embarcar en Talcahuano el Batallón N<sup>o</sup> 1 y en Valdivia, el N<sup>o</sup> 6. Los vientos del sur contrariaron la navegación y sólo el 11 de diciembre empezaron a llegar los buques a este último puerto. Fue necesario desembarcar la tropa para refrescarla y se discutió allí el plan de operaciones. Freire, convencido de que el enemigo no podría oponer una resistencia prolongada y de que la ocupación se realizaría sin combate, se proponía entrar al puerto de Ancud a velas desplegadas, situarse enfrente del pueblo e intimarle rendición. Blanco y Borgoño creían, en cambio, que la tentativa era muy aventurada y que llevaría derechamente al desastre. Se convino, en consecuencia, que era preciso rodear los fuertes y atacarlos por tierra. Acción previa sería el desembarco en la faja de terreno denominada penín-

sula de Agüi, en el extremo N. W. de la Isla Grande. Sólo entonces estaría la Escuadra en condiciones favorables para entrar al puerto.

Borgoño condensó en diez artículos las instrucciones a que debían someterse las fuerzas al ejecutar el desembarco y los primeros movimientos sobre las posiciones enemigas. Esas instrucciones fueron repartidas el 22 de diciembre a todos los comandantes de unidades, en pliegos cerrados, que sólo debían ser abiertos en alta mar.

### 3.—Desembarco en Chiloé

La Escuadra comenzó a salir de Valdivia en los últimos días de diciembre y —considerando que los vientos reinantes del sur habrían de retardarla y aun dispersar las naves— se dispuso la reunión de todas ellas a unas 8 leguas de la Punta de Huechucui para iniciar el desembarco en la vecina bahía del Inglés. El 8 de enero de 1826 y, de acuerdo con lo previsto, se hallaba reunido el convoy en la citada Punta de Huechucui. El día siguiente, al aproximarse a tierra, se pudo advertir que toda esa costa estaba guarnecida por el enemigo. En la vecina Punta de la Corona se levantaba una batería de 4 cañones, que abrió en el acto sus fuegos contra la Escuadra patriota. Una columna de 70 hombres se apoderó fácilmente de esa batería y en la tarde del mismo día, la Escuadra fondeaba tranquilamente en la bahía del Inglés.

Croquis N° 41

Estimulado por el éxito, Freire insistió en su idea primitiva de penetrar esa misma tarde en el puerto con la Escuadra e ir a fondear enfrente de San Carlos. Blanco, Borgoño y Beauchef lograron disuadirlo, sosteniendo el plan acordado en Valdivia. La ejecución de este plan ofrecía, sí, las mayores dificultades. La fortaleza de Agüi, colocada en una altura dominante, era una defensa formidable. Para llegar a ella por el lado de tierra, era preciso trepar por un áspero y estrecho sendero, que podía ser batido por fuegos de fusil y de cañón del fuerte.

En la mañana del 10 de enero desembarcaban las fuerzas y se formaban, en la tarde, dos columnas de 200 a 300 hombres para iniciar las operaciones. Una de ellas (comandante D. Pedro Godoy) debía simular desde los buques vecinos un ataque a la fortaleza, a fin de impedir toda salida de sus defensores. La otra columna (coronel D. Santiago Aldunate) haría un rodeo para ir a caer sobre la batería de Balcacura, situada más al sur de Agüi y defendida por 8 cañones de grueso calibre. El ataque se realizó con felicidad. Mientras el fuerte de Agüi mantenía un inútil cañoneo sobre la columna Godoy, proseguía Aldunate su marcha sin más obstáculos que los presentados por la naturaleza. Venciéndolos en medio de la obscuridad de la noche, caminando largo trecho por la playa, con el agua hasta el pecho o saltando por entre rocas escarpadas hasta llegar a las proximidades de Balcacura, el comandante de la columna adelantó poco antes del amanecer una fracción. Esta cayó de sorpresa sobre la batería enemiga y la capturó y sus defensores escaparon por los despeñaderos escabrosos y de difícil tránsito.

En la mañana del 11 de enero, el grueso de las fuerzas se ponía en marcha hacia Balcacura. Después de seis horas de penosa marcha alcanzaba su objetivo sin novedad.

A las 8.30 de la mañana de ese mismo día, el almirante Blanco Encalada forzó la entrada de la bahía de San Carlos, a pesar de los fuegos del castillo de Agüi y de las baterías de San Antonio, Campo Santo, el Carmen y Puquillahui. Los daños sufridos consistieron en pequeñas averías en la arboladura de una de las naves y 7 heridos en otra. El teniente Freman Oxley, del *Aguiles*, al mando de tres botes, capturó una lancha cañonera y cayó mortalmente herido en los momentos en que intentaba abordar otra.

#### 4.—Combates de Pudeto y Bellavista

Las fuerzas patriotas estaban separadas de San Carlos por un brazo de mar de unos 3 kilómetros de ancho, aproximadamente. El 13 de enero, al amanecer, se logró salvarlo y quedaron las tropas acampadas en Lechagua, a legua y media de la ciudad. Divididas en tres cuerpos de poco más de 600 hombres cada uno (coroneles Aldunate, Beauchef y Rondizoni), más un batallón de reserva (comandante Riquelme), emprendieron la marcha a las 3 de la tarde, a fin de situarse en la loma de Cuadros, enfrente de las posiciones enemigas.

Estaban éstas hábilmente instaladas. Quintanilla ocupaba tres posiciones fortificadas en los contornos de San Carlos, amén de otras denominadas de San Antonio, más al norte. Las tropas realistas, tendidas detrás de un riachuelo, apoyaban su derecha en la posición fortificada de Poquillihue, y su izquierda, en un bosque infranqueable. Otra posición fortificada obstruía el único camino que conducía a San Carlos. Un ataque frontal habría conducido a los nuestros a un desastre seguro y lo mismo habría ocurrido en un asalto por mar.

Pero Freire, impaciente por terminar cuanto antes la campaña, llamó al coronel Beauchef y le ordenó alistase una columna de 1.000 hombres para embarcarse esa noche. Esas tropas, apoyadas por la Escuadra, deberían caer por sorpresa —y antes del amanecer— sobre la plaza de San Carlos. Beauchef le advirtió que la misión significaba sencillamente el suicidio de la agrupación encargada de cumplirla. Como el general no quisiera oír razones, el jefe francés se dispuso a dar cumplimiento a la orden.

Por suerte, a última hora, Blanco y Borgoño lograron calmar al Comandante en Jefe de las fuerzas y obtuvieron les permitiera intentar otro plan. Consistía en un audaz golpe nocturno sobre las lanchas cañoneras refugiadas bajo las baterías del fuerte de San Carlos, por 14 lanchas de la Escuadra. La operación, realizada bajo las órdenes del capitán Guillermo Bell, logró arrancar al enemigo tres de las lanchas cañoneras que le quedaban. Quintanilla hizo varar en la playa de Pudeto, donde se habían refugiado, las tres restantes, por considerarlas inútiles.

Aquella acción, que iba a tener una gran influencia en el resultado de la campaña, no modificó en nada la resolución de Quintanilla. En la mañana siguiente (14 de enero), cuando al amanecer avanzaron las fracciones adelantadas patriotas —protegidas por un nutrido fuego de artillería terrestre y naval—, sólo pudieron conseguir que las avanzadas enemigas se replegasen sobre la línea principal. Las cuatro lanchas cañoneras qui-

tadas a los realistas fueron a ubicarse enfrente de la batería de Poquillihue y del flanco derecho del adversario y rompieron sobre éste un nutrido fuego de artillería. Por el lado de la tierra, Borgoño hizo adelantar los cuatro últimos cañones con que contaba y, situándolos en una altura, apoyó con éxito el fuego de las cañoneras. Durante unos 45 minutos los realistas soportaron el fuego que no podían contestar y, como hubieran sufrido la pérdida del comandante de la batería y de muchos soldados, optaron por retirarse a otro punto.

Quintanilla se replegó hacia San Carlos, a una posición que tenía su izquierda apoyada en los cerros de Pudeto, que estaban cubiertos a su frente por una quebrada profunda y boscosa, difícil de atravesar. No tardó en verse acometido vigorosamente. Mientras una columna de tres compañías de infantería reforzadas con un cañón (mayor Maruri) atacaba frontalmente, el grueso dirigido por el general Borgoño avanzaba por la costa sobre la derecha realista. El enemigo, temeroso de verse envuelto por las fuerzas patriotas, comenzó a pronunciarse en retirada. Cuando Quintanilla intentó replegarse sobre las alturas de Bellavista, hacia su ala izquierda, sus fuerzas estaban ya desmoralizadas. "Si el general Quintanilla —expresa Beauchef en sus memorias— cuando se vio forzado a abandonar la línea atrincherada de Poquillihue, hubiese ocupado esta hermosa posición de Bellavista, y coronado con su Ejército estas alturas, conservando a su espalda la retirada hacia Castro, habría podido hacer allí una buena defensa... y tener algunas probabilidades de disputarnos la victoria".

La prolongación de la resistencia era inútil y, con la esperanza de reunir en el interior nuevos elementos para continuar la lucha, Quintanilla dispuso al anochecer la retirada por el camino que conduce a Castro. Mientras tanto, este pueblo había caído en poder de los independientes. Las lanchas de la Escuadra habían atacado las baterías realistas y, después de silenciarlas, se disponían a desembarcar. En esos momentos el general Borgoño adelantaba a la ciudad una compañía del batallón N° 8, que la capturaba sin resistencia alguna y enarbolaba el pabellón nacional en las baterías.

No tenían ya los realistas posibilidad de proseguir la resistencia. El día 15 se rindió la formidable fortaleza de Agüi, bajo la condición de que se permitiera a sus defensores el regreso a sus hogares. Al día siguiente, Quintanilla se encontraba en Tantauco, a seis leguas al sur de San Carlos y en los momentos en que él y sus oficiales se ocupaban en reunir los dispersos para continuar la retirada, la tropa se pronunció en abierta rebelión. El general no pudo contar sino con algunos oficiales y unos 200 soldados y, convencido de que ya no era posible prolongar la contienda, quiso al menos lograr una capitulación ventajosa que, "teniendo por base la incorporación de esta provincia al Estado de Chile, proporcione al Ejército de mi mando y habitantes de esta provincia aquellas ventajas a que la hacen acreedoras su ejemplar constancia e inmarchitable honor".

Quintanilla envió un parlamentario a Freire, éste le concedió un armisticio de cuatro días y le escribió una carta privada, ofreciéndole toda clase de consideraciones personales. La capitulación se convino en San

Carlos el 18 de enero. La provincia de Chiloé quedaba incorporada a la República de Chile y el general realista entregaría al Ejército patriota los fusiles, banderas, municiones, cañones y material de guerra en general. Los jefes, oficiales y tropa de su mando quedaban en libertad y, si algunos deseaban salir del país, se les trasladaría al continente para facilitarles el viaje. No se perseguiría a nadie por sus opiniones o conducta en el pasado. Ya, anteriormente, había iniciado el Director Freire una política de benevolencia y olvido que le ganó la voluntad general de los pobladores y contribuyó eficazmente a completar la incorporación espiritual de Chiloé a la República.

El cumplimiento de las estipulaciones no ofreció la menor dificultad. El 22 de enero de 1826 se juró solemnemente en San Carlos de Ancud la independencia de Chiloé, como parte integrante de la República de Chile. El coronel D. José Santiago Aldunate, nombrado gobernador de la provincia, quedó de guarnición con el batallón de infantería N° 4, una compañía de artillería y 4 lanchas cañoneras. El grueso del Ejército expedicionario se reembarcaba de vuelta al norte el 30 de enero, y mientras Freire se dirigía a Concepción, para imponerse de la situación en la frontera araucana, Borgoño proseguía en dirección a Valparaíso.

#### 5.—Conclusiones militares.

##### 1) *El objetivo estratégico*

En esta campaña el objetivo estratégico fue bien seleccionado; San Carlos de Ancud, la capital de la isla, permitía el dominio de ella de tal manera que su conquista daría la victoria en forma casi inmediata tanto por la ocupación de la principal zona geográfica como por la destrucción de considerables fuerzas enemigas que esa ocupación implicaría.

El objetivo seleccionado se fue alcanzando por fases bien escalonadas en tiempo y espacio, el cumplimiento de cada una de las cuales permitió quedar en condiciones generales para afrontar las siguientes.

##### 2) *Aplicación de principios*

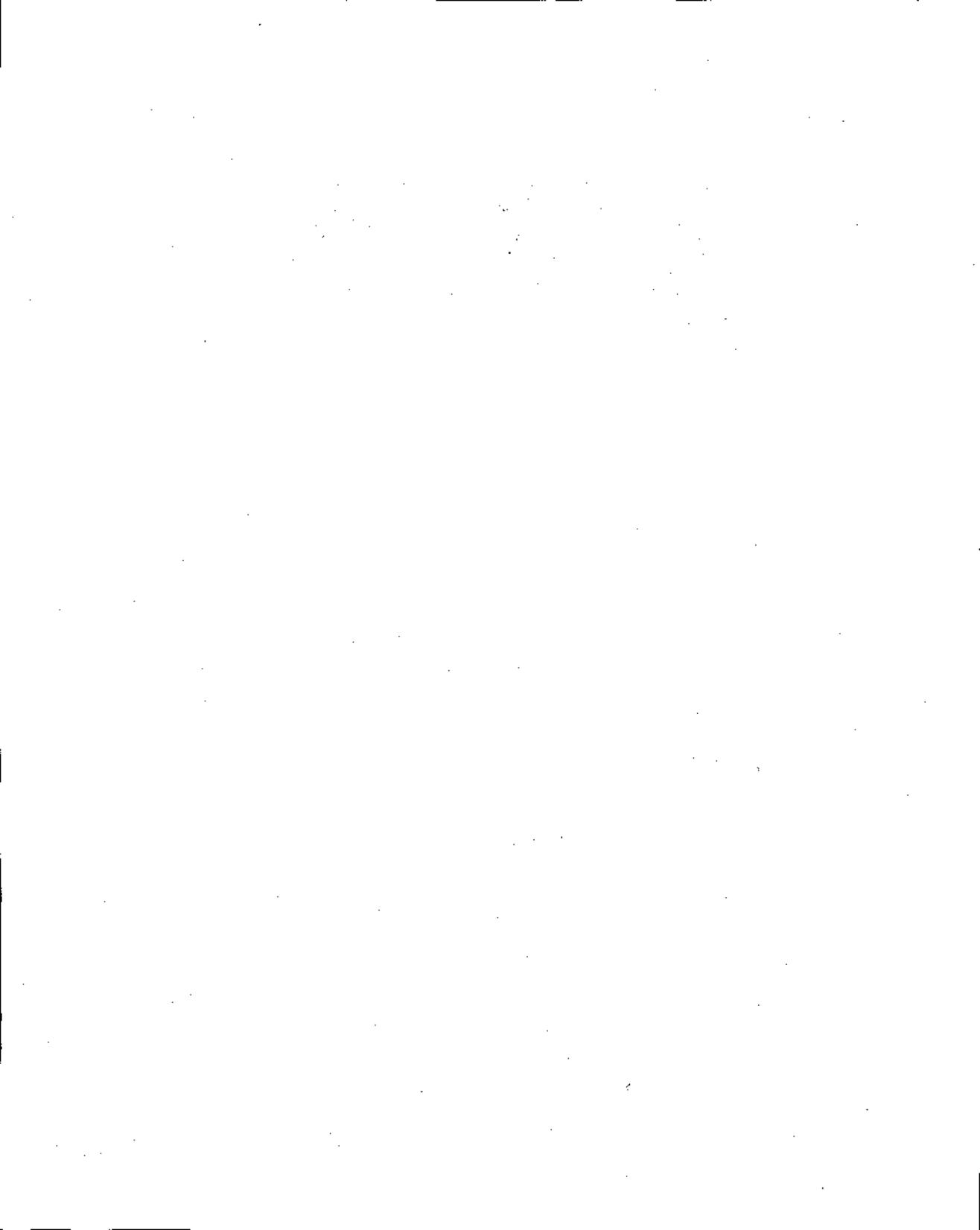
Los errores cometidos en la primera campaña fueron adecuadamente corregidos; hubo una correcta aplicación de los principios básicos de la conducción y ello significó el logro de la victoria total.

Pese a que el mando español continuó demostrando su excelente capacidad, lo mismo que en la primera campaña, no pudo hacer frente a la mayor libertad de acción de que disponían las fuerzas chilenas gracias a su dominio del mar.

## BIBLIOGRAFIA

- 1.—*Historia General de Chile (T. XV)*. Diego Barros Arana.
- 2.—*Historia de Chile (T. IX.)*. Francisco Antonio Encina.
- 3.—*Historia Militar de Chile (T. II.)*. Indalicio Téllez.
- 4.—*Album de las Fuerzas Armadas de Chile*. Editorial Atenas.
- 5.—*Autobiografía*. Antonio de Quintanilla.
- 6.—*Memorias Militares para servir a la Historia de la Independencia, del Coronel Jorge Beauchef F. (1817-29)*. Guillermo Feliú Cruz.

FIN DEL TOMO I



## ANEXO N° 1

Fuerzas patriotas de línea en septiembre de 1814

Comandante en Jefe: Bgr. José Miguel Carrera

Unidades y composición	Mando	FUERZA			Armamento y Municiones
		Ofles.	Tropa	Total	
<i>I. División</i>	Bgr. Bernardo O'Higgins				6 cañones 200 fusiles
Batn. Inf. N° 2	Crl. Francisco Calderón	13	164	177	20 quintales de pólvora
Batn. Inf. N° 3	Crl. Francisco Elizalde	29	441	470	
Esc. Dragones	Crl. Andrés del Alcázar	16	264	280	
Esc. Milicias de Rancagua	Crl. Bernardo Cuevas	9	135	144	
Artillería	Cap. Antonio Millán	4	80	84	
Subtotal		71	1.084	1.155	
<i>II. División</i>	Bgr. Juan José Carrera				5 cañones 1.370 fusiles
Batn. Inf. N° 1	Bgr. Juan José Carrera	39	635	674	12 quintales de pólvora
Regto. Milicias de Rancagua	Crl. José María Portus	53	1.200	1.253	
Artillería	Cap. Ignacio Cabrera	4	80	84	
Subtotal		96	1.915	2.011	
<i>III. División</i>	Crl. Luis Carrera				4 cañones 200 fusiles
Batn. Inf. N° 4	Crl. Ambrosio Rodríguez	9	186	195	30 quintales de pólvora
Regto. Húsares Nacionales	Crl. José María Benavente	37	650	687	
Artillería	Crl. Luis Carrera Sgt. Mayor Juan Morla	44	80	84	
Subtotal		50	916	966	
Total General				4.132	15 cañones 1.770 fusiles

Según Archivo Histórico Documental del  
DEPTO. RELACIONES INTERNAS DEL EJERCITO

## ANEXO N° 2

*Fuerzas patriotas de milicias en septiembre de 1814**(con armamento e instrucción escasos)*

Unidades	FUERZA			
	Ofles.	Tropas con instrucción	Tropas sin instrucción	Total
Santiago	15	576	500	1.091
Melipilla	5	116	200	321
Valparaíso	13	400	—	413
Aux. de Aconcagua	1	180	100	281
<b>TOTAL</b>	<b>34</b>	<b>1.272</b>	<b>800</b>	<b>2.106</b>

Según Archivo Histórico Documental  
del  
DEPTO. RELACIONES INTERNAS  
DEL EJERCITO

## ANEXO N° 3

*Fuerzas realistas en septiembre de 1814*Comandante en Jefe: *Bgr. Mariano Osorio*

Unidad y composición	Mando	FUERZA			Armamento de Artillería
		Inf.	Cab.	Total	
<i>Vanguardia</i>	Crl. Idefonso Elorriaga				4 cañones de campaña
a. Infantería	Crl. J. Nepomuceno Carvallo				
—Batn. Veteranos Valdivia	Crl. J. Nepomuceno Carvallo	502		502	
—Batn. de Milicianos Chillán	Tcl. Clemente Lantaño	600		600	
b. Caballería	Crl. Idefonso Elorriaga				
—Lanceros de los Angeles	Crl. Idefonso Elorriaga		200	200	
—Esc. Carabineros de Abascal	Crl. Antonio Quintanilla		150	150	
<b>Subtotal</b>		<b>1.102</b>	<b>350</b>	<b>1.452</b>	
<i>I. División</i>	Crl. José Rodríguez Ballesteros				4 cañones de campaña
a. Btn. Voluntarios de Castro	Crl. B. Ballesteros	800		800	
b. Btn. Veteranos de Concepción	Tcl. José Vildésola	600		600	
<b>Subtotal</b>		<b>1.400</b>		<b>1.400</b>	
<i>II. División</i>	Crl. Manuel Montoya				4 cañones de campaña
a. Btn. Veteranos de Chiloé	Crl. Manuel Montoya	500		500	
b. Batn. Auxiliares de Chiloé	Tcl. Ramón Jiménez	550		550	
<b>Subtotal</b>		<b>1.050</b>		<b>1.050</b>	

## ANEXO N° 3

Unidad y composición	Mando	Fuerza			Armamento de Artillería
		Inf.	Cab.	Total	
<i>III. División</i>	Cr. Rafael Maroto				6 cañones de campaña
a. Btn. Talavera	Cr. Rafael Maroto	600		600	
b. 2 Comp. del Real de Lima		200		200	
c. Esc. de Húsares de la Concordia	Tcl. Manuel Barañao		150	150	
Subtotal		800	150	950	
Total General		4.252	500	4.752	18 cañones de campaña

Según Archivo Histórico Documental  
del

DEPTO. RELACIONES INTERNAS  
DEL EJERCITO

## ANEXO N° 4

*Ejército de los Andes en el Paso de los Andes*Comandante en Jefe: *Gral. José de San Martín*

Unidades y Ruta	Mando	Fuerzas	Misión
I. División (Vanguardia) por el Paso de los Patos	Bgr. Estanislao Soler	2 Comp. de Granaderos del Batn. N° 7 2 Comp. de Granaderos del Batn. N° 8 Batn. Cazadores de los Andes Esc. de Granaderos a Caballo N° 3 Esc. de Granaderos a Caballo N° 4 Batn. de Artillería con 5 cañones de montaña	Apoderarse de San Felipe para permitir el paso del grueso e integrarse posteriormente a éste para la batalla
II. División (Grueso) por el Paso de los Patos	Bgr. Bernardo O'Higgins	4 Comp. de fusileros del Btn. N° 7 4 Comp. de fusileros del Btn. N° 8 Granaderos a Caballo Batn. de Artillería con 2 cañones de montaña	Reforzada con la columna Las Heras, destruir las fuerzas realistas que se opusieran a su paso a Santiago
Destacamento N° 11 por el Paso de Uspallata	CrI. Juan Gregorio Las Heras	Esc. de Granaderos a Caballo Bat. de Artillería a 2 cañones de montaña Comp. de Mineros Zapadores Esc. de Milicias de San Luis	Resguardo del flanco del grueso, para posteriormente reunirse con éste, el 3 de febrero
1° Col. de diversión por el Paso de Come-caballos	Tcl. Dávila	Batn. de voluntarios chilenos	Conquista de Huasco y Copiapó

## ANEXO N° 4

Unidades y rutas	Mando	Fuerzas	Misión
2º Col. de diversión, por el Paso Calingasta	Tcl. J. M. Cabot	Batn. integrado por fuerzas menores provenientes del Batn. N° 8, Btn. Cazadores de los Andes, Esc. Granaderos a Caballo y milicianos chilenos voluntarios.	Sublevar y ocupar la provincia de Coquimbo
3º Col. de diversión por el Portillo de los Piuquenes	Cap. Lemus	Comp. de Milicianos y Blandengues	Fomentar la insurrección alrededor de Santiago.
4º Col. de diversión por el Paso del Planchón	Cap. Ramón Freire	Comp. integrada por efectivos de los Btn. N°s. 7, 8 y 11 y del Esc. Granaderos a Caballo	Distraer fuerzas realistas hacia el sur del país.

## ANEXO Nº 5

*Fuerzas realistas que participaron en la batalla de Chacabuco.*

Comandante en Jefe: *Cri. Rafael Maroto*  
 Segundo Jefe: *Tcl. Ildefonso Elorreaga*  
 Cuartel Maestro: *Cap. Vicente San Bruno.*

Unidades y composición	Mando	Fuerza	
		Plazas	Total
<b>a. Infantería</b>			
4 comps. del Btn. Talavera	Cri. Rafael Maroto	660	
2 comps. del Btn. Chiloé	Tcl. José Piquero	200	
2 comps. del Btn. Valdivia	Tcl. José Arenas	220	
			1.060
<b>b. Caballería</b>			
Carabineros de la Concordia	Tcl. Antonio Quintanilla	283	
Húsares de Abascal	Tcl. Manuel Barañao	50	
			313
<b>c. Artillería (2 cañones de montaña)</b>			
		20	20
<b>Total General</b>			1.393

Según Archivo Histórico Documental  
 del  
 DEPTO. RELACIONES INTERNAS  
 DEL EJERCITO

## ANEXO Nº 6

*Fuerzas patriotas del Ejército de los Andes que participaron en la Batalla de Chacabuco*

Unidades y composición	Mando	Fuerza	
		Plazas	Total
a. Cuartel General (Jefes, Oficiales y empleados)	Comte. en Jefe: Gral. José de San Martín Comte. I Div.: Bgr. Estanislao Soler Comte. II Div.: Bgr. Bernardo O'Higgins	57	
b. Infantería			57
Btn. Nº 1 Cazadores	Tcl. Rudecindo Alvarado	594	
Btn. Nº 7	Tcl. Pedro Conde	302	
Btn. Nº 8	Tcl. Ambrosio Cramer	314	
Btn. Nº 11	Cri. Juan Gregorio Las Heras	718	
			2.028
c. Caballería			
Regto. de Granaderos a Caballo	Cri. Matías Zapiola	302	
			302
d. Artillería			
Btn. de Artillería con 7 cañones de montaña	Sgt. May. Pedro Regalado de la Plaza	258	
			258
Total General			4.045

Según Archivo Histórico Documental  
del  
DEPTO. RELACIONES INTERNAS  
DEL EJERCITO

## ANEXO N° 7

*Fuerzas patriotas que participaron en la batalla de Maipo*

Unidades y composición	Mando	Fuerza		
		Ofles.	Tropa	Total
<i>Cuartel General</i>	Comdte. en Jefe: Gral. José de San Martín 3 ayudantes (Escalada, Guzmán y O'Brien). Segundo Jefe: Bgr. Antonio González Balcarce 2 ayudantes (Cap. Torres y Díaz) Estado Mayor: 5 ayudantes (Aguirre, Elizalde, Acosta, Cuenca y D'Albe)	12	—	12
Subtotal		12	—	12
<i>1 División (ala derecha)</i>	CrI. Juan Gregorio Las Heras 2 ayudantes (Reyes y Meneses)			
Btn. N° 11 de los Andes	CrI. Juan Gregorio Las Heras	21	400	421
Btn. Cazadores de Coquimbo	May. Isaac Thompson	27	376	403
Btn. Infantes de la Patria	Tcl. José Antonio Bustamante	30	475	505
4 esc. de Granaderos a Caballo	CrI. Matías Zapiola	42	500	542
1er. grupo de Artillería de Chile con 8 piezas de artillería	Tcl. Manuel Blanco Encalada	15	125	140
Subtotal		135	1.876	2.011

## ANEXO N° 7

Unidades y composición	Mando	Fuerza		
		Ofes.	Tropa	Total
II División (ala izquierda)	CrI. Rudecindo Alvarado 1 ayudante (Santibáñez)			
Bta. Cazadores de los Andes	CrI. Rudecindo Alvarado	21	400	421
Bta. N° 8 (argentino)	Tcl. Martínez	23	400	423
Bta. N° 2 de Chile	Tcl. José Bernardo Cáceres	30	389	429
4 esc. de Cazadores a Caballo de Chile	CrI. Ramón Freire	19	500	519
4 esc. de Cazadores argentinos	May. Ramírez de A.	26	383	419
2° grupo de Artillería de Chile	May. José Manuel Borgoño	15	125	140
Subtotal		134	2.217	2.351

División Reserva	CrI. Hilarión de la Quintana 1 ayudante (Huerta)			
Bta. N° 7 de los Andes	Tcl. Pedro Conde	27	614	641
Bta. Arauco N° 3	May. Agustín López de Alcazar	31	400	431
Bta. N° 1 de Chile	Tcl. Juan de Dios Rivera	31	354	385
Escolta de San Martín	May. Pizarro			
Bta. de Artillería de los Andes con 4 piezas de Artillería	May. Pedro Regalado de la Plaza	14	250	264
Subtotal		103	1.618	1.721
Total General		384	5.711	6.095

Según Archivo Histórico Documental  
del  
DEPTO. RELACIONES INTERNAS  
DEL EJERCITO

## ANEXO Nº 8

*Fuerzas realistas que participaron en la batalla de Maipo*

<i>Unidades y composición</i>	<i>Mando</i>	<i>Tropas</i>
<i>Cuartel General</i>	Comte. en Jefe: Bgr. Mariano Osorio 3 ayudantes: (García del Postigo, Alaix y Valdés) Segundo Jefe: Bgr. José Ordóñez Jefe de EM: Crl. Joaquín Primo de Rivera 2 ayudantes	
<i>1ª Brigada</i>	Bgr. José Ordóñez	
<i>2º Btn. Infante don Carlos</i>	Tcl. Latorre	951
<i>Btn. Concepción</i>	May. Jiménez Navia	550
<i>Esc. Lanceros del Rey</i>	Tcl. José Rodríguez	144
<i>Esc. Dragones de Arequipa</i>	Tcl. Antonio Rodríguez	160
<i>Esc. Dragones de Chillán</i>	Tcl. Palma	180
<i>Comp. Artillería a Caballo con 8 cañones</i>	Tcl. Bayona	80
<i>Comp. de Zapadores</i>	Cap. Cáscara	85
<i>Subtotal</i>		2.150
<i>2ª Brigada</i>	Crl. José M. Baeza (herido en Cancha Rayada)	
<i>I Regto. Burgos Nº 2</i>	Crl. Morla	956
<i>II Regto. Arequipa</i>	Tcl. Rodil	1.034
<i>Regto. Dragones de la Frontera (2 esc.)</i>	Crl. Rodil	360
<i>Comp. Artillería a pie</i>	Tcl. José Rodil	70
<i>Subtotal</i>		2.420
<i>Total General (sin incluir oficiales)</i>		4.570

Según Archivo Histórico Documental  
del  
DEPTO. RELACIONES INTERNAS  
DEL EJERCITO



# INDICE

## PRIMERA PARTE LAS GUERRAS DE CONQUISTA.

Pág.

Prólogo .....	7
I.—ANTECEDENTES.	
A.—Invasión incásica .....	9
B.—El conquistador español del siglo XVI .....	9
C.—Empresas de conquista .....	10
D.—La expedición de Almagro .....	12
1.—Batalla de Reinogüelén .....	12
2.—Las armas de los beligerantes .....	13
II.—CAMPAÑAS DE PEDRO DE VALDIVIA.	
A.—Asalto y destrucción de Santiago .....	14
B.—Marcha al sur .....	18
C.—Combate de Andalién .....	20
D.—Combate de Penco .....	21
E.—Levantamiento general: Tucapel .....	22
F.—Los catorce de la fama .....	25
G.—Conclusiones militares .....	27
III.—FRANCISCO DE VILLAGRA Y LAUTARO.	
A.—Batalla de Marigüenú .....	29
B.—La defensa de La Imperial .....	32
C.—Segunda destrucción de Concepción .....	33
D.—Lautaro en acción .....	34
E.—Batalla de Peteroa. Muerte de Lautaro .....	36
F.—Conclusiones militares .....	37
IV.—DON GARCIA HURTADO DE MENDOZA Y SUS CAMPAÑAS.	
A.—Ataque al fuerte de San Luis .....	40
B.—El refuerzo de Santiago .....	42
C.—Combate de Lagunillas .....	43
D.—Batalla de Millarapue .....	45
E.—Combate de Purén o Cayucupil .....	46
F.—Acción de Quiapo .....	48
G.—Conclusiones militares .....	49
V.—LA SEGUNDA MITAD DEL SIGLO XVI.	
A.—Operaciones militares durante el gobierno de Francisco de Villagra .....	51
B.—El gobernador Pedro de Villagra y las operaciones militares .....	54

C.—La guerra de Arauco durante las administraciones Quiroga y Bravo de Saravia .....	55
D.—De Alonso de Sotomayor a Oñez de Loyola .....	57

#### VI.—ALONSO DE RIBERA Y EL EJERCITO PERMANENTE.

A.—Las operaciones militares .....	59
B.—Creación del Ejército permanente .....	62
C.—Conclusiones militares .....	64

#### VII.—LA GUERRA DEFENSIVA.

A.—Su significado .....	66
B.—Alonso de Ribera y su segundo mandato .....	67
C.—Conclusiones militares .....	69

#### VIII.—LIENTUR, BUTAPICHON Y LASO DE LA VEGA.

A.—Victoria de Lientur en Las Cangrejeras .....	71
B.—Correrías de Butapichón .....	73
C.—Triunfo de Laso de la Vega en La Albarrada .....	74
D.—Campanías de 1631 a 1634 .....	75
E.—Las paces de Quilín .....	76
F.—Conclusiones militares .....	76

#### IX.—LA GRAN INSURRECCION DE 1655.

A.—El comando de los hermanos Salazar .....	78
B.—Correrías del mestizo Alejo .....	80
C.—Los éxitos de Pórtor Casanate .....	82
D.—Conclusiones militares .....	84

#### X.—EL SIGLO XVIII.

A.—Conato de levantamiento general en 1723.	
1.—Campanías de Vilumilla .....	86
2.—Parlamento de Negrete .....	88
B.—Las grandes reformas militares .....	88
C.—Conclusiones militares .....	90

### SEGUNDA PARTE

#### CAMPANAS DE LA INDEPENDENCIA.

##### I.—DURANTE LA PATRIA VIEJA.

A.—El Comando en Jefe de Carrera.	
1.—Visperas de la invasión .....	93
2.—La invasión .....	95
3.—Combate de Yerbas Buenas .....	96
4.—San Carlos .....	99

5.—Sitio de Chillán .....	102
6.—Sorpresa del Roble .....	104
7.—El relevo del General en Jefe .....	106
8.—Conclusiones militares .....	108
<b>B.—Campanas de Gaiña.</b>	
1.—Desembarco de la expedición Gaiña .....	111
2.—Captura de Talca por los realistas .....	112
3.—Combate de El Quilo .....	113
4.—Combate de Membrillar .....	115
5.—Derrota de Cancha Rayada .....	116
6.—La marcha paralela .....	117
7.—Tratado de Lircay .....	119
8.—Conclusiones militares .....	120
<b>C.—La Segunda dictadura de Carrera.</b>	
1.—Acción de Tres Acequias .....	122
2.—La expedición Osorio .....	124
3.—La batalla de Rancagua .....	126
4.—Conclusiones militares .....	132
<b>II.—CAMPAÑAS DE 1817 Y 1818.</b>	
<b>A.—Campana de los Andes.</b>	
1.—Organización del Ejército de los Andes .....	135
2.—El paso de la cordillera .....	137
3.—Travesía de la cuesta de Chacabuco .....	139
4.—La batalla .....	140
5.—Conclusiones militares .....	146
<b>B.—La Campana del Sur.</b>	
1.—Ordóñez en Concepción .....	149
2.—Freire y Las Heras en el Sur .....	150
3.—Sorpresa de Curapalíhue .....	151
4.—Combate de cerro Gavilán .....	152
5.—Guerra de guerrillas. Asalto de Talcahuano .....	154
6.—Conclusiones militares .....	159
<b>C.—Segunda Expedición de Osorio.</b>	
1.—Osorio y su misión de reconquista .....	160
2.—El plan patriota .....	161
3.—Avance de Osorio .....	163
4.—Sorpresa de Cancha Rayada .....	167
5.—Reacción patriota .....	169
6.—Batalla de Maipo .....	172
7.—Conclusiones militares .....	178

## TERCERA PARTE

## LA GUERRA A MUERTE.

## A.—Antecedentes.

1.—Sitio de Los Angeles .....	187
2.—Combate de Curahí .....	188
3.—Combate de Quitmo .....	189
4.—Combate de Trilalco .....	189
5.—Combates de Hualqui y Pileo .....	190
6.—Combate de Yumbel .....	191
7.—Combate de El Avellano .....	191
8.—Combate de San Pedro .....	192
9.—Asalto y toma de Valdivia .....	192
10.—Combate de Pangal .....	194
11.—Combate de Tarpellanca .....	197
12.—Combate de Vegas de Talcahuano .....	199
13.—Combate de la Alameda de Concepción .....	201
14.—Combate de Vegas de Saldías .....	203

## CUARTA PARTE

## EXPEDICION LIBERTADORA DEL PERU.

## A.—Antecedentes.

1.—La primera Escuadra Nacional .....	207
2.—El Ejército expedicionario .....	208
3.—La partida .....	210

## B.—Las operaciones en el Perú.

1.—El plan de invasión .....	210
a) El Ejército realista .....	210
b) Planes de San Martín y de Cochrane .....	211
c) Las conferencias de Miraflores .....	211
d) Frustrada aventura sobre El Callao .....	212
e) Captura de la Esmeralda .....	213
f) El Ejército Libertador en Huaura .....	215
g) Primera campaña del general Arenales .....	216
2.—La carrera hacia el agotamiento .....	217
a) Recuperación de la sierra por los realistas .....	217
b) Avance patriota a Chancay y repliegue a Huaura .....	217
c) Nuevo plan de operaciones de San Martín .....	219
d) Campaña a puertos intermedios .....	221
e) Armisticio de Punchauca .....	221
f) Retirada de los realistas al interior .....	222
g) Paralización de las operaciones .....	223
h) Abandono de la sierra por el Ejército patriota .....	224
3.—Los prolegómenos del desastre .....	227
a) Proclamación de la independencia .....	227

b) Expedición de Canterac a El Callao .....	228
4.—El fracaso final .....	229
a) El desastre de Ica .....	229
b) Renuncia de San Martín .....	231
c) Las últimas campañas de la independencia del Perú .....	231
5.—Conclusiones militares .....	232

### CAMPAÑAS DE CONSOLIDACION DE LA INDEPENDENCIA.

#### CAMPAÑAS DE CHILOE.

##### A.—Primera campaña.

1.—Antecedentes .....	237
2.—La expedición .....	238
3.—Conclusiones militares .....	240

##### B.—Segunda campaña.

1.—Antecedentes .....	243
2.—Los preparativos .....	244
3.—Desembarco de Chiloé .....	245
4.—Combates de Pudeto y Bellavista .....	246
5.—Conclusiones militares .....	248
Bibliografía .....	249

#### A N E X O S

1.—Fuerzas patriotas de línea en septiembre de 1814 .....	251
2.—Fuerzas patriotas de milicias en septiembre de 1814 .....	252
3.—Fuerzas realistas en septiembre de 1814 .....	253
4.—Ejército de los Andes en el Paso de los Andes .....	255
5.—Fuerzas realistas que participaron en la batalla de Chacabuco .....	257
6.—Fuerzas patriotas del Ejército de los Andes que participaron en la batalla de Chacabuco .....	258
7.—Fuerzas patriotas que participaron en la batalla de Maipo .....	259
8.—Fuerzas realistas que participaron en la batalla de Maipo .....	261

